MARUJA MORAGAS

Prólogo y epílogo de NURIA CHINCHILLA

el tiempo en un hilo

Reflexiones desde la adversidad

RIALP

MARUJA MORAGAS

EL TIEMPO EN UN HILO

Reflexiones desde la adversidad

Prólogo y epílogo de Nuria Chinchilla

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

© 2014 *by* Joan, Xavier e Ignacio San Miguel Moragas y Nuria Chinchilla
© 2014 *by* EDICIONES RIALP, S. A.
Alcalá 290 - 28027 Madrid
(www.rialp.com)

Fotografías interiores: Foto 1 tomada por Calafell, el resto de las fotografías cedidas por la autora.

Realización ePub: produccioneditorial.com
ISBN: 978-84-321-4401-1

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *Copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

PORTADA
PORTADA INTERIOR
CRÉDITOS
PRÓLOGO
DEDICATORIA
AGRADECIMIENTOS
INTRODUCCIÓN
1. UNA CARRERA DE OBSTÁCULOS
- La llegada a urgencias
- El sol, de nuevo
- Un encuentro fortuito
- Nuevos problemas a solucionar
- Mi nuevo dormitorio
- Mis amigas, siempre cerca
- La operación
- Las nuevas tecnologías

2. AFRONTAR LA ENFERMEDAD: ¿QUÉ TENGO EN LA MOCHILA?
- El discurso de la fiesta de cumpleaños
- Reubicación tras la operación del riñón
- La actitud frente a la enfermedad: vivir aquí o vivir allí
- Una legión de amigos
- La vida y la muerte
- Una luz en la oscuridad
- El desarrollo de la enfermedad
- Descubrimiento del sentido de mi enfermedad
- La hora de los demás

Recursos en mi mochila para afrontar la enfermedad
3. El regreso a mis orígenes
La belleza y la enfermedad
La enfermedad y el paso del tiempo
El regreso a mis orígenes
La familia de mi padre
La familia de mi madre
La educación y el servicio
Recursos puestos por la familia en mi mochila
4. Recursos en la mochila de la niñez y de la adolescencia
El desarrollo de hábitos en una familia unida
Constructores de identidad
Recursos procedentes del colegio
Los esfuerzos educativos de la familia extensa
La confusión entre cristianismo y franquismo
Un entorno ordenado
Siguen los veraneos: las nuevas amistades
La vida a ritmo lento
5. Veintidós años casada, y con tres hijos
El noviazgo
El crecimiento familiar
De Sitges a Cadaqués
Mis suegros
La transmisión del legado familiar
6. La madre de todas las crisis
La tormenta
Mi norte: el amor incondicional
La decisión de vivir sola
La separación
Dios cierra una puerta y abre un portal
Los primeros años
Recursos de partida en la madre de todas las crisis
Los recursos intelectuales
Los recursos materiales
Los recursos sociales
Los recursos emocionales
Ungüentos para curar el dolor
La música y el silencio
El desarrollo de los sentidos
La naturaleza y sus contrastes
El valor de la vida cotidiana
7. Operación baldeo: del desorden al orden
Las grandes preguntas
Las respuestas procedentes del entorno

Operación baldeo: construir de forma sólida
El despertar de los recursos espirituales
La verdad: el fiel de la balanza
En busca de respuestas sólidas y definitivas
La fuerza de las Escrituras
La nueva toma de decisiones
La reconstrucción identitaria
Matrimonio civil y Matrimonio religioso
La fidelidad
Una única vida y una única persona
«Dios existe: yo me lo encontré»: el sentido de misión
Del desorden al orden
8. Obstáculos en mi camino
Sacar adelante un matrimonio atípico
La reconstrucción familiar
Una bajada masiva de brazos: «¡Es lo que hay!»
«Rehaz la vida»
«A rey muerto, rey puesto»: la plaga de los «ex»
El revoloteo de los buitres
La incomprensión del entorno
La entrada del buenismo en la Iglesia
La defensa del amor incondicional, ¿una provocación?
Saltando sobre las olas
Libre, por fin
9. El cambio de tendencia: educar para el amor incondicional
Las baldosas de Barberà
¿De dónde partimos para conseguir el cambio a mejor?
Conocer el pensamiento caótico contemporáneo
Cómo ayudar: uno a uno
La ausencia de límites
La anarquía en el «amor»: la desprotección de los débiles
La quiebra de las relaciones familiares
Historias de amigas
Nada nuevo bajo el sol: las nuevas viudas del siglo XXI
Redes
Las dificultades para educar hijos después de una separación
Muchos padres quieren recuperar su sitio
Enseñar a amar
Enseñar a perdonar
Distinguir entre persona y comportamiento
Llamar a las cosas por su nombre
10. El esplendor, a la carrera
El Centro Internacional Trabajo y Familia
Women's lobby
Mi llegada al IESE

Desarrollo de la misión profesional y personal
Los nuevos recursos intelectuales
Los nuevos proyectos
Hacia un nuevo feminismo
La ONU
11. El futuro
De nuevo en la clínica
Diferencias entre las dos crisis
El tiempo, a la carrera
Afrontar las crisis y su repercusión en la biografía de uno mismo y de otros
EPÍLOGO
OTROS LIBROS RIALP
FOTOGRAFÍAS

PRÓLOGO

En este libro, es Maruja Moragas, mi amiga del alma, quien nos cuenta su historia. Nos conocimos cuando atravesó la que ella llama «la madre de todas las crisis»: su separación y divorcio. Desde el primer minuto se inició entre las dos una fuerte amistad. Vi en ella a una mujer honrada, buscadora de la verdad, con hambre de aprender, de ser mejor y, sobre todo, de dejarse ayudar.

Fue sin duda una gran directiva, en el sentido profundo del término: dueña de sus actos y responsable de sus decisiones. Su vida, sus escritos y su actividad profesional lograron inspirar a muchas personas. Licenciada en Filosofía y Letras, se doctoró en Dirección de Empresas por la Universidad Internacional de Cataluña (UIC). Se incorporó al IESE en 2004, donde pronto dirigió la Unidad de Español para la Empresa en el MBA y trabajó como profesora en el Departamento de Dirección de Personas en las Organizaciones. Fue para mí una colaboradora infatigable en el *International Center for Work and Family* (ICWF). Participó en numerosas conferencias y congresos y ejerció también como *coach* en programas para directivos. Juntas escribimos el libro *Dueños de nuestro destino*, así como diversos artículos de opinión en numerosos medios de comunicación. Además, impulsó el *Women's Lobby* del IESE desde 1998.

Una tarde de diciembre me sugirió dar un paseo por el barrio gótico y recorrer las callejuelas que rodean la catedral de Barcelona: quería verlas engalanadas con las luces y motivos navideños. Fue un regalo encontrarnos con dos músicos con un violín y un piano eléctrico, en sendos recovecos de nuestro itinerario. «¿Crees de verdad que escribir mi vida va a ser útil para alguien?», me preguntó una vez más, mientras escuchábamos aquellas piezas del barroco. Yo sabía que sí.

El lector encontrará en estas páginas una vida semejante a la suya, con

las mismas ilusiones, retos, alegrías y dificultades, cinceladas por el amor. Un amor vivido hasta sus últimas consecuencias y desde lo más profundo de uno mismo. Con sus reflexiones desde la adversidad, y con una pluma vigorosa y directa, Maruja pretende compartir un modo diferente de recorrer el camino.

Hace más de siglo y medio, Kierkegaard decía que «engañarse respecto al amor es la pérdida más espantosa, es una pérdida eterna, para la que no existe compensación ni en el tiempo ni en la eternidad: la privación más horrorosa, que no puede resarcirse, ni en esta vida... ¡ni en la futura!». El título *El tiempo en un hilo*, lo escogió tras descartar *La luz del amor*. Maruja había impartido clases sobre cómo gestionar el tiempo, y hablábamos de él con frecuencia. Supo aprovechar el tiempo, y trabar desde el presente ese hilo fino y frágil que nos une con la eternidad —«la puerta de al lado», como le gustaba decir en palabras de san Agustín—.

Fue un lujo tenerla como amiga, y sigue siéndolo ahora. Quizá más.

«El tiempo a la carrera» es uno de los apartados que incluyó en el capítulo XI. Su título denota una lucha contrarreloj contra un tiempo que comenzaba a faltar. Aunque algunas ideas aparecen repetidas, hemos querido mantener la agilidad y espontaneidad de su redacción. Solo hemos revisado las citas y hemos introducido alguna pequeña precisión.

NURIA CHINCHILLA
Profesora del *IESE Business School*
Universidad de Navarra
Septiembre de 2013

DEDICATORIA

La finalidad del libro se ha ido transformando a medida que han ido pasando las semanas y los meses. En los momentos duros de enfermedad, como los que atravieso ahora, pienso que es el mejor legado que puedo dejar a mis hijos. Todos formamos parte de la rueda de la vida, y una generación aprende para dejar sus experiencias a la siguiente. Ahí va, pues, parte de mi contribución al crecimiento de mis hijos y futuros nietos. En especial a mi nieta mayor, que ha aparecido como una flor de verano en medio de este tiempo de enfermedad.

Este libro es también para mi familia extensa y mis amigos. Se lo debo. Tengo la dicha de formar parte de una gran familia, que ha respondido como pocas ante la enfermedad de uno de los miembros del clan. Y tengo también un montón de amigas incondicionales, cuya amistad jamás podría pagar aunque viviera mil años. A todas ellas dedico estas líneas llena de agradecimiento por la inmensa compañía y el apoyo que me han dado. Todos forman parte de mi historia: son mi historia.

También dedico el libro a cualquier otro lector que pueda verse reflejado en estas páginas. Seguramente, y sin saberlo, comparto con él un modo de vivir y de entender la vida, a veces muy distinto del que está en boga. No hay caminos únicos para andar por ella, todos tenemos el nuestro. Sin embargo, la experiencia me ha mostrado que no todos valen lo mismo, ni se obtienen los mismos resultados si escogemos uno u otro: hay rutas mejores que otras. Para afrontar la mayor crisis personal que ha salido a mi encuentro, decidí optar por un camino alternativo, distinto a las costumbres sociales que hoy en día se suelen seguir. Por suerte, cuando necesitaba recursos abría mi mochila y ahí estaban: alguien los puso en algún momento de mi vida.

Por eso este libro también puede ayudar a que padres y madres sean

conscientes de los tipos de recursos que sus hijos necesitarán para llevar vidas estables. Lo que les den o dejen de dar influirá en su futuro, porque repercutirá en sus vidas y en su felicidad. Me apena ver a gente joven con sus mochilas escuálidas. Tenemos la responsabilidad de ayudar y formar a nuestros hijos. Bien es cierto que ellos tienen su libertad personal y que pueden tirar su vida al pozo. Pero eso es harina de otro costal: es, literalmente, su problema. Nuestro drama sería dejar de contribuir a su formación y a que tengan recursos con los que afrontar la vida.

AGRADECIMIENTOS

A todos aquellos que me han ayudado a ser quien soy en las distintas etapas de mi vida.

INTRODUCCIÓN

Este es un libro que no pensaba haber escrito jamás: se ha colado entre mis planes. Aparece como resultado de sufrir una gran crisis de salud, que decido aprovechar para explicar cómo voy tratando de solucionarla. Sin embargo, me topo con un primer obstáculo: debo hacer referencia a otra gran crisis anterior, que padecí hace casi dieciséis años. La denomino «la madre de todas las crisis» por su gran complejidad, su virulencia y el enorme esfuerzo que representó superarla. El ingenio se me agudizó de tal forma que tuve que poner a trabajar mil y un recursos que desconocía, para aprender de cuantos retos y oportunidades se me pusieron por delante. Fue la única forma de no sucumbir en ellos y encontrar una salida. Sin esa primera experiencia, la que me ocupa ahora habría sido terriblemente más complicada de gestionar.

Empecé a escribir estas memorias animada por varias amigas. Me sugirieron hacerlo porque estiman que ahora dispongo de formación y experiencia para aportar algo que puede ayudar a otras personas. Acepté el reto entre divertida y escéptica, con cierta ambivalencia. Por un lado, porque aunque el cáncer que padezco tiene mal pronóstico, pensé que era una aventura nueva y que a lo mejor podía salir algo bueno de ahí. Por otra parte, yo no sabía la forma ni la dirección que iba a tomar este libro, pero es cierto que cada vez encuentro un mayor sentido a lo que hago. El libro va creciendo conmigo a medida que la enfermedad avanza: supero unas crisis y aparecen otras.

Escribir este libro es un reto para mí. Aunque el hecho de ser profesora especialista en temas de relaciones interpersonales en la empresa, en mujer y liderazgo, y competencias directivas facilita mi trabajo. También el disponer de formación antropológica y de una curiosidad y ganas de aprender de todo y de cualquier persona.

Debo decir que hay otros acicates que me empujan a situarme ante el ordenador en mi cama de enferma. En primer lugar, este libro representa luchar contra el tiempo y tener que correr. Sé que no voy a poder destinar el tiempo que me gustaría dedicar a su escritura porque, simplemente, no sé si dispongo de él. Pero, gracias a Dios, en este momento tengo todavía la cabeza clara y no puedo perder ni un solo minuto de los que me es posible escribir. De hecho, he tenido que dejar de hacerlo durante semanas, porque me encontraba muy mal: no podía ni pensar, y menos escribir. Me han hecho sesiones de radio y quimioterapia que me han dejado fuera de combate, y he estado ingresada un par de semanas con una neumonía doble.

Pero, en esta lucha contra el tiempo, me animé. Pensé que lo acabaría si era algo que Dios pensaba que valía la pena hacer, ya que Él conocía los tiempos y el porqué de las cosas. Así que decidí poner esta preocupación en sus manos y olvidarme de ella. En este momento estoy ingresada en la clínica y el cuerpo me permite apresurarme, por lo menos, unos días más. Tengo que correr yo más que la enfermedad.

En la vida hay momentos de la verdad, en los que uno saca de dentro lo que realmente cree, piensa y valora. Este es uno de ellos. Lejos de mi intención pretender dar lecciones a nadie. Solo quiero compartir las experiencias vividas a lo largo de los años, a veces en medio de una dureza inusitada, que al final han resultado cruciales para sobrevivir y enderezar, hasta extremos nunca pensados, un entorno personal que parecía perdido de antemano.

En estas memorias explico tan solo lo que creo que puede ser de interés para la gente, pero protejo la intimidad de mis hijos, la mía y la de mi familia y amigos. Habrá quienes las encuentren en ocasiones algo edulcoradas. Pero las crisis y los años me han enseñado a conservar solo los buenos recuerdos, y a olvidar los malos. La propia vida enseña que el odio, el rencor y el resentimiento son lastres que impiden avanzar, nos anclan en el pasado y nos impiden crecer y disfrutar, con lo que la vida pierde el brillo e interés.

Soy una persona normal y corriente, con una vida como la de tantas otras, a la que le encanta «navegar» por ella aprovechando los recursos disponibles, sean los que sean. Me fascinan los retos y soy consciente de que lo que hago no valdría nada si me lo quedara tan solo para mí. Me doy por satisfecha si puedo ayudar a que otros no caigan en los errores que yo cometí, y sepan rectificar a tiempo antes de que su vida se transforme en un río por el que corren aguas putrefactas que los arrastren y del que no sepan salir.

La vida nos viene dada a todos de una determinada manera, pero hay que perder el miedo y olvidar miles de viejos prejuicios que, como si de cadenas se tratara, se enrollan alrededor de nuestros pies y nos tiran hacia

abajo. La libertad humana es fascinante. Hay que recuperar la cabeza y la valentía de vivir, iniciando una época que sane de nuevo a la gente. En la madre de todas las crisis, yo lo tenía todo en contra pero no me amilané. Hubo personas que me ayudaron muchísimo a encontrar el camino indicado y, aunque era difícil, lo conseguí. Eso es lo que pretendo compartir con otros: entusiasmarles para que inicien este nuevo camino de regeneración, tan necesario para la felicidad. Mis hijos y nietos se lo merecen.

Barcelona, abril de 2013

1. UNA CARRERA DE OBSTÁCULOS

La llegada a urgencias

Eran las 11 menos cuarto de la mañana del jueves 4 de octubre de 2012. Había ido al despacho porque tenía una reunión vía Skype con Sowon, una colega de trabajo que vive en Suiza, coautora de un *paper* con el que batallamos desde hace un año. El día anterior había orinado sangre de forma bastante continua, por lo que esa noche llamé a mi hermana Gloria, médico en la Clínica Teknon desde hace 12 años. Le conté lo que me pasaba. «¿Cómo te encuentras?», me preguntó. «Bien», le respondí. «Si no fuera por esto, no tengo nada». Me dijo que fuera a Urgencias y me lo miraran, porque podía tener varias causas. Como ya era de noche, le respondí que me iba a la cama y que acudiría al día siguiente, bien dormida y descansada.

Dormir nunca fue algo que hiciera de forma espontánea. Envidio a la gente que cabecea nada más subirse al avión o que ronca en cuanto su cabeza toca la almohada. Cuando era pequeña iba a la habitación de mis padres, llamaba a la puerta y les decía: «¡No puedo dormir!». Mi padre, invariablemente, contestaba: «¡Bebe agua!», placebo que muy pocas veces funcionaba.

Y esa noche dormí. Así que aparecí en la clínica con un sol espléndido y un día aún de verano. Mi hermana me esperaba a la entrada: «Estaré pendiente de todas las pruebas que te hagan».

Me atendieron en seguida, no tuve que esperar. El médico de urgencias me iba palpando y me preguntaba: «¿Dónde le duele? ¿Aquí?». «No», le contestaba yo una y otra vez. Me auscultó, me hicieron orinar en un bote y salió una orina que, a primera vista, era normal y corriente. «No se ve nada, pero la vamos a analizar». Me hicieron una placa. Y esperé.

Volvieron al cabo de un rato: «Hay sangre. Hay que hacer una ecografía». Y ahí que fui. La doctora que me atendió era amiga de mi hermana, así que ella estuvo presente también. Vi sus dos caras mirando atentamente la pantalla. Una de ellas, no recuerdo quién, señaló con el dedo: «Aquí». Me untaron el cuerpo con gelatina fría y siguieron mirando más y más. Al salir, mi hermana me dijo: «Hay un tumor, te han de hacer un TAC. Voy a decir que te busquen especialistas en riñón, los mejores...». Empecé a ver cómo la clínica se ponía en marcha de una forma cada vez más frenética. Lo que parecía un tumor mediano se convertía en grande... Las puertas se abrían y cerraban tras de mí a gran velocidad.

Mi hermana me dijo: «Han localizado a tres oncólogos especializados en riñón. Tenemos que escoger. Los tres son unos número uno». Elegimos a un oncólogo del Hospital Valle de Hebrón que también trabajaba en Teknon. «Me será más fácil seguir todo el proceso...», me dijo Gloria. Le localizaron. Quedó en que me recibiría esa misma tarde antes de empezar las visitas en la clínica. Yo pensé: «Uf, Maruja, cómo debes de estar...».

Entre prueba y prueba volvió Gloria: «Ahora tenemos que localizar un buen cirujano. El mejor. Nos va mucho en ello...». No entendí nada de lo que me contaba. Soy lego total en Medicina, pero sí sé de Comunicación, y me dediqué a observar el lenguaje no verbal de todos los que se me ponían delante. Vi muchas prisas, mucha atención y ningún drama. Mucha profesionalidad. Y esto tranquiliza. Gloria seguía: «Me están buscando un buen cirujano»... Y al cabo de un rato: «Hay uno buenísimo que hace solo seis meses que tiene consulta privada aquí por la tarde. Pero no le conozco. Si no, habrá que mirar otro...». Los dejé hacer. Me di cuenta de que lo mejor era callar y obedecer. Terminaron las pruebas, eran las dos menos cuarto. Faltaban dos horas y media para que me viera el oncólogo.

Desde Urgencias realicé dos llamadas telefónicas. La primera de ellas fue a mi hijo. Le conté lo que pasaba y casi se desmaya. Tuve que imponerme para que no se plantara en la clínica a los tres minutos. Se lo desaconsejé porque todo estaba ya encarrilado y yo volvía un rato al IESE. Le dije que le llamaría un poco más tarde y que entonces podría venir. La segunda llamada fue a mi jefa, que casi se muere del susto al saber lo que estaba pasando. «Cuenta con toda nuestra ayuda, y ¡ánimo!». Desde entonces no ha parado de estar al tanto de todo y de ayudar cuanto ha podido.

Me hicieron volver a Urgencias por una cuestión de procesos. «¿Qué hago?», le pregunté a mi hermana, y me dice: «Come en el restaurante o vuelve después». La doctora de urgencias que me atendió se horrorizaba: «¡No sé si la van a dejar salir!».

El sol, de nuevo

Pero me dejaron. Decidí que no me quedaba en la clínica, que ya no podía más de hospital y que me volvía a comer al IESE. La comida de allí siempre ha sido muy buena, así que pensé que volver a mi redil normal me haría mejor que esperar todo ese tiempo sola en corral ajeno, porque mi hermana tenía muchísimo trabajo que había ido posponiendo por atenderme a mí.

Llegué al IESE y le conté a Carlos, amigo y colega de trabajo, lo que me pasaba. Ahí, por un momento, vi la que me caía encima. «Dios mío, mis hijos». Derramé muy pocas lágrimas. Hasta entonces había estado muy serena. De hecho, incluso mi hermana me lo comentó: «Has dejado parados a las enfermeras y a los médicos por tu reacción». No puedo decir que me quedara igual, porque no fue así, pero veía que yo dominaba la situación y que ella no me dominaba a mí.

Me recuperé: «Vamos a comer», le dije. Nos colocamos en una mesa al fondo, lejos de los grupos de gente que aún quedaban en el comedor. No tenía ganas de hablar con nadie. Terminamos la comida y me fui a lavar los dientes, como cada día. Y después de hacerlo, como cada día también, fui a hacer la visita al Oratorio del Campus Sur.

Un encuentro fortuito

Al salir, me encontré de frente con un psiquiatra al que conozco desde que mi marido nos abandonó hace ya quince años. «Tengo cáncer de riñón y metástasis...». Y él, sin inmutarse me dice: «Tengo muchos amigos que han tenido cáncer de riñón y están la mar de bien. Solo tienes que hacer una cosa a partir de ahora: céntrate en el presente, vive el minuto y no te enredes en pensar en nada de lo que te puede pasar en el futuro...». Fueron dos minutos de conversación, pero providenciales para enfocar bien todo lo que me iría sucediendo. Me di cuenta de cómo Alguien seguía cuidando de mí.

Volví por la tarde a la clínica. Le había dicho a Gloria que no quería ningún engaño de los médicos. La situación que fuera, yo quería conocerla. Ella estaba totalmente de acuerdo. El Dr. Carles, oncólogo especialista en riñón, me atendió muy amablemente y confirmó el diagnóstico de las pruebas. Sugirió atenderme en el Valle de Hebrón, porque el tratamiento era carísimo. «Es un tumor de los más silenciosos. No se muestra hasta que ya es grande...». Mi hermana le comentó que precisábamos un buen cirujano, que tenía el nombre y que no sabía cómo llegar a él. «Yo le conozco. No te preocupes. Le llamaré ahora mismo». Al cabo de pocos minutos Gloria me dice: «Lo ha localizado. ¿Puedes venir

esta tarde a última hora?». Contesté que sí. La vida se había detenido. Todos mis planes estaban frenados. Mi vida se limitaba a partir de entonces a hacer lo que los médicos dijeran.

Lo que Gloria no sabía es que ella había estado bajo mis focos durante esa terrible mañana que pasamos juntas. La observé con el rabillo del ojo. Ella era la persona que podía acompañarme. Era templada, tenía sangre fría, no se acogotaba ni por la presión ni por los problemas. Vi su reacción cuando nos iban dando más y más malas noticias. Me di cuenta de que podía apoyarme en ella. No resisto los dramas, no solucionan nada. Me gusta la gente entera, luchadora, que encara los problemas sin arrugarse. Yo necesitaba gente así a mi lado. Lo último que necesitaba era gente emocional: necesitaba personas racionales, acostumbradas a solucionar problemas y afrontarlos de cara por duros que fueran.

Nuevos problemas a solucionar

Salí de nuevo de la clínica y me fui en dirección a casa. Aparqué el coche en la calle, cerca de la casa de mi hijo Xavi, y me puse a pensar: «Maruja, lo de los médicos está encarrilado. Ya sabes el diagnóstico. Habla ahora a tus hijos»... No lo había hecho antes por no preocuparles. Quería tener ya datos más concretos y posibles soluciones, las que fueran. Tengo tres chicos, y desde hace quince años soy yo quien voy tirando del carro, y aunque me ayudan, y mucho, me gusta ejercer mi papel de madre. Llamé por teléfono a Ignacio: «Tengo una mala noticia. Tengo cáncer de riñón. Me han hecho pruebas, salgo del oncólogo»... Tras la sorpresa, se enfadaban: «¡Mamá!, ¿por qué no nos lo has dicho y te hubiéramos acompañado nosotros?», y les contestaba que porque había estado acompañada en todo momento por mi hermana, y porque, en esos momentos, ella era quién más me podía ayudar.

Estos dos hijos míos son licenciados en Dirección de Empresas. Xavi se dedica al mundo financiero: acaba de montar una empresa sobre gestión de patrimonios. Ignacio trabaja en un banco. Los dos están casados, sin hijos de momento. Son todos treintañeros y muy buenos chicos. A estas alturas de la vida, lo único que me interesa de la gente es su calidad humana.

Vinieron corriendo a donde yo estaba. Se empeñaron en acompañarme a última hora y asentí, pero les dije que en la visita con los médicos estaríamos tan solo Gloria y yo. Mis hijos han dado y dan la talla, ya lo creo, pero al fin y al cabo soy su madre. Quería protegerles y evitar que oyeran lo que me iban a decir. Una cosa es oírlo de mis labios, o de los de su tía, y otra directamente del médico. Bastante han sufrido ya. Quería ahorrarles todo el sufrimiento que pudiera y mitigárselo como fuera. Ya

vale de sufrir. Pero reconocí que si no les dejaba actuar les estaba negando un derecho fundamental, así que les dejé que vinieran a la clínica.

No llamé a Joan, mi hijo mayor, porque está en Bélgica, en el Hospital Universitario de Bruselas, y no lo hubiera localizado a esa hora. Está haciendo un *fellowship* con un cirujano maxilofacial muy prestigioso. Hacía tan solo una semana que se había mudado allí, y estaba agobiado. Pensé que por la noche lo encontraría y podría darle noticias más concretas. Recibir malas noticias estando lejos y siendo médico es un mal trago. Joan tiene dos carreras, es cirujano maxilofacial y dentista, y acaba de empezar el doctorado. No hace falta decir que tiene una inteligencia y una memoria brillantes.

«¿Y qué vas a hacer después de operada?», me preguntaron Xavi e Ignacio. Vi cómo se ponían en marcha, uno quería venir a vivir a casa, el otro que me fuera a la suya... «No», les dije. «Os lo agradezco, pero es mejor que me vaya a vivir esta temporada a casa de la abuela. Ella todavía no sabe nada de todo esto, ni de mi intención de ir a su casa. Se lo diré mañana en cuanto lo tenga todo resuelto...». Y asintieron. Mi madre tiene 87 años. Tiene dos stents en el corazón y toma Sintróm, un medicamento anticoagulante. Además, tiene una artrosis que le fastidia las rodillas y le impide andar ligera. Pero está bien. Es templada, fuerte, sonriente y siempre animosa. Cuidó ocho años de forma primorosa a mi padre con un Alzheimer del que murió. Yo sabía que no tenía más que insinuar a mi madre que me cuidara para que se volcara en mí. Por suerte, además, la intendencia en su casa funciona como un reloj. Tiene una buenísima asistenta que la atiende la mayor parte del día, y acababa de montar un cuarto con cama de enfermo para su hermana, mi tía Nuri, que al final no ocupó, porque falleció el invierno pasado. Y yo pensé: «Maruja, ya tienes habitación».

Volví a la clínica a última hora de la tarde. Me recibieron los dos médicos juntos. Y yo seguía pensando: «Maruja, cómo debes de estar para que te reciban dos figuras juntas y el mismo día...». Salieron de la consulta los dos, con todas las pruebas, para deliberar: «Esperaos aquí, volvemos en seguida», nos dijeron a Gloria y a mí. Regresaron a los pocos minutos. El Dr. Alcaraz, cirujano especialista en Urología del Hospital Clínico de Barcelona, tomó la iniciativa: «Tenemos muy clara la estrategia. Clarísima. Hay que operar ya». Se dirigió a mi hermana: «Habrá que preguntar cuándo hay quirófano en la Teknon»... Y ella contestó: «Ya lo he hecho. Este lunes o el martes». Y dice Alcaraz: «El lunes a las tres». Y yo seguía pensando: «Maruja, ¡cómo estás!...». Pero su decisión y su iniciativa me tranquilizaron. Vi que estaba en las mejores manos. Providencial de nuevo. Pregunté cuál era el pronóstico. No era bueno, la supervivencia era muy baja, así que podía enfrentarme a la muerte en un período más o

menos breve.

Decidieron hacerme al día siguiente un PET y las pruebas preoperatorias. Estaban bien: el cáncer no había llegado a los huesos. Debo decir que mi hermana es la directora de la unidad de Medicina Nuclear de la Teknon, una chica risueña y amable, con mucho carácter, médico vocacional y la salvación de la familia en cuanto alguien estornuda. Pero ese día batió su propio récord: en 24 horas yo estaba diagnosticada, me habían visitado dos médicos de campanillas, tenía el preoperatorio hecho y me operaban después del fin de semana.

Mis hijos se ocuparon de todos los trámites y papeleos: llamaron al IESE, al agente de seguros... Todo en orden. Los chicos son de mucha ayuda. Yo, que siempre he tirado sola del carro, vi que tenía hombres a mi alrededor. Y eso me relajó, porque la presión era extrema.

El viernes a media mañana, solo 24 horas después de toda la movida, aparecí en casa de mi madre. «¿Qué haces aquí?», me preguntó, «¿No trabajas hoy?». Le contesté lo que había pasado. No hubo lloros, ni lamentos, ni nada. Le expuse hechos y soluciones. No oculté la gravedad. Le expliqué que yo estaba preparada para lo que fuera, que no sufriera, porque sabía el significado de la vida, que tenía un límite, pero que la gracia estaba en que la vida continuaba después y en otra dimensión infinitamente mejor. Mi madre es una mujer muy entera, de una generación muy fuerte, de enraizadas convicciones religiosas, y totalmente dedicada a la familia, a sus seis hijos, yerno, nueras y trece nietos. Me entendió al instante. Le pedí si podía quedarme en su casa: «Solo faltaría. Mi casa es tu casa. Aquí te cuidaremos bien. Incluso tienes la habitación preparada...». «Además —seguía mi madre—, me va mejor que estés aquí que en tu casa. Aquí puedo ver cómo estás y qué necesitas, mientras que si estuvieras en la tuya debería coger el autobús...».

Mi nuevo dormitorio

Fui a ver la habitación. Me chocó, porque me di cuenta entonces de muchos detalles en los que antes no había reparado. Por ejemplo, en la colcha. La hizo mi suegra hace años para el apartamento que teníamos en Llívia. La bajaron mi hijo Ignacio y Fara, su mujer, hace poco de Bolvir. Se la pedí para la cama de la tía Nuri, que resultó ser la mía. Y se me había olvidado. Ahora, la colcha hecha durante tanto tiempo por mi suegra, me cubriría a mí. Y me encantó.

Cogí el coche, me fui a casa y me tumbé. El riñón empezó a sangrar cada vez más, lo mismo que el sábado. Yo pensaba: «Esto es por los meneos que te han dado. Ya estás diagnosticada y te operan el lunes, así que tranquila...». Era como una carrera de obstáculos: visualizábamos

uno, nos preparábamos para saltarlo y lo saltábamos. Todo hiper-rápido, pero lo lográbamos. Las cosas se iban encarrilando. Esa noche volví a dormir bien, y he seguido haciéndolo todos los días antes, durante y después de la clínica. Y sigo haciéndolo desde entonces como un lirón.

El sábado por la mañana, el teléfono sonaba sin parar. Lo tenía silenciado y contestaba las llamadas cuando podía. Fui a confesar, como cada sábado, y le conté al sacerdote lo que me pasaba. Él es mi confesor desde hace más de diez años y me conoce bien. «No te preocupes», me decía. «Nuestro tiempo es de Dios. Nuestra vida es un regalo. Él te quiere profundamente y estás en sus manos. Él te cuidará como siempre ha hecho». Y añadía: «Cuando te pongan en la camilla, piensa que estás tumbada de lado a lado en el altar del Señor y que Él es quien te opera valiéndose de las manos del cirujano...».

Mis nueras Cristina y Fara me acompañaron a El Corte Inglés a comprar alguna cosa para llevarme al hospital. Las dos son muy buenas chicas, inteligentes y unos bellezones. Son trabajadoras y muy buenas profesionales, y quieren muchísimo a mis hijos. Agradezco profundamente a mis consuegros el enorme tiempo que han dedicado a sus hijas. Eso se nota. Mi madre suele decirme: «Tú no has tenido hijas, pero ¡tienes dos nueras de una pieza!». Cristina es dentista, especializada en ortodoncia. Siempre sonríe, jamás pierde la sonrisa, y tiene un sentido común aplastante. Es morena, de pelo largo y estiloso, alta y muy guapa. Le encanta celebrar en familia todos los acontecimientos: santos, cumpleaños, todo tipo de fiestas, seguida siempre entusiásticamente por Xavi, que ve en ella la perfección. Fara es rubia y con unos asombrosos ojos azul-verdosos muy claros. Se graduó en Dirección de Empresas, y dirige una pequeña empresa familiar que acaban de montar, en plena crisis, innovando en temas dentales, porque su padre y su hermano son dentistas. Ellos aportan el conocimiento científico y Fara es capaz de hacer una empresa de todo ello. Mi hijo Ignacio también les ayuda.

Mis amigas, siempre cerca

Las llamadas y las visitas se sucedían. A mediodía apareció uno de mis sobrinos de Zaragoza con su novia, y se quedaron a comer, junto con unos amigos de mis hijos que querían verme y estar con nosotros. Mis nueras empezaron a encargarse de todo, como han venido haciendo desde ese momento. A media tarde vino Nuria, mi gran amiga del alma, recién aterrizada de Chile, y hablamos largo y tendido. A ella tampoco le asusta ni la muerte ni la vida. Yo lo sabía y anticipaba su reacción: incondicional, como siempre, a mi lado. Esa tarde hablamos otro rato y nos preparamos para la nueva etapa que estrenábamos: yo no podría

ayudarla como había estado haciendo hasta entonces, y a ella le tocaba continuar gran parte del trabajo que ella sola había iniciado también. No nos asustamos: el hombre propone, pero Dios dispone. Sabíamos que pasara lo que pasara, eso era lo mejor. Un poco más tarde llegaron mis amigas del IESE: Esther y Mireia, y Mª Carmen, otra incondicional. Yo sangraba mucho, pero estaba tranquila. ¡Cómo no iba a estarlo con ellas a mi lado! Decidimos merendar y celebrar que estábamos juntas.

La operación

El lunes a mediodía me llevaron al quirófano. Gloria estuvo allí mientras me anestesiaban, explicándome qué iban a hacerme... Me dijo que no pensaba estar durante la operación, que le daba corte. Pero más tarde me enteré que había estado y me alegré. Así tendríamos información fresca. La intervención duró una hora y media por laparoscopia. Yo, a quien la ciencia le gusta cuando es llevada por científicos humanos, quedé impresionada de que una operación que antes implicaba que le abrieran a uno de lado a lado, ahora quedara reducida a la mínima expresión.

Me fui despertando en la sala de reanimación. Medio consciente, miraba a mi alrededor, veía otras camillas y al personal sanitario yendo constantemente de un lado a otro de la sala, cuidando de los pacientes. Decidí que mientras esperaba el turno para que me subieran a la habitación, lo mejor que podía hacer era rezar el rosario y darle gracias a Dios por estar ahí.

Quien me conozca ahora, pensará que siempre he sido una persona religiosa... y no es así. Soy una conversa dentro del propio catolicismo, una persona a la que no le interesaba la religión, que cargaba contra la Iglesia, pero que, en el fondo, creía en Dios. Era un «algo» vago y difuso hasta que dejó de serlo, y se convirtió en una certeza de tal calibre que enderezó mi vida y le dio tal vitalidad que la primera sorprendida fui yo misma. Ya no era algo, sino Alguien quien me empujaba a la vida, con una alegría, un sentido del humor y unas ganas de vivir tan enormes que arrastraba.

Me subieron a una preciosa suite, digna de las revistas del corazón, que Gloria logró que me dieran. Me maravillaba, porque todo seguía saliendo muy bien dentro de la gravedad de la situación. Allí estaba toda mi familia, como de fiesta, solo que yo estaba recién operada. Ellos parecían no darse cuenta de que acababan de sacarme un riñón y, bien mareada, bendije la suerte de poder disfrutar de esa habitación con dos estancias. Por fin, alguien mandó callar a los ruidosos y los metió en la antesala del dormitorio, para que pudiera descansar.

Las nuevas tecnologías

Al día siguiente empezó una movida que no hubiera imaginado jamás. Fue tal la cantidad de gente que se movilizó para apoyarme y darme ánimos que el teléfono y el mail echaban humo. Yo estaba atónita. «¡No contestes!», me decían los que estaban a mi alrededor... Y yo les respondía: «¿Cómo no voy a hacerlo cuando la gente es tan amable?». Decidí comunicarme a través del WhatsApp y de sms. Benditas máquinas. Fueron —y siguen siendo— mis aliadas.

A los tres días me mandaron a casa: lo que antes suponía meses de recuperación se ha reducido de forma drástica con las nuevas técnicas quirúrgicas ideadas por ingenieros. La ciencia ha avanzado mucho, para gran suerte de los enfermos.

2. AFRONTAR LA ENFERMEDAD: ¿QUÉ TENGO EN LA MOCHILA?

El discurso de la fiesta de cumpleaños

Unos meses antes, a mediados de mayo, mis hijos y nueras organizaron una fiesta sorpresa con motivo de mi sesenta aniversario. Algo de eso temía que montaran, porque los conozco bien y sé que les gusta hacer felices a otros. Decidieron arriesgarse a pesar de mis señales negativas para que no lo hicieran. Como ocurre en estos casos, una amiga se encargó de marear la perdiz y de llevarme al huerto. Me dijo que le acompañara a una recepción con los cónsules de los países bálticos. Cualquiera que oiga ahora semejante excusa puede morirse de risa pero, en nuestro caso, podía ser verdad.

Estábamos en plena «campaña electoral» para la promoción de Nuria como miembro del CEDAW (Comité de la ONU contra la Discriminación de la Mujer), así que cualquier cosa era posible, incluso lo más insólito. Faltaba menos de un mes para que fuéramos a Nueva York para la elección que, providencialmente, no salió.

En ese ambiente festivo, me vi metida en una encerrona. El lugar era muy bonito, una masía en el centro de Barcelona con una amplísima terraza y un jardín repleto de plantas y flores. Al llegar me recibieron todos mis amigos y familia muertos de risa. En ese momento desconocía el papel fundamental que todos ellos tendrían en mi vida tan solo cuatro meses más tarde. A medida que avanzaba la noche, intuí que no me dejarían irme de allí sin decir unas palabras. Así que, entre plato y plato, decidí aprovechar unas reflexiones que me había hecho a mí misma unos días antes con motivo de mi cumpleaños, para hablar de la vida, de la mochila y de los recursos que vamos poniendo en ella con el paso de los

años.

Hablar sobre la belleza de la vida es algo que me gusta hacer. Disfruto con ella y con las oportunidades que nos brinda, y nunca dejo de sorprenderme ante las novedades que nos depara. Pienso que si la vida es bonita, ¿por qué no comunicar que lo es? Hoy la gente parece despotricar de todo lo que nos pasa, pero, de hecho, no hay nada tan interesante como la vida misma y no pueden desperdiciarse los pocos momentos que hay para hablar bien de ella sin que la gente bostece. Me fascina vivir una vida con las menos fisuras posibles, llena de jugo, sabrosa por la cantidad de pequeñas cosas y detalles que nos ocurren cada día. Hay que conocer dónde están sus resquicios para meterse por ellos y disfrutarlos.

Al terminar el parlamento, me di cuenta de que lo había acertado de lleno. A veces las cosas salen bien por casualidad. Durante los meses siguientes me encontré con varias personas que asistieron a la celebración y todas me dijeron lo mucho que les había ayudado el discurso.

En esa alocución se me ocurrió hacer un paralelismo entre la vida y un libro. Al fin y al cabo, la vida es como un libro con distintos capítulos. En la introducción se ponen las bases de todo, es la infancia, hasta los 10 años. El capítulo uno incluye hasta los 19. El dos es el de los veinte años, el capítulo tres el de los treinta, el cuatro el de los cuarenta, etcétera. En cada capítulo aparecen unos personajes y desaparecen otros. Hay personas a las que no ves durante décadas, y que al cabo de los años, vuelven a aparecer con mucha intensidad. Pero el protagonista, el hilo conductor de la trama, sigue siendo uno mismo, que va andando por la vida con una mochila a su espalda. Cuando le ocurre algo, abre la mochila para ver los recursos de que dispone: unas veces aparece una bebida, otras una tirita o una venda. Lo importante es que lo que tengamos ahí sea relevante para la supervivencia. Lo triste es cuando no encontramos nada.

En el discurso reconocí la importancia de los recursos que mucha gente dejó a lo largo de mi vida, y agradecí a mis padres y a la familia extensa lo que habían hecho por mí. Iba mirando las distintas mesas y veía cómo todos disfrutaban: sabían el capítulo en el que comenzaron a formar parte de mi vida y lo que cada uno me aportó. Muchos lo habían hecho al principio, antes de cumplir los diez años, es decir, en la introducción. Admití que había tenido la suerte de recibir desde pequeña muchos recursos, y de llevarlos todos en mi mochila cuando los necesité en las épocas más duras. Y también de saber dónde podía conseguir aquellos que no tenía.

Reubicación tras la operación del riñón

Soy una persona muy independiente y trabajadora; muy práctica. Lo

pasado, pasado está, y el futuro ya intentaré solucionarlo cuando llegue. Mientras tanto, me ocupo del presente, que bastante trabajo me da. La vida me ha dado muchos palos, sobre todo a partir de los cuarenta, y he tenido que espabilar a base de ir adaptándome a mil nuevas situaciones que van apareciendo todos los días. De hecho, soy una persona que se adapta y que se mueve muy bien en la incertidumbre, y esto me ayuda un montón. Pero eso lo descubrí más tarde.

Con el bagaje de conocimiento humano que fui adquiriendo a partir de entonces, me incorporé al campo de estudio de Nuria, el de Dirección de Personas en las Organizaciones. En el International Center for Work and Family (ICWF) los proyectos bullen. Hay tal efervescencia de planes, proyectos y peticiones, que nos resulta imposible parar. El equipo está formado por un grupo de personas entusiastas, con unas ganas inmensas de cambiar el mundo a mejor: nos da igual ser como David o unas minúsculas moscas frente a un *alien* cada vez mayor. Nuestro trabajo es un reto constante. En el momento de la operación yo tenía muchos planes y proyectos profesionales: un libro y un *paper* casi terminados, y dos libros más en la cabeza que queríamos escribir con Nuria. Somos muy conscientes de la necesidad de cambiar la cultura empresarial, para humanizar el entorno y que la gente pueda ser feliz.

Ahora todo estaba entre paréntesis, pero no me producía un daño especial. Suelo hacer lo que toca en el momento, y no me agarro a lo que podría ser o haber sido. Me parece una inutilidad y una pérdida de tiempo. Sabía que todo tiene siempre un porqué, incluso las enfermedades graves, aunque parezca que nunca llegan en el momento adecuado porque siempre hay cosas importantes que hacer.

Empezaba una nueva vida. De correr todo el santo día y trabajar como una loca, había pasado a mirar las musarañas y a escuchar mi cuerpo. A medida que pasaba el shock de los primeros días, y ayudada por mis grandes amigas, me fui centrando y pensé: «Estás en una nueva etapa de tu vida, un nuevo capítulo. Y este puede ser el último...».

La actitud frente a la enfermedad: vivir aquí o vivir allí

Al principio no sabía qué me apetecía más: vivir aquí o no hacerlo. Cuando uno está hecho polvo es más fácil morir que vivir. Uno se suelta y ya está. Me veía en mi funeral, oía las lecturas y me imaginaba la homilía del sacerdote. Pensaba que, al fin y al cabo, todos morimos. Y era mejor hacerlo a la edad que tenía porque me ahorraba todos los achaques de la vejez, soledad incluida. Me habían contado que muchas personas mayores mueren llamando a su madre, y me convencía a mí misma de que tenía la suerte de estar con la mía, que acudía a todas mis llamadas. Sin darme

cuenta había caído en lo que el psiquiatra me dijo que no debía hacer: anticipar hechos y engancharme en el futuro.

Sé de dónde vengo y a dónde voy. Mi vida y la de toda la gente que me rodea acabarán algún día. La muerte es lo más democrático que hay. Sorprendida, les preguntaba a mis amigas: «¿Cómo es posible que la gente ignore lo único cierto que le va a ocurrir a alguien que ha nacido, que es morirse?». Sé bien que muchos prefieren cerrar los ojos y no pensar en algo evidente que obligaría a tener que replantearse la vida entera. Simplemente, no tienen ganas y lo evitan. Lo que menos puedo entender es que piensen que, cerrando los ojos, eso ya no existe. Me parece pueril. Es como esos niños que se tapan la cara con las manos diciendo: «¡No estoy!».

Miro mi pasado y me gusta lo que veo. Llevo años tratando de mejorar como persona y como profesional. No he perdido el tiempo. Intento influir positivamente en mi entorno, a pesar de la enorme dificultad que supone hacerlo y de mis evidentes limitaciones. Lo que más me daña es pensar en mis hijos, y en todo el sufrimiento que han acumulado durante tantos años. Ahora se añadiría el que me fuera al otro mundo. Decidí que si se lo podía ahorrar, lo haría.

La gente se sorprendía al ver mi estado, y que la muerte no me alterara con la brusquedad que había llegado. Todos sabían que mi lucha actual por la enfermedad no era mi primera crisis, pero casi nadie sabía la profundidad, el calado, la hondura, la gravedad que supuso para mí la que había tenido lugar hace quince años. Ella fue mi auténtica lucha, la peor con diferencia, y de una dureza extraordinaria. Fue la madre de todas las crisis.

Se lo decía a una de mis amigas justo después del diagnóstico médico: «Me han dicho que tengo cáncer y eso es duro, pero enfermar es ley de vida. Lo auténticamente penoso fue sobrevivir a que mi marido nos abandonara. Era como si me hubieran partido la columna vertebral. Tuve que enfrentarme a lo incomprensible, a un sufrimiento de tal calibre que casi acaba conmigo. La vida completa se me vino abajo. Ahora, con el riñón, es el cuerpo el que no me funciona, pero esto es algo natural: siempre deja de hacerlo alguna vez. Lo más difícil de digerir es el mal causado por las personas. El daño producido por un terremoto, un accidente o un volcán causa sufrimiento, pero es algo natural. Lo peor es la maldad humana, por la irracionalidad que representa».

Una legión de amigos

Ese mes de octubre de 2012 tenía además a un montón de personas alrededor por el hecho de ser una profesional todavía en activo y metida

en mil temas distintos. Recibía un cúmulo de impulsos externos para vivir. Mis amigas, una tras otra, y mis hijos me empujaban a la lucha: «Eres joven todavía... Tienes mucho que hacer aquí...»; «haces falta aquí, no es momento de morirte...». Yo, que no era consciente de que hiciera ya falta a nadie en absoluto, me vi rodeada de repente por tal ejército de gente que me apoyaba y rezaba por mí que empecé a dudar y pensé que no les podía fallar. El comentario de una de ellas fue el detonante: «No me bajes los brazos, Maruja, ¿eh?».

Me di cuenta de que en mí se repetía la escena de Moisés. Cuando oraba con los brazos levantados, conseguía que el pueblo de Israel ganara terreno en la batalla pero, cuando el cansancio empezaba a afectarle y los bajaba, el ejército retrocedía. Para evitarlo, sus generales buscaron una piedra donde pudiera sentarse, y uno a cada lado le sujetaba los brazos en alto. Hubo momentos en los que ni siquiera me sentía así. Me veía como un paso de Semana Santa, la Dolorosa, al que los costaleros llevan a hombros y se turnan para hacerlo. No podía hacer nada. Yacía tan solo postrada en la cama. O lo hacían por mí, o yo era incapaz incluso de pensar. Pero mucha gente alrededor se prestaba a hacerlo, y peleaba para que yo pudiera conseguirlo. Sin saber por qué, descubrí que era el momento de la gente: eso era evidente. Debía dejarme guiar por otros.

Me llegaba información por todos lados. Mucha gente quería ayudarme, cada cual a su manera. Unos me sacaban a pasear, otros a comer, otros me traían flores y bombones... Se montaron espontáneamente cadenas de oración, y yo, desde la cama, alucinaba por semejante movida. Al principio no entendía el porqué de la enfermedad, aunque indudablemente eso no quería decir que no lo hubiera. Solo tenía que esperar y se me mostraría. Pero yo estaba bien despistada.

Me enfrentaba a una supervivencia física, y de eso no tenía la más mínima experiencia ni la más remota idea. Es más, solo de pensar en sobrevivir a un cáncer maligno, me entraban ganas de bajar los brazos e irme. Qué rollo: otra supervivencia, otra vez no. Estaba ya cansada. Había luchado muchísimo en mi vida y tenía las cuestiones básicas claras. Pero siempre hay un gusanillo dentro de mí: me gusta aprender, disfruto con ello. Así que, igual que en la primera supervivencia, decidí aprender de todo lo que me pasaba, de cada momento y circunstancia, de todas las personas y de mi propio cuerpo, al que no había escuchado en mi vida por carecer de tiempo. Decidí no perder comba.

La batalla iba a ser larga, me habían prevenido contra ello: «Esto es una carrera de fondo». Xavi me animaba también: «Mamá, tú eres una corredora de fondo, ahí te manejas muy bien, te mueves bien en el largo plazo y en medio de retos...». Mis consuegras me estimulaban: «Eres un todoterreno». Por todos lados me alentaban: «Eres fuerte...». Era tanta gente la que me decía lo mismo que yo casi no me reconocía: ¿No lo

veían? Me costaba muchísimo aceptar la lucha por la vida. Me parecía de locos. No tenía ganas de luchar de nuevo de forma titánica. Ya llevaba luchando de forma espectacular los últimos quince años, desde que mi marido se marchó. No sabía si, realmente, la muerte no compensaba la desmesura de la lucha que podría abrirse de nuevo ante mí. Me di cuenta de que lo que me tocaba desarrollar a tope era la paciencia con mi pobre cuerpo, porque mi tendencia natural es hacia la acción.

Después de la aparición de los segundos tumores decidí dejar las dos salidas abiertas: morirme o vivir. Cualquiera me valía, iba a permitir que Dios decidiera de nuevo por mí. Al principio me reboté con lo del riñón, porque pensé que me faltaban todavía muchas cosas por hacer. Pero, poco a poco, a medida que iban pasando los días, me daba cuenta de que sí y no. Además, yo estaba tan sumamente atendida, tantísimo, que continuar enferma ya no me parecía algo ni medio regular. Me dolía todo, pero lo aceptaba todo. Una de mis amigas notó mi cambio interior: «Te estás fortaleciendo por dentro...», me dijo muy contenta.

La vida y la muerte

Quince años atrás, la pelea por la vida me había cogido con el paso cambiado. Ahora ya no era así, porque se desarrollaba a otro nivel. Lo primordial y básico lo tenía ya solucionado. Hace tiempo que conozco a Dios y, lo que es mejor, Él me conoce a mí. Me fascina el más allá y pienso que la buena noticia de que los muertos resucitan, tendría que estar permanentemente en la portada de los periódicos.

De hecho, cuando me dijeron la gravedad de mi enfermedad prácticamente ni me inmuté. Sin embargo, en un instante, mi vida pasó frente a mis ojos a velocidades de vértigo y vi que, con bastante probabilidad, estaba casi al final. Tener tres hijos varones treintañeros, colocados profesionalmente y dos de ellos casados, me ayudó a centrarme. Además, sé que soy mortal, tengo asumida la muerte y la vida, y sé que la vida eterna está de alguna forma presente ya aquí. Sabía también que, si tenía que vivir, lo haría a pesar de cualquier pronóstico médico, y que si ya había terminado mi misión en este mundo, no viviría, y que tampoco pasaba nada.

Reflexionaba sobre el valor de la enfermedad, y sobre cómo Dios aprovecha cualquier cosa que nos pasa para nuestro beneficio. Me veía a mí misma como una gran catedral que Dios llevaba construyendo desde hacía tiempo. Me parecía que hasta ahora había construido conmigo todo lo grande. Me imaginaba la catedral de Milán sin los adornos y pensaba que, de ese modo, no dejaba de ser una nave casi industrial, grande y con poca gracia. Y así era yo ahora. Veía cómo en las catedrales la gracia y la

belleza venían de las cresterías, de las gárgolas, esculturas, pináculos, chapiteles... detalles que las identifican y hacen únicas. Yo me veía como una de tantas personas, y pensé que, a lo mejor, el trabajo de Dios en mi enfermedad sería hacerme una persona mejor. No lo sabía. Pero sí que debía colaborar como pudiera para que se hiciera realidad, por lo menos, no obstaculizándolo.

Pensaba también en las tradiciones de los muertos del Antiguo Egipto, y la importancia que daban al río Nilo. Los cristianos teníamos una visión mucho más simple y positiva: no bajábamos por el río hasta el Hades, sino que lo cruzábamos de la mano de Cristo plantándonos en la otra orilla, la otra dimensión, el Cielo, de un salto. El conocimiento del Cielo siempre ha sido algo que me ha llamado mucho la atención, me fascina: «Ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó por el corazón del hombre, las cosas que preparó Dios para los que le aman. A nosotros, en cambio, Dios nos lo reveló por medio del Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña, incluso las profundidades de Dios» (*1 Cor* 2, 9-11).

Esto me recordaba los negativos de las fotografías de antes. Cuando las mirabas a contraluz, todo eran manchas negras con contornos imprecisos... Pero al revelarlas aparecían los colores, todo era nítido y claro y la realidad cobraba vida. A veces me parece que el Cielo será algo similar: terriblemente familiar, que ya tenemos aquí y que allí veremos en un instante con una nitidez tremenda. Así que el pensamiento del Cielo, lejos de asustarme, me atraía.

Sin embargo, mi enfermedad transcurría en medio de la más densa oscuridad. Hubo una temporada en la que el purgatorio aparecía una y otra vez. Parecía que su presencia no me dejaba avanzar. Pero, pasadas estas tentaciones, vi un poco más de claridad. Y seguía adelante a pesar de no saber bien la dirección que llevaba.

Al cabo de un mes y medio de la operación, recibí dos cartas de las carmelitas descalzas del Monasterio de la Encarnación de Ávila. Santa Teresa ha sido un hallazgo en mi vida. Soy la que soy —y muchas de las cosas que he hecho— gracias a ella. Estuve en Ávila en un par de ocasiones con una buena amiga que tiene una hija monja en el Carmelo. Recibir sus cartas supuso para mí un alivio extraordinario. La firma de una de ellas, Teresa de Jesús, me dejó viendo visiones. Parecía que la misma santa Teresa, mi amiga de correrías, de risas, y una de mis principales maestras, me venía a buscar y a explicarme qué hacer en la enfermedad. Le mostré las cartas a Mª Carmen, numeraria del Opus Dei, que me ayudaba a mejorar mi vida espiritual, y me dijo que eran joyas, que las guardara.

Una luz en la oscuridad

Durante un curso de directivos al que asistí hace ya bastantes años, recuerdo un juego *outdoors* que se hacía en la playa. Para ello se delimitaba un espacio rectangular en la arena, en el que se colocaban dos cestas, una en cada extremo, y un poste en el centro. Los equipos estaban formados por dos personas. El juego consistía en que una de ellas, con los ojos tapados, debía encestar rodeando el poste central y siguiendo las indicaciones que la otra le iba dando desde fuera.

Esta simple imagen me llevó a pensar en la importancia de la dirección espiritual. Yo estaba fuera de combate, sin embargo contaba con que alguien desde fuera me orientara sobre qué hacer y hacia dónde ir. ¿Podía haber sido un médico? Sí, pero solo en temas médicos. Ahora se trataba de mi vida: y eso no era cualquier cosa.

Me ayudó recordar la importancia que santa Teresa concedía a la dirección espiritual y cómo ella seguía siempre a su director dijera lo que dijera. Localicé *Las Moradas* a través del iPad y decidí seguir de nuevo las indicaciones de la santa: iba a obedecer aunque no creyera realmente que fuera a sobrevivir. Me veía en medio de tinieblas, y ella me mostraba la luz. Decidí seguirla. A veces me da la sensación de que estoy en un pozo del que no puedo salir. Pero otras me doy cuenta de que Dios está conmigo, que me había echado un cable, me animaba y me iba a sacar de él. Debía colaborar con mi actitud, obedecer y confiar en que Dios seguía gobernando mi vida de forma espléndida, como había hecho en los últimos quince años.

Mª Carmen y yo hacemos ahora un tándem. Ya conocía las enormes ventajas de la dirección espiritual desde hacía muchos años, pero es en esta enfermedad cuando se ha mostrado como uno de los recursos de mayor importancia. Ella fue la única persona que consiguió que me decidiera a coger la vida con fuerza, en lugar de dejar caer los brazos. Me dijo: «Vivirás. Lo veo clarísimo. Pero tienes que luchar por recuperarte». Ante mis reticencias añadía: «Eso es cobardía. Tienes que vivir. Haces mucha falta aquí, no allí, y esta enfermedad va a ser un medio para llevar a mucha más gente hacia Dios». Me recordó que estábamos en el Año de la Fe. Me decía que Dios me pedía fe a raudales, que otros verían que valía la pena confiar en Él: Dios no es un convidado de piedra, sino un Médico que cura de verdad.

El *quid* de la cuestión estaba en hacerle caso a ella... o no. De forma que, frente a mi actitud ambivalente de querer vivir o no querer hacerlo, decidí optar por la primera, también por obediencia. Si me decían que iba a vivir es que iba a hacerlo. No podía perder el tiempo, ni lamentarme, ni lamerme las heridas o huir al otro mundo antes de hora. Me tocaba vivir con más intensidad y profundidad, aunque no entendiera nada de lo que pasaba y los médicos no estuvieran nada convencidos de que pudiera lograrlo. Pero había que probar. Tenía muy buenas razones para vivir y le

pedía a Dios salud y tiempo para poder terminarlas. Me gustaría poder decir a Dios cuando muriera: «Señor, todo está cumplido. He terminado lo que me mandaste hacer y para lo que vine al mundo».

Y es que, al principio de la enfermedad, tuve una sensación profunda de que todo lo que tenía entre manos estaba a medio hacer. Llevaba preparándome a fondo los últimos años. Me había doctorado en Dirección de Empresas con el objetivo de enseñar a los directivos a cambiar el entorno humano en el que trabajan. Había coescrito un libro hacía seis años con Nuria, gran amiga mía y pionera en la investigación sobre la conciliación de trabajo y familia en nuestro país. De todo este impulso creador con Nuria habían salido —y siguen saliendo todavía— cursos, conferencias, artículos en prensa, participación en mesas redondas, etc. Seguíamos profundizando ahora en el papel de la mujer directiva como elemento clave para el necesario cambio social. Estábamos terminando un nuevo libro, esta vez sobre sostenibilidad humana y ecología, cuando me dieron la noticia de mi enfermedad. Es como si el diablo me segara la hierba bajo los pies y no me dejara terminar lo que Dios quería y para lo que me preparaba... Parecía que las puertas se cerraban una tras otra ante mí. La última, la de la salud. Desde hace años, mi vida era una pelea de tal calibre contra el tiempo, que a veces no sabía si iba a ser capaz de aguantar.

Percibía que mi misión no estaba cumplida, al contrario, todo estaba dentro de mí a punto de florecer. No podía morir quedándome con toda esa riqueza dentro. Me daba la sensación de que iba a explotar si no la sacaba. Quería ayudarle, escribir, hablar con gente como hacía hasta unos meses atrás, contribuir como pudiera en la regeneración social de nuestro país.

El desarrollo de la enfermedad

Sin embargo, mi salud no me acompañaba. En Navidad tuve un resfriado grandísimo y una fortísima tos que provocó que se lesionaran mis costillas. Me fui a Bolvir[1] con las tres Nurias[2] pensando que me sentaría bien, pero el dolor en las costillas aumentaba. Nuria —madre— y yo estábamos tumbadas en sendos sofás con la esterilla eléctrica. Ella con un ataque de ciática muy fuerte. Nos mirábamos las dos y nos reíamos al vernos en semejante tesitura. A pesar de todo, durante los días que estuve en el Pirineo intenté llevar la vida normal que suelo hacer en Navidad: una cena en casa con mis consuegros, la cena anual que organizo cada 30 de enero con mis primos, y la tradicional cena de Año Nuevo en casa de Luis y Marta, unos buenos amigos. Pero esas últimas Navidades las pasé canutas, bien doblada.

El 2 de enero decidí llamar al oncólogo, porque el dolor de costillas aumentaba cada vez más y no paraba de toser. Me dijo que fuera a verle al día siguiente, fecha en la que tenía programado un TAC. En las pruebas, los médicos se dieron cuenta de que el cáncer había pasado a los huesos y que ese era el origen de tanto dolor. Decidí aprovechar el tiempo mientras me las hacían, ofreciendo todo el dolor y los picores por personas e intenciones concretas. Puse nombre a los tumores y, cuando me dolían, le pedía a Dios por la persona a la que tocaba. Recuerdo que me hicieron tres resonancias de veinte minutos cada una, todas seguidas. Cuando me metieron en el tubo le dije a Gloria: «¿Qué hago durante una hora?», y ella me contestó en plan de risa: «Concéntrate...». Y señaló con su índice la frente. Ella no tenía ninguna intención en lo que me decía, pero yo vi una indicación clara a aprovechar el tiempo: decidí que podía rezar las tres partes del rosario, ofreciéndolas por un montón de personas.

Los médicos iniciaron en seguida las sesiones de radioterapia, que me dejaron planchada durante unas semanas. Pero mis amigas seguían todas animándome y diciéndome que tenía buen aspecto y que adelante.

El resultado del TAC supuso un revés para mí, porque se vio que la primera medicación no había funcionado. Lloré de frustración y de pena por mis hijos, porque pensé que en cuatro días iban a quedarse solos. Se lo dije a mis hermanas y me contestaron que no me preocupara; ellas seguían allí. Seguía en un pozo, no tenía tiempo para nada de lo que me hubiera gustado hacer. Ya no veía salida, todo iba mal, no podría volver a escribir y tampoco vería a mis nietos. Solo a los recaudadores de impuestos quedándose con lo poco que fuera a dejar a mis hijos, y esto aún me ponía de peor humor.

Para colmo, me dio por pensar en el purgatorio: me veía allí siglos y siglos. Mª Carmen puso orden de nuevo: «Bueno, ya vale. Todo son tentaciones. Sácatelas de encima como si fuera un murciélago, de un manotazo». Me hablaba en positivo: del Cielo, de la gente que se confiesa, de la fe, del amor de Dios, de las indulgencias que podía ir ganando. «No te preocupes para nada», insistía.

La aparición de esos segundos tumores hizo que todos nos pusiéramos las pilas. Reuní a mis hijos y les dije que quería dejar los temas patrimoniales arreglados. Un amigo nuestro, notario, nos ayudó. A veces descuidamos los temas materiales y no los afrontamos hasta sus últimas consecuencias, por lo que, a menudo, dejamos los problemas a los que se quedan. Una amiga mía me contaba que su padre murió de repente y ahora tenían un lío monumental con sus hermanos por el patrimonio. Yo no quería en absoluto que mis hijos tuvieran el más mínimo lío, así que, con tiempo, nos pusimos entre todos a arreglar las cosas.

Veía que Dios me daba tiempo para poner orden en lo necesario, con prisas pero sin pausas. Si luego decidía que es mejor que siguiera en este

mundo no perdía nada: todo estaría ya arreglado. Ahora, un par de meses más tarde, debo decir que, con mis hijos y nueras, nos hemos unido mucho más, precisamente por haber afrontado todos juntos los problemas: la confianza ha crecido y entre todos hemos establecido criterios de actuación.

Después de la primera sesión de radioterapia, recibí la primera noticia buena en mucho tiempo: iba a ser abuela por primera vez. Dios aprieta, pero no ahoga. Ese niño o niña va a ser el primer bisnieto para las dos familias, así que mi cabeza se ocupaba ya de otras cosas, francamente mucho más agradables. Desde entonces, no hacemos más que mirar las ecografías que, mes a mes, nos muestran mi nuera y mi hijo.

Descubrimiento del sentido de mi enfermedad

Al cabo de unos días, con la *decisión de vivir* ya tomada, el mapa a seguir se fue despejando un poco. Unas amigas me pidieron: «Escribe tu biografía». Las miré con cara de sorpresa: «Pero, ¿no veis cómo estoy?», repetía. Yo no sabía por qué ni para qué, ni qué interés podía tener para nadie, pero ellas insistían. Una de ellas me indicó: «Has estudiado mucho y te han pasado muchas cosas en los últimos años. A lo mejor las dos cosas combinadas le sirven a alguien para algo...».

Quizás tuvieran razón, pero yo tenía muy pocas ganas de hablar de la enfermedad. No tenía ni la más remota idea de lo que representaba una enfermedad tan seria como la que tengo, ni conocía tampoco el terreno que pisaba. Además, tenía que sobrevivir. Tenía óptimas razones para ello: una misión a medio terminar, unos hijos a los que quería acompañar, una familia de la que tirar, unos amigos buenísimos y tres libros por escribir. Ante mí tenía, además, una sociedad a la que veía devastada y por la que sentía que tenía que hacer algo. Y no tenía las más mínimas ganas de ponerme a escribir ninguna biografía en medio de tanto jaleo.

Fue Mª Carmen la que más me animó y quien incluso me dio ideas de cómo empezar a hacerlo, porque yo vivía entre nubes y estaba postrada en la cama. Cuando ella me lo pidió vi que no tenía escapatoria. Me puse a escribir sin tener claro de qué iba a hablar. Sabía que Dios estaba detrás de todo ello, y tenía más que comprobado que era el único que nunca se equivocaba. Me reía ante su audacia. Solo a Dios se le puede ocurrir pedir cosas así en los momentos aparentemente más inoportunos.

Mi familia me veía con el ordenador, pero yo no les decía lo que estaba haciendo: bastante estaban pasando ya. Hubieran pensado que el *shock* me había dejado loca de remate. Decidí empezar a guardar memorias en distintas carpetas, que iría arreglando a medida que el libro fuera creciendo. Sin saberlo, había puesto el norte a mi enfermedad. Al cabo de

un par de meses, me fui dando cuenta de la importancia que tendría para mí escribir estas memorias y me fui entusiasmando. Era el *para qué* que necesitaba para poder afrontar con ganas la enfermedad. Tenía sentido, era otro reto y me apetecía muchísimo. Me ilusionaba pensar que en ellas podría dejar un legado a mis hijos y a mi nieto o nieta, un mapa de ruta que les ayudara a vivir, que les explicara quiénes eran y les diera ideas para ser felices. Es más: ese libro sería mi legado personal, lo de más valor que les podía dejar. Ese niño o niña, a través de las memorias de su abuela, sabría algo de ella. Y me lancé a escribir a toda velocidad: lo único que no tenía era tiempo.

A medida que iba volcando lo que me salía, me iba dando cuenta de que seguía el esquema que habíamos escrito con Nuria en *Dueños de nuestro destino* [3]. Estaba poniendo en práctica, simplemente, algo que enseñaba a hacer a los participantes de los programas del IESE: analizar el entorno, poner una dirección hacia la meta, ver con qué recursos contaba para llegar a ella, sopesar lo que me faltaba para conseguirlo, analizar en quién me podía apoyar y pensar en cuánto tiempo podría alcanzarlo.

¿En qué podría ayudar este libro a otras personas? Me parecía que a vivir la vida con ganas cuando esta se presenta llena de obstáculos que parecen insalvables. En mi vida he tenido dos buenas crisis: la de ahora y la de hace quince años, a raíz de que mi marido nos dejara. No sabía si mi autobiografía podría ayudar a otros, solo sé que he salido fortalecida de las dos, y que mi vida es mucho más llena que la que tenía antes. Tan solo por eso ya valía la pena intentar hacer el trabajo. Yo era y sigo siendo muy feliz, a pesar de todas las dificultades a las que he tenido que enfrentarme y me sigo enfrentando. Sí que es cierto que, para salir airoso de ellas, hace falta conocer una serie de trucos y no caer en un barranco. Eso es lo que pretendo enseñar al lector.

La hora de los demás

Ocho años atrás me hicieron una histerectomía. En ese momento, una amiga me dijo que debía dejar espacio para que otras personas me ayudaran. Aunque no hubo casi oportunidad —puesto que estuve muy pocos días en la clínica—, esa frase se me quedó grabada en algún sitio del cerebro y no sé por qué me volvió hace unas semanas. Estaba habituada a ir tirando yo siempre del carro familiar, y me he dado cuenta de que ahora ya no me toca tirar sola, sino que he de dejar que otros se hagan también cargo de él. Me parece que es casi un derecho que tienen los demás: cualquier persona necesita hacer cosas buenas por otros y tener ahí un espacio de mejora. Así que he optado porque todos tengan iniciativas y dejarles hacer. Lo que en absoluto pensé era que sería el

centro alrededor del que todo giraría. Sin embargo, había llegado su turno. Me sentía como san Pedro al que Jesús decía: «otros te llevarán donde tú no quieres». Dejé que me condujeran. Ellos, mis hijos, mis nueras y mi madre, hacen los planes y yo obedezco.

Pero nuestro mundo no comprende esto, solo mira el yo, yo y yo. La ayuda es interpretada como un signo de debilidad, cuando en realidad supone humildad, porque cuesta dejar que te ayuden, dejarse llevar y no mandar. Sin embargo, por ahí se crece también. Los niños deben ver que se hacen cosas buenas por los enfermos, los débiles y los abuelos.

Mi alegría ha ido creciendo conforme pasa el tiempo. Todos han ido asumiendo nuevos roles, han madurado, se han dado cuenta de qué pueden aportar. Todos se han ido implicando más y más, y están encantados. Lo que ahora nos ocurre es una paradoja: deberíamos estar tristes y cada vez estamos más alegres. Es el mundo al revés. Hemos llegado a ser una organización humana que aprende, y la gente que viene a visitarnos lo percibe. En la empresa se estudia que hay organizaciones humanas que «desaprenden». Eso es algo que suele ocurrir y que por suerte a nosotros no nos ha pasado.

Recursos en mi mochila para afrontar la enfermedad

En la crisis más profunda que he vivido apenas contaba con recursos. Es más, ni siquiera sabía que existieran. Lo más evidente es que de ella saqué cosas muy, muy buenas. A veces tanto, que me parecía mentira que de semejantes males pudieran salir tales bienes.

Por eso, cuando me dieron la noticia de mi enfermedad ya no me cogió desprevenida como la primera vez. Ahora sabía luchar, aunque no me apeteciera hacerlo. Sabía con qué recursos contaba y con cuáles no. Tenía experiencia sobre lo que debía y lo que no debía hacer para sobrevivir. Había aprendido a conocerme, a navegar en medio de aguas turbulentas y tenía los depósitos llenos, como explicaré en un próximo capítulo. Esta vez sí era consciente de que se precisan recursos para afrontar las crisis:

1. Recursos materiales y físicos
2. Recursos emocionales: sensibilidad, sentimientos
3. Recursos sociales
4. Recursos intelectuales (desarrollo de la inteligencia y de la voluntad)
5. Recursos espirituales (amor, belleza, bien, verdad)

Empecé tirando de los *recursos espirituales*, porque los tenía muy a mano. Cristo y yo somos buenos amigos desde hace muchos años. A veces

me pide cosas que ni puedo comprender, pero le sigo: casi me divierte seguir ideas fuera de lo corriente. Creo que en las enfermedades graves los creyentes solemos contar con ventaja, porque les damos un sentido que nos permite vivir tranquilos. Además, me acompañaban desde hacía años buenísimas amigas. Todas estaban ahí, las conocía bien. Sabía cuáles de ellas serían mis puntales y a qué tipo de gente no debía escuchar. También había ido aprendiendo de mi trabajo profesional los distintos tipos de recursos que tenemos las personas: los puntos fuertes y áreas de mejora. Y tenía en mi cabeza un modelo conceptual antropológico muy potente y claro: solo debía seguirlo.

Cuando se padece una grave enfermedad como la mía, se bendice el país en que se ha nacido y vivido. Nos quejamos mucho, pero, por suerte, la Seguridad Social y las mutuas siguen pagando los tratamientos. Si no hubiera sido así, me habría tocado vender mi piso. Es imposible pagar las burradas de dinero que representa una enfermedad como el cáncer, con tratamientos carísimos. Por otra parte, mi madre podía mantenerme en su casa, lo cual era otra inmensa ventaja. Y en mi trabajo entendían muy bien la gravedad de mi enfermedad, y desde el primer momento mostraron todo su apoyo. Así que todas estas preocupaciones se me quitaron de raíz y me permitieron centrarme en afrontar la enfermedad, sin que ningún otro problema lo impidiera.

Contaba también con algunos *recursos físicos*: no era demasiado mayor, era muy vital y mi cuerpo aguantaba mucho. A partir de la operación fui perdiendo fuelle, porque el cáncer se fue complicando. Pero cuidaba mi físico: fisioterapia, llevaba el pelo limpio, me ponía buenas cremas y seguía todo el protocolo para el cuidado del cuerpo que me habían dado en la Residencia Sanitaria del Valle de Hebrón de Barcelona. Como iba muy pringosa, decidí comprar unas zapatillas de algodón que fueran a la lavadora. No quería abandonarme, y todos los de mi entorno me ayudaban a conseguirlo.

Yo me cuidaba, pero desconocía mi cuerpo. Nunca lo había escuchado, era un lego en la materia y ahora pagaba las consecuencias. Aprendía por prueba y error. Descubrí que debía levantarme precisamente por el lado que me dolía. A veces encogía las piernas para saltar de la cama. Otras, para meterme en ella, me recostaba y deslizaba las piernas. Cuando el cáncer me pasó a los huesos, en Navidad, la movilidad se me complicó de una forma extraordinaria. No sabía qué hacer. Antes de moverme debía pensar cada posición, porque el dolor era muy intenso. Pero, aun así, encontré posturas que me permitían conciliar el sueño, aunque debía prestar tanta atención a todas ellas que, hasta que las encontraba, no vivía. Valoraba los puntos de apoyo: la cabeza, la cadera, los pies, las rodillas o cruzar las piernas para poder cambiar el peso del cuerpo en la cama. En enero de 2013, los médicos me dieron radioterapia y medicación

contra el dolor y, poco a poco, fui recuperando la movilidad y despidiendo una tos de bronquios que no me sacaba de encima. Hasta que tuvieron que radiarme de nuevo, al cabo de un mes, y pasar una temporada en silla de ruedas.

Tuve además muchísima suerte con todos los médicos. Me encontré con profesionales de una pieza, gente dedicada al paciente en cuerpo y alma. Mi oncólogo, el Dr. Carles, es un buen ejemplo de ello. Cuando le agradezco sus cuidados se sorprende. «No —le contesto—, no todos los médicos son como tú, que tienes un interés real en mí: me empujas a llamarte a cualquier hora de cualquier día de la semana, me cambias la medicación a medida que me salen cosas y estás al pie del cañón como nadie». Es un médico vocacional.

También tenía *recursos sociales*. Todo el mundo, por unanimidad, estaba de acuerdo en que lo que me pasaba era una faena, algo negativo. Ahora contaba con una legión de personas a mi alrededor que coincidían totalmente en que lo que me ocurría era malo, un desastre, y más siendo joven. No pasó eso en la madre de todas las crisis.

Un nuevo tipo de gente apareció en mi vida, dándome buenos consejos: eran los especialistas en cuidar el cuerpo. Personas que sabían qué hierbas tomar, qué tipo de masajes dar, qué alimentos eran los mejores... Yo escuchaba a todo el mundo; me parecía todo una auténtica novedad.

Poco a poco se formaba a mi alrededor el Equipo A familiar, una red tupida, cada vez más trabada y fuerte.

[1] Bolvir es un municipio de la comarca de la Baja Cerdaña, en la provincia de Gerona, muy cerca de la frontera francesa.

[2] Mi amiga del alma, Nuria Chinchilla, su madre Nuria y su hija Nuria, a la que familiarmente llamamos Beibi.

[3] Chinchilla, N. y Moragas, M., *Dueños de nuestro destino*, Ariel, 2009.

3. EL REGRESO A MIS ORÍGENES

La belleza y la enfermedad

Cuando la enfermedad apareció en mi camino, reconocí de nuevo la importancia de la belleza y del silencio para mi nueva supervivencia. Había experimentado ya su poder curativo y, de forma instintiva, volví a refugiarme en ellos. Necesitaba de nuevo toda su energía reparadora, porque un cáncer de riñón con metástasis no es en absoluto hermoso.

Todo lo bello me seduce: la música, las combinaciones de colores, las formas, las texturas... Me gusta la elegancia, la exquisitez, con un toque de sencillez. Hay mesura ahí, orden, armonía. Muchas veces pienso que si no hubiera estado rodeada de belleza, hace años que me hubieran metido en un psiquiátrico. Lo bello me cura, me anima, me tira para arriba, me lleva a otras épocas, a lugares recónditos o cósmicos y me hace volar. Salgo del dolor y de la cutrez que a veces me rodea. He sobrevivido a la dureza extrema de la primera parte de los últimos quince años gracias a ella.

Este es otro de los motivos por los que estoy tan bien ahora, en casa de mi madre. Cuando llegué de la clínica, me metí en la cama entre unas sábanas de algodón con el embozo bordado, tan finas que casi crujían. «Las mandó hacer tu abuela Elisa en Mallorca cuando nos casamos papá y yo...», me dijo mi madre. De eso haría ahora sesenta años. Ella no sabe hasta qué punto aprecio yo todo esto: los materiales, los bordados, la finura, el cuidado. Puso lo mejor para su hija enferma, en un instinto de contrarrestar la fealdad de la enfermedad. Me da lo que más necesito en este momento: estar sumergida de nuevo en la belleza.

¡Qué bien se está en esa cama! Una vez tumbada, descubrí cosas nuevas en las que no se repara cuando se corretea por la casa en el día a día. Miraba a mí alrededor, los muebles, los cuadros... Uno de ellos es un

regalo que le hicieron a uno de mis bisabuelos cuando se casó. Los motivos son muy de su época —finales del XIX—, con unas rosas en un jarrón y una hoja de un calendario en el fondo. El marco es bonito y el cuadro, armonioso de colores. Empezó una especie de *revival*: estaba en la cama y, con unos ojos inmensos, miraba todo lo que ocurría alrededor de mi nuevo dormitorio; me metía en todo y me fijaba en todo. Era mi alimento.

La enfermedad y el paso del tiempo

Los primeros días de la operación y de la recuperación estaba tan cansada que solo quería descansar. Además, me costaba muchísimo moverme y me dolía todo el cuerpo. Enfoqué esa época como la de las vacaciones que nunca pude tener en un balneario en el que te cuidan. Tampoco estaba tan mal: «Estás en un año sabático». Y con ese ánimo me enfrenté a la nueva situación.

En la enfermedad, el tiempo fluye, no hay estrés. Lo importante de la agenda son los días en los que hay que hacer análisis, las visitas a los médicos... Me adapté a los nuevos horarios. Pensaba que ahora vivía en el no-tiempo, un modo de vivir al que no estaba acostumbrada. Es como estar en la época de las abuelas. Lo primero que observé es que la vida tiene distintos ritmos. A veces va rápida y a veces no. Me tocaba frenar mi frenético ritmo de trabajo y centrarme ahora en mi recuperación. Descansar, comer y dormir se transformaron en mi nueva ocupación profesional. Me puse un horario que cumplía al pie de la letra. Todo estaba preparado y adecuado al descanso. Pero era tanta la gente que venía a verme que decidí poner un horario de visitas en mi agenda, y dar horas para poder dedicarme a quien viniera. «Ya es el colmo que tengas que tener hasta carnet de baile», me decían mis amigas, muertas de risa.

Mi madre estaba asombrada: «La cantidad de cajas de bombones que te han regalado en este tiempo no me la han regalado a mí en toda la vida». Es una evidente exageración, pero esto muestra hasta qué punto venía gente a casa. Hubo un momento en que lo hacían por parejas: madres e hijas. Y acabábamos en dos círculos, todas merendando y tomando el té. Las abuelas estaban felices de poder hablar de sus cosas, y nosotras también. Como mi madre y yo compartimos amistades, las madres de mis amigas tomaban el té junto con ella mientras las hijas charlábamos y nos reíamos en mi habitación.

El regreso a mis orígenes

Desde mi lecho de enferma sigo mirando alrededor. En casa de mis padres todo lo que me rodea me es familiar, es parte de mí misma: los cuadros, las fotografías, los muebles..., muchos con una historia que se remite a mis abuelos y bisabuelos. Nadie de los que veo fotografiados es ajeno a mis propias raíces; muestran mi pertenencia, mi identidad. En estos momentos me doy cuenta de la gran diferencia que hay entre pertenecer a una familia porque realmente se forme parte de ella, y pretender que la familia sea una unión puramente emocional o sentimental, algo que se produzca por el mero deseo de que así sea. Yo era una parte muy viva de mi familia; todos lo éramos: mis hijos, mis hermanos, mis amigos, y todos nos fuimos sorprendiendo gratamente al comprobarlo.

A los pies de la cama hay un tocador isabelino, de los llamados de «la Ditada». Aunque no es una gran pieza, es bonito, siempre me gustó. Lo recuerdo en la habitación de mi abuela Elisa, en la masía de Barberà, a la que llamábamos la Torre, o simplemente Barberà, por ser el nombre del pueblo más cercano. Era una costumbre catalana llamar «torres» a las segundas casas, fuera de la ciudad. Pero la nuestra era una torre defensiva de verdad, del siglo XVI. Se llamaba Torre d'en Gorchs. La compró mi bisabuelo en 1876 y pasó a manos de mi padre y de mis tíos. Alguien adosó una masía en el siglo XVII, con una ventana gótica aprovechada de algún lado, de esas que por dentro tienen unos bancos de piedra laterales, de los «festejadors», como se denominan en catalán. Esa torre renacentista y la ventana daban un especial carácter a la silueta de la masía.

El bisabuelo Josep mandó construir un recinto rectangular alrededor de la masía, con unas enormes puertas de hierro que cerrábamos por la noche para evitar que no entrara nadie. En los laterales del recinto vivían los animales y se guardaban los utensilios de la caballeriza y la labranza. Recuerdo que de pequeña me despertaba pronto. No quería perderme ninguna de las faenas que tanto me sorprendían: el pastor sacando a pastorear los corderos, cómo ordeñaban las vacas y echaban pienso a los cerdos, gordísimos y rosados, con un hocico redondo y plano que me parecía ridículo. Recuerdo el mal olor, pestilente, y cómo les preparaban para comer una espesa papilla. También había dos caballos, conejos y gallinas, que vivían de miedo, como casi ningún animal vive hoy. De día estaban en el gallinero. A veces nos metíamos dentro de él con los masoveros, para ver cómo Roser, la masovera, les daba maíz para comer. Me sorprendían los andares chulescos del gallo, con un plumaje azulado en el cuello sobre el color caldera de las plumas del cuerpo. Al atardecer, Roser las sacaba del gallinero, asustándolas para que se metieran en una cámara oscura, con techo muy alto, en donde había un gran palo sobre el que dormían.

Otro de los lados lo ocupaba la bodega, de considerables dimensiones

para ser de una masía. Durante la guerra había sido la cooperativa vinícola del pueblo. Íbamos con los masoveros en carro hasta los campos para ver vendimiar. Recuerdo la prensa y a los mozos, con los pantalones arremangados, pisando las uvas. También cómo, de vez en cuando, se hacía la matanza del cerdo. Otras veces mataban corderos, gallinas o conejos. Lo vi en contadas ocasiones, porque me sentía incluso mal, me parecía una salvajada.

Había además una gruta debajo de la casa, a la que se accedía a través de una empinada escalera excavada en la tierra. Creo que, en su origen, servía para almacenar comida, algo así como una especie de nevera. El camino se bifurcaba en un momento dado. Al final de cada camino había como una pequeña glorieta redonda, con un banco alrededor hecho de arcilla. Bajábamos con velas y, con el humo, dejábamos nuestra impronta en el techo. Había firmas de montones de personas hecha con el humo de la llama. Resultaba misterioso y emocionante bajar hasta allí. Nos llevaba al túnel del tiempo. En Barberà, mi abuela Elisa se pasaba el día ordenando armarios. En la torre todo era viejo, muy viejo y muy grande. Tenía muchas camas, porque allí vivía mucha gente. Con los años, ese mundo rural pasó, y mi abuela decidió construir una piscina dentro del recinto, como reclamo para que los hijos y nietos fuéramos a su casa.

Mi abuela tenía una devoción especial por la familia, a la que cuidaba de forma extraordinaria. Tuvo diez hijos, de los que sobrevivieron siete, cinco varones y dos mujeres. Mi padre era el segundo. La familia estaba más que unida y eso era lo que transmitía mi abuela a todos sus hijos: lo primero, la familia. Fui testigo de cómo se esforzaba por crear un entorno favorable a las relaciones familiares y cómo lidiaba con tanto hombre. Enviudó joven. Mi abuelo era médico, el primer traumatólogo dedicado a la medicina deportiva del F. C. Barcelona. No era frecuente en esa época que hubiera demasiada gente universitaria y, menos aún, médicos. En mi casa, gracias a Dios y por suerte para mí, hay muchos.

La familia de mi padre

La familia de mi padre por parte materna, es decir, de mi abuela Elisa, eran empresarios que se dedicaban a la confección de tejidos, como tantos otros catalanes de la época. Mi tatarabuelo Josep Oriol Badía fundó en 1867 el Vapor Badía en Sabadell, una de las primeras fábricas textiles laneras que funcionaba con máquinas de vapor, hoy convertida en biblioteca. Mi bisabuelo Josep Badía fue un importante industrial de Sabadell. Él fue quien compró Can Gorchs. Construyó el complejo fabril Badía en Ripoll, con una presa de agua del río Ter, acueducto, carretera, las naves industriales y habitáculos para los obreros y para él. Fue

miembro del consejo de administración de Ferrocarriles del Norte y presidente de la sociedad «Crédito y Docs». Tuvo ocho hijos, de los que cuatro murieron muy jóvenes. También su mujer, mi bisabuela Elisa Pons, falleció siendo relativamente joven.

Mi abuela Elisa Badía era una mujer eminentemente práctica, muy culta, a la que le encantaba leer. Era callada, serena, obstinada para muchas cosas. Me entendía con ella con solo mirarnos. Nuestro modo de ser era muy parecido: ninguna de las dos hablaba demasiado. Tenía una gran ascendencia sobre mí, porque yo la admiraba. Recuerdo la primera vez que me puse bikini en la piscina de Barberà. Me miró con cara disgustada, muy seria y me dijo: «No, tú no». Yo me reí, y continué como si tal cosa, pensando que era una carroza. Sin embargo, sus palabras penetraron en mí como un punzón, y se quedaron clavadas en mi mente. Treinta años más tarde surtieron efecto, y pensé que mi abuela, que ya había fallecido, tenía razón. Desde entonces usé trajes de baño de una pieza. Esto me lleva a pensar la gran influencia que tienen los abuelos en los nietos.

Mi abuela no había tenido una vida fácil. Se quedó sin madre siendo niña a raíz de una epidemia. Estuvo interna muchos años en el Sagrado Corazón de Sarriá, donde cogió unas fiebres reumáticas que acabaron por dañarle el corazón y deformar muchísimo sus manos y sus pies. A pesar de ello seguía haciendo ganchillo como si tal cosa. Era devota de la Virgen de Montserrat y se sentía orgullosa de ser catalana. De esta devoción proviene la Virgen que está en mi cuarto de enferma, la *Mater Admirabilis*, que me cuida día y noche como hizo con mi abuela. Hoy solemos olvidar que la enfermedad y la muerte eran compañeras asiduas de nuestras familias hace tan solo un siglo.

Tomaba té, porque no resistía la leche y, cuando íbamos a verla, siempre había cosas apetitosas para merendar. Su casa era abierta y acogedora. Lo que más le gustaba en el mundo era tener a su familia alrededor. Mis tíos y tías estaban muy unidos a ella y entre ellos. No recuerdo discusiones, aunque supongo que las habría. Unos y otros hacían siempre esfuerzos para entenderse, olvidar y perdonar. Crecí con la vivencia y una idea muy clara de que la familia es sagrada e inviolable, lo más importante que tenemos y lo primero que hay que cuidar. No me cabía otra cosa en la cabeza. Esa gran familia, compuesta por catorce mayores y veintiséis nietos, es una de las mejores herencias que me han dejado.

Se casó con mi abuelo Emilio, cirujano traumatólogo y una persona con una gran conciencia social. Al no existir entonces la Seguridad Social, él ideó y promovió la Mutua Sabadellenca d'Accidents de Treball en 1916 con el fin de paliar los frecuentes accidentes laborales. Fue su primer director.

En 1923 se instaló en Barcelona con toda la familia. Allí se interesó por los deportistas, desprotegidos también en el campo sanitario. Se centró en los futbolistas, dada su vinculación con la Federación Catalana de Fútbol, y fue uno de los pioneros en Catalunya y España en medicina deportiva. En 1928 entró en la junta del F. C. Barcelona, club del que fue médico durante unos años. En 1930 se creó la Mutual Esportiva de Catalunya, que atendía también a boxeadores, ciclistas, atletas y jugadores de rugby. Participó también en entidades cívicas, profesionales y deportivas. Perteneció desde su fundación al Sindicato de Médicos de Catalunya, donde fue tesorero. Ejerció como cirujano en numerosas clínicas privadas en Barcelona. Fue profesor de Traumatología del deporte, especialidad sobre la que publicó numerosos trabajos en revistas médicas nacionales e internacionales, y miembro de la Sociedad de Cirugía de Catalunya.

No le conocí, ya que murió antes de que yo naciera, pero siempre le he echado en falta. Me hubiera gustado mucho conocerle, porque siempre oí hablar muy bien de él.

En la familia Moragas abundaban los profesionales, gente con carrera universitaria que ejercía su profesión. Mis dos tías eran maestras de escuela. Una de ellas, la tía Elisa, montó una escuela que dirigió hasta su jubilación. Era nuestra tía soltera y la queríamos mucho. Convivimos con ella en Barberà, en casa de mi abuela y en casa de mis padres.

La familia de mi madre

La familia de mi madre era de fabricantes de tejidos en Terrassa. Mi bisabuelo Freixa era un hombre culto, aficionado a las artes plásticas, a la cultura y, sobre todo, a los libros. Construyó y vivió en la Masía Freixa, claro exponente del Modernismo catalán[1]. Mi abuelo José era el hereu, y allí fue a vivir también cuando se casó con mi abuela, Mª Dolores Martín-Fernández Torrella, la segunda Maruja de la dinastía. La primera Maruja, su madre, mi bisabuela Mª Dolores Torrella de Sagrera, de Terrassa, se casó con Dionosio Martín-Fernández Tongue, de Gran Canaria, aunque su madre era de origen inglés. Yo diría que los ojos azules que hemos heredado tantos hermanos y primos deben de venir de aquí. Enviudó al cabo de no demasiado tiempo. Mis abuelos se casaron cuando ella tenía 18 años y él 30, después de un flechazo un año antes en un baile de disfraces. Vivían muy bien, nunca les faltó de nada. En casa de mi madre se conservan todavía unas preciosas copas de plata que mi abuelo ganó en un rally, y otras de golf ganadas por mi abuela.

Mi abuela Maruja, a la que llamábamos *abita* —de abuelita—, tocaba el piano muy bien. No era de extrañar, ya que tuvo de maestro a Enrique Granados. Eran conocidas las veladas musicales en la Masía Freixa,

generalmente dedicadas a Wagner. Mi abuela hablaba siempre de su marido como el gran amor de su vida. Cuando mi abuelo murió, a los cincuenta y pico años, víctima de un cáncer, mi abuela perdió la alegría de vivir. Cerró el gran piano de cola que tocaban los dos a cuatro manos y no volvió a abrirlo jamás. Me parece que oír a mi abuela repetir tantas historias en las que no paraba de mostrar su amor por su marido hizo que yo estuviera más predispuesta a repetir ejemplos como el de ella.

Mi madre, Mª Dolores Freixa Martín-Fernández, es la tercera generación de Maruja. La familia ponía el nombre de la madre siempre a la hija mayor. Yo soy la cuarta y última, ya que solo tuve hijos varones.

Mi abuelo había muerto cuando yo nací, y la abita era el prototipo de mujer elegante y refinada de su época. Tenía muy buen gusto, modales y un modo de hacer de una auténtica señora. Cuando yo era muy pequeña, la Masía Freixa era todavía la casa familiar. Durante la guerra, tuvieron que irse de allí por inseguridad. Habían llegado a poner una bomba en el jardín y mi abuelo decidió no poner más en riesgo a su familia. Alquiló un piso en Barcelona y se trasladó con todos allí, aunque él tuvo que esconderse durante unos meses, ya que lo buscaban para matarlo. Al final, la familia entera acabó en San Sebastián, como otros miembros de la burguesía industrial catalana de esa época. He oído mil veces a mi madre contarnos cosas de cuando vivían allí.

Al morir mi abuelo, la situación económica de la familia cambió mucho, aunque yo siempre viví muy bien. En verano, íbamos un mes a Sitges a casa de la abita, que estaba construida en primera línea de mar. Mis abuelos la compraron en 1919 y fue de las primeras que se construyeron en la urbanización Terramar. Es de estilo Novecentista, con fuerte influencia italiana. Mi madre nació allí en agosto, por pura casualidad: a mi abuela se le adelantó el parto. Allí pasábamos largos veranos perezosos, pero con unos hábitos marcados: las horas de desayunos, comidas y cenas. Los domingos hacíamos aperitivos y, excepcionalmente, comíamos a las tres.

En verano mi abuela solía ir vestida de blanco. Jamás se quitaba el solitario ni un collar de perlas de doble vuelta que le regaló mi abuelo. Siempre llevaba medias, aunque nos ahogáramos de calor. Solía decir que la gente mayor tiene unas piernas muy feas, y no las quería enseñar. Tenía el pelo blanco que recogía en un moño muy particular, muy «suyo», discreto, que le favorecía mucho. De joven, había sido un bellezón, y seguía siendo muy guapa a pesar de la edad. No bajó jamás a la playa porque le horrorizaba el sol. Siempre estaba en casa, paseando por el jardín, cogiendo higos para desayunar o cortando flores, con las que hacía unos bonitos ramos. Por la tarde caminaba por el Paseo de Sitges, que seguía prácticamente igual con el pasar de los años, aunque con mucha menos gente.

Cuando yo era pequeña íbamos en verano a casa de la abita los seis hermanos, mis padres y las dos chicas que teníamos de servicio. Allí nos esperaban mi abuela y su fiel Antonia, que estuvo a su lado veinticinco años hasta que murió. Cuando era pequeña, mi abuela disponía además de la ayuda de otra chica, así que contábamos con cuatro personas de servicio para diez en la casa, porque con ella vivía un hermano suyo enfermo. Además, en la portería, vivía una familia con dos hijos. Ella ayudaba en la casa y él cuidaba del jardín y de la caseta de la playa. El jardinero venía uno o dos días por semana para podar los setos de las paneras y para regar el jardín. Se puede comprender que no entendiera bien cuando me hablaban de épocas económicamente mejores.

Por la mañana me despertaba el rastrillo que el portero pasaba a la gravilla que rodeaba la casa. Me levantaba pronto e iba a ver si mi abuela se había despertado ya. Si no era así, me quedaba sentada en la escalera, junto a su habitación, a la espera de oír ruido. Entonces entraba con ella. Me gustaba mucho su cuarto. Oía los pájaros, el viento que entraba por las verdes persianas de madera trayendo el salitre y el rumor del oleaje, a pesar de que su cuarto no daba al mar, sino al jardín. Nos quedábamos hasta la hora de desayunar y entonces bajábamos al comedor, donde nos esperaban unos panecillos que traían del pueblo cada día. Me encantaba el pan tierno y, cuando oía la moto del repartidor, bajaba corriendo a desayunar. Tenía un hambre terrible. Desayunábamos las tres generaciones juntas, y hablábamos rato y rato.

En Sitges había unas rutinas muy marcadas. Recuerdo, por ejemplo, la merienda. En casa de mi abuela Antonia nos daba la merienda a la hora que tocaba, ni un minuto antes ni uno después. Nos subía los panecillos con chocolate por un ascensor de comida que llegaba desde el semisótano, donde estaba la cocina. Mis hermanos, mis primos y yo esperábamos hambrientos en el primer piso —donde estaba el comedor— la llegada del ascensor con el cesto preparado por Antonia. En Sitges todo estaba medido y con unos horarios marcados. No como ahora que los niños comen lo que quieren, a la hora que más les apetece y en la cantidad que desean.

El comedor de Sitges tenía dos paredes acristaladas. Una daba al mar, y la otra al jardín, a la zona de las moreras. La casa tenía los techos altos. Las puertas y ventanas eran de estilo inglés, a cuadros, muy pesadas de limpiar porque además de haber muchísimas, junto al mar hay mucho salitre. Mientras hubo tanto servicio, ni me enteré. Pero cuando empezó a escasear, nos hinchamos a limpiar cristales.

El comedor y el salón estaban separados por una enorme puerta corredera de doble hoja, también de madera y cristales, con unos preciosos tiradores de latón. Unos visillos sujetos por dos barritas de latón, arriba y abajo, aseguraban la independencia entre los dos ambientes.

Durante el día íbamos cambiando de sitio de estar, según el calor. Por la tarde, tomábamos el café en el jardín, alrededor de una mesa de mármol blanco sobre pies de hierro pintados del mismo color. Eran horas tranquilas, perezosas... El jardín olía a pitusporum, a ciprés, a pino, a laurel, a limones, a jazmín... Por la tarde íbamos a pasear o a hacer excursiones por la riera, llena de tomillo y romero, donde había un puente colgante de madera que nos apasionaba. Los jardines de las casas de Terramar huelen de una forma especial. El olor de las plantas y flores se mezclan con el característico de las hierbas aromáticas del Mediterráneo. Tengo esos olores incrustados en mi memoria. Estoy convencida de que si me taparan los ojos y me llevaran a Sitges sin saberlo, lo reconocería.

La educación y el servicio

Alguna vez he pensado en los señores. Quizás mi idea sobre ellos sea excesivamente romántica, pero si hay un tipo de persona que me suele fascinar esa es la del señor. Lamentablemente, en nuestro país su existencia ha menguado hasta el extremo de que hoy es muy difícil dar con uno. Hubo abusos, es bien cierto, y debían corregirse los excesos. Pero la lucha de clases y el odio causaron estragos. Creo, sin embargo, que se debería reflexionar sobre la esencia del señorío, porque nos hemos quedado en los señoritos o en las formas, y al pretender corregir los abusos, nos hemos ido al otro lado, a la vulgaridad. Todos somos tan iguales que acabamos siendo todos del montón, comiendo las palomitas en cubos, yendo en chanclas, con camisetas sin mangas y por fuera del pantalón.

El señorío tiene que ver con la educación, la mesura, los buenos modales, la exquisitez, la sencillez, el buen gusto y sobre todo con la atención y el respeto a los demás. Mi madre es muy sencilla y tiene un gusto exquisito. Durante este tiempo muchas de mis amigas han conocido a mi madre. Una de ellas comentó: «Tu madre es una señora de los pies a la cabeza». Ser una señora me parece que es lo que mejor la define. Ser «señor» implica muchas cosas. La calidad humana, el señorío interior, se reflejan externamente, en la elegancia y en las formas. Hoy nos quedamos con lo puramente externo, en las formas y el poder. No llegaré a entender qué nos pasó en el camino para que, como generación, hayamos perdido el señorío que teníamos.

La vieja Europa es ahora caduca, se ha vulgarizado, ha perdido su encanto y atractivo. Se ha pasado de rosca y es por eso que no se nos respeta ni admira en el resto del mundo. Actuamos como los «sabelotodo» de casa rica, que acaban tirando por la ventana la herencia. Por supuesto que habría que cambiar mil cosas en la economía y las relaciones sociales.

Pero ser señor va mucho más allá de pertenecer a una determinada clase social, de tener dinero y poder. Hay gente muy sencilla que tiene un fondo terriblemente señor. Le pueden faltar las letras, pero son humanos y están llenos de valores y finura. Si además tienen estudios y buen gusto, mejor que mejor, pero con frecuencia la gente suele perder la humanidad cuando se deja gobernar por el dinero y el poder. Será que se creen que lo que tienen es por mérito propio o por cuna. Pero si no hay esfuerzo personal y lucha por mejorar, no tenemos nada. Conseguimos igualarnos pero por abajo, por las palomitas y las chanclas en lugar de por arriba, por la cultura y la educación personal. Una de las cosas que me gustaban más era la relación que había con el servicio. Hoy incluso la palabra suena peyorativa, porque detrás hay un soterrado concepto de lucha de clases todavía muy mal digerido. Todo lo que huele a servicio es denostado. Pero si perdemos la noción de servirnos los unos a los otros, ni siquiera funcionaría la economía. De hecho acabamos comprando en la tienda de al lado: donde te sonríen, te llevan la compra a casa y, encima, pagas menos.

En mi familia se valoraba y respetaba a las personas, eran como parte de ella. Mi abuela ingresaba a Antonia el sueldo de un año por adelantado. Se suponía la fidelidad mutua. Cuando fui con mi madre no hace muchos años al cementerio de Terrassa, me sorprendió que en el panteón de mis abuelos estaba enterrada una chica de servicio. Cuando oigo atacar a alguien tildando según qué relaciones de paternalistas, no puedo dejar de pensar que tenían cosas buenas, porque unos cuidaban de los otros en un marco de mutua confianza en el que todos conocían sus deberes y obligaciones.

Abita también está presente ahora, en mi enfermedad, en casa de mis padres. Recuerdo que se empeñaba en que debíamos mantener la compostura en cualquier ocasión. «Péinate», me dice mi madre incluso estando recién operada durante mi estancia en la clínica. Y qué razón tiene. Una puede estar enferma sin perder la dignidad: limpia, con un suave olor a lavanda y bien peinada. Me he esforzado en no descuidar mi aspecto aunque físicamente esté mal. He visto cómo consuela a mis hijos y a los de mí alrededor verme arreglada y aseada. Es como si uno se encontrara mejor. Ignacio me decía en plan guasón: «Mamá, es precisamente en la enfermedad cuando una persona debe mantener su aspecto bien cuidado. ¡Nunca se debe perder la dignidad!». Me sentí orgullosa de él, porque me tenía bien interiorizado este aspecto también.

Todos esos recuerdos me transportaban a una niñez tranquila y a un entorno muy sosegado. No había tensiones externas, sino placidez por todos lados. Esa quietud, ese descanso, esa naturaleza, esos ruidos y olores los sigo llevando conmigo. En mi primera supervivencia no sabía que todo esto eran recursos que tenía en la mochila. Lo fui descubriendo con el

paso de los años y lo he visto claramente hace unas pocas semanas. Hoy soy capaz de reflexionar y de sacar mayor partido.

Me toca descubrir nuevas facetas relacionadas con la salud que todavía desconozco. De grandes males Dios saca grandes bienes. Sacar partido a la vida sigue siendo prioritario, y ahora con mayor premura para cambiar el entorno y ayudar a todo aquel que se ponga delante.

Recursos puestos por la familia en mi mochila

Cuando empecé a reflexionar sobre los recursos con los que contaba en mi actual situación, tumbada en la cama, descubrí la cantidad de cosas que mi familia puso y sobre las que no me había parado a pensar: el orden, el gusto por las cosas bonitas, el cuidado, las pequeñas cosas y la familia. Empezó en la infancia y siguió más tarde, con menor intensidad, cuando yo ya vivía fuera de la casa paterna. A ellos debo agradecer que tuviera en la mochila la experiencia de vivir en el seno de una gran familia unida, en la que el padre y la madre eran el centro de todo: se apoyaban y querían de forma incondicional, entre ellos y a sus padres y hermanos, y nos defendían hasta donde hiciera falta. Y eso se transmitía a los hijos.

Otro gran recurso que pusieron fue el ejemplo. Mis abuelas dieron un ejemplo imponente de mujeres que cuidaban a su marido y a sus hijos. Abita enviudó a los 39 años y no se le pasó por la cabeza volverse a casar. Nos contaba cosas de mi abuelo, de lo felices que eran... así que, cuando mi marido se fue contando yo 45 años, pensé que estaba en mejor situación: era algo mayor, mis hijos estudiaban la carrera y las mujeres teníamos más posibilidad de trabajar fuera de casa. Mi abuela Elisa ayudó siempre a mi abuelo en la consulta. Todo lo que ellas hicieron se quedó incrustado en mi mente y me ha ayudado a saber por dónde ir y lo que debía hacer. Mis dos abuelas, a las que quería, admiraba y respetaba, me enseñaron a actuar.

A veces actuamos como si pensáramos que lo que hacemos no tiene ninguna trascendencia en los demás, y no es así. Nuestro buen ejemplo es lo mejor que podemos dejar a nuestros hijos. Lo peor que podría ocurrir es que, después de realizar un esfuerzo sobrehumano por llenar su mochila de recursos, no quieran utilizarlos. Bien, eso es fruto de su libertad. No podemos evitar que algunas personas tiren las municiones al río pensando que son autosuficientes y no precisan de nada ni de nadie. Sin embargo, lo más lamentable hoy en día es que muchos chicos y chicas carecen de recursos en su haber porque nadie se los dio. Nadie les ha enseñado que la belleza sirve para algo y las familias también. Disponen solo de modelos de familias rotas y de uniones condicionadas a los altibajos de los

sentimientos. Yo tenía mucho más. Conocía el valor de lo sagrado, de lo intocable, de la confianza, de la fidelidad. Sabía que si algo me ocurría, un montón de personas saldrían en mi defensa, porque yo era parte de los suyos. Hoy no hay «suyos». Solo existe la conveniencia personal y la utilización de la gente como si de zapatillas se tratara.

Yo no viví eso, y ahora puedo afirmar con rotundidad el valor incomparable que para las personas tiene la familia. Todos establecieron un marco estable de referencia en el que yo valía por ser tan solo quien era. Daba igual estar enfermo que sano. Es más, a los enfermos los sanos los cuidaban, igual que los jóvenes a los mayores. Se respetaba y quería mucho a los abuelos y era un orgullo poder hacer algo por ellos. Ellas, aunque mayores, fueron las *materfamilias* hasta que murieron. Entonces, la segunda generación cogió el relevo. Los respetábamos, entre otras cosas, porque se hacían respetar y no permitían que nos pasáramos ni un ápice. Había unos límites clarísimos. Si los cruzábamos, nos castigaban aunque ellos también se fastidiaran. Así aprendíamos a respetar.

Padre y madre pueden ser amigos de sus hijos, pero lo que sobre todo deben ser es padres. Existe una jerarquía que todos deben conocer y acatar. Por ella sabía que no era preciso ni preguntar a mi madre si podía cuidarme en su casa: conocía de antemano su respuesta.

Cuanto peor es lo que le sucede a uno, más importante es tender a lo más bello y lo mejor. Tengo en mi memoria infinidad de bellos recuerdos a los que acudo siempre que los necesito. Ese entorno de mi niñez, plagado de belleza, de silencio, de naturaleza, de relaciones... Esas relaciones familiares, basadas en la fidelidad incondicional y la confianza, me permiten afrontar la enfermedad con un ánimo mucho mejor. En mi niñez pude desarrollar la sensibilidad y los sentidos, y las aproveché sin saberlo. Hasta hace poco tiempo no he sido consciente del tesoro que supone.

¿Qué habría pasado si yo no hubiera tenido familia, ni casa...? Supongo que me hubiera conformado. En la prensa aparecen con frecuencia noticias de personas encontradas muertas y a las que nadie echa en falta. Esto es inhumano. Las personas merecemos mucho más. Debemos volver a trabajar a máximos por las personas, a volcarnos en el otro a base de bien, aunque nos pueda costar. Solo así volverá la felicidad a nuestras casas.

[1] Freixa i Serra, M., *El senyor de la Masia Freixa. Context cultural, social i polític d´un industrial català (1862-1925)*. Fundació Torre del Palau, 2013.

4. RECURSOS EN LA MOCHILA DE LA NIÑEZ Y DE LA ADOLESCENCIA

El desarrollo de hábitos en una familia unida

Mi padre se llamaba Emilio, igual que mi abuelo. Nació en Sabadell, aunque la familia se trasladó a vivir a Barcelona cuando era pequeño. Era alumno de Blanquerna, una escuela que marcó su forma de concebir la enseñanza y fomentó su amor a Catalunya. Era un hombre bueno, muy recto, con muchísimo sentido común y de sólidos principios. De una gran cultura, sentía una especial afición por la historia contemporánea. Disfrutaba leyendo. Tenía libros por todos lados. Mi padre funcionaba por la cabeza, un lenguaje que yo entendía muy bien. Lo que no llegaba a comprender eran sus enfados. Pensaba que podría haberse ahorrado muchos de haber tenido más cuerda. No le gustaba demasiado exteriorizar sus sentimientos. Yo diría que era fruto de esa educación un tanto victoriana que antes se daba a los hombres y que, gracias a Dios, se está corrigiendo. Le veíamos poco: con seis hijos que alimentar trabajaba todo el día. Formaba parte de esa generación de la postguerra española que trabajaron muy duro por levantar un país, y lo hicieron. Marcaba mucho los límites, y nos señalaba lo que estaba bien y mal. Y cuando decía «¡basta!», era basta. Ejercía de padre. Protegía a su mujer y a su familia. Hoy en día este tipo de hombres «de una pieza», que desempeñan sus roles como marido, padre, hijo, tío... parece que han disminuido. Y así nos va. Él lo hacía.

Estudió Derecho y ejerció como abogado. Al casarse con mi madre pasó a trabajar en la Cámara de Comercio de Sabadell y, posteriormente, fue director de la Caixa de Sabadell, ciudad en la que vivimos hasta que le ofrecieron la dirección de un banco en Barcelona. En Sabadell terminé el

Bachillerato Superior, en un instituto público recién estrenado, ya que en ese momento nuestro colegio solo impartía hasta el cuarto curso de Bachillerato Elemental.

Al poco de regresar a Barcelona, mi padre pasó al mundo empresarial. Siempre fue un hombre con mucha iniciativa, lleno de ideas para nuevos proyectos. Decía que lo que más le gustaba era iniciar nuevas cosas para que otros gestionaran. Eso le aburría. Tenía, además, mucha inquietud social y quería ayudar a los que menos tenían. Era frecuente oír a personas que me hablaban bien de él y me contaban lo mucho que les había ayudado. Me gustaba mucho oírlo, pero no valoré lo que suponía tener un tesoro así hasta que vi las consecuencias que el mal ejemplo de un padre puede dar a los hijos: la ausencia de referentes y el desorden que conlleva cuando deja de ejercer como tal y de procurar el bien a su alrededor.

Cuidaba de mi abuela y los hermanos se cuidaban entre sí. Ese fue su gran legado. También se encargó de llevar los asuntos económicos de la familia, cuando mi abuelo murió prematuramente. Siguió haciéndolo, ayudado por mi tío, hasta que el Alzheimer acabó con él.

Mi madre es una mujer muy tranquila y sonriente. Siempre está de buen humor. No recuerdo haberla visto nunca enfadada. Mi madre es una profesional del hogar. Estudió magisterio y dejó de ejercer al casarse. El hogar es su reino, que gobierna de forma magistral. A él se dedicó porque le encanta. Es lo que quería hacer y así lo decidió junto con mi padre. Aprendió también nutrición, para que comiéramos de forma equilibrada. Yo tengo que aprender mucho de ella en muchísimos aspectos. Nunca le llegaré a la suela del zapato en cuidar a la gente de la forma en que ella lo hace. Además es muy sociable. Tiene un montón de amigas a las que no pudo atender durante los últimos años de enfermedad de mi padre: se dedicó a cuidarlo en cuerpo y alma y encantada de la vida. Dudo que haya un enfermo con un Alhzeimer tan fuerte como el que tuvo mi padre y mejor cuidado que él. Impecable. Le suponía un trabajo desmesurado y, aunque afortunadamente contaba con ayuda, ella se dedicó a él hasta el último minuto en que murió. Estaba feliz de poder hacerlo.

A partir de entonces recuperó sus amistades, porque todas estaban ahí. Aún hoy, a su edad, queda todos los lunes a tomar el té con sus primas, sale con sus amigas del colegio y participa en actividades de la parroquia. Sube y baja autobuses y sigue yendo a Sabadell en el tren de Sarriá. Allí merienda con un grupo de catorce amigas, que se reúnen una vez al mes desde hace cuarenta años. Sigue siendo la directora de orquesta en casa, y no delega en absoluto determinadas tareas.

Constructores de identidad

De muy pequeña vivíamos en la Calle de Gracia de Sabadell, en una casa antigua, muy acogedora, que a mí me gustaba. Cuando fuimos más hermanos, nos trasladamos a un piso nuevo en la calle Alfonso XIII, con una vista espléndida a la montaña de Sant Llorenç. Era grande y siempre estaba lleno de gente: a los seis hermanos se sumaban las dos asistentas que nos ayudaban, que vivían con nosotros. Me gustaba ir a estudiar a las casas antiguas de algunas amigas, en las que había espacio y silencio. Aún recuerdo cuando entró la televisión en casa. Mi padre solía contarnos lo bien que se lo pasaba de pequeño con sus hermanos, sobre todo en Barberà. Eran como cuentos que sabíamos de memoria y que escuchábamos regocijados. Sin darme cuenta, nos hablaba de tradiciones familiares y sociales, y nos daba elementos sobre los que enraizarnos para poder construir nuestra propia identidad. También lo hacían mis abuelas en Sitges o en Barberà: nos explicaban cosas de la familia, de sus padres, de sus hermanos, lo que se hacía en Terrassa, en Barcelona, en Sabadell... Nos transmitían lo esencial: cariño incondicional, pertenencia, aceptación y un gran amor por nuestra tierra.

Recursos procedentes del colegio

El colegio estaba muy cerca. Cada día volvíamos a casa a comer. Desde las aceras de la calle se oía el ruido de los telares. A mí me recordaba el rumor del mar agitado, no sé por qué, quizás por su ritmo. De muy pequeña acabábamos las clases a las seis y los sábados por la mañana íbamos también. Cuando ahora oigo hablar de los «pobres niños» y de sus horarios, no puedo entenderlo. Nosotros pasábamos un montón de horas en el colegio, regresábamos a casa, merendábamos y después nos poníamos a estudiar, y no nos pasó nada. También es verdad que mi madre estaba siempre en casa cuando llegábamos. Al entrar, yo siempre exclamaba: «Ya estoy aquí», porque sabía que ella me esperaba; siempre estaba allí para recibirme. No todas las madres eran iguales, ni todas podían hacerlo.

Me gustaba estudiar y se me daba bien. Estudiaba mucho, no me regalaban nada. Recuerdo mi forma de entender las cosas, mi falta de memoria auditiva y mi buena memoria visual. Recordaba las cosas por la página que estaban, derecha o izquierda, el párrafo... Estudiábamos de memoria también. Antes nos obligaban a hacerlo, y considero que nos hicieron un favor. La memoria se ejercita, encuentras reglas nemotécnicas y recuerdas más las cosas. Hoy se trata a los niños entre algodones y así acaban por no saber ni pensar. Solía estudiar con dos amigas que vivían muy cerca de casa: Ana Mª y Rosa Mª: estudiábamos muchísimo.

En la escuela había disciplina y se obedecía a los profesores. Y pobre

del que faltara al respeto a alguien. Los mismos padres eran los que castigaban. Íbamos en fila a clase, y nadie se sentía humillado. Alguna vez expulsaron a algún niño de la escuela, y es que ovejas blancas y negras las ha habido siempre, y las últimas contaminan mucho. Los que suspendían varias asignaturas repetían curso, y eso no significaba que fueran menos personas. Se hacía un favor a todos. Era un modo ordenado de trabajar: quien estudiaba tenía oportunidades, y el vago, quedaba fuera. Debo decir que en mi colegio se ayudaba mucho a quien le costaba. Pero hoy educamos en base al listón de los que no llegan y con ello conseguimos que todos tiren hacia abajo.

Teníamos acicates para superarnos. Hoy, en muchas escuelas no los hay. Se sobrevive con frecuencia en medio de alumnos indisciplinados y vagos, acostumbrados a hacer lo que más les viene en gana. Es la antítesis de la educación de los niños. Dejarles hacer lo que quieran arruina a cualquier persona. Son un peligro público, un polvorín. Lo del «¡ay, pobre!» ha hundido la educación del país y su futuro. Sigue habiendo escuelas en las que se educa y forma a los niños, pero esto parece que se va limitando cada vez más, lamentablemente, a los colegios privados, donde los padres conocen y respetan las normas de la escuela. A los padres les falta hoy un montón de educación, incluso en las escuelas privadas. Hay en ellos un exceso de superficialidad, y así, no hay quien eduque a nadie.

Los esfuerzos educativos de la familia extensa

«¡Siéntate bien!» era una de las frases que oí millones de veces tanto de la abita como de mis padres. Hoy en día, los niños y jóvenes están tirados por los sofás, las niñas se sientan de cualquier manera y nadie se atreve a decirles: «Niña, siéntate bien y junta las piernas», porque queda rancio. Suena casi a herejía. «Pobre niña, que se ponga como quiera, y a quien no le guste, que no mire». Entonces, educaban a las niñas para ser mujeres, y mis padres y abuelas perdieron horas y horas enseñándome a comer, a vestir, a sentarme, a contestar con educación a las personas. Nunca tiraron la toalla. Me enseñaron a cuidar las cosas, a no tirar comida, a acabarme lo que había en el plato, a pedir perdón. Todo esto, tan trabajoso y aparentemente inútil, ha sido un auténtico tesoro, uno de los mejores recursos que más me han ayudado a funcionar a lo largo de la vida. Me inculcaron hábitos de horarios, de estudio, de orden, a hacer una cosa después de otra. Pusieron gran esfuerzo en todo, en ocasiones con escasa fortuna. Nunca agradeceré lo suficiente el tiempo que me dedicaron. Me animaban a mejorar y a ambicionar metas altas. También la disciplina, tan denostada hoy en día, me ha ayudado muchísimo a lo largo de la vida

que me ha tocado vivir. A los chicos les enseñaron a respetar y proteger a las mujeres de la familia, y a nosotras a respetarnos y a hacernos respetar. ¡Y cuánto se lo agradezco!

Mi padres, católicos practicantes, nos transmitían los valores del humanismo cristiano. Me preparé para la primera Comunión en la iglesia de San Félix, de Sabadell, y la hice en La Salut. Aunque años más tarde fui tibia y cuestioné todo lo que se me ponía por delante, esos valores calaron más profundamente en mí de lo que podría pensar.

Sin embargo, no quisieron que fuéramos a un colegio de monjas, que era lo usual en la época. Decían que la educación debían impartirla los maestros. Si mi padre viviera, le cuestionaría hoy algunas de sus ideas básicas sobre que las monjas no podían educar. Claro que pueden. Con tal de que estén preparadas... Como he dicho antes, mi padre estudió en Blanquerna y tenía incrustadas las nuevas ideas pedagógicas que emergían en la sociedad catalana. Mi madre se educó en las monjas alemanas de Barcelona. Todavía canta canciones en alemán y recuerda con cariño a sus profesoras, monjas muy excursionistas que provenían en muchos casos de Alemania. Recuerdo que una se llamaba mater Hildelita, un nombre que me gustaba, porque me parecía ingenuo y alegre.

Mis padres, junto con otros que compartían sus mismas inquietudes, decidieron montar una nueva escuela en Sabadell. Querían que fuera mixta y que la llevaran profesores. Yo era la única de mis amigas que iba a una escuela mixta y que no llevaba uniforme, sino una bata encima de la ropa normal. Éramos pocos en clase, unos veintipico, creo recordar. Pasaban lista cada mañana. Mis amigas de otros colegios me hablaban de que, estando arrodilladas, las faldas debían tocar el suelo. A mí me sonaba rarísimo. No lo entendía. Pero ahora entiendo menos que vayan luciendo los tangas, los ombligos, las marcas y los piercings. No hay quien aprenda así. Al colegio se debe ir a aprender y a formarse. Lo otro está fuera de lugar.

La confusión entre cristianismo y franquismo

Diría que mi generación hemos confundido mucho las cosas. Entre otras el catolicismo con el franquismo. Es cierto que este tomó los valores católicos, pero se pasó. Ahora hay gente que confunde ambas cosas. Tuvimos la suerte de que cogieran estos valores, porque si llegan a coger otros nos hunden en la miseria antes de hora. Aunque extremaron muchas cosas y se pasaron de rosca en rigidez, no por eso los valores dejan de ser buenos. Somos las personas las que no sabemos moderarlos, nos cuesta hacer bien las cosas y nos pasamos hacia uno u otro lado.

Teníamos clase de religión en la escuela, y hoy agradezco infinitamente

que me formaran en ese campo. Son los mayores recursos que me podían haber dado. Entonces no lo capté, tampoco en mi adolescencia. Me di cuenta de su inmenso valor en la primera crisis que tuve, la madre de todas las crisis. Hoy, en nuestro país, hay una pelea entre los partidarios de tener religión en la escuela y aquellos que promulgan lo contrario. Me parece que hay un trasfondo ideológico detrás de estas guerras. La humanidad suele mezclar política y religión desde tiempos inmemoriales. Cristo insiste en que las separemos: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios»... Pero seguimos sin hacer caso...

Aunque lo cortés no quita lo valiente. Por mucho que se hayan equivocado algunas personas de la Iglesia, esta fue fundada por Cristo para la salvación de todos los hombres. Muchos me dicen: «Claro, es que tú eres religiosa y por eso quieres religión en la escuela...». Y otros: «Es que la moral debe ser laica, no hace falta ser religioso». Bueno, habría mucho que hablar de esto, y no voy a discutirlo ahora. Y unos terceros: «Pues todo el mundo tiene su religión. Al fin y al cabo, todas son iguales». Y eso no es verdad.

Sin embargo, para una generación que ignora la verdad, niega a Dios y se comporta como si ella fuera el origen de todo, cuando le hablas del espíritu le suena a brujas, a gente primitiva. Y hay risitas... Sin embargo, educar niños sin ayudarles a descubrir su dimensión espiritual, es crear tullidos para la vida. Cercenar la espiritualidad es antihumano, es tratarnos como si fuéramos máquinas y que sigamos así. En mis últimos quince años, he visto cómo la religión nos enseña el lado más profundo de lo que somos, y nos da las herramientas para saber de dónde venimos y a dónde vamos. Aunque es un camino que se recorre de forma personal y libre, si no se enseña ni se muestra cómo llegar hacia él, es dificilísimo que pueda encontrarlo uno solo.

A ningún padre ni madre se le ocurriría que su hijo no aprendiera matemáticas hasta tener suficiente uso de razón para elegir si le gustan o no. Cuando tuviera la edad, ya no estaría a tiempo de estudiar y la vida le llevaría hacia otros lados. Si las necesitara en su vida, habría llegado tarde. Pero la religión se ha politizado. El problema es que los niños son los que salen perdiendo. Se les deja sin los mínimos recursos vitales para ir apañándoselas en la vida con ciertas garantías de felicidad.

Un entorno ordenado

Agradezco que en mi infancia y juventud las familias y la sociedad fueran religiosas. Esto ordenaba el entorno y lo hacía más apacible y seguro. En él, las personas crecían en la confianza de una familia que los quería y apoyaba de forma incondicional. La manera de pensar del

entorno proclamaba que el matrimonio era importante, y llevaba a la unidad de las familias.

Hoy no es así. Se utiliza a las personas como si fueran cosas que se usan y se las saca de encima cuando uno se harta de ellas, hijos incluidos. Se proclama que los hijos «ya son mayores», como excusa para desentenderse de ellos. Hemos retrocedido en humanidad todo lo que hemos ganado en otros campos, y no veo por qué tiene que ser así. Hemos salido perdiendo de largo, porque, morir, todos nos seguimos muriendo, nos guste o no. No hay nadie, ni tan solo una sola persona de nuestra generación, que vaya a estar vivo dentro de unos años. Y en cambio, habremos malvivido y sembrado discordia hasta la saciedad.

Hoy mucha gente se queja de que «se han perdido los valores». Cuando oigo esta frase, preguntaría en seguida: «¿Ah, sí? ¿Cuáles?», ya que, según ellos, todas las ideas y acciones valen lo mismo y son igualmente respetables. Me parece que lo que realmente se ha perdido es el sustrato cristiano que impregnaba la sociedad, y que hablaba del valor del matrimonio, de la familia, de los abuelos, del padre, de la madre, del respeto, de la disciplina, del perdón, de la compasión, de la religiosidad. Al cuestionarlo y ponerlo todo al mismo nivel, nos cargamos el juguete. Ahora vemos que se ha roto, y miramos las piezas sin saber por dónde hemos de empezar a recomponer, porque todo vale igual. Por suerte, a mí no me transmitieron eso, y debo agradecer los esfuerzos que hicieron para que fuera así. Me han dado unas bases, unos recursos y una formación que me han permitido afrontar todas las tormentas por las que me he visto obligada a pasar.

Para librarnos de los excesos cometidos en épocas pasadas, «hemos tirado al niño junto con el agua sucia del baño». Esta pérdida espectacular de valores nos está pasando factura: el ambiente se ha vuelto hostil, las familias se rompen, no se escucha ni se comprende a nadie, el esfuerzo es infravalorado, el amor se ha convertido en uso y disfrute de la otra persona... Tanta lucha y esfuerzos de tantas generaciones se han perdido bajo la oleada de una libertad malentendida, en la que cada uno marca sus propias normas del bien y del mal, creyendo que no pasa nada. Del legítimo ganarse la vida, hemos pasado a rendir culto al dinero. Y sustituimos a Dios por otros dioses: mi ego, mi cuerpo, mi nación... Repetimos lo que tantas generaciones hicieron hace siglos, pensando que somos modernos. Hemos desordenado el orden de los valores, y se nos ha destrozado el invento.

Tiramos por la borda el patrimonio de nuestros padres, abuelos y antepasados con una alegría infinita, y creemos que por fin somos mayores. Fuimos incapaces de ver que todo era un espejismo, y que cada generación tiene que trabajar los valores poniéndolos en juego: viviéndolos como virtudes, porque si no se pierden. No quisimos darnos

cuenta de que esos valores son objetivos, y no subjetivos, ya que responden a la realidad de la vida. Pretendemos establecer las normas y controlar las cosas a nuestro antojo, y así nos va. Desterramos la palabra virtud, porque nos sonaba rancia, sin calibrar que los valores requieren un trabajo personal, su puesta en acción, que eso son las virtudes. Si dejamos de hacerlo no tendremos futuro entre las grandes naciones.

Los deseos por sí solos no hacen que las cosas sean lo que nosotros queremos. Se quedan siempre en lo que son, puras aspiraciones, y no realidades. Que queramos cuadrar el círculo no quiere decir que eso pueda ocurrir. Es imposible pensar que tendremos buenos directivos y profesionales si no hacemos nada para educarlos como personas virtuosas, porque a la mínima nos van a engañar, igual que hacen con su mujer y con sus hijos.

Debemos subir de nuevo a la buhardilla y abrir esos viejos armarios en los que alegremente metimos montones de ideas, pensando que ya estaban caducas y superadas. Hay que sacudir el polvo, esa costra enorme que se les ha puesto encima durante tantas décadas, y restaurar la belleza de lo bueno que teníamos. Por suerte para nosotros, todavía vive mucha gente que ha sido educada y han incorporado estos valores. Hay que reaccionar antes de que estos mueran, porque si no, el trabajo que les espera a las generaciones que nos siguen va a ser monumental. Debemos cambiar el entorno, fortalecer las ideas que conducen a cosas buenas, a mejores alternativas que las que hay, a largo plazo.

Esa riqueza afloró en mis dos supervivencias, permitiendo adaptarme a lo que pasa, obedecer a quien sea, resistir lo que se me ponga por delante, me guste o no. Hoy se habla de la cultura del esfuerzo reducido al ámbito del estudio, sin valorar que es necesario para todas las esferas de la vida. No educar a los hijos supone dejarlos sin recursos para el futuro. Les pasarán cosas como a mí, se pondrán también enfermos, sus maridos y mujeres pueden abandonarlos, perderán el trabajo y no conseguirán mil cosas que tenían pensadas. Si no saben funcionar, se perderán y sufrirán mil veces más que nosotros. Las cuatro ideas básicas claras me las dieron mis mayores: no robar, no matar, no cometer adulterio... Con el tiempo, el conocimiento se afina. El drama es cuando las bases o no están puestas o lo están mal, porque a uno le faltan recursos para moverse. Se es incapaz incluso de cuestionar el *status quo* en el que vive, y nos dejamos llevar por la moda diciendo al mismo tiempo que eso es libertad.

Siguen los veraneos: las nuevas amistades

Cuando era muy pequeña, fuimos durante unos años a Blanes. Veraneaba allí mi familia Moragas. Aunque no recuerdo muchas cosas, se

me quedó grabada la imagen de un día en el que paseaba muy temprano junto al mar. El agua estaba tan calmada, tan inerme y era tal su transparencia que ni se veía. Quedé fascinada por él. Su belleza me impactó de tal manera que lo busqué en el futuro como recurso calmante. Recuerdo la casa junto al mar que mi abuela Elisa alquilaba a un pescador. Iba entonces muy poca gente por allí. Solíamos secar en el patio las pepitas de melón para hacernos unos collares. Detrás de la casa había una plaza a la que daba mi habitación, y un día a la semana me despertaba el ruido de las voces de la gente que iban al mercado. Recuerdo también los gigantes y los cabezudos, y una salita con vistas a la playa con una mecedora en la que se sentaba mi abuela. Estuvimos pocos años porque tuve un amago de tuberculosis junto con algún hermano más, y el médico nos recomendó veranear en la montaña.

Como en julio íbamos a Sitges, mis padres optaron por llevarnos en agosto a Camprodón, donde mi padre hizo parte del servicio militar. Había recorrido los montes a caballo durante mucho tiempo. Conocía muy bien el lugar y le apetecía compartirlo con nosotros. Allí conocí a muchas de mis actuales amigas. Llevamos juntas un montón de años y seguimos siendo amigas aunque somos muy distintas. Somos cuatro, todas de la misma edad. Carmina es médico, una celebridad en radiología infantil. Nuri es un portento en el arte de cultivar amigos. Colabora en Cáritas y trabaja en una tienda, pero fundamentalmente se dedica a su familia. Siempre aprendemos algo de ella. Ester es muy alegre, se ríe siempre y nos hace reír a las demás. Es interiorista. Tiene mucho estilo y sus obras aparecen con frecuencia en revistas de decoración. Nos vemos de vez en cuando para cenar y reírnos juntas. Ahora, con mi enfermedad, no han parado de estar a mi lado, de llamarme y visitarme.

Por la mañana íbamos al club y nos bañábamos en un agua helada, congelada. Salíamos con los labios morados. Mis padres me hacían reposar por lo de los ganglios tuberculosos y comer hígado semicrudo, que desde entonces no soporto. No lo he vuelto a tomar. Aprendí de este modo a hacer lo que ahora de nuevo me toca: cuidarme y descansar.

Nos pasábamos el día juntas. Íbamos a buscarnos una a la otra. Disfrutábamos con pequeñas cosas: comiendo unas cocas de pan con azúcar, largas y deliciosas, mientras paseábamos por la calle Valencia mirando los escaparates llenos de embutidos, de fuets, de unos panes redondos que, con solo verlos, se nos hacía la boca agua. ¡Y cómo olían...! Recuerdo que teníamos un apetito voraz, comíamos como locas.

Al crecer nos unimos a un grupo algo mayor que nosotras, que antes ni nos miraban. Seguíamos pasándonoslo más que bien con cosas tan simples como hacer excursiones a la Font Nova, la Font de Sant Patllari, a la Creueta, a la montaña de Sant Antoni... todo con mil motivos: ver salir el sol, hacer una chocolatada, costilladas, merendar... lo que fuera. Todo

sencillo y sin pretensiones. A mediodía, estando en el club, invariablemente veíamos aparecer y acercarse una nube por el mismo sitio. Acababa lloviendo cada tarde: siempre llovía. Todo era de un color verde intenso y había agua por todos lados. Las tardes de lluvia las pasábamos tras los cristales jugando a cartas o escuchando música. Nos lo pasábamos bien con todo. Por las noches íbamos al cine muy abrigadas, pues hacía mucho frío. Nos encantaba ir a bailar sardanas y, cuando había, un baile conocido como «la maniera». Nuestras madres se conocían también y los padres venían los fines de semana, porque todos trabajaban.

La vida a ritmo lento

De esa época aprendí el valor de la amistad y a pasarlo bien con la lentitud y sencillez de la vida cotidiana. Hoy el tiempo nos trae de cabeza, porque queremos vivir mil vidas a la vez. La gente se complica mucho la vida. Todo tiene que ser grande y rápido. A veces queremos tantas cosas, que no apreciamos lo que tenemos delante, a nuestro alcance, y que no cuesta ni un céntimo. De pequeña aprendí que la vida tiene un ritmo lento, en el que muchas veces no ocurre nada, pero en el que se disfruta de todo lo pequeño. Por eso ahora sé reposar, moverme al ritmo que marca la vida cada día: los descansos, mirar las musarañas, escribir. Bajar el ritmo y adaptarme.

Las cosas pequeñas son oro molido. En las clases que imparto sobre *Gestión del tiempo* explico el valor de las rutinas. Mucha gente se sorprende, pues en la generación de la búsqueda constante de la novedad y del clic, les suena a un absoluto aburrimiento. En cambio, en momentos de fuerte estrés y de enfermedad, como la de ahora, la rutina se revela como un gran aliado. Les pongo el símil de la cadena de una bicicleta: encaja en los dientes de los discos y es lo que permite que puedas correr a toda velocidad. Sin cadena, es imposible. También los niños pequeños viven mejor con unos buenos hábitos: comer y dormir a sus horas les crea seguridad, si no se ponen imposibles, pierden el sueño y no paran de llorar. De mayores es lo mismo, pero adaptado a los tiempos.

En las rutinas se esconde una de las riquezas de la vida. Hacer lo mismo sin que las cosas sean en absoluto igual, me parece que es uno de los grandes aprendizajes de la vida. Es sacar partido a lo que tenemos, llenando la vida de pequeñas cosas que sumadas, la hacen preciosa.

5. VEINTIDÓS AÑOS CASADA, Y CON TRES HIJOS

El noviazgo

Conocí al que sería mi esposo en casa de unos amigos comunes, cuando estábamos estudiando las respectivas carreras. Él tenía veintidós años y yo diecisiete. Por aquel entonces, él estaba terminando Ingeniería industrial y yo empezaba Filosofía y Letras. Nos casamos cinco años después, cuando él acabó el MBA y yo mi carrera. Era un hombre luchador, con muchos proyectos. No había tenido una vida fácil. Su hermano mayor murió de accidente pocos años atrás, sin haber cumplido veinte años de edad. Con tan solo dos años, tuvo que pasar largas temporadas viviendo con familiares, porque a su madre le sacaron un riñón. Le abrimos nuestra casa, y en muy poco tiempo se había ganado el cariño de todos. Mis abuelas, mis tíos y mis tías me decían que era una gran persona, y que había tenido una gran suerte al encontrar a alguien así. Tenía un fino humor que me hacía reír, un gran sentido del deber, enormes ganas de trabajar y de emprender cosas nuevas. Ese empuje, lo tenía yo también. Pero lo que realmente me cautivó de él fue su fondo, su bondad.

Compartíamos valores: matrimonio, familia, religión, y el mismo modo de enfocar la vida. Era oriundo de Zaragoza, y había venido a Barcelona para estudiar la carrera. Por aquel entonces no había facultad de ingenieros en esa localidad. Cuando terminó la carrera, yo todavía estaba en tercero y él decidió hacer el MBA en el IESE. Allí conocimos a unos de los mejores amigos que tuvimos nunca: Luís y Montse. Nuestras vidas corrieron paralelas durante muchos años: tenemos hijos de las mismas edades y, desde que Luís murió prematuramente hace unos meses también de un cáncer, Montse y yo seguimos viéndonos con frecuencia. Ella y yo les ayudábamos como podíamos en la entrega de informes de los

numerosos casos que estudiaban. El IESE fue desde entonces un lugar familiar para mí, con gente que me gustaba, y en el que me sentía muy cómoda. Años más tarde acabé trabajando ahí y estudiando las teorías de la acción humana en las organizaciones que desarrolló el profesor Juan Antonio Pérez López.

Nos casamos en Sitges, en la ermita del Vinyet. A esa pequeña iglesia asistí a misa, desde muy pequeña, todas las tardes de los sábados en verano: había correteado en su jardín y mirado con atención un pozo del que sacaban agua con un pequeño cubo de hierro sujeto a una cadena del mismo material. Sigo yendo a visitar la ermita de vez en cuando, me parece una preciosidad. Es del siglo XVIII, y en ella hay varias maquetas de barcos salvados de las tempestades por la Virgen del Vinyet. A mí también me salvó de la tormenta por la que atravesé unos años más tarde y del naufragio que podía haber tenido y que ella también impidió. Volví con mis hijos a celebrar el 25 aniversario de boda, cuando Juan, mi marido, ya se había ido.

De recién casados nos fuimos a vivir a un piso pequeño y sencillo, porque era lo que podíamos pagar. Mi marido trabajaba en una entidad bancaria. Era un buen técnico y las finanzas se le daban muy bien. Pocos años más tarde, el piso se nos hizo pequeño, y nos cambiamos al que vivimos ahora, y que fuimos arreglando con el paso del tiempo.

Tuvimos tres hijos en tres años. No parábamos de cambiar pañales. Mis hijos eran y siguen siendo guapísimos. Al ser tan seguidos, jugaban mucho entre los tres. Mi marido era un padre de nueva generación. Me ayudaba mucho con los niños y cuidaba de ellos. Muchas veces era él quien se levantaba por la noche para ponerles el chupete o acunarlos para que durmieran, porque yo estaba hecha polvo. Jugaba con ellos en el parque mucho más que yo, y los sacaba a pasear. Nos trasladamos a la nueva vivienda a instancias de Marta, una buena amiga mía que vivía allí y que tenía dos niños de igual edad que los dos mayores nuestros. Nos pasábamos las tardes juntas, en casa de una o de la otra, cuidando niños con la ayuda de las *au pair* que teníamos entonces. Yo tenía un empleo a tiempo parcial: tenía muy claro que mis hijos eran lo primero.

Los niños se portaban bien y jugaban muchísimo juntos. Eran de los que aprobaban, así que no teníamos demasiados problemas académicos con ellos. Joan era el más científico. No le gustaba el fútbol, sino investigar. De bien pequeño jugaba con todo tipo de juegos de química, microscopios...; investigaba y leía lo que se le ponía por delante: cosmos, biología... Todo indicaba que podría ser biólogo, pero, al no tenerlo claro, le animamos a que estudiara medicina y de ahí derivara a lo que quisiera: microbiología, química... Pensamos que, siendo médico, tendría salidas a distintas especialidades. También era genial pintando, y con los años inició otra afición que aún hoy sigue cultivando: componer música.

Estudió de forma bibliográfica los distintos estilos musicales. Con los años fue haciendo su propia enciclopedia buscando interpretaciones de piezas de todo tipo, hasta que se centró en la música de los 80. Sigue componiendo y publicando discos de vinilo, que interpreta una cantante amiga suya de Pamplona. A veces me dice: «Mamá, me da corte verme a mí mismo, un cirujano, subido a un escenario en un concierto en Finlandia y tocando una pieza compuesta por mí...». Le contesto que no se preocupe, que cada cual tiene las aficiones que tiene, faltaría más.

Mi hijo mediano, Xavi, es el hijo sándwich, tranquilo y sonriente desde que era un bebé. Es especialista en tener amigos y construir *networking*. Le encanta leer, compra montones de libros. Mi nuera Cristina siempre dice que ya no sabe dónde meter los libros en su casa. Los hay por todos lados, en la mía, en Bolvir... En este momento se dedica a la gestión de patrimonios. Dejó un empleo seguro en la banca, bien pagado, porque quería montar su propia empresa. Le está costando, porque vivimos un momento de crisis histórica, pero saldrá adelante. Es un tipo muy recto, con una cabeza clarísima y muy preparado desde el punto de vista financiero. Eso hace que la gente confíe en él como profesional y como persona. Y en el mundo loco en el que vivimos, esto es una ventaja competitiva importantísima.

Ignacio, mi hijo pequeño, no nos dio ni una mala noche. Dormía a pierna suelta. Era muy rubio, con unos ojos azules clarísimos, herencia de mi familia y, sobre todo, de mi madre. Era vivo, inquieto, corría a gatas a unas velocidades de vértigo por el pasillo de casa, y lo transformó todo en fútbol cuando se fue haciendo mayor. Es agudo, certero, un estratega nato. Ignacio es más pasional y tiene una sensibilidad muy acusada. No sé por qué será que los pequeños son algo especial para las madres. También estudió ADE. A él y a mi nuera Fara voy a deberles dentro de poco el ser abuela.

De pequeños, se portaban bien, eran niños muy normales. Por suerte, nos tocó vivir una época en que no había demasiados aparatos electrónicos. La llegada de los videojuegos, con ellos ya adolescentes, me puso de mal humor, porque, excepto Joan, que seguía con sus experimentos, los otros dos se engancharon a ellos. Incluso ahora siguen jugando, aunque son conscientes de que deberían enterrarlos de una buena vez.

El crecimiento familiar

Al poco tiempo de nacer Ignacio, nos compramos un pequeño apartamento en Llívia, en el Pirineo catalán. Rehabilitar, hacer planos y aprovechar los espacios era algo con lo que disfrutábamos mucho. Juan

era un manitas, y en ese apartamento se empleó a fondo, sacando sitio de debajo de todos los tejados y poniendo madera donde no había. En vacaciones, mis suegros venían con nosotros. Vivían en Zaragoza y los veíamos menos de lo que nos hubiera gustado. Estábamos muy bien juntos. Mª Luisa, mi suegra, me ayudaba con la plancha y con los niños. Mis hijos se despertaban por la mañana y se iban corriendo por el pasillo en pijama a desayunar a casa de mis padres, que tenían también un apartamento allí. Volvían a casa, se vestían y salían los tres a la carrera al jardín, donde se entretenían horas y horas con piedras y palos, y construían cabañas. Por la tarde, en invierno, se encerraban en la buhardilla y jugaban con los lego. No se les oía ni chistar. Solo el ruido de las piezas de plástico cuando las removían en la caja de cartón, para buscar alguna pieza que necesitaban para la construcción del momento. Tenían dos tableros grandes llenos de ciudades, piratas, castillos, caballeros con coraza y yelmos con plumas, coches... Era impresionante. Cuando veo hoy niños que no saben jugar y están todo el día con las maquinitas, pienso que han perdido la niñez y que eso tendrá consecuencias en el futuro. Son incapaces de imaginar, de proyectar, de construir, de entretenerse pensando en qué pueden hacer con lo que tienen en las manos, poco o mucho.

Al cabo de unos años, a la muerte de la abita, la casa de Sitges se vendió y nos quedamos huérfanos de mar. Estábamos tan habituados a él que no sabíamos qué hacer. No quisimos quedarnos ahí después de haber tenido el privilegio de disfrutar de una gran casa frente al mar; queríamos cambiar de escenario. Por entonces mi padre compró un pequeño apartamento en Menorca, y allí fuimos durante un par de años. El paisaje nos fascinó. Cuando bajaba del avión y veía los «tanques» de piedra con el tope redondeado y encalado en blanco y olía las hierbas del campo, me parecía que siempre había formado parte de ese paisaje sencillo. Era puro Mediterráneo, salvaje. Dos o tres años más tarde, mis suegros decidieron vender las casas de Broto y dieron el dinero a mi cuñado y a mi marido. Buscamos un apartamento en Menorca. Al final no pudo ser, y lo compramos en el lugar que más se le podía parecer, que era Cadaqués. Mis padres iban allí desde hacía unos años porque era el lugar donde veraneaban las grandes amigas del colegio de mi madre. Lo que llegamos a disfrutar en Cadaqués no lo puedo ni explicar.

De Sitges a Cadaqués

Pasamos del elegante Sitges al salvaje Cabo de Creus, el mejor cambio posible, porque no tienen nada que ver. Pasamos de disfrutar de una casa y un entorno inigualable por su exquisitez, a un paisaje agreste, con unos

acantilados, unos vientos, unos mares y unos cielos que son un espectáculo para contemplar. El pueblo era una mezcla de mar y montaña, pues está construido sobre un pizarral. Las calles podrían ser de un pueblo de montaña, pero las casas están todas encaladas, blanquísimas, con postigos de librillo verde. La extraordinaria belleza de este pueblo se apoderó de mí. Por entonces decidimos aprender a navegar. Me apunté con mi marido y fui estudiando hasta aprobar las ocho asignaturas que componían entonces los estudios teóricos de Patrón de Yate. Entre ellos, me apasionaba la meteorología y la navegación, y odiaba, cómo no, el estudio de los motores, que me parecían sucios a morir. Aprendí a conocer los vientos, las corrientes, la dirección de las olas y cómo encararlas para poder navegar bien. La práctica me quedó por legalizar, porque por aquel entonces, mi marido se fue.

De la navegación aprendí un sinfín de cosas que me han ayudado una barbaridad a vivir la vida: a reconocer las nubes, el rolar del viento, a navegar con corrientes que van en dirección distinta al viento, las derivas, el norte magnético y el norte verdadero... Aprendí que un patrón no puede jamás soltar la caña del barco, porque este pierde el rumbo y la tripulación corre peligro de ahogarse. Me parece que tendría que ser una asignatura obligatoria en los colegios, porque enseña a ir por la vida: qué hacer en caso de temporales, conocer la embarcación.... De todo esto, expresado de forma distinta, hablamos con Nuria en *Dueños de nuestro destino*.

Descubrí en Cadaqués que la naturaleza enseña a vivir. Hay que observarla, porque tiene mensajes claros, pistas, que solo se ven si se está atento a ello. En Cadaqués observaba los cielos, me iba al Cabo y miraba cómo se las arreglan las gaviotas para volar aprovechando la fuerza del viento contrario, cómo encuentran los resquicios en las corrientes para desplazarse sin apenas movimiento de sus alas.

Un par de veces pasamos apuros con nuestra barca al doblar el cabo de Creus. Comprobamos las malas pasadas que puede gastar el mar y cómo unas formas de navegar son más seguras que otras. El mal tiempo en Cadaqués impresiona, da miedo. Es tal la dureza y la fuerza de las olas que se aprende a no jugar con ellas. Y la belleza del mar aumenta en septiembre, cuando empiezan los temporales de Levante y tienen que sacarse las barcas del agua, porque la fuerza de las olas las empotra contra las rocas.

Junto a esto estallaba el color lila y violeta de las buganvilias sobre las pizarras oscuras. Y los geranios, grandísimos y de distintos colores, caían desde las jardineras de la terraza. Todo era extremo en Cadaqués. Al caer la tarde, el olor de la dama de noche embriagaba el aire y se mezclaba con las hierbas aromáticas que teníamos plantadas en el pequeño jardín de casa: menta, albahaca, tomillo... El paisaje era un auténtico espectáculo

cuando salía la luna desde el mar, y se veían a diario las luces verdes y rojas de babor y estribor de los pesqueros de la flota de Rosas, que iban de noche al cabo de Creus a pescar.

De ello disfrutábamos con mis suegros unos días en verano. Mª Luisa, tan artista y de una gran sensibilidad, se embobaba con todo. Por la mañana íbamos al Cabo a nadar y a tomar el aperitivo. Ella cantaba durante todo el viaje, tanto a la ida como a la vuelta. Saboreaba cualquier cosa. En Cadaqués estaba a sus anchas, y durante todo el año recordaba esos días.

Juan y yo disfrutábamos con la vida que hacíamos, arriba y abajo con los niños y montando apartamentos. Yo, por entonces, no tenía ni los conocimientos, ni la formación, ni nada de lo que he adquirido después, y no sabía manejar algunas situaciones. Ahora me doy cuenta. Con el tiempo, a Juan le llegó el éxito profesional y se centró en él. Creo que eso fue el detonante de todo, pero en ese momento no supe reconocerlo. Todo llegó demasiado de repente, una riqueza, un poder y unas formas de pensar que no podía asumir. Nos invadió y no supimos reaccionar frente a ella. No estábamos preparados aún.

Mis suegros

Si de alguien me gusta hablar es de mis suegros. Siempre me entendí muy bien con ellos. Ramón falleció hace tres años y Mª Luisa está muy mayor y muy mal. Eran muy buenas personas y profundamente creyentes. Mi suegro, Ramón, era todo un señor. Educadísimo, muy discreto, y terriblemente atento con los demás. Siempre estaba pendiente de los pequeños detalles: si estábamos bien en la silla o no, si teníamos hambre, o sed... Corría a buscar cualquier cosa para que estuviéramos contentos: los pasteles que nos gustaban, pan caliente... Era alto y de hombros rectos, bien plantado, como mi marido y mis hijos. Mis hijos tienen mucho de él. Vestía de forma sobria y elegante. Diría que mi suegra tuvo mucho que ver en ello. Cuando le conocí era un alto cargo de la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja.

Don Ramón —así le conocían en la Caja— era un hombre muy, muy querido y respetado. Todo el mundo hablaba —y sigue hablando— muy bien de él. Una tarde, hace pocos días, el Dr. Ulloa vino a casa a darme la comunión. Había sufrido una nueva recaída en mi enfermedad, y estaba postrada en cama y sin poderme mover. Me dijo: «Vengo de casa de Leopoldo Abadía. Me dice que te diga que tu suegro era un caballero». Entonces recordé que Ramón hizo el PADE en el IESE, cuando Juan estudiaba el MBA. El nombre de mi suegro está inscrito en un plafón de metacrilato, junto con los demás amigos del IESE que contribuyeron

económicamente para la construcción del nuevo edificio de Barcelona.

Mi suegro era el mayor de tres hermanos, todos varones. Le seguía Ángel, que vivía en San Sebastián, donde se casó y tuvo una hija. El pequeño, el tío Paco, también ingeniero, vivía en Barcelona. Su padre murió cuando eran adolescentes. Él se puso a trabajar para mantener a su madre y a sus hermanos. Trabajaba y estudiaba a la vez. Hizo Intendente mercantil —el equivalente a Económicas— y Derecho. Sus hermanos pudieron estudiar también gracias a él. Siempre cuidó de su madre, mujer nada fácil de lidiar, y en sus últimos años la tuvieron en su casa. Mi suegra la cuidaba como si fuera su madre, con lo que dio un magnífico ejemplo a sus hijos, nueras y nietos.

Empezó su carrera profesional en la Caja de Ahorros y ahí se jubiló. Era su vida. Era un hombre inteligente, y fue ascendiendo hasta llegar a la subdirección general de la entidad. Trabajaba con ahínco. Hoy diríamos que demasiado. Tenía el flanco familiar cubierto por las mujeres. Hoy tendrían que ingeniárselas de otra forma.

Mi suegra procedía de una familia burguesa, hija única de un militar y nieta del fundador de la aviación española, el general Vives, natural de Igualada. De ascendencia catalana, su madre estaba emparentada con la alta burguesía industrial de Barcelona, a la que conocían también buena parte de mi familia. Durante mucho tiempo arrastraron la diferencia de clase social. Ramón tuvo que trabajar duro para hacerse un sitio en medio de todos ellos, y lo consiguió.

Mi suegro es una de las personas a las que más he querido en mi vida. Fue mi segundo padre. Me entendía a las mil maravillas con él. Pensábamos de una forma parecida y teníamos temperamentos que encajaban muy bien. Estoy orgullosísima de ser su nuera, y mis hijos de ser sus nietos. Era un hombre honesto, que fue aprendiendo durísimas lecciones a lo largo de su vida. No se rebeló, sino que las encajó y aprendió a vivir con ellas. Era muy creyente y con una confianza extraordinaria en Dios. Mi suegra tuvo mucho que ver en su mejora. Las mujeres influimos mucho en los hombres, para bien o para mal.

Durante los últimos años de su vida, su bondad aumentó de forma exponencial: se fue despojando de capas y capas. Lo que no sabía tratar se lo confiaba a Dios. Fui testigo de cómo ofrecía todo lo malo que le pasaba por el bien de otros. Mi suegro vivía lo que creía, con sus límites, como todo el mundo. Una de las frases que más le define es la que le dijo a mi hijo Xavi camino del restaurante en el que íbamos a celebrar sus bodas de oro: «Xavi, la mejor herencia que puedo dejarte es que creas en Dios».

Mª Luisa era una mujer muy inteligente y religiosa, que valoraba mucho la familia. El bisabuelo Pedro era hijo de un empresario textil de Igualada. En 1910 le confiaron la construcción del primer campo de aviación militar en la Academia de Ingenieros de Guadalajara. De ahí la

vinculación de parte de la familia con Azuqueca de Henares, lugar en el que murió mi cuñado Ramón Luís. Pasados tres años, estableció los primeros aeródromos militares en África y formó la primera escuadra de combate española. Llegó a ser Ministro de Fomento en 1923.

Mi suegra recibió una buena educación. Cantaba, tocaba el piano, componía poesías, restauraba muebles y hacía manualidades. Era muy activa, artista, y está dotada de ese punto bohemio y rupturista que tiene toda su familia. A mí me parecía una mujer original, distinta. Nos reíamos mucho con ella. Solía contarnos cosas de su familia y nos desternillábamos de risa, pues había personajes como de opereta. Entre sus parientes se contaban generales, aviadores, aventureros, bohemios, indianos, excéntricos personajes inmortalizados en *Eloísa está debajo de un almendro* del escritor Jardiel Poncela: aristócratas arruinados que jugaban a guerras con soldaditos de plomo y acababan por quemar todo en el salón.

Qué bien lo pasábamos con ellos: ir a Zaragoza era un auténtico placer. El piso de mis suegros daba a tres calles y era muy claro. Mi suegra había heredado muebles de familia, sables, medallas, abanicos, pianos... Tenía un gusto especial para poner ramos de flores en la casa y montar lámparas muy románticas, que le quedaban geniales. Los ratos libres solía pasarlos en el cuarto del piano tocando piezas de Bach y Chopin, sus compositores favoritos. Era devota de la Virgen del Pilar, basílica a la que generalmente íbamos a oír Misa. En el salón había dos grandes cuadros, uno de su madre, la abuela María, y otro de ella, y una gran sillería isabelina con un brasero antiguo. Colgaban de la pared fotografías de ilustres antepasados vestidos con uniformes y bandas, y de ilustres señoras engalanadas con puntillas y sedas. Una de sus aficiones era servir siempre un aperitivo y, después de comer, disfrutábamos de la conversación tomando café. Mi suegra hacía perpetuamente punto, miles de jerseys para niños y niñas, y acababa dormida cada tarde sobre ellos.

Lo organizaban todo para que estuviéramos lo mejor posible, se desvivían por nosotros. Cuando mis hijos eran niños, mi suegra siempre contrataba una Salus[1] para que los cuidara durante el tiempo que estuviéramos allí. Decía que nosotros debíamos descansar y salir, mientras ella se encargaba de la intendencia. Aún hoy se lo agradezco. Si tuviera nietos, sería lo primero que le copiaría. Cuando llegábamos en coche, llamábamos desde el portal de la calle y bajaban a ayudarnos con los niños y a sacar las maletas. A veces, el cierzo soplaba con tal fuerza que teníamos que sujetar fuerte a los niños por las manos, para evitar que el viento se los llevara. Como a Ramón le encantaba conducir, solíamos hacer rutas turísticas a La Rioja, a Teruel, a las Cinco Villas, disfrutando de la gente, del paisaje y de la comida. Visitamos todo tipo de iglesias y monasterios, de una belleza incomparable: Silos, Sto. Domingo de la Calzada, Veruela, S. Juan de la Peña...

En Zaragoza veía a gente muy distinta a la burguesía catalana industrial a la que yo estaba acostumbrada. Era gente que trabajaba fundamentalmente en la administración pública: magistrados, funcionarios, militares, profesores. Todo esto me quedaba muy lejos, y por eso me gustaba. Tenían otra forma de vida que me chocaba y ampliaba mi forma de pensar, enriqueciéndola.

La transmisión del legado familiar

Mi suegra nos transmitía constantemente la tradición familiar. Tenía muy buena memoria y muchísimos recuerdos que contar. Nos deleitaba con los olores y sabores de la huerta murciana, los frutales y los limoneros. Nos trasladaba a una época que a mí me parecía de otro siglo, y que por eso me encantaba conocer y escuchar. El padre de Mª Luisa, el abuelo Luís, tenía una finca en Murcia en la que de pequeña pasó largas temporadas. También era militar y algo peculiar. En verano le decía: «¡Niña, frótate con dos limones!».

Mi suegra era muy alegre y también muy despistada. Recuerdo que una vez estuvo a punto de atropellarme. Fue en la finca que tenían cerca de Fraga. Hacía prácticas con el coche por los caminos de tierra y confundió el freno con el acelerador. Juan me sacó en el último momento asiéndome por la cintura, como en las películas. La pobre Mª Luisa nunca más volvió a conducir. En esta finca estuvimos pocos años. El campo de Fraga era muy caluroso, y no era el mejor sitio para pasar el verano, a pesar del airecito que corría bajo los chopos. La casa no reunía demasiadas condiciones y, con el tiempo, decidieron venderla, por los numerosos gastos que ocasionaba sanear la sal de los bancales.

Mi suegra y yo nos entendíamos muy bien y manteníamos largas conversaciones. Tenía muchísimas amigas, y una intensa labor apostólica. Era muy religiosa y siempre se apoyaba en Dios: en todo lo que hacía y en cuanto le pasaba en la vida. Fue ella quien enseñó a rezar a mis hijos y les habló de Jesús. Aunque la dejaba hacer, yo entonces no estaba por la labor, me parecía una exageración. Su vida giraba siempre alrededor de la misa diaria, cosa que aceptaba pero no entendía en absoluto, hasta que me di cuenta por goleada de su importancia, y eso hice yo también.

Como consecuencia de su problema de riñón, siempre la vi bebiendo agua, haciendo reposo y cuidándose mucho. Hoy tiene 92 años y está ya muy mayor. Vive en casa de mis cuñados Carlos e Isabel, que aprendieron muy bien las lecciones que ella nos dio cuando cuidó de su suegra. La abuela Emilia nunca fue mujer de trato fácil, pero mi suegra sabía capearla muy bien y, cuando enfermó ya muy mayor, se la llevó a casa y la cuidó hasta su muerte. Aún recuerdo las enormes llagas que se le

hicieron y el cariño con que Mª Luisa la trataba a pesar de los gritos y de los malos modos de la abuela. Mi suegra simplemente lo ignoraba y seguía cuidándola como si tal cosa. Ramón siempre se lo agradeció, y para mí supuso una lección de primera categoría.

De mis suegros aprendí también la fidelidad a la familia y, particularmente de mi suegra, lo que una madre es capaz de hacer por sus hijos para evitar que se hundan. También la fuerza que tiene la gracia de Dios, y cómo actúa en las personas con temperamentos que podrían llevarles a la dispersión y el caos si se dejaran arrastrar. Son ejemplos que me han dado mucho que pensar: hay personas con temperamentos más sanos que otros, pero Dios ayuda a todos si nos dejamos hacer.

Mi cuñado Carlos es un hombre muy inteligente y tan artista como su madre. Es enciclopédico, igual que mi hijo Joan. Aprendió la fe y el valor de la familia de su madre, y sigue inculcándolas en sus hijos. Mi cuñada Isabel y yo somos muy buenas amigas. Es una mujer de gran valía, de las que arremete con lo que se le pone delante, y siempre ha estado al lado de Carlos. Es alegre, animosa y entregada. Tienen tres hijos que se llevan muy bien con los míos. Mis cuñados son ya abuelos. Tanto ellos como nosotros tenemos la misma idea de familia y compartimos fe y principios.

Pasábamos unos días todos juntos en Broto, en el Pirineo aragonés, lugar en el que veraneaban desde que mi marido y mis cuñados eran pequeños. Esos valles tan limpios nos arrebataban. Eran de un frescor y de una nitidez fuera de lo normal. Hacíamos muchas excursiones con los niños, que por entonces eran muy pequeños. Juan y Carlos nos contaban las barrabasadas que hacían de niños, saliendo por las ventanas de las casas y deslizándose por las fachadas. De esas fechorías mi suegra ni se enteraba, o eso decía. Íbamos también a Ordesa, que por entonces era una maravilla natural, igual que ahora pero sin gente. Todavía oigo el ruido de las cascadas y noto ese aire limpio y fresco. Uno de sus amigos de toda la vida era Pedro Allué, un hombre de Broto, honesto y fiel como nadie. Aún puedo verlo frente a mí, con su boina calada hasta casi las cejas, ofreciéndonos galletas para merendar en una sala de estar con una bombilla colgando.

[1] Hermandad de enfermeras de *Salus Infirmorum*, asociación por la que mi suegra sentía gran simpatía y a quien pedía ayuda en caso de necesitar personal especializado para cuidar niños o enfermos.

6. LA MADRE DE TODAS LAS CRISIS

La tormenta

Después del verano de 1997, mi marido estaba angustiado, muy inquieto. Recuerdo una cena que me pareció de locos: yo no captaba el discurso. Me habló de que necesitaba espacios... Decidí buscar un psiquiatra que aportara algo de luz a lo que estaba pasando. Suponía que un psiquiatra me podría ayudar a entenderlo. Unos meses antes, cuando nada parecía amenazar nuestro día a día, mi marido volvió al IESE para hacer un programa enfocado para directivos. Hacía años que no había vuelto a la escuela desde que terminó el MBA. Volvió a casa muy contento y me comentó que una de las sesiones las había impartido un psiquiatra que le había encantado. «Si algún día tenemos problemas con los chicos, iremos a consultarle a él», exclamó. Yo no tengo demasiada memoria, y no sé por qué me quedé con el nombre de ese médico. La cuestión es que cuando estalló la gran crisis recordé su apellido y pensé que ese profesional tenía la ventaja añadida de estar muy hecho al trato con directivos.

Llamé al IESE y pregunté por él. Allí me facilitaron el teléfono de la consulta. Me dieron hora en seguida porque lloraba sin cesar. Lo primero que le dije al médico, antes de empezar a hablar, fue: «Busco a alguien que defienda a la familia». La frase puede parecer fuera de lugar, pero quería asegurarme de que el profesional que tenía delante compartía mis planteamientos de vida y, por tanto, estaba en condiciones de poder ayudarme. Yo quería defender a mi familia y ayudar a mi marido, y no quería a nadie que me sacara de mi hogar o me diera consejos extraños. Quería personas que tuvieran y vivieran los mismos principios que yo. Intuía que eso era de la máxima importancia. Que fuera un mejor o peor

profesional quedaba en segundo lugar en mi *ranking* de prioridades.

Él me entendió bien. Eso me tranquilizó y permitió que le mostrara mi inquietud: «No entiendo nada de nada. No sé lo que está pasando». Estuve con él una hora en la que no paré de llorar. El médico no se sorprendió, simplemente me puso una caja enorme de pañuelos de papel delante. Durante esa hora hablamos largo y tendido. Él fue tanteando para ver qué pasaba y saber cómo estaba yo. Le dejé ponerse al frente de la situación y que me fuera guiando en la nueva etapa que se abría frente a mí. Le dije que iría a la consulta cuantas veces fuera necesario. Todo era poco para intentar salvar lo que veía que me caía encima.

Empezó una época de una lucha y de una dureza extraordinarias. Mis hijos, mis padres, mis suegros y mis dos hermanas fueron mis aliados, todos a una. Todos seguían al pie de la letra lo que les iba diciendo semana tras semana, tras las visitas a la consulta del médico. Mi padre, nada más enterarse de lo que me estaba pasando, me dijo: «Hija, estas cosas pasan. Tu deber es estar al lado de Juan...». Eso me dio energía, porque mi propio padre me apoyaba en una tarea muy difícil. No me extraña ahora, visto de lejos: para él, la familia estaba antes que nada. En su respuesta me daba su apoyo y bendición para seguir adelante, y eso no hizo más que confirmarme su forma de pensar. Vi claramente que eso tan duro que hacía era lo que debía hacer. Y en ello encontré consuelo. Cuando llamé a mis suegros y les dije lo que pasaba, mi suegra me contestó: «No, Juan nunca va a hacer eso. Juan no». Ellos pensaban lo mismo que nosotros, y apoyaron en todo cuanto pudieron. Cuando finalmente se fue de casa, intentamos que volviera y que nadie supiera la enorme crisis por la que estaba pasando. El médico me había advertido que las posibilidades de éxito eran escasas. Lograr que la familia mantuviera un absoluto silencio y que nadie más se enterara de nada era casi un imposible: siempre había alguien que se iba de la lengua. Nosotros lo logramos, y todos me ayudaron. Les dije que había que darle tiempo para que tuviera su crisis particular, y pudiera volver a casa sin hacer ningún ruido. Yo solo deseaba poner cuanto pudiera de mi parte. Lo intentaría hasta el final, aunque esto supusiera dejarme por el camino la piel a tiras.

Su primera salida de casa me dejó fue tan enorme y el dolor tan insoportable que me pareció entonces que cualquier cosa mala que me pasara en la vida, comparado con eso, no sería nada. Hoy sigo pensando lo mismo. Los primeros días el dolor era tan agudo que no podía ni andar, era tan penetrante que pensaba que no podría resistirlo. Iba por las calles como si fuera sangrando. Lloraba todo el día y por todos lados. El mundo literalmente se hundió. El sol perdió su brillo y su color, y la vida dejó de interesarme. Pero el día a día me arrastraba, tenía tres adolescentes en casa y muchos problemas que solucionar.

El infierno duró un año. Juan vivía fuera de casa, no sabíamos dónde. Ni se lo preguntamos ni nos lo dijo. No llamaba tampoco durante la semana. El lunes por la mañana telefoneaba mientras desayunaba. Le oía sorber el café con leche y hablábamos como si no pasara nada. Muchas veces pienso que no sé cómo pude resistir eso. Él me decía que estaría muy ocupado durante esa semana, miraba la agenda y me daba hora algún día para ir a comer. Cuando nos veíamos hablábamos poco, porque él decía cosas que yo no entendía y mi sufrimiento era tan intenso que me impedía pensar. Perdí diez kilos. Cuando alguien se refería a mi pérdida de peso, les contestaba que estaba a régimen. Dormía poquísimo. El médico me dio antidepresivos, que tomé durante poco más de un año y que, desde entonces, nunca más he vuelto a tomar. Un día le pregunté al médico si era yo la que estaba mal y me contestó: «Estás muy sana. Solo una persona muy sana aguanta lo que aguantas tú y está como estás tú». Despejaba así una duda que tenía y decidí seguir adelante.

Conseguimos que él fuera alguna vez a visitar al médico. Después de una de las visitas, descubrí la evolución que solían tener estos casos con el paso del tiempo. Salí de la consulta en estado de shock, con los pelos de punta y los ojos como platos. Pensé que así debía quedarse alguien cuando le dicen que tiene cáncer. Hoy puedo afirmar que estaba equivocada: la primera crisis y mi lucha por la supervivencia es lo peor que me ha pasado en la vida de largo, y con una diferencia abismal con la segunda. La enfermedad es tan solo una pérdida de salud.

Pero la historia no había hecho más que comenzar. Empezó la época que yo denomino «la madre de todas las crisis». Fue la peor crisis que he pasado: me rompió a mí, rompió mi familia y afectó a mucha gente. La crisis actual no me ha roto, aunque me esté matando.

Al llegar el verano vimos la oportunidad de tratar que Juan regresara a casa. El médico decía que había que intentarlo, porque si no se acostumbraría a entrar y salir sin que nada pasara y la vuelta se haría interminable. Juan volvió. Pero a finales de septiembre, al regreso de un viaje a Santiago, me dijo que se iba de nuevo. Yo lo veía terriblemente confundido, no sabía qué hacer, si entrar o salir. Decía que me querría siempre, que recordara eso sobre todas las cosas que iban a ocurrir.

Durante ese año yo seguía confiando en él. Por aquel entonces yo tenía en la cabeza tan solo cuatro ideas claras sobre el matrimonio. No eran muchas, pero sabía que un marido no puede traicionar a su propia mujer ni a sus hijos porque se traiciona a sí mismo. Supone fallar como hombre en lo más básico, es frustrar su propio desarrollo. Eso por no hablar ya del daño que infringe a su familia: quien debía cuidar de ellos, los abandona. Era una auténtica barbaridad. Me parecía tan inconcebible que ni se me ocurrió, y menos en una persona como él.

El resto de lo que ocurrió, carece ya de interés. Es la vieja historia de

siempre, tan antigua como la humanidad. Le dejé ir. Antes y ahora tenía claro que las personas somos libres y que de este modo vamos al matrimonio. Yo no iba a forzar a nadie.

Mi norte: el amor incondicional

Durante ese año de barbarie, empezó una época en la que yo me movía a puro golpe de instinto. Era como si tuviera un radar que me iba diciendo hacia dónde ir. Una noche, leí por pura casualidad un fragmento de una epístola de san Pablo. Yo era, por entonces, una iletrada espiritual. Ignoraba incluso que ese trozo era el que más se lee en las bodas. El texto decía: «La caridad es paciente, la caridad es amable; no es envidiosa, no obra con soberbia, no se jacta, no es ambiciosa, no busca lo suyo, no se irrita, no toma en cuenta el mal, no se alegra por la injusticia, se complace en la verdad; todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (san Pablo, *I Cor* 13, 5-8).

Estas palabras me impactaron. Apuntaban alto, muy alto, quizás demasiado, pero me pareció que me indicaban el camino del amor que yo quería seguir. Algo muy grande se abrió frente a mí, por lo que valía la pena luchar, y me decidí a secundarlo. Desde entonces, ese fragmento se convirtió en mi brújula, mi norte, mi objetivo. *Eso* precisamente es lo que me gustaba y lo que yo quería. Me mostraba el camino de un amor grande, grandísimo. No estaba dispuesta a empeñar mi vida por amorcillos de tres al cuarto. No. O era grande, o ni siquiera iba a entrar en el terreno de juego. Lo que no intuía entonces es lo que me costaría seguirlo y defenderlo. Y la oposición tan fuerte que encontraría en mi camino.

Por esa época yo tampoco era consciente de que ya se estaba iniciando mi reconstrucción personal. Pero, visto a posteriori, yo diría que empezó muy al principio, en ese año de sufrimiento salvaje, a medida que iba tomando decisiones bien encarriladas hacia donde quería ir. Tenía, además, intuiciones que me iban ayudando a apartarme de la confusión que se vivía —y se sigue viviendo— entre amor y sentimentalismo. Estaba empezando a distinguir lo uno de lo otro: no tenían nada que ver.

Desde entonces, he pensado muchas veces en mi idea sobre el amor. Soy una romántica empedernida. Me gustan los amores grandes, sean o no correspondidos. Muy, muy grandes. Yo diría que heroicos, hasta la muerte. Me gustan los caballeros, las damas, los señores, las princesas. Y no soporto los munditos pequeños que no requieren nada especial de uno, ni la más mínima virtud. Me gustan los retos, las cosas difíciles, luchar por algo que valga la pena. Me gusta pensar que puedo cambiar el mundo, aunque sea muy poco, o por lo menos intentarlo. Me gusta luchar por

amar, por ser confiable, por dar seguridad a la gente de mi alrededor, por ayudar a otros a seguir adelante y a que sean felices.

No me gusta ser utilizada en el amor ni en la vida, valgo demasiado para ello. Cualquier persona vale demasiado. No me gusta la imagen con la que algunos presentan a la mujer de hoy, algo así como un objeto sexual a disposición del primero que se le pone delante. No me gusta ser mercancía de nadie ni que se abuse de mí, ni hablar. No soy un florero, ni una idiota, ni una fulana, como tantas hay hoy ignorando incluso que lo son. Soy una mujer que pretende sacar todo lo mejor de sí, aunque, evidentemente, con menos éxito del que me gustaría.

Soy más racional que emocional. Diría que, con los años, la racionalidad es una de las competencias que más he desarrollado. Me fascina discernir la verdad de la mentira. Creo que esto es una de las cosas más necesarias que hay y más difíciles de lograr, porque el entorno tiende a la confusión y a mezclar los conceptos. Pero las cosas son como son. Esto deberíamos tenerlo grabado en nuestra cabeza, y en nuestro corazón, para evitar mil problemas.

Ya he explicado el amor en el que me había educado: el valor de la fidelidad, el amor incondicional, total, hasta la muerte. Soy mujer de un solo hombre. Son cosas que sabía ya desde bien pequeña. Recuerdo una vez —tendría alrededor de quince años— que me vino a la cabeza qué pasaría si mi matrimonio fracasara en el futuro. No tenía ningún compromiso entonces, pero las chicas nos planteamos cosas así cuando somos jóvenes. Yo pensé que si estaba casada, casada estaba. Y que si el matrimonio fallaba, mala suerte. Era inconcebible para mí cualquier otra solución. Esta imagen me ayudó mucho cuando ocurrió la madre de todas las crisis, porque en mi cabeza y en mi corazón ya estaba tomada una decisión: iba a seguir adelante con el matrimonio. Así me lo habían enseñado. Siempre se sabía de matrimonios que no funcionaban, generalmente, a causa de maridos tarambanas que volvían locas a sus familias. Entonces la gente lo solucionaba de forma distinta: la mujer aguantaba y el hombre no rompía la familia, pero tenía amigas. Hoy, esta visión está demonizada. Se piensa que si uno hace algo mal, el otro tiene derecho a hacer lo mismo. Me parece un sinsentido. Hacer algo mal no es ningún «derecho», sino una injusticia hacia alguien. Que podamos y hagamos las cosas mal es una cosa, que eso sea justo o no ya es otra.

Además, mi matrimonio era religioso. Me eduqué en él y en todos los valores que lleva incrustados, y no estaba dispuesta a hacer «probatinas». Quería algo seguro, que estaba comprobado que funcionaba bien y que protegía a las personas. Esto lo aprendí de mis padres, de mis abuelos y también de mis suegros. Estaba rodeada de gente fiel, capaz de aguantar lo indecible por otro, y veía que era posible lograrlo. Conocía el gran bien que hacían a su alrededor y el enorme mérito que suponía. Esas personas

fuertes y fieles son las que me gustaban y las que trataba de transmitir a mis hijos. Sabía la falta que hacían hombres y mujeres sinceros, fieles, capaces de querer al otro hasta el extremo. Y eso me encantaba.

Desde que ocurrió la gran crisis, he seguido donde estaba, y no he cambiado mi forma de pensar porque el otro hubiera cambiado la suya. Sigo siendo fiel a la palabra que di. Me parece lo más honesto, es jugar limpio con la otra persona, respetarla. El otro sabe a qué atenerse conmigo: no porque otros fallen tengo también que fallar yo. No. En mí se puede confiar: mi palabra vale de verdad, no la cambio porque esté apurada en un determinado momento. Si digo sí es sí, pase lo que pase. Me parece que es la única forma que hay de engendrar confianza. Si uno entra en una relación con el «a menos que...» en la cabeza, eso no tiene futuro. Nace muerta. Y muchos saldrán perdiendo por nuestra falta de fidelidad y volatilidad, y seremos responsables de ello. Yo no deseaba eso, al contrario. Quería ser una persona fiable y fiel, y por eso luchaba.

Con el paso de los años he ido encontrando a gente capaz de amar, de resistir lo que haga falta por amor al otro, de no ver los obstáculos como algo negativo sino como oportunidades para crecer en el amor. Sigue habiendo gente capaz de reconocer los errores, pedir perdón, levantarse y rectificar. Y me fascina verlo. Lo miro y digo: «Oh, qué gusto, qué bien». Hay gente que sabe estabilizar lo que toca, cualquier ambiente que pise, aunque le cueste. Es capaz de enfrentarse a sí mismo y de luchar por mejorar y de pedir ayuda, cosa impensable hoy, ya que hay mucho sabihondo. Me parece una postura muy inteligente y realista. Admiro a quien actúa así. Ese tipo de persona será capaz de conocerse más y más y de cambiar, porque se deja guiar por otros. Pero para eso se precisa confianza. Y hay mucha gente que solo piensa que lo bueno es lo que él hace y que su forma de pensar es la correcta. Así no vamos a ningún lado, porque nos perdemos otras formas de enfocar las cosas que pueden dar mejores resultados.

Poco a poco fui añorando los amores eternos de otras épocas, frente al nivel ínfimo de amor que se me proponía. Comprensible, de todos modos, pero muy, muy pequeño. Raquítico. No me hacía ninguna ilusión vivir una vida así. Yo no tenía el más mínimo deseo de fallarme a mí misma ni a los demás. Era una manifiesta injusticia que el otro patrón del barco hubiera salido de mala calidad y se hubiera tirado por la borda, pero no por ello iba a hacer lo mismo yo. Decidí defender la parte de mi matrimonio y de mi familia que podía defender, que era mucha, y hacerlo a conciencia, sin dejar ni un milímetro por trabajar.

La decisión de vivir sola

Tras acompañar a Juan al ascensor, cuando se fue de casa, volví a mi

cuarto y me senté en un sillón. Vi correr mi futuro ante mis ojos a toda velocidad. Me enfrenté a la vida futura en soledad: «Tengo cuarenta y cinco años y puedo vivir noventa. Puedo estar sola lo que me resta de vida». Los pelos se me pusieron de punta, me pareció durísimo, una injusticia tremenda.

Pero me atraía la idea de seguir el camino del amor incondicional. Quería querer de verdad. Valía la pena luchar por ello. Me fastidiaban las medias tintas. Si tanto quería a mi marido, ahora iba a ser el momento de demostrarlo: iba a intentar quererlo aún en condiciones dantescas. Valía la pena intentar llegar a esa cima tan ardua de alcanzar, a pesar de la dureza de lo que representaba. Asustaba pensar en todo ello, pero no podía evitar pensar en por qué debía dejar de querer a alguien por más que ese alguien no tuviera ningún interés en mí. Él tenía su libertad y su campo de acción, y yo el mío. Iba a construir matrimonio y hogar yo sola con mis tres hijos.

La separación

A las pocas semanas llegó la petición de divorcio. En este país, aunque no quieras, te divorcian. Tu opinión no vale para nada. Para entonces, yo me había buscado un abogado, iniciando siempre la conversación con la misma frase que había utilizado con el médico: «¿Eres creyente?». El pobre hombre se quedó sorprendido, pero me respondió afirmativamente. Le expliqué lo mismo que le había contado en su día al psiquiatra: buscaba a alguien que creyera y defendiera el matrimonio y la familia, y a partir de ahí que hiciera lo que pudiera. Solo iba a confiar en alguien que partiera de las mismas premisas que yo, no tenía intención de romper nada, ni personas ni familias, y menos hacer daño a mi marido. Solo quería defender una más que improbable futura reconciliación familiar. Quería, por lo menos, intentarlo. El abogado aceptó el caso con una condición: «Debes confiar en mí. Te iré informando de todo, pero yo recibiré los palos. Yo voy a ser quien negocie, tú estarás en la sombra: yo te protegeré». Cuando le dije que había recibido una carta del juzgado, me contestó que ni la abriera y que se la llevara a él: quería incluso ahorrarme ese mal trago.

Dios cierra una puerta y abre un portal

Empezó una vida durísima, y sola. Durante los primeros años el dolor fue insufrible. Al principio parecía que casi nadie a mi alrededor me entendía, ni siquiera familiares y amigos, así que decidí cribarlos, porque ni todos eran amigos ni todos iban por el mismo camino que yo. Decidí

andar junto a gente que tuviera mi planteamiento de vida, del matrimonio y de la familia. Al resto los vería cuando fuera, pero no serían mis compañeros de fatigas y penas. Tampoco me abriría con ellos; debía protegerme. Hoy me doy cuenta del acierto que supuso. Es de una importancia primordial seleccionar a las personas que distinguen el bien del mal y que intentan mejorarse ellas mismas, además de impactar positivamente en su entorno. Son una bocanada de aire fresco. Con ellos te sientes seguro. Eso era lo que yo quería, gente en quien poder confiar.

Solía asistir a Misa a la iglesia más cercana a nuestra casa, el Oratorio de Sta. María de Bonaigua. Un tiempo antes de comenzar la tormenta, otra intuición entró en mi cabeza: «Si tienes algún problema fuerte con tu familia ve a ver a los sacerdotes que confiesan allí. Ellos te ayudarán». Cuando uno va apurado, con frecuencia sabes en lo más profundo de ti quién te puede ayudar. En lo básico pensaban igual que yo. Así que, cuando los cielos se abrieron y empezó a llover sin parar, fui allí. Quería hablar con algún sacerdote de Bonaigua. Conocí a Mosén Mas, que había pasado unos años en una parroquia del Raval, en pleno casco antiguo de Barcelona, donde había realizado una intensa labor con marginados sociales. Me gustó su perfil, pensé que sería un hombre que tocaría el suelo, y eso me animó a tratarle. En un momento dado, le dije: «Mosén, no entiendo nada de lo que pasa con Juan. Todo está al revés. Necesito formación». Él me contestó que me pusiera en contacto con Nuria, profesora del IESE, allí organizaban cursos de formación. Así que la llamé y quedé para conocerla. Y hasta hoy. Nos hicimos buenísimas amigas y, al cabo de unos años, compañeras de trabajo. En el mundo tan oscuro en que vivía, ella fue como un soplo de aire fresco: vital, alegre, siempre estaba metida en mil historias. Le explicaba cosas y me entendía a la primera, era un gusto hablar con ella: profundizábamos más y más en la realidad, en sucesos de la vida, en las personas. Podía compartir lo que me ocurría, me entendía y apoyaba de verdad, de forma desinteresada. No buscaba nada en mí. Era inteligentísima y eso me encantaba, porque iba más lejos que otra gente; me abría puertas, compartía lo que yo pensaba y me explicaba por qué pasaban muchas cosas. Me encantó conocerla porque por fin encontré a alguien que pensaba exactamente como yo. Coincidíamos en la forma de enfocar la vida. Las dos pensábamos que estábamos en este mundo para algo que debíamos ir descubriendo y trabajándolo a fondo para mejorar el entorno. El mundo empezó a ser interesante de nuevo.

Fue también ella, desde su especialidad de Dirección de Personas en las Organizaciones, quien empezó a despertar mi gusanillo por ese campo de estudio. Me llamaba la atención que, al explicarle lo que me ocurría, ella lo trasladara al ámbito de los directivos y a la toma de decisiones. Ese enfoque me fascinó y empecé a estudiarlo a fondo también.

Nos encontramos dos personas muy distintas pero iguales a la vez, y

muy complementarias. Lo primero que percibí fue la claridad y transparencia de sus ojos: no había en ellos ni trampa ni cartón, y eso era lo que andaba buscando, alguien fiable e inteligente. Estaba harta de dobleces y traiciones. Con ella entré en un mundo limpio, en el que se podía circular con las ventanillas del coche bajadas porque nadie iba a robarte nada. En mi vida he tenido muy buenas amigas, pero con Nuria la amistad se fue incrementando día a día. Nos ayudábamos por el mero hecho de querer el bien de la otra, no había interés personal en ninguna de las dos. Descubrí la potencia de la amistad bajo estas premisas: una máquina imparable de aprender y de hacer el bien a otros.

Intuí en ella mi *alter ego*. Coincidíamos en todo lo básico y fundamental: idea de la vida, del amor matrimonial, de la familia, de Dios. Nuria es muy recta y muy activa socialmente, por eso confío absolutamente en ella. No me gastará nunca una mala pasada, lo que me da una enorme tranquilidad. Si en algo nos equivocamos, nos pedimos perdón, y a otra cosa. No nos regodeamos en ello. Seguimos siempre mirando adelante.

Éramos profundamente religiosas, idealistas y luchadoras: queríamos un mundo limpio y luchábamos por conocer la verdad y por cambiar nuestro entorno. No nos detenía nada. Teníamos una fuerza y energía que se multiplicaban al ser dos. Nuestras vidas tenían una altura que pocas veces había encontrado, éramos conscientes de ello y disfrutábamos de la amistad. Llegamos a ser «amigas del alma», esa expresión que se dice a veces sin conocer su sentido. Más tarde, subimos un escalón y nos convertimos en «hermanas adoptivas». Nos reíamos al decirlo. Entendimos a Aristóteles y sus estudios sobre la amistad.

Nos hicimos inseparables. Éramos dos cabezas que pensaban al unísono en una misma dirección. Sacábamos partido a innumerables cosas, a situaciones, a proyectos. Nos entendíamos sin hablar y nos respetábamos mucho; éramos como dos almas gemelas. Entre las dos preparábamos un mismo discurso intelectual. Escribíamos más y más juntas. Donde no llegaba una, llegaba la otra. Lo mismo ocurría con las clases en los programas que impartíamos. Iniciamos un montón de proyectos disfrutando como locas. Hay una confianza extrema entre las dos. Los mismos alumnos nos lo decían en las clases. Percibían nuestra profunda amistad. Luego, con el tiempo, me di cuenta de que lo que notaban también era la frase de Cristo: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros»(*Jn* 13, 35).

A la vuelta de la clínica, hace ahora seis meses, tuve una caída muy fuerte de tensión y un desmayo que me dejaron fuera de combate. Por suerte, ella estaba en casa y se encargó de atenderme. Mi madre sola no hubiera podido, debido a su edad. En aquel entonces, en mi familia no habíamos cogido el ritmo a mi enfermedad y todavía no funcionábamos

como un buen equipo. Ella se quedó durmiendo conmigo un par de noches hasta que la situación estuvo bajo control.

Su apoyo ha sido fundamental para mí durante todos estos años. Hemos crecido juntas en muchos aspectos y hemos ido descubriendo más y más nuestra misión. Fue Nuria quien, al principio de todo, me presentó a Marta, una amiga que acabó siendo íntima amiga mía también. Me ayudó a encarrilar esos primeros años de la separación, de una dureza extraordinaria. Sin ellas, no hubiera podido conseguirlo. Eran el tipo de amigas que yo necesitaba: alegres, inteligentes, decididas, idealistas y profundamente buenas. Gente discreta y sencilla que no preguntaban lo que te pasaba, a menos que tú dieras pie a ello. Hablabas si querías, y si no, no. No eran cotillas ni murmuradoras. Veía cumplirse en ellas una frase de Sta. Teresa que me atraía mucho: «la gente estaba a gusto conmigo porque sabía que conmigo tenía las espaldas cubiertas».

Para mis amigas, el sí es sí siempre y en cualquier circunstancia, no hay medias verdades. Su mundo tan vital y alegre me atrajo de una forma extraordinaria. Qué lejos estaban de las brutalidades que me tocaban vivir. Me di cuenta de que podía fiarme de ellas y que las amigas de verdad eran un recurso valiosísimo que debía buscar y cultivar a partir de ese momento. Por la Biblia entendí también hasta qué punto ayuda una buena amistad: «El hermano ayudado por su hermano es fuerte como una ciudad amurallada», dice en *Proverbios,* 18-19.

Comencé a asistir a alguna charla y algún retiro espiritual, porque pensé que algo bueno encontraría si ellas iban y eran así de potentes. En ellos descubrí un verdadero alivio y fuerza. No sabía muy bien por qué ocurría, pero era evidente que cada vez que asistía salía más tranquila y mejorada. Poco a poco empecé a darme cuenta de que, hasta entonces, había llevado una vida muy pequeña y que frente a mí se abría un gran portal. Decidí meterme por él.

Los primeros años

Necesitaba un médico para el alma, el sacerdote, y un médico para el cuerpo. El psiquiatra me ayudaba a resistir tanto golpe y a comprender la actuación de un marido que era la antítesis del que había conocido, y que ahora vivía en un mundo de locos por el que yo no sabía andar. El médico me iba mostrando dónde debía poner los pies de forma que no me ahogara en el daño ni en el rencor, tratando siempre de comprender al otro. Hoy me doy cuenta del enorme aprendizaje que adquirí al tratar de entender y distinguir el blanco del negro. Eso me facilitó captar mucho mejor los matices intermedios de los grises. Entender registros tan variados me llevó a conocer mucho más a las personas.

Durante esa época, preguntaba muchísimo a gente que merecía mi credibilidad, pues teníamos la misma cosmovisión: eran inteligentes, tenían criterio y preparación, me demostraban que me querían y querían el bien tanto para mí como para mis hijos. Me ayudaban a diagnosticar situaciones, redefinir los problemas, generar alternativas y anticipar las consecuencias de cada una de ellas. Buscaba luz en todo lo que me iba llegando, en los hechos y en las opiniones de los que me rodeaban.

Entonces desconocía qué sentido tenía toda esa locura. Tuve que solucionar un sinfín de cuestiones: enfrentarme a problemas económicos, personales, de educación de los hijos, de relación con amigos, de intendencia o profesionales. Todo se me amontonaba y me ahogaba, pero de todo salí. Soy un auténtico desastre para lo mecánico. La primera vez que puse gasolina al coche, casi me da algo. A los hombres les encantan las máquinas, los talleres, suelen colgar cuadros en las paredes y hacer algo de bricolaje. A mí me deprime, igual que cuidarme de bancos y facturas... Así que tuve que buscar quien me lo hiciera, y dejar que mis hijos se encargaran de según qué cosas.

A los pocos años, los chicos terminaron sus carreras, empezaron a trabajar y me ayudaban con el peso de la casa y lo que había podido salvar del naufragio. La casa de Bolvir, que habíamos comprado con Juan tan solo un año antes de su marcha, se transformó en el hogar familiar de vacaciones. Era el nuevo Sitges y Barberà, un lugar al que íbamos siempre que podíamos durante todo el año. Mantenerla nos costaba mucho dinero, pero decidimos que nos valía la pena. Me empeñé en ello porque quería que mis hijos tuvieran una casa fruto del esfuerzo de su padre y de su madre; quería que tuvieran su hogar, su casa familiar. Quería que tuvieran la misma oportunidad que mis padres me dieron a mí.

Recursos de partida en la madre de todas las crisis

Cuando hoy contemplo las crisis familiares y personales, debo admitir que son una de las peores cosas que a uno le pueden tocar en la vida. Y se lo digo a quien sea para que no se llame a engaño. Para una mujer es una de las situaciones más humillantes que le puede tocar: se cuestiona su propia identidad como esposa y como madre, como compañera. Se la pone al mismo nivel que las cosas. Todo el mundo opina de tu vida íntima; pierdes tu lugar, tu dignidad. Es una situación sucia, plagada de humillaciones, engaños, traiciones, injusticias, dolor... No digamos si la víctima inocente es un hombre, situación que se da hoy cada vez con más frecuencia. Su posición es peor todavía, pues se cuestiona su hombría, su forma de ser padre, se les quita a los hijos y se los dan a las madres aunque ellas hayan sido las culpables.

Una de las primeras decisiones a las que me enfrenté fue precisamente trabajar en todo esto. No quería hundirme ni un centímetro más del necesario, faltaría más. Y decidí protegerme tras un muro. Era capaz de distinguir que yo no había hecho nada tan grave como para «merecerme» esto, y pude ver claramente que el deshonor caía sobre quien era capaz de hacer y de permitir que todo esto le ocurriera a su propia familia.

Una de las primeras cosas que me dijo el médico fue recordarme que yo no tenía la culpa de nada de lo que ocurría. Me puso los pies en el suelo y me dijo que tenía recursos suficientes como para seguir viviendo sola con mis hijos: que no me preocupara, porque los sacaría adelante. Con él revisé los recursos con los que contaba: *físicos* y *materiales*; *emocionales* y afectivos (hijos y familia en quien apoyarme); *sociales* (amigos y profesionales); *intelectuales* (relacionados con la casa: sirvo o no para los números, para temas legales...; y relacionados con mi trabajo profesional) y recursos *espirituales*. Estos últimos fueron mi gran hallazgo, por la potencia que descubrí que tenían. Si me faltaba alguno importante, tenía que buscar a alguien que me ayudara a adquirirlo o que hiciera algo por mí. Por suerte, me encontré con gente muy buena en mi camino.

Me parece fundamental que este ejercicio de estudiar los recursos personales se pueda realizar con ayuda de otras personas, que amplíen nuestra forma de pensar. En los primeros momentos solemos ser muy negativos. Con frecuencia nos engañamos mucho también con respecto a los maridos, y pensamos que actuarán con los hijos como lo hacemos nosotras. Esto raramente ocurre: quien abandona a su familia le da igual lo que les pueda pasar, hijos incluidos. Suelen buscar una nueva vida y todo lo que les recuerde a la antigua les molesta, porque supone una traba a nuevos planes fabulados para nuevas vidas. Además, pensamos que en el último momento todo se arreglará, y puede ocurrir o no. Debemos estar preparadas y tener buenas trayectorias profesionales para sacar adelante a los hijos.

Muchas mujeres no han trabajado fuera de casa, y se encuentran con que deben realizar una carrera profesional cuando todo les va en contra. Pero hay que ayudarlas como sea para que puedan conseguirlo. Muchas veces cuesta que pongan los pies en el suelo, porque se tiende a soñar. Pero lo pueden y deben lograr.

Los recursos intelectuales

Tenía que empezar por preparar un mejor futuro profesional. Hasta entonces, mi trayectoria laboral siempre había ido por detrás de mi familia. En ese momento tuve que apretar el acelerador. Podía y debía dedicarme más a mi profesión, porque ahora era yo quien tenía que ocuparse de mí misma y de mis hijos. Tuve la suerte de contar con el

apoyo incondicional del director y de la empresa en la que trabajaba. Mi jefe, Pat Mills, un australiano pionero en la enseñanza de segundas lenguas, y mis compañeros se volcaron en ayudarme. Mis hijos estudiaban sus respectivas carreras, así que yo disponía de tiempo para hacer lo que quisiera.

Por aquel entonces trabajaba en una escuela de idiomas perteneciente a una escuela de negocios. Era la directora del departamento de Business Spanish y daba clase a estudiantes internacionales. Era una escuela grande, en la que trabajaban más de cien profesores y se daba clase en cuatro idiomas a tres mil quinientos estudiantes al año. Mis colegas eran personas muy preparadas técnicamente, que amaban profundamente su profesión, muchos de ellos cultísimos. Se volcaron todos en mí porque la situación que me tocaba vivir era terrible. Noté su apoyo y amistad de una forma tremenda. Su *background* era de lo más variado: había lingüistas, abogados, economistas... De ellos aprendí mil cosas: el valor de la profesión, el rigor al dar las clase, la diversidad, el respeto, la amistad. El multiculturalismo en el que vivía me permitió darme cuenta de las similitudes tan grandes que hay entre las personas, a pesar de la distinta procedencia cultural. Posteriormente, este fue uno de los temas que más me empujó cuando me dediqué con más profundidad al conocimiento antropológico. Al final, eres un ser humano igual a los demás. Eso es lo que nos une.

Cuando mi marido se fue, Pat me propuso hacer un MBA. Me admiró su atención hacia mí y se lo agradecí profundamente, pero le contesté que no estaba de humor para nada. Tenía demasiados problemas y ninguna energía que aportar. Un par de años después, cuando la situación personal y familiar empezó a encarrilarse un poco, me decidí a hacer un programa para directivos de un año de duración, que reforzó los conocimientos que precisaba para mi cargo de directiva. Tenía un buen equipo y futuro profesional por delante, así que me centré en él.

Muchos de mis compañeros eran extranjeros. De hecho, los comités de dirección los llevábamos a cabo en inglés. Mis colegas eran gente muy alegre, atenta y servicial, y todos juntos afrontamos una nueva etapa profesional que requería de nosotros un mayor conocimiento técnico del mundo de la empresa. Así que fui adquiriendo cada vez más recursos para desarrollarme en mi profesión, que cada vez estaba más encarrilada.

Los recursos materiales

Junto con el trabajo profesional, que iba absorbiéndome cada vez más, contaba también con algún recurso material procedente de la separación que me ayudó a construir hogar. Una buena amiga mía me aconsejó que,

si podía, pidiera patrimonio en vez de dinero: «Cuidado con este tipo de hombres. Primero dicen que te van a pagar la pensión compensatoria y luego no lo hacen, argumentando que no tienen dinero y que la empresa les va mal. Les da igual todo. Quédate ladrillos, porque si los necesitas, siempre los podrás vender».

Este sabio consejo lo he repetido yo en infinidad de ocasiones a otras personas porque, por desgracia, he visto demasiadas veces las tremendas injusticias y abusos que se cometen con mujeres y niños. En nuestro caso, y gracias a la ayuda de mi familia, pudimos mantener nuestro domicilio habitual de Barcelona y la casa de Bolvir. En este aspecto me considero una auténtica privilegiada. Cuántas mujeres no tienen esta oportunidad. Quizás por eso, y porque he pasado por mil apuros por poder mantenerlas, me lancé posteriormente a la formación y ayuda de personas —fundamentalmente mujeres— que están en la situación en la que yo me encontré, con la esperanza de que mis experiencias pudieran servirles a ellas también.

Las dos viviendas nos han ayudado muchísimo a poner los pies en el suelo, son nuestro nido. Pero mi nido auténtico es Bolvir. Una buena amiga, al verla, me dijo: «Esta casa eres tú». La casa de Bolvir es preciosa, muy de montaña, muy acogedora. Nos proporcionaba ese calor hogareño que necesitábamos, una medicina de primerísima línea. En Bolvir tenemos muebles que proceden de todos lados: de Sitges, de Barberà, de Terrassa, de Broto, de mis padres, de mis suegros. Mi marido se llevó tan solo un par de cuadros. El resto lo dejó todo ahí, y nosotros lo recogimos para mantenerlo y, en cierta manera, custodiarlo. Eran los signos materiales de nuestras raíces y queríamos conservarlos a toda costa, ya que en ese momento la familia se nos hundía. Era como encontrar neumáticos en alta mar, algo a lo que nos podíamos agarrar y que nos ayudaba a mantenernos a flote, porque nos recordaba quiénes éramos y de dónde veníamos.

A mí me gustaba mucho que hubiera objetos de la familia de Juan, porque eran las raíces paternas de mis hijos: no eran unos indocumentados. No quería que se avergonzaran en absoluto de la familia de su padre. Al contrario, quería recordarles que había un sinfín de gente buena en su familia y que valía la pena pensar en ellos también. Me parecía que si dejaba ahí los muebles y objetos heredados con toda tranquilidad, les facilitaría a los chicos que vieran claro que esa seguía siendo su familia. Mis suegros nos siguieron regalando cositas para la casa, incluso años después de que su hijo se marchara. Ellos tenían bien claro dónde estaba su familia.

En cuanto a los *recursos físicos*, yo era joven y tenía buena salud. Estaba en plena forma. Más tarde he conocido gente que tiene poca salud y realmente la situación cambia totalmente, porque no pueden dedicarse a

su profesión tanto como pude hacerlo yo.

Los recursos sociales

Mi madre me entendió a la primera: «Yo habría hecho lo mismo con tu padre, te entiendo muy bien. A mí y a tu padre nos educaron en este tipo de amor». Por entonces, mi padre tenía un Alzheimer muy avanzado, por lo que no me pudo ayudar nunca más. Murió al cabo de 7 años. Sin embargo sentía la soledad. Nadie comprendía nada de lo que quería hacer. Escogí un camino paralelo al de la mayoría de gente. No tenían mala intención, simplemente no entendían. Les iba muy grande lo del amor incondicional, y justificaban cualquier barbaridad. Me sentía incomprendida, sola e injustamente tratada. La víctima era puesta en cuarentena como si fuera el verdugo. Ya era el colmo. Y la cultura y el entorno no favorecían nada.

En este contexto muy pocas personas me pudieron ayudar, exceptuando mis nuevas amigas. Esas sí que me entendían y animaban. Me apoyé en el «médico del cuerpo», el psiquiatra, y en el «médico del alma», el sacerdote, ya que el sufrimiento era, sobre todo, moral. Ahí era donde más tenía que aprender.

Intuía que las mujeres separadas, casadas por la Iglesia, tienen un montón de recursos escondidos en el Sacramento del Matrimonio. Lo fui descubriendo con el paso de los años y gracias a la ayuda de santos y doctos sacerdotes, que me ayudaron a desvelarlos.

Fui consciente de que tenía el deber de ayudar en el futuro a otras mujeres, y decidí tener los ojos muy abiertos en todo lo que me sucediera. Me parecía un escándalo que hubiera mujeres que pasaran por tanto horror. Debía ayudarlas.

Los recursos emocionales

Por suerte, tenía conmigo a mis hijos, mi familia y mis amigos. Me centré en lo que tenía, y no en lo que «podría haber tenido» o en el «ojalá tuviera...». Estaba en una nueva etapa en mi vida y los recursos eran los que eran. A partir de ahí debía construir. Eso hizo que me fuera conociendo poco a poco cada vez mejor.

Ungüentos para curar el dolor

Todos esos recursos básicos fueron creciendo con el paso de los años. Se les sumaron el descubrimiento de la belleza, el bien y la verdad como ungüentos capaces de curar el daño y suavizar las heridas. Son recursos

imprescindibles para poder vivir en las situaciones duras y en la adversidad. Sin ellos sería prácticamente imposible lograrlo. Comprobé cómo la belleza nutre, cura y hace que la vida sea más soportable y llevadera: es buena para las personas, necesaria para vivir bien y para disfrutar de todo. Solo lo bello y bueno es verdadero, no es un invento de alguien, sino que tiene un fondo auténtico que atrae a la gente. La verdad cura, ubica, y permite que uno sepa que va bien encaminado.

Empecé, literalmente, a cultivarme, a conocerme como persona, a meditar. Me dediqué a leer libros de espiritualidad: encontré un filón ahí. Me costaba comprender que, siendo los recursos esenciales para nuestro autoconocimiento y para enfocar y vivir bien la vida, los hubiéramos olvidado y guardado en armarios polvorientos. Éramos una generación de ilustrados, pero al acumular el saber sin ton ni son tergiversábamos todo. Teníamos multitud de experiencias estéticas y de expresión personal, pero raramente buscábamos la belleza. Por eso el arte era tan soberanamente feo. Sin embargo la belleza lleva a Dios, a la verdad y al bien. Y eso me admiró.

La música y el silencio

Desconocía el poder de la música. Cuando Juan y yo nos casamos, la escuchábamos con frecuencia, por la afición de mi suegra. Recuerdo que una vez, en un concierto de una pieza de Bach, de repente me vi elevada, metida en una dimensión más alta, tan, tan bonita, que esa experiencia se grabó en mi memoria. De allí brotaban muchas más cosas. Ocurrió un tiempo antes de que mi marido se fuera de casa. Después, dejó de interesarme la música de hoy. Me parecía oír solo ruidos. Entonces descubrí la música del barroco. La absorbía. Me transmitía luces, mundos, sueños, emociones, iba de arriba abajo y de abajo arriba. No existía el tiempo ni el espacio. Cantaba a través de los intérpretes, oía la sutileza y la fuerza de las voces, escuchaba los violines barrocos, tan distintos. Captaba la sonoridad de la viola de gamba, sin estridencias, tan reposada y serena. Asistía, desde mi sillón, a conciertos de música de cámara del XVIII y de orquestas de baile. Contemplaba, llevada por la música, los salones de baile iluminados por grandes candelabros repletos de velas. Miraba a la gente bailar con vestidos de colores claros y blancas pelucas. ¡Cómo disfrutaba! La música me transportaba a infinidad de lugares. Percibía su alegría, su melancolía y su esplendor.

Su poder de evocación era magistral en mí, me calaba muy hondo. Händel me fascina: sus oratorios, sus óperas, sus conciertos y su música de cámara. Toca resortes de mi interior que yo desconocía. Me transformaba, me serenaba, me daba una tranquilidad impresionante. A través de sus obras me parecía oír y entender a los compositores. Me sacaba el

sombrero ante su genio. Disfrutaba tanto con las voces como si cantara yo. Algunas piezas parecían compuestas para mí, incluso la letra reflejaba lo que sentía: me permitía proyectarlo hacia fuera, ante Alguien que era el único que de verdad comprendía y compartía lo que yo vivía. Ese Alguien me daba fuerza, consuelo, compañía, me hacía reír y llorar, me mostraba mundos infinitos llenos de belleza, de amor, de pasión.

Los músicos, desde otra época, me acompañaban y daban recursos para afrontar y saborear la vida, porque afinaban cada vez más mis sentidos. Me unía a un grupo de gente con la que compartía valores y principios. Rezábamos al mismo Dios, siempre joven y alegre. Disfrutábamos de una cultura y de unas tradiciones comunes. La música me hacía valorar el presente en el tiempo: las personas del pasado, presente y futuro unidas en una explosión de júbilo hacia el Creador. Era tal la belleza que podía apreciar en la música, y su efecto curativo en mí, que me servía de pulmón para vivir en el entorno de dureza descarnada que me rodeaba. La música logró infundir en mí el conocimiento de mundos cuya existencia ignoraba y, poco a poco, aumentaba mi sensibilidad para captar intensidades, registros, sentimientos... Desde entonces, mi colección de música antigua no ha dejado de aumentar, y mi oído me parece que también. Me he vuelto más sibarita: con instrumentos de época, intérpretes magistrales y buena audición. La música me acompaña a todas partes: aviones, aeropuertos, habitaciones de hotel...

Con el tiempo me he ido dando cuenta de que la belleza ha sido uno de los factores que más han contribuido a mi recuperación, aunque no era consciente al principio. Me fui metiendo en ella como por instinto. La necesitaba. Me pasaba horas y horas escuchando música clásica.

Junto con la música, me admiré también del poder del silencio. Música y silencio van juntos. El silencio se manifestó como otro recurso insustituible para sobrevivir en épocas duras. Lo necesitaba para la música, para escribir, para mirar las musarañas, para observar el movimiento de los árboles. Siempre he sido activa, quizás por eso desconocía también el poder reparador del silencio. Lentamente y sin pretenderlo, me vi necesitándolo para resolver los problemas que iban surgiendo. Hoy, sin saber muy bien por qué, corremos de un sitio a otro. Vivimos rodeados de ruidos agresivos que nos impiden ser conscientes del gran mundo, inmenso, que habita en nuestro interior. Un mundo bellísimo, tranquilo, de una serenidad aplastante, alegre, ingenuo, vital. Ignoramos que existe y ni se nos pasa por la imaginación. Vemos lo que vemos y pensamos que eso es todo. Hemos olvidado las inmensas posibilidades que existen: el valor de la imaginación, la memoria, la recreación de las cosas. Afinar nuestro interior nos facilita captar lo que ocurre fuera y dentro.

Mucha gente pretendía que me distrajera. Era casi una manía: que

saliera, que fuera al cine... Simplemente no podía. El dolor era tan profundo que no tenía humor para nada. Deseaba quedarme en un rincón y lamerme las heridas durante un tiempo. Necesitaba estar sola y en silencio. Tenía que ubicarme, saber dónde estaba y a dónde quería ir. Valorar en qué estado se encontraba mi barco, si estaban rotos los mástiles o las velas, y si estaba herida la tripulación. Y esto no podía hacerlo estando siempre en el cine y haciendo cosas. Debía ser consciente de muchas cosas que no percibía, y saber cómo afrontarlas. Y eso requería del silencio. En él descubrí mucho más de lo que esperaba. Me encontré a mí misma, me conocí y me quise, al darme cuenta de hasta qué punto era querida. Solo así pude querer a otros.

Leía mucho también, con la música clásica de fondo. Y empecé a escribir. Escribir me libera, me distrae, me lo paso muy bien. Puedo borrar y empezar de nuevo. Me aficioné muy pronto y, con el tiempo, se convirtió en una de mis principales actividades profesionales.

El desarrollo de los sentidos

Muchas veces pienso que, a base de correr tanto, nos hemos transformado en una especie de televisores cada vez más incapaces de captar la señal con nitidez. El entorno está lleno de interferencias, de ruidos, que nos impiden sintonizar bien y perdemos el sentido de la vida. Ocurre como con la plata, que a base de no limpiarla se ennegrece. Hay que cultivar los sentidos: la vista, el oído, el olfato, el gusto, el tacto. Y eso se logra distinguiendo lo bonito de lo feo, lo bueno de lo malo, lo salado de lo dulce, lo suave de lo áspero. Si no discernimos ni distinguimos, nos perdemos toda la belleza que existe a nuestro alrededor para nuestro disfrute, e ignoramos la verdad. Y no me refiero solo a comidas, bebidas, pinturas y esculturas. Se adquiere un gusto por lo bueno que nos va cultivando. Hoy confundimos lo bueno con lo caro, porque todo lo vemos desde un prisma económico, somos incapaces de captar la sutileza. A pesar de vivir en una de las épocas más boyantes de la historia, somos de una pobreza monumental, porque somos incapaces de apreciar lo fino, lo sutil, lo tenue, lo cotidiano, las pequeñas cosas sin aparente importancia que juntas forman una sinfonía de una calidad impresionante. Solo oímos ruidos.

La naturaleza y sus contrastes

Durante esos años de reconstrucción personal, descubrí que tanto el silencio como el saber escuchar la naturaleza, aportan elementos valiosos

que ayudan a conocer cómo funcionan las cosas, el mundo, y las personas. Se pueden hacer paralelismos. Se puede soñar. El mundo crece, se hace enorme, y puede tocarse lo intocable.

En las noches de verano en Cadaqués, miraba el cielo estrellado y me maravillaba frente a él. Veía el horizonte y salir la luna desde el mar. Una noche, en la terraza de casa de mi madre, vimos de repente en el horizonte una luz. Alguien comentó: «¡Mirad qué barco!». Me lo quedé mirando y les dije: «No es un barco, es la luna». La luna llena fue creciendo, enorme, espectacular. Mi sobrina Rita, de cinco o seis años, mirándola añadió: «A los lobos les gusta...». Yo pensé que a mí también, que me hacía casi aullar contemplar la magnificencia de la Creación.

Grandiosidad que podía apreciar también al ver los acantilados, junto al mar que tanto me atraía. Todo aquello me gustaba y no podía entender por qué limitarnos a un mundo del que escogíamos lo mediocre y superficial. Como los nuevos ricos, solo vemos lo que es grande y lo que tiene más brillo, sin percibir que lo épico lo forman cosas muy pequeñas y de apariencia muy simple. Nos hemos embrutecido y ya no somos capaces de saborear la vida, encadenados a una velocidad que no deja tiempo a vivirla.

Pocos sitios como Cadaqués son tan sensibles a los fenómenos de la naturaleza. Con sus fuerzas contrapuestas capta también un silencio que facilita encontrarse a uno mismo. A lo largo de estos años he visto a gente incapaz de estar sola. Diría que les da miedo. Supondría enfrentarse a un abismo que no pueden dominar ni controlar. Sin embargo, el mundo está hecho para nosotros, para que lo disfrutemos, respetemos y cuidemos. No hay por qué tener ningún miedo a nada. Nos acompaña en nuestro camino hacia un mundo infinitamente mejor. Nuestra tarea consiste en respetar la naturaleza y en conocer sus propias leyes internas que no vamos a cambiar.

El valor de la vida cotidiana

Durante esos años desarrollé el gusto por las pequeñas cosas de la vida, a valorar los sonidos cotidianos. Recuerdo que alguna vez en verano, a la hora de la siesta, se oía un tenedor batir contra un plato como para hacer tortillas. Ese simple gesto me evoca la casa, el hogar, la alimentación, el cuidado de los otros, la familia, el pasarlo bien juntos. También el ladrido de un perro denota que hay vida y, aunque con sus épocas de sufrimiento, la vida es muy bella. Hoy solemos ver solo lo negativo. Queremos foie en vez de tortilla y hacemos callar a los perros. Sustituimos la poesía de la vida cotidiana por ruidos intrusos, de televisiones que nos muestran siempre lo dramático, lo violento, lo falaz, la peor cara de la naturaleza

humana. Por eso me he habituado a casi ni mirarla, ya que escasean los buenos programas y no me aporta nada. Y el mundo, además de feo y violento, es bueno y bello: los contrastes nos permiten distinguir mejor los relieves.

He podido apreciar especialmente la vida cotidiana en Vilademat[1], en casa de unos buenos amigos de toda la vida, Marta y Javier. Tienen una masía antigua que han ido arreglando a base de años. Marta es una experta cocinera y disfruta con las cosas cotidianas: un buen sofrito, una mermelada... Hace poco tiempo compraron un huerto y desde entonces se pasa el mes de agosto cocinando. Todo lo que toman es de calidad extrema. A mí me encanta ir allí, porque me sumo al disfrute de todo lo sencillo, de aromas y sabores, de huevos recién puestos, de ensaladas frescas... sin salir de la casa, mientras se contempla el jardín desde una ventana repleta de hiedras y buganvilias. El color me sobrecoge, y también las plantas con flores y hojas enormes del porche, con sus sombras y el frescor que emanan las viejas paredes. La música clásica también está metida allí. Javier y Marta son grandes melómanos. Sus padres iban al Liceo y ellos siguen teniendo tres butacas en platea.

Tienen muebles viejos que consiguen restaurar y encajar con el resto de la decoración: poseen una gracia enorme en combinarlos. Después de comer vamos a comprar al puerto de la Escala y regresamos a Barcelona cargados con mil tesoros gastronómicos. Con ellos he aprendido a disfrutar aún más con las pequeñas cosas y a saborear la vida.

Las pequeñas cosas descritas son para mí como ungüentos espirituales, que necesitaba para poder esponjarme y dilatarme.

[1] Municipio de la provincia de Gerona.

7. OPERACIÓN BALDEO: DEL DESORDEN AL ORDEN

Las grandes preguntas

Iniciada la vida en solitario, me fui dando cuenta de que el mundo en que vivía se movía en unas premisas que se derrumbaban sin cesar. Me parecía tan inconcebible que un marido se fuera de casa y abandonara a quienes debía querer, cuidar y proteger —algo tan *anti natura*—, que decidí estudiar cómo funcionaba la persona humana. Me llegaban respuestas de las ciencias sociales y de una especie de pseudo-moral reinante que en absoluto compartía. Intuía que había mucho más detrás, pero ni sabía dónde estaba ni cómo acceder a ello.

Mis grandes preguntas eran: «¿Cómo es posible que alguien bueno sea capaz de hacer algo así?» y «¿cómo es posible traspasar unos límites que son destructores, pensar que el cruzarlos no conlleva consecuencias y creer que lo hecho no está mal, sino que puede ser bueno si yo opino que es así?». Me parecían inconcebibles.

Me inundó una insaciable sed de saber, de conocer. Necesitaba respuestas a las miles de preguntas que se me iban planteando. Me daba cuenta de que no sabía absolutamente nada de nada sobre el comportamiento humano. No era consciente de que me estaba enfrentando a muchas cuestiones ya tratadas por la antropología, la filosofía, la literatura o la ética.

Las respuestas procedentes del entorno

Miraba a mi alrededor y escuchaba las respuestas que el entorno ofrecía a mis preguntas. Procedían de una cultura tan autosuficiente y

pagada de sí misma que llegaba al extremo de pretender que lo bueno y lo malo eran lo que ella decía. Vaya pretensión. ¿Por qué iba a ser así? ¿Cómo saber qué era verdad o mentira, justo o injusto, bueno o malo? Solo oía opiniones, pero nada a lo que poder agarrarme de verdad, que fuera definitivo. Los argumentos y propuestas que daban ni me explicaban ni aportaban soluciones válidas, sólidas y estables.

Había un conformismo extremo: «¡Qué le vamos a hacer...!», «es lo que hay...». Lo decían con los brazos caídos, como si todo fuera una calamidad. Y no me ayudaban nada. Me cansé de ver gente sin sangre en las venas, y seguí buscando respuestas a mis preguntas. Pensé que no se deberían permitir injusticias de esa forma tan sin substancia, tan sin hacer nada. Me molestaba oír «hay que respetar...», «esa es tu opinión...», cantinelas en las que todo se confundía y situaba al mismo nivel: víctimas y verdugos.

Decidí escuchar qué decía Dios sobre todo esto, y qué me proporcionaba. Si había construido el mundo y creado a las personas, Él tendría la explicación de cómo funcionan las cosas. Quizás podría aportarme alguna respuesta y un poco de luz a tantas preguntas. No entendía nada y quería conocer la realidad. No me interesaban para nada unas opiniones que me parecían vacuas, insulsas e injustas. Podía distinguir la diferencia que había entre lo que las cosas son y lo que yo pienso que son, entre la realidad objetiva y la simple interpretación o valoración que de ella hacemos. Una es la realidad a pelo y otra la imagen subjetiva que nos hacemos de ella. Decidí escuchar a Dios.

Operación baldeo: construir de forma sólida

Inicié entonces una *operación baldeo* que duró años. Tratando de entender lo que ocurría, acabé por entenderme a mí misma y ver meridianamente clara mi misión en la vida. Estaba hecha para amar. Mi norte era el amor, y ese debía ser el camino de mi reconstrucción. Deseaba querer a mi marido como pocas personas han querido en este mundo, pero no sabía por dónde empezar. Fui dándome cuenta de que un matrimonio funciona si las personas están bien constituidas y actúan bien: ni todo valía ni todo era verdad. Debía edificar sobre buenas bases: si estaba en paz conmigo misma, podría querer a quien fuera. Pero debía encontrar el orden y su jerarquía.

Cayeron en mis manos los Evangelios y uno de sus grandes textos: «Por lo tanto, todo el que oye estas palabras mías y las pone en práctica, es como un hombre prudente que edificó su casa sobre roca; y cayó la lluvia y llegaron las riadas y soplaron los vientos: irrumpieron contra aquella casa, pero no se cayó porque estaba cimentada sobre roca. Pero todo el

que oye estas palabras mías y no las pone en práctica es como un hombre necio que edificó su casa sobre arena; y cayó la lluvia y llegaron las riadas y soplaron los vientos: se precipitaron contra aquella casa, y se derrumbó y fue tremenda su ruina» (*Mt* 7, 24-27).

Pensaba que algo así nos pasó a nosotros. Los años que Juan estuvo en casa, yo no me preocupé por nada, todo parecía ordenado. Simplemente vivíamos, dejándonos arrastrar por el día a día. Las cosas nos iban de cara, por lo que no tuvimos nada especial por lo que luchar. Visto desde hoy, me doy cuenta de que en muchas cosas existía un orden tan solo aparente. Sin embargo, el mundo cambiaba demasiado deprisa sin que nosotros fuéramos conscientes. No nos planteábamos que tuviéramos que hacer nada extra, como si esos cambios no nos afectaran: los aceptábamos sin más y seguíamos con las mismas ideas, sin capacidad de argumentarlas.

Después de la tormenta buscaba entender y, además, construir mi futuro. Para ello, debía ser capaz de saber qué era lo bueno y lo malo, y también el porqué. Ser capaz de comprender qué nos mueve a las personas, cuál es la naturaleza humana, con el fin de conocer qué es lo que falla y, de este modo, ser capaz de rehabilitar y reconstruir sólidamente. De nada servía tener unos magníficos planos, modernos y muy originales, si al seguirlos no permitían que ninguna casa se mantuviera en pie, porque eran utópicos. Tenía que encontrar los planos auténticos: no todos valían para asegurar una buena construcción.

Me fijé en los materiales con los que los tres cerditos edificaban su casa: uno con paja, otro con maderas y el tercero con ladrillos: de mayor o menor facilidad para construir, con unos materiales mejores que otros. Unos permiten levantarla a mayor velocidad, pero no todos sirven para su solidez. La mía se me cayó encima, y no estaba dispuesta a que nunca más se hundiera. Me sentía como Scarlett O´Hara levantando su puño hacia el cielo en la película *Lo que el viento se llevó*. Ella juraba por Dios que nunca más volvería a pasar hambre. Yo le pedía ayuda para reconstruir mi casa y mi plantación para que fuera inexpugnable.

Me veía como un antiguo palacio: con las paredes en pie, pero sin nada más. Debía acometer una auténtica rehabilitación. Sustituir los materiales antiguos por otros nuevos: cañerías, cables eléctricos, suelos, cristales, ventanas... Una vez reconstruido todo, podría pasar a lo más divertido, la ornamentación: jarrones, pinturas, iluminación, alfombras, flores, cortinas... Disfrutaba con ejemplos así, porque la decoración y las casas antiguas siempre me han gustado muchísimo.

Pero comprendía que debía tener cuidado: el mundo espiritual tiene sus propias normas, que en absoluto podemos gobernar. Es el mundo de Dios, y es a Él a quien había que hacer caso. Si no, podía ocurrirme lo que a *Alicia en el país de las maravillas*: me hacía enorme cuando me dejaba llevar por mí misma siguiendo mis planos e ideas, y entonces no podía ni

entrar por la puerta. Para lograrlo, tenía que disminuir, hacerme de nuevo como una niña: era entonces cuando recuperaba el tamaño, podía entrar por las puertas y llegar a estancias espirituales. Entendí entonces la frase de Cristo: «si no os convertís y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos» (*Mt* 18, 3).

Lo comparaba también con los planos de situación de los restaurantes, que se suele enviar con las invitaciones a una boda para que nadie se pierda. Sin el plano es complicado llegar, porque con frecuencia están situados en lugares alejados, en masías o casas antiguas difíciles de encontrar. Pienso que al sacar a Dios de en medio y reírnos del mundo espiritual por ingenuo, hemos bloqueado nuestra propia entrada ahí. La reconstrucción personal pasaba por desarrollar todas las áreas de la persona: física, emocional, social, intelectual y espiritual. De ellas, la espiritual era la que se encontraba en peor estado, más sesgada y menos conocida. Debía empezar por ahí y hacerme como una niña, aunque fuera el hazmerreír de quien fuera, me daba igual. Al fin y al cabo, siempre hay gente que nos juzga, hagamos lo que hagamos: ¿qué me importaba que una vez más me criticaran si yo salía ganando?

Poco a poco, me di cuenta de que lo importante no era lo que yo hiciera o proyectara. Lo realmente eficaz era dejar actuar a Dios en mi vida: Él se encargaba de los resultados y de que creciera el amor en mi corazón. No era cuestión de empeño, ni de puños. Y aunque es necesario tener proyectos, no pasa nada si no se realizan porque Dios interfiera con su modo de hacer, o si deja de hacer: Él tiene una visión más completa y siempre los mejora, aunque en el momento no se entienda.

El despertar de los recursos espirituales

Mi marido y yo nos casamos por la Iglesia, como casi todos los matrimonios de mi generación. Practicaba e iba a Misa porque tenía el hábito de hacerlo. Pero llegaba después del sermón y me iba deprisa y corriendo en cuanto terminaba. Tenía muchos prejuicios contra la Iglesia. Me parecía que había perdido el tren, que la gente iba por un lado y ella por otro. Los pocos sermones que oía me aburrían. Desconectaba antes de empezar a escucharlos y me ponía a pensar en las cosas que durante la semana tenía que hacer.

Sin embargo, intuía que ella podría dar respuesta a la infinidad de preguntas que me venían a la mente, así que eché mano de los recursos espirituales que tenía olvidados, llenos de polvo y carcoma. Puse todos mis prejuicios contra la Iglesia como si fueran un trozo de queso de roquefort: debajo de una quesera para evitar que olieran mucho y me impidieran avanzar. Si hubiera esperado a tener mis dudas de fe

arregladas, antes de iniciar el camino, aún estaría ahí. Hice muchos actos de fe, salté por encima de lo que no entendía y seguí adelante. Con el tiempo, mis dudas se solucionaron como por arte de magia.

Cuando Juan nos dejó, me arrodillé ante el Sagrario y le dije a Dios que todo era tan complicado que me era imposible saber qué hacer. Le pedí ayuda, porque me veía impotente e indefensa. Al cabo de muy poco tiempo me di cuenta de que no podía seguir pidiéndole cosas a Dios y seguir haciendo lo que me viniera en gana. Estaba jugando a dos barajas. Pensé que si iba a confiar totalmente en Él, tenía que estar dispuesta a escucharle y cumplir lo que me dijera, a pesar de mis prejuicios, e incluso de no comprender muchas de las cosas que los sacerdotes decían. Decidí jugar el partido de Dios aceptando sus reglas, aun sin entender algunas. Me pareció lo más honesto.

Cristo decía que Él era «el Camino, la Verdad y la Vida» (*Jn* 14, 6); eso era un buen comienzo. Además, si Dios existía, poco podría confiar en mí si le utilizaba cuando me apetecía y salía corriendo cuando no me interesaba. Así que volví de nuevo a confesarme después de un montón de años de no hacerlo, y de decidir yo lo que estaba bien y lo que no. De repente descubrí que todo lo que sabía de espiritualidad era como un traje que se me había quedado pequeño. Sabía algo más que en mi primera comunión, pero poco más: todo apretaba por todos lados.

Me acordé de una de las películas que vi de Indiana Jones, en la que el protagonista buscaba el Santo Grial y debía realizar un salto sobre un abismo. Eso era lo que me pasaba a mí. Y decidí dar carta blanca a Dios y confiar en Él.

La verdad: el fiel de la balanza

Empezó entonces una época en que buscaba la verdad sin parar, desde la filosofía y la ética cristiana. La filosofía siempre me ha gustado. Cuando estudiaba la carrera me di cuenta de que era un arma peligrosa, y que adentrarme por según qué caminos podía perjudicarme. Tuve un sexto sentido, otra intuición, que me llevó a no profundizar en ese momento de mi vida en ella, y la dejé de lado. Tengo un espíritu muy fuerte de autoconservación, y lo último que deseaba era hacer inventos en esta nueva etapa de mi vida. Ahora estaba segura de que Dios no me llevaría por caminos extraños, ni por pensamientos que pudieran perjudicarme. Necesitaba respuestas a mis miles de preguntas, y estaba convencida de que me las daría en la medida en que las necesitara.

Con la confusión conceptual que existía en mi entorno sobre si lo blanco era negro, lo gris, azul, y que daba igual que una cosa fuera redonda o cuadrada, decidí que para rehacerme, o sabía que la piedra era

piedra, el cemento, cemento, y el agua, agua, o sería imposible cualquier intento de restauración. Es decir, necesitaba conocer la verdad de las cosas, y esa verdad solo podía venir de Dios.

Entendí que los seres humanos somos capaces de lo mejor y de lo peor. Algo que la cultura contemporánea niega sosteniendo que, o bien todos somos buenos, o por el contrario, todos malos y sin remedio. Descubrí lo que representaba el conocimiento de la realidad, y sus límites en el comportamiento humano y en la valoración subjetiva que hacemos de ella. Me metí en estudios de la motivación y en las teorías de la acción humana en la empresa, así como en temas de filosofía y teología. A medida que leía, iba entendiendo las interconexiones que había entre todo. Me sorprendía, y no podía comprender cómo algo tan obvio no se explicara en todos los colegios. Pero tampoco yo sabía nada de nada, y para explicar algo, antes debía conocerlo, entenderlo y vivirlo.

Somos una única persona, en la que se unen todas las ciencias. No hay un mundo espiritual por un lado y uno material por otro: un yo distinto en casa, en el trabajo o con los amigos. Somos siempre los mismos, todo está interrelacionado. Los motivos que nos llevan a la acción, están en el centro incluso de los cambios que se producen en la economía. Empecé a estudiar la conexión que existe entre la comunicación interpersonal y la motivación de los directivos: de todo ello acabó saliendo mi tesis doctoral. Entendí también a Sócrates y su «solo sé que no sé nada». Si él no sabía, imaginaos yo.

Fui consciente de que existía la maldad y caí del guindo. Pero desde mi entorno y desde el mundo intelectual se negaba su existencia, aunque yo la viera por todos lados. Había algo que no cuadraba. Ignoraba por qué había gente que actuaba de ese modo. No era yo quién para juzgar a nadie, y menos aún sus intenciones. Pero sí sabía que lo que hacían estaba mal, porque perjudicaba a otras personas. El interior humano es impenetrable y muchas veces incomprensible. El problema del mal es que, a base de repetir actos, nos acostumbramos a él y acaba por volvernos malos. Lo curioso es que el interior de las personas se percibe desde el exterior: la deshumanización se trasluce en el físico, en los ademanes, en la forma de hablar, y la persona va perdiendo su frescura y su vitalidad. Todo esto lo iba viendo también en otros.

En busca de respuestas sólidas y definitivas

Empecé a leer la Sagrada Escritura. Me quedé asombrada al verme reflejada ahí: sin ser yo, se hablaba constantemente de mí, incluso cómo si quien hablara fuera yo. Podía reconocerme en cómo me sentía, todo lo que vivía. Era increíble. A veces hallaba fragmentos escritos en los que

parecía que alguien, hace miles de años, hubiera visto mi situación actual por el agujero de una cerradura capaz de ver a través del tiempo, y hubiera querido explicarme qué era lo que pasaba, por qué se producía y qué tenía que hacer. Mi asombro y fascinación crecían de día en día. A veces no podía ni creer lo que leía, debía frotarme los ojos. Era inaudito.

Describía lo que era blanco y lo que era negro sin ningún tipo de contemplaciones, con tal seguridad, con tal rotundidad, que me sentía terriblemente comprendida: por fin alguien entendía lo que me estaba pasando y ponía orden en el caos, con una firmeza tal que respiré aliviada. Eran verdades como templos. Qué lejos quedaban a su lado las aguadas justificaciones y el escepticismo de hoy en día, en las que todo vale igual, todo el mundo es bueno, y uno tiene que callarse ante terribles injusticias, porque la vida es así, es lo que hay, no se puede hacer nada... ¡Qué grandes errores!

Dios ponía orden en tanta confusión. Su voz era tan fuerte y decidida que me sorprendió. Yo no podía juzgar, pero Dios podía hacerlo. No comprendía lo que eran las cosas, pero Él las conocía. Yo no sabía qué hacer, por dónde ni cómo ir, y Él me mostraba el camino. Él era mi defensor, mi guía y mi protector, frente a la inmensa tomadura de pelo que me tocaba vivir.

La sociedad en la que Cristo vivía era una sociedad divorcista, pero Cristo abolió el divorcio y destacó el adulterio como uno de los grandes pecados. Por algo sería: ¿Para qué necesitaba cambiar nada ni buscarse más enemigos de los que ya tenía? Él defendía la verdad, la justicia, a los débiles, y no se arrugaba frente a nada ni frente a nadie: perdió la vida por defender la verdad. Los discípulos, escépticos, tuvieron un rifirrafe con Él. Cristo les recordaba que «al principio, no fue así, que el hombre dejaría a su padre y a su madre y se uniría a su mujer, siendo los dos una sola carne». Y se lo repitió: «De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre» (*Mt* 19, 6). Los discípulos, poco convencidos, le preguntaban: «¿Por qué entonces Moisés mandó dar el libelo de repudio[1] y despedirla?» (*Mt* 19, 7). Y Cristo argumentaba: «Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres a causa de la dureza de vuestro corazón; pero al principio no fue así» (*Mt* 19, 8). Y añadía: «Sin embargo, yo os digo: cualquiera que repudie a su mujer —a no ser por fornicación— y se case con otra, comete adulterio» (*Mt* 19, 9).

Me fascinaba oír esto: Cristo cambiaba las leyes, se ponía por encima de Moisés. Les decía que no comprendían nada porque eran duros de corazón. Y se quedaba tan tranquilo. En dos mil años no habíamos cambiado: seguíamos igual, sin entender nada de nada. Con un problema añadido: había gente que quería seguir a Cristo pero con divorcio, y culpaba a la Iglesia de ser rígida por no aceptarlo. Olvidaban las palabras

de Cristo que la Iglesia tan solo recordaba.

Ni siquiera los discípulos entendían esa forma de pensar: «Si esa es la condición del hombre con respecto a su mujer, no trae cuenta casarse» (*Mt* 19, 10). Cristo conocía sus respuestas: «No todos son capaces de entender esta doctrina, sino aquellos a quienes se les ha concedido» (*Mt* 19, 11-12). Y veía los «efectos colaterales» del divorcio. Y eso me encantaba.

Hoy en día parece como si solo tuvieran derechos los fuertes, los que avasallan y rompen los matrimonios en nombre de su propio aburrimiento, de sus caprichos, de sus emociones o de su pretendida libertad. Dios se levantaba indignado, proclamando que no era verdad. Era una voz que retumbaba por encima de mares, océanos y tiempos, un inmenso *no* a tanta barbaridad. Una voz llegaba lejos, muy, muy lejos. Hablaba del infierno, del diablo. Calificaba de perversa y adúltera a una generación, advirtiéndoles que no heredarían el reino de los Cielos. Descubrí la ira de Dios cuando se avasalla a los débiles, y respiré aliviada. Me tranquilizó: lo que yo veía, sentía y vivía no eran solo unas ideas mías, Él pensaba como yo, me apoyaba y consolaba. Quedé tan fascinada que no podía soltar los libros porque me explicaban todo: que ocurría, por qué, qué me faltaba y qué podía ocurrir.

Se podía discernir lo bueno de lo malo, ya lo creo que sí. Pero debíamos utilizar el criterio de Dios, y pedirle el don de aprender a utilizarlo. Había encontrado una auténtica mina. Ya no me valían las demás fuentes. Con el tiempo se fueron convirtiendo en objetivos a abatir. Cuando leía según qué afirmaciones en artículos u otros medios, me divertía tumbándolas. Muchas veces lo hacíamos con Nuria mientras desayunábamos en el bar.

La fuerza de las Escrituras

Esto me dio una fuerza extraordinaria. Comprendí las consecuencias que tenía para uno mismo, para los demás y el entorno. Todo lo que leía era oro puro y por eso procuraba no saltarme ni una coma. Aprendía y aprendía; entendía y entendía. A veces con tal rapidez que me sorprendía a mí misma. Dios me explicaba las cosas y entendía clarísimamente lo que me decía: me hablaba directamente a mí. Esto me impactaba y emocionaba. Aunque me mostraba las cosas a pequeños sorbos, al sumarlas me explicaban infinidad de situaciones y de formas de actuar. Y yo, corría y corría.

Me dejé guiar, porque no me fiaba de mí. Estaba muy sola y muy limitada. Carecía de recursos, y no era consciente de los que poseía. Tampoco me apetecía pararme en la dialéctica contemporánea: que si Dios existe, que si no. Menos rollos. Tenía que ir rápido al grano.

Necesitaba respuestas ya. Además, la mayoría de la gente parecía no enterarse en absoluto del drama por el que pasaba, excepto mis nuevas amigas, que lo entendían muy bien. Pero, aparte de contadas personas, el resto parecía no tener sangre en las venas. Ni frío ni calor. No podían ayudarme. Decidí buscar ayuda extra. Ya tenía al médico que me enseñaba a moverme por un mundo de locos, pero necesitaba a alguien que me ayudara a interpretar las Escrituras: podía ver fantasmas donde no los había o inventarme las cosas. Pensé que necesitaría dirección espiritual si iba a iniciar un nuevo camino que desconocía. Quería asegurarme de no hacer mi voluntad ni de seguir mis ideas. No me interesaban para nada. Buscaba la Verdad, no mi verdad.

Pero Dios ya lo tenía previsto: poco a poco me fue proveyendo de la persona adecuada para cada momento. Mucha gente a mi alrededor decía que ya eran mayores para poder decidir. En ocasiones me parecía que yo no lo sería nunca: quería ser siempre una niña. No me fiaba de la validez perpetua de mis criterios, por mejor intención que tuviera. Es muy difícil discernir finamente. Necesitaba pedir ayuda a alguien con experiencia, inteligente y creíble, que pudiera guiarme en este nuevo camino. Precisaba, sobre todo, personas coherentes, rectas y profundas que actuaran conforme a la verdad. No me interesaban para nada las grandes teorías personales de cualquier intelectual, que negaba la ley de Dios y en su lugar ponía la suya con una agresividad tal, que me sorprendía.

Estaba cansada de las respuestas y sugerencias infantiles, huecas, falsas, sensibleras o rompedoras que me ofrecía mi entorno. Ya no las resistía. Buscaba autenticidad, fortaleza y rectitud. Y, sin casi pretenderlo, a base de lecturas, amistades y ayudas, empecé a entender mucho mejor el mundo y a ver la botella medio llena. Sin siquiera pretenderlo cambié de actitud: ahora tengo una irremediable tendencia a buscar siempre lo bueno, dentro de lo malo. Aprendí a confiar de nuevo, porque ya tenía en quién. Y siempre lo encuentro, gracias a Dios, aunque a veces tarde un poco.

La nueva toma de decisiones

La Misa diaria, la oración, la lectura y la dirección espiritual se convirtieron en mis principales apoyos. A través de ellos veía lo que me convenía hacer con una nitidez grandísima y una certeza a prueba de bomba. En momentos clave, antes de tomar grandes decisiones, actuaba de la siguiente manera: yo tenía una idea aproximada sobre lo que convenía hacer, pero pedía siempre consejo a tres personas que para mí eran clave en tres campos distintos. Ellas aportaban más luz a mis intuiciones desde sus respectivos conocimientos. Las reflexiones de sus

consejos solían aportarme distintos matices que no había considerado hasta entonces, y reforzaban lo que pensaba. A partir de ahí triangulaba y decidía, generalmente en la oración. Rezando entendía mil registros, mil tonalidades distintas. Esto me ayudó muchísimo a aprender a tomar decisiones: anticipaba las consecuencias y valoraba distintas alternativas. Me habitué así a escuchar la opinión de otros antes de actuar.

En ocasiones más normales, la gente más inopinada me daba consejos buenísimos. Pero, por lo general, he visto que muy poca gente da consejos llenos de sentido común. Hay que cribar mucho, porque hoy en día, las decisiones se toman teniendo al estómago o los sentimientos por criterio. Y suelen funcionar mal.

Descubrí que el conocimiento acumulado, sin la oración, era solo erudición. Conocía gente erudita, pero terriblemente torpe en los asuntos humanos. También conocía buenos directivos y buenas directivas de empresa a nivel técnico, pero torpes a morir en relaciones humanas. Tenían sus propias normas que sacaban a relucir cuando más les convenía, y que olvidaban o cambiaban si no se ajustaban a su propio interés. Yo buscaba algo auténtico, que fuera siempre tal cual. Algo estable y que, aunque ardiera Troya, nunca se moviera. Con el tiempo me aficioné a estudiar y analizar más y más la toma de decisiones, entrenándome en tomarlas teniendo como base la prudencia.

Me percaté de que el amor también era racional y que había que ampliar la cabeza, porque si no se podía caer en el sentimentalismo con muchísima facilidad. Conocí intelectuales terriblemente racionales, pero tan pagados de sí mismos que eran incapaces de entender a su mujer y a sus hijos. Creían que el conocimiento que tenían de las cosas, y el éxito académico, bastaban para conseguir la admiración. Estaba cansada de tanto pavo real.

La reconstrucción identitaria

Al poco de irse mi marido, vi por casualidad la película *El rey león*. Me comparé con Simba, el leoncito. Una frase me impactó y fue el detonante que permitió mi gran cambio interior: «Recuerda quién eres». Me empujó a crecer y a dar por finalizados los años locos de diversión, de jovencita, de irresponsabilidad juvenil. Me señaló el camino a seguir para descubrir y redescubrir quién era yo, mi identidad. Bajo ese cielo estrellado de la selva, ahora me tocaba ser quien era en realidad: la hija del Rey.

Poco tiempo después fui a mi primer curso de retiro y el impacto se repitió, porque oí lo mismo una y otra vez: recuerda quién eres. Yo era la hija del Creador, una princesa, y en mis oídos retumbó con fuerza la frase: «pero a cuantos le recibieron les dio la potestad de ser hijos de Dios» (*Jn*

1, 12). Todo apuntaba en la misma dirección. Era tan fuerte que impresionaba. Tener el poder para llegar a ser hijos de Dios era algo imponente, y tenerlo y tirarlo por la ventana me parecía de idiotas. Había que sacar fuerzas de flaqueza para entrar sin miedo en planteamientos así, de modo que fui fortaleciéndome con el paso del tiempo: sabía quién era y el apoyo real con el que contaba. Eso me hacía invencible. Si Dios estaba conmigo, ¿quién iba a estar contra mí?

De nuevo sin saberlo había dado en dos puntos básicos para el crecimiento personal: sabía *quién era* y *dónde quería ir*, el camino del amor. A partir de ahí, me tocaba aprender a navegar en la dirección que quería, profundizando en mi conocimiento y en mi formación, y dando lo mejor de mí misma. Empecé a reconocer lo bueno por contraste, es decir, viendo lo malo que ocurría a mi alrededor: todo lo contrario de lo que pasaba. Era como verlo reflejado en un espejo, una forma de aprender extraordinaria, bastante extraña, pero que funcionaba muy, muy bien.

Empecé a profundizar en mi identidad. Debía reubicarme para mantener lo que en el fondo más deseaba: mi matrimonio y mi familia. Descubrí que era la mujer de un enfermo. Eso es duro de aceptar, más en según qué enfermedad. Mi marido podía haber sufrido un accidente y, como consecuencia, haberse quedado en silla de ruedas. Pero no fue así. Podía haber tenido cualquier otra enfermedad, y haber mantenido la cabeza clara y conservado su buen comportamiento. Pero no era así.

Debía asumir todo eso. Me consoló pensar que en cada época cuecen habas, y que en el siglo XIII los guerreros entraban en los poblados y mataban a los hombres dejando viudas a mujeres y niños. Nunca encontraremos la época perfecta en la que vivir, siempre nos tocará lidiar con circunstancias y personas que cambian. Ocurría que, a veces, las circunstancias son tan adversas que podían llevar a que uno perdiera el punto de referencia al que quería llegar. Pero yo estaba dispuesta a luchar con todas mis fuerzas y con todos los medios para defender lo que pensaba que valía la pena.

Decidí no quitarme el anillo de casada. De hecho, no me lo he sacado ni un solo día en todos estos años. Sabía bien que seguía casada a los ojos de Dios, y a los míos propios, y esto era lo único que me importaba. Este sencillo gesto me ubicaba, y también a los demás. Tenía también la ventaja de que despistaba a hombres que quisieran acercarse a mí. Lo mismo ocurrió con las fotos familiares en las que aparece mi marido y que están en marcos por encima de los muebles de nuestra casa. Siguen ahí. Pero me di cuenta que irritaba a muchos otros. Lo veían como una provocación y les parecía una estupidez. A pesar de todo seguí adelante. Me ayudaban mucho a mí y pensé que darían estabilidad a mis hijos, y eso era lo único que me importaba. Debo decir que en más de una ocasión, después de alguna celebración familiar, me encontré las fotos de

Juan colocadas boca abajo. Está claro que a alguien no le gustaban.

Lo que todavía no sabía era cómo conseguir ese amor de primera división por el que quería luchar: eso se me hacía más difícil. Fue entonces cuando una imagen me vino a la mente. En Cadaqués, en las tardes de verano, Juan y yo solíamos ir en moto al Cabo de Creus. Nos encantaba. En esa época el casco de moto no era obligatorio y, cuando caía el calor, era una delicia notar como el viento refrescaba nuestras cabezas y me tiraba hacia atrás la melena. Juan llevaba la moto, y yo apoyaba mi cabeza entre sus hombros y miraba el paisaje: ese mar profundamente azul, lleno de barcas que volvían a puerto después de pasar un día perezoso bañándose en alguna cala.

Decidí cambiar de conductor: la nueva moto iba a llevarla otro hombre, el Hombre-Dios. Yo seguiría apoyada en sus hombros y sin preocuparme para nada con respecto al viaje, la carretera, los baches o las curvas. Le cedí el puesto, me abandoné a su criterio, dejé que Él buscara el camino, que fuera mi consejero y me ayudara a caminar. Actué de nuevo de forma instintiva.

A posteriori, a veces muy a posteriori, he podido interpretar lo que Dios iba haciendo con mi vida y conmigo. Si en cada momento fuéramos muy conscientes de lo que Dios hace con nosotros quedaríamos inmovilizados, bloqueados, sin poder levantar la frente del suelo. El susto lo impediría. Pienso que lo mejor es que su actuación quede en la penumbra. La contrapartida es que entonces podemos negar su intervención. Poco a poco me fui dando cuenta de que la única forma de poder conocerme, la más profunda y la más humana para vivir bien la vida, era a través de la espiritualidad. Si no, la tarea era inútil. Olvidar esta faceta era cercenar el área que mejor define a la persona. Sin ella me habría quedado encerrada en mi yo, sin poder ver la realidad ni respirar el aire puro: como una mosca que, pretendiendo salir al exterior, se da golpes contra un cristal. Y eso no me interesaba para nada.

Matrimonio civil y Matrimonio religioso

Construir de forma sólida tenía también sus dificultades: debía conocer y solucionar algunos temas. No resulta nada fácil ser una familia monoparental cuando no te sientes así. Yo buscaba la verdad y la justicia y, en asuntos como el matrimonio, me parecía que se nos colaban muchos goles. Cuando mi marido pidió el divorcio, pensé que debía profundizar en distinguir los dos tipos de matrimonio: yo estaba casada tanto por la Iglesia como por lo civil. Por este motivo, durante los primeros años reflexioné mucho sobre la diferencia que había entre ellos y pedí consejo a personas especializadas en el tema. De este modo conocí mejor las

características de mi matrimonio, sus límites y sus grandísimas ventajas. Esto me ubicaba y me daba la fuerza para afrontar la nueva etapa.

En España el matrimonio canónico produce efectos civiles, de forma que los dos matrimonios se realizan en la misma ceremonia: se firma en la iglesia la certificación, que sirve también para su posterior inscripción en el Registro Civil. Yo diría que esto acarrea una enorme confusión en casos de separación, porque hay quien no distingue que el divorcio solo existe en el matrimonio civil. El religioso es indisoluble, y sigue siendo válido aunque la persona se haya divorciado.

Cada matrimonio se rige por su propio ordenamiento jurídico. Según el Código Civil, yo ya no estaba casada, el vínculo civil se disolvió en el momento en el que mi marido se divorció de mí. Sin embargo, de acuerdo con el Derecho Canónico, yo seguía —y sigo— casada. La Iglesia no se inventa nada, tan solo sigue las enseñanzas de Cristo con respecto al matrimonio y el divorcio. Este era mi caso, y estaba encantada con ello. Contra lo que en apariencia pueda parecer, nadie se imagina lo mucho que centra la indisolubilidad del matrimonio, porque ordena todo y no cambia lo esencial.

Me casé conociendo la diferencia que existe entre los dos. Ahora la veía y vivía en la práctica. Aunque existe una ley del divorcio, sé que sigo siendo una mujer casada porque mi matrimonio fue religioso. Cristo se había encargado de proclamar a los cuatro vientos el adulterio. Así que, a los ojos de Dios, yo era la mujer real —la única— por más que a otras les pesara y quisieran ocupar mi lugar con matrimonios civiles: no pasarían de ser la mujer actual, pero nunca la real. Lo mismo ocurría con mis hijos: ellos eran y seguirán siendo los hijos reales, los legítimos frente a Dios. Y esto me daba y me sigue dando una tremenda paz interior.

Comprendí mejor que el matrimonio civil no deja de ser un simple papel, un contrato. En la práctica funciona como si fuera un negocio o la compraventa de un piso en la que intervienen dos personas. Hay quien dice que hay que estar por encima de papeles, porque el amor lo dan las personas. Esto es verdad, pero los papeles siempre dan una cierta garantía, una ubicación, una cierta protección y un lugar social, tanto para los hijos como para uno mismo. Se está más protegido con papeles que sin ellos y, además, cuando algo va mal, uno puede reclamar.

Sin embargo, en caso de divorcio, también ocurre que no hay nadie concreto a quien demandar, ya que el propio Estado es un ente abstracto que acaba por desentenderse de los problemas de la gente. Se limita a promulgar medidas y procesos basados en determinadas ideologías. Ni valora ni apoya en absoluto el matrimonio y la familia en los problemas más importantes. No distingue nada. Solo hace falta ver el llamado «divorcio exprés» para darse cuenta de ello: a los tres meses de casarse, una de las partes puede divorciarse sin alegar causa alguna. Se producen

muchos atropellos y muchas leyes injustas, como tantas veces se ha visto a lo largo de la historia, por contraste con la ley de Dios que siempre es justa.

Al poco tiempo de la separación empecé a ser consciente de algunos abusos. Me parecía increíble hasta qué punto están desprotegidas las personas de las que su cónyuge se divorcia, es decir, las víctimas. Con el tiempo, he visto mejorar algún pequeño aspecto de la legislación, pero la ideología que la inspira carece totalmente de piedad y sentimientos con respecto a los más débiles. La cultura egocéntrica, sentimental y descerebrada de hoy ha penetrado incluso en los principios que inspiran las leyes. Las víctimas y los inocentes se sienten indefensos y desprotegidos, porque el Estado no valora a quien hace las cosas bien ni castiga a quien las hace mal en temas de matrimonio y familia. Simplemente le da igual, y las leyes se deshumanizan. Sin embargo, el Estado debería anticipar el problema y las consecuencias que tiene ese drama llamado divorcio, formando a la gente para que tomen decisiones sensatas y sepan a qué están jugando cuando se casan. El Estado es el principal interesado en el capital humano y social, y eso empieza en el matrimonio, que es la base de cualquier sociedad estable.

Dios no se deja engañar, en cambio el Estado se deja llevar por las corrientes de moda. Si se lleva lo sentimental, legisla en función de ese aspecto. No le importan ni la verdad ni las personas, solo su propio interés. Ni tan siquiera valora si te casas con un hombre o una mujer, y le da igual la formación de los hijos.

Muchos ignoran el inmenso tesoro que supone el Sacramento Matrimonial. Y eso es lo que más me sorprendió. Con frecuencia se olvida que en el matrimonio religioso intervienen tres actores: los dos contrayentes y Dios. El mismo Dios está en medio, establece una alianza con nosotros y se compromete hasta la médula. Nos presta su ayuda y nos da los recursos necesarios para sacar adelante el matrimonio, pase lo que pase. Quiere que seamos capaces de alcanzar el amor alto y grande que deseamos. Un gran amor que Dios eleva hasta hacer de él algo sagrado, e incluso nos hace partícipes de la creación, de modo que co-creamos con Él.

Dios es la garantía de que todo se llevará a término, sin Él es imposible lograrlo. Hay una certeza, una seguridad evidentísima: la persona que me lo dice es el Rey, el Creador. Dios no nos toma el pelo. Su palabra es para siempre, es ley. Su alianza no la rompe nadie, no está en función de las modas. Dios es fiel hasta la muerte, y quiere elevarnos a su nivel de amor: nos enseña cómo amar con ese amor grande. Solo Él es capaz de hacerlo y va más allá que nosotros. Es misericordioso, pero también justo: hay cielo e infierno ya aquí. En el matrimonio civil se legisla en función de lo que quiere el que manda. En el religioso, no. Al adulterio se le llama adulterio.

Te recuerdan que con un adulterio no puedes ir al cielo. Te dice la verdad, te cuida, te defiende, no cambia de idea jamás. Sigo siendo su mujer, aunque el otro no lo reconozca.

El Diccionario de la RAE indica que «adulterar es alterar la calidad o pureza de algo por la adición de una sustancia extraña», sería el caso de añadir agua a la leche, o «falsificar o manipular la verdad»: los hechos se han adulterado. En el caso del adulterio, lo que se altera es la calidad o pureza del matrimonio por la «adición» de una tercera persona, que sería la «sustancia extraña». Y también se falsifica y manipula la verdad para justificar esa acción. Cuando se habla de «segundas nupcias» se produce un robo, una injusticia con respecto a la primera. En el matrimonio canónico hay unidad identitaria de dos personas: son «dos en una sola carne». En el matrimonio civil siguen siendo dos con la firma de un contrato: se deja a los dos contrayentes a su aire, que hagan lo que quieran, y si luego deciden que dejan al otro, pues lo dejan...

La Iglesia intenta formar y ayudar a las personas para que sean capaces de amar a los otros como son, de perdonar, de sacrificarse, de aceptar el dolor. No tiene nada que ver con el matrimonio civil. Me di cuenta de lo equivocada que estuve al enfocar las leyes de Dios como simples normas, cuando en realidad garantizan el amor y enseñan a amar de forma incondicional: Dios apuesta fuerte por las personas, y sus leyes son las únicas que las protegen de verdad. El sacramento del matrimonio es el mayor recurso que tenemos todos los que nos casamos por la Iglesia, y el regalo que nos hace Dios a quienes deseamos querer a otro durante toda la vida. Pero eso no garantiza que lo utilicemos: que nuestro coche disponga de cinturón de seguridad no quiere decir que lo usemos.

Por otro lado, existe también la posibilidad de pedir la nulidad matrimonial. Sin embargo, yo no tenía la más mínima intención de hacerlo. Sabía, en conciencia, que mi matrimonio fue válido y no quería salidas fáciles, forzadas e incluso falsas, sino verdaderas. Poco a poco mis hijos se dieron cuenta de que su madre había elegido otra vía: le importaba muy poco el matrimonio civil.

La fidelidad

Si algo me fascina es la fidelidad. Hay virtud ahí, hay fortaleza, hay implicación personal: el deseo y la voluntad de querer al otro pase lo que pase. Es síntoma de un amor radical, capaz de cualquier cosa por otro. Eso es amor. Me gusta subir el listón y saltar lo más alto que pueda, y me aburre soberanamente bajarlo y conformarme con el «esto es lo que hay...», desesperanzado, escéptico y blando. La fidelidad infunde seguridad: uno ve que el otro estará siempre ahí, y esto provoca que se sienta querido. Me parece que es de los puntos más importantes a

defender y a recuperar hoy en día. Y eso era lo que yo quería que mis hijos vieran: que siempre estaría con ellos y que los pondría por delante de mí, pasara lo que pasara.

Estamos creados para ser felices, y no para hacer muchas cosas. La felicidad tiene que ver con la libertad: si alguien se siente obligado a hacer algo, no se siente libre. Por eso la fidelidad y el compromiso son difíciles de entender, porque parece que se contraponen a la libertad. Sin embargo, libertad y responsabilidad son complementarios: no hay libertad sin responsabilidad, ni responsabilidad sin libertad. El problema surge cuando se desligan una de la otra. Libertad no es solo capacidad de elección, que es como suele entenderse, sino que va ligada con lo que conlleva esa elección y el compromiso adquirido.

La gente valora la fidelidad, la dificultad está en mantener el compromiso. Las personas desconocen su lugar en la vida porque desde el siglo XVIII se confunde libertad con autonomía pura, con independencia total, y eso no es así. Es importante encontrar el lugar que cada uno tiene en la vida, y que le da su arraigo. Dios nos creó para este sitio, en este momento concreto de la historia, porque ahí es donde podemos desarrollarnos más y mejor. Cuando se conoce la propia identidad y nos conformamos con ella, en el sentido de aceptarla y de acogerla, nos hacemos con la realidad, porque la tomamos como patrón de lo que hay que hacer. Si, por el contrario, la realidad no se acepta, sino que se rechaza, nos hacemos infelices y buscamos culpables, porque no podemos hacer lo que queremos.

El lugar correcto en la vida cambia según la vocación, y conlleva compromiso. Eso ayuda a encontrar el propio lugar en la vida y a profundizar en él. La fidelidad no consiste tanto en *hacer* algo como en *ser*, fundamentalmente, coherentes. Hoy primero somos el rol, solo vemos la función, aunque vaciada de contenido. Porque el deber es visto como una losa, como una obligación que se impone desde fuera. Es el imperativo kantiano. Cuando decimos, por ejemplo, «el padre de mis hijos», no nos importa la persona, solo una de las funciones que esta lleva a cabo. Ni siquiera si lo hace bien o mal. No hay consenso en lo que implica ser un buen o mal padre, y se acaba haciendo lo que cada uno quiere, no lo que se debe.

El *ser algo* nos lleva a pensar en lo que hacemos, en la actuación. Ser fiel es aspirar a la plenitud. Es estar identificados con lo que somos (madre de familia, hija, hermana, mujer de, profesora, amiga...), y aceptarlo y vivirlo de buen grado. Cuando elegimos libremente, cada uno se impone el compromiso desde dentro, y automáticamente cambia nuestra actitud hacia todo.

El hijo pródigo no asume lo que es, ni lo que supone estar en la casa de su Padre. Para él la obediencia es servilismo, que le impide ser libre. No

ve que la vocación es predilección, y que esta conlleva sufrimiento. No está maduro, porque no ve la grandeza del *ser*. Lo que tengo, no se paga con nada: hay que saber apreciar los bienes no tangibles que a la larga son los que dan la felicidad.

La fidelidad es ser incondicional en la adversidad. Supone muchos actos de libertad seguidos, muchas respuestas virtuosas a distintas situaciones. La fidelidad conlleva estabilidad y crecimiento. En las pruebas, Dios nos pide una respuesta fiel y nos da la gracia para aguantar el tirón. En la adversidad, el amor incondicional nos hace crecer, incrementa la virtud y aumenta la madurez personal.

Sin embargo, el infiel se fragmenta y se destruye a sí mismo. Rescribe constantemente su propia historia. Quiere borrar su pasado. Piensa que fue equivocado y que la persona que fue, su yo de antes, no era él: considera que su auténtico yo es el de ahora. No se da cuenta de que traicionó su propio pasado. Y al traicionarse se ha fragmentado: una parte suya se rechaza a sí misma. No es un yo completo con pasado, presente y futuro. Se trata de un problema de identidad, difícil de resolver si no se recoge lo que se *es* o *ha sido*, es decir, a la persona en su totalidad.

El enemigo de la fidelidad es la rutina, por lo que hay que buscar el encanto de la vida cotidiana. Huir de un sentido del deber voluntarista y duro. Eso no puede darnos la seguridad; nos la da el amor. San Agustín dice: «ama y haz lo que quieras...». Pero cuando habla de amor, se refiere a un gran amor, que juega en una liga de primera división.

Me di cuenta del valor de las promesas, una especie de ancla lanzada hacia el futuro: nos permite conseguir lo que deseamos en un determinado momento de la vida. De nuevo me recordaban a Cadaqués. En verano íbamos en barca a las calas a bañarnos y a tomar el aperitivo. Cuando llegábamos, echábamos por proa un ancla sujeta a un cabo para retenerla en las rocas. Cuando estaba bien sujeta a ellas, íbamos cazando cabo y probábamos que estuviera bien anclado. Lo tensábamos y amarrábamos a proa. Buscábamos una referencia en tierra (un árbol, una casa...) y de vez en cuando revisábamos que todo siguiera en el mismo lugar. Algo parecido sucedía con las promesas: nos permitían sujetar la propia vida a algo e ir comprobando cada poco tiempo si habíamos garreado y el viento y las corrientes se llevaban la barca.

Ocurre también que hay personas con problemas conyugales «antiguos». Arrastran el divorcio o la separación desde hace años y se ven a sí mismos como solteros, con situaciones limpias, porque el matrimonio está roto. Me sorprendía escucharlo, porque rechazaban al marido o la mujer y a esos hijos «antiguos», que siguen siendo los suyos y legales. Que hubiera pasado el tiempo indicaba simplemente eso: que había pasado el tiempo, pero la situación seguía siendo exactamente la misma que antes. No era un terreno limpio y seguro sobre el que poder construir, porque los

cristales rotos y los cascotes de la familia seguían todos ahí, impidiendo cualquier tipo de construcción sana y justa.

El no contemplar el amor para toda la vida y las promesas que hacemos a otros, distorsiona nuestra visión. Lejos de limpiar el escenario, hace que las nubes se oscurezcan mucho más. Es como decir que «ya han pasado diez años desde el divorcio», pensando que el cielo ya está despejado. Sin embargo, podría traducirse también como «después de diez años siendo infiel e injusto, has sido incapaz de rectificar y de pedir perdón».

He recordado otra frase del *Apocalipsis* 2, 8: «Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida».

Una única vida y una única persona

Descubrí que en mi vida había un hilo conductor: era el mismo de siempre, desde que nací hasta el presente. Había un sustrato que integraba toda mi persona, aunque mi cuerpo hubiera cambiado y hubiera aprendido y desaprendido cosas. Entendí que la fidelidad a la palabra dada ayudaba a que uno fuera siempre el mismo: impedía la fragmentación personal, ayudando a unir el pasado y el futuro. Cuando leía a García Lorca: «yo ya no soy yo, ni mi casa es ya mi casa», podía entender de qué hablaba, pero veía la desesperación de un hombre que no se encuentra a sí mismo y que ha perdido su pertenencia y su norte.

Yo no me veía así, sino como un gran río en el que iban confluyendo numerosos afluentes procedentes de distintas situaciones y lugares. Yo era yo: iba integrándolo todo en un mismo centro. Podía dirigir lo que me ocurría y quedarme con lo que era bueno para mi organismo. Como pasa en la digestión que realiza el cuerpo humano: cuando hay algo malo, el cuerpo lo expulsa o vomita, pero lo bueno le sienta de mil maravillas. Debía buscar todo lo que alimentara y me hiciera mejor persona. Valoré mucho más los estudios sobre la motivación humana en la toma de decisiones y de cómo al decidir lo hacemos según el «paradigma en el que vivo y que entiendo».

Vivía lo que estudiaba y enseñaba: el análisis del entorno, el modelo de toma de decisiones de Pérez López, el desarrollo de las personas para que funcione la empresa, la familia y la sociedad. Mi autoconocimiento fue creciendo en la medida que profundizaba en el estudio, y no a través de introspecciones que me hubieran fundido los plomos. Nada de anclarme al pasado y de regodearme en él. Nada de quedar atrapada en el resentimiento y el odio. Ni hablar. Necesitaba salud a raudales. Hablaba con Dios, escuchaba su palabra, tenía dirección espiritual, y todo salía ahí, de manera fluida, sin sustos, sin miedos. Descubría más y más cosas sobre mi personalidad, entendía qué era lo que me molestaba o dolía de

pequeña, sin tan siquiera buscarlo ni pensar en ello. Todo sencillo, sin traumas ni dramas.

Como sociedad, en lugar de progresar habíamos retrocedido a niveles bajísimos, valorando solo sexo, dinero, fama y poder. Perdimos el tren de la historia por nuestra arrogancia, defendiendo formas de pensar que iban contra las personas, disfrazándolas de progreso. Oía tantas burradas que me preguntaba cuánto tiempo lograríamos mantenernos a flote como sociedad en el mundo de las naciones civilizadas. La crisis y la corrupción, lamentablemente, dieron una rápida respuesta a todo esto.

La libertad es otro de los temas que me fascinan, porque podemos libremente mejorar o empeorar a través de nuestras propias decisiones: si decidimos actuar a favor o en contra de lo que somos, acabamos haciéndonos mejor o peor persona, y al revés. Incluso puede ocurrir que vayamos en contra de uno mismo si atentamos contra nuestra propia identidad. Por eso, lo que realmente importa es tomar las decisiones correctas, ni siquiera las acertadas, ya que son temas distintos. Y eso se va logrando a medida que cumplimos mejor los papeles de mujer, madre, hija, hermana, amiga o profesional.

Me topé con un nuevo problema. Con frecuencia oía comentar que se podía ser mal marido y sin embargo un buen padre. Y esto me chirriaba: ¿Cómo era posible semejante sinsentido? Un buen padre es capaz de hacer cualquier cosa por sus hijos, aun lo más duro y sacrificado: no importa si se es hombre o mujer. Me parecía como si los medios de comunicación hubieran diseminado por todo el planeta unas formas de actuar arrogantes, superficiales, incoherentes, en que primaba la voluntad de los fuertes y se avasallaba la de los débiles. También habían fragmentado la identidad de cada persona sosteniendo que las decisiones que se toman en un campo no influyen necesariamente en otro, y se quedaban tranquilos. Era poner fronteras entre ser padre/marido/hijo/profesional...

Estoy de acuerdo en que a veces las líneas de separación son finas y existe una gran gama de grises, pero de ahí a según qué, existe un abismo. Eso era falso. Somos una única persona. Un buen padre tiene más posibilidades de ser un buen jefe y un buen amigo, e infunde más confianza en su vida profesional. Un hombre o mujer infieles a su mujer o marido e hijos, lo acaba siendo también a empleados, proveedores y clientes. Si uno se libra de su familia, con mucha mayor facilidad va a librarse de quien sea en sus relaciones profesionales. Eso es obvio y, sin embargo, se niega machaconamente una y otra vez. Han sido las crisis financieras y los casos de corrupción los que están poniendo sobre el tapete todos estos temas, porque no se aguantan más en pie. Si la persona no es sana en un campo, tampoco lo será en los demás. Decir lo contrario es de una enorme incoherencia. De esta forma, fui dándome cuenta de que siempre debía buscar la verdad y ser coherente con ella en todas las áreas

de mi vida: en casa y fuera de ella, en el trabajo, con las amistades...

Querer a alguien no depende de que a uno le quieran: yo quiero a pesar de no ser correspondida. Ni tan siquiera entendía de qué me estaban hablando con esos amorcillos ridículos. No concibo que alguien diga que quiere a alguien, cuando en realidad lo único que desea es no estar solo, que le lleven a cenar o viajar. Con frecuencia se busca compartir la vida, o la cama, o tener más dinero, o alguien que ayude a llevar la vida y educar a los hijos sin ser su padre o su madre. Todo esto me supera. Claro que me gusta tener a un hombre a mi lado, faltaría más. Pero al mío. Y si no es él, no iba a ser nadie.

«Dios existe: yo me lo encontré»: el sentido de misión

Leí muchos libros, muchísimos de espiritualidad. Allí encontraba miles de respuestas y me sorprendía ver cómo nuestra generación había perdido una fuente tan extraordinaria de conocimiento y de felicidad. Entre ellos me llamó la atención uno escrito por André Frossard, ateo por nacimiento y formación e hijo del secretario general del Partido Comunista francés. Llegó a ser miembro de la Académie Française y presidente de Paris-Match. En su libro *Dios existe, yo me lo encontré*[2], relata que, justo después de su inopinada conversión ocurrida en una pequeña iglesia de París, salió atónito y le farfulló a un amigo suyo: «Dios existe, y todo es verdad». Me vi identificada en esas palabras y me di cuenta de lo que implicaba la palabra «todo». Todo es todo. Un nuevo mundo increíble se abría ante mí.

Años más tarde, escribimos con Nuria sobre el amor en un capítulo de *Dueños de nuestro destino*. Por entonces, ya tenía muy claro el sentido de misión, que fui descubriendo paulatinamente y de una forma muy fuerte. Me pasaba el día intentando construir familia, con mayor o menor fortuna, y trabajando. Tener las ideas claras con respecto a la vida, al matrimonio y la familia fue la base sobre la que pude construir todo lo demás —mi vida profesional y social—, porque me centré como persona. Mi interior estaba en paz: yo no había roto nada, seguía intacta en mi sitio, aunque ahora estuviera sola. Tener la conciencia tranquila y aprovechar todas las ocasiones que se me ofrecían para mejorar tanto yo como mi entorno, producía un buen rollo y una paz interior aplastante. Me sorprendía a mí misma, porque me pasaba todo tipo de aventuras y recibía golpes por todos lados, pero la paz que había en mi interior era imperturbable.

Tenía bien clara la dimensión espiritual y descubrí en carne propia una frase enigmática de Jesús: «Es el espíritu el que da la vida. La carne no sirve para nada». El mundo espiritual es tan potente que puede con todo.

Hace a las personas capaces de superar mil pruebas por duras que sean. Entendí que el sufrimiento tiene también una parte positiva y que, bien dirigido, nos hace crecer. No quiero decir que haya que amar el sufrimiento porque sí, eso sería anormal, pero si nos dejamos guiar y nos ponemos en manos de Dios, salimos de él muy bien parados. Si no es así, el dolor hunde, es incomprensible, no tiene sentido y vuelve escéptica a la gente.

Por el camino espiritual encontré a Dios y me fascinó su fortaleza, su vitalidad y su presencia. Me reía muchísimo con Él. Encontré a un Dios vivo que me llamaba hacia Él, y yo no entendía nada. ¿Qué hacía una separada como yo en semejantes caminos? Pero me di cuenta de que cuando uno de verdad encuentra a Dios, no hay nada que hacer: no puede decirle que no le conoce ni que no le apetece hacer lo que pide, aunque libremente pueda hacerlo. Así que le dije que sí a lo que me pedía, aunque no sabía bien qué: suponía que era a seguirle, a profundizar en su palabra y a darla a conocer a otros. Ese mundo espectacular que se abría ante mí no hacía más que empezar.

Al cabo de poco tiempo, pedí la admisión en el Opus Dei, cuya espiritualidad conocía por los retiros, convivencias y charlas de formación cristiana a los que venía asistiendo. Me atraía la unidad de vida que preconizaba y cómo sus miembros trataban de santificar la vida ordinaria en las más diversas situaciones y condiciones vitales. Lo que más me sorprendió es la aceptaran, por atípica, por ser una mujer separada y por proceder de una familia que, en general, simpatiza muy poco con este carisma. Es más, había fiestas familiares en las que, si no se les atacaba, parecía que faltaban los fuegos artificiales de fin de fiesta. Con la decisión que tomaba, sabía bien que me enfrentaba a que me pudieran tirar ahora tomates a mí, pero decidí que me importaba poquísimo que lo hicieran, que lo peor del mundo ya me había pasado, y que si alguien disfrutaba con la tomatina, que lo hiciera. Yo solo sabía una cosa: Dios existía de verdad, Él se me había mostrado, se había levantado y había venido a buscarme, y yo no le iba a fallar.

Escuchaba las Escrituras e iba a Misa cada día. Allí se me abría diariamente un mundo enorme, de una belleza incomparable, y Dios me decía lo que esperaba de mí. Entendí poco a poco que yo era «el administrador fiel y prudente a quien el amo pondrá al frente de la casa para dar la ración adecuada a la hora debida» (*Lc* 12, 42), y me di cuenta de que era una *mater familias* a la nueva usanza: una profesional que debía ganarme la vida, y custodiar, cuidar, proteger y ayudar a mis hijos para que pudieran desenvolverse cada vez mejor en el mundo que nos había tocado vivir, siendo ellos capaces al final de mejorarlo también. No sabía cómo haría Dios todo esto, solo sabía que me lo había prometido y que lo haría.

Disfrutaba y disfrutaba con lo que escuchaba y leía, y cada vez podía entender menos cómo países como los nuestros habíamos dado la espalda a Dios de una forma tan chulesca y arrogante. Dios había venido a Europa y la había hecho luz entre las naciones, y Europa se había librado de Dios pensando que era mayor para decidir y que la religión era un atraso. Algo andaba muy mal.

Descubrí que tenía una sola vida y que era una contemplativa en medio del mundo. Dios guiaba mi vida a través de la oración hacia un mundo de extraordinaria belleza. Debo decir que santa Teresa me ayudó enormemente a comprender todo esto. A través de su vocabulario femenino aprendí lo que era el arte de la oración y la maravilla de la vida espiritual. De repente, me vi desatascada: era como si el agua corriera de nuevo por mi interior y se hubieran deshecho los nudos internos que impedían su paso.

Un tiempo más tarde me di cuenta de que Dios me pedía ser testimonio de algo. Primero, no sabía de qué, no tenía ni la más remota idea. Recordaba un libro de niños mártires que me habían regalado en mi primera comunión, y me parecía horrible. No sé por qué se me quedó grabado en la memoria durante toda mi vida. Era algo que me molestaba, porque a una pacifista como yo, la sangre es lo último que le atrae. Y sin embargo, ese recuerdo seguía metido ahí. Poco a poco comprendí que Dios no me pedía nada parecido: yo era una mujer profesional educada para el siglo XXI, no para el martirio. Lo que sí me pedía es que fuera testimonio de una forma de vivir que chocaba con la de mucha otra gente. Era una mujer que podía mostrar que es posible seguir amando al hombre de su vida a pesar de que él fuera un *Terminator*. A mí Dios me daba recursos para poder sobrevivir: vivía en una época en que podía ganarme la vida y que estar separada no estaba mal visto. Tan solo cien años atrás lo hubiera pasado fatal.

Y además era libre de llevar la vida que me apeteciera sin tener que dar ningún tipo de explicación a nadie. Si me entendían, bien. Si no, qué le íbamos a hacer. Ni que decir tiene que mi forma de enfocar las cosas me costó montones de problemas, de incomprensiones y de verme sola. No reaccionaba según los estándares al uso como se suponía que debía hacer, y eso molestaba a más de uno. Pero yo no estaba dispuesta a que mis hijos hablaran jamás del «novio de mi madre». No me daba la real gana. Pensaba que no era la forma de comportarse de una madre y se lo decía a mis hijos: «Siempre tendréis vuestro dormitorio libre de intrusos. Mi casa será siempre vuestra casa y la de nadie más».

Del desorden al orden

Esto me llevó a pensar que mi testimonio iba a ser el de la fidelidad matrimonial. Había muchas personas en mi misma situación, y conocía el dolor que causaba que alguien descolocara el orden natural que se tiene —siendo esposo o esposa— poniendo a otras personas en el lugar que a ti te corresponde. Con frecuencia se confunde el término «caridad cristiana» con una especie de capa con la que tapar el desorden en las relaciones: se coloca al segundo, tercer o cuarto personaje al nivel del primero. Si eres la «esposa de», o el «marido de», se tiene que respetar esa posición de esposa o esposo. Que alguien llegue y te la arrebate, daña tu identidad, precisamente porque no se reconoce. Por tanto, es un desorden que produce una herida inmaterial que daña la percepción que uno tiene de sí mismo. Muchas personas se sienten dañadas en su autoestima por eso. Todos dependemos de los demás, no somos independientes. Dependemos de su juicio y por eso somos tan vulnerables. Si no tenemos el reconocimiento que nos deben, no solo por ser personas, sino por ser «esposa de», «madre de», «amiga de» —que no solo son roles, sino que son formas de ser—, nos hacen un daño profundo en el psiquismo.

Todo esto se olvidaba y ni se tenía en cuenta, así que decidí ponerme manos a la obra. El amor tiene un orden: eso es justo lo que Cristo nos viene a señalar. El orden primero es el de quien procedemos, Dios; después, el de nuestros padres, y después el del marido o la mujer. Sin embargo, es tan fuerte el vínculo entre marido y mujer que por él se «dejará padre y madre»...

Es necesario también iluminar lo que «no es», sin intención de hacer daño, sino para aumentar la probabilidad de que esa luz haga posible el cambio para llegar al orden establecido y que las personas puedan encontrar la paz y la felicidad. Como tenemos una inteligencia que supera la animal, podemos promulgar las leyes que posibiliten la creación de ese orden.

Cuando digo a mi marido que él es el primero, entre los dos se genera algo nuevo, el amor conyugal, y la posibilidad de actos muy llenos de gozo. A partir de ese vínculo podemos querer seguir el orden establecido o romperlo, pero las consecuencias que tiene romperlo nos hacen daño. El primero siempre es el primero y además es imposible que el tercero pueda ocupar ese puesto. También cuando son los de alrededor los que facilitan el cambio. El orden clarifica y muestra de manera más brillante la belleza de las cosas y el desorden la oculta. Una casa ordenada lleva a ver la belleza de las figuras, los colores. Una casa en desorden es el caos. También existe belleza en el mundo espiritual. El orden de las relaciones permite percibir la belleza del espíritu. Se capta en la mirada que expresa bondad o misericordia, ira u odio...

En un matrimonio civil, el marido o la mujer pacta con ese desorden con criterios de utilidad: le soy útil o no en función del placer, de lo

económico... Es lo que está implícito en una relación si me posiciono como la primera cuando en realidad soy la tercera.

[1] Carta de divorcio.
[2] Frossard, A., *Dios existe, yo me lo encontré*, Rialp, 1983.

8. OBSTÁCULOS EN MI CAMINO

Sacar adelante un matrimonio atípico

El horizonte había cambiado. La barca familiar suele estar al mando de dos patrones: padre y madre. Gobiernan los dos, pero cada uno tiene unas funciones distintas: se relevan según la época, se complementan y ayudan. A veces ocurre que solo se queda un patrón, por ejemplo, al enviudar. Al difunto, la familia le recuerda con cariño, viendo en él o ella todas las cosas buenas: «¿Te acuerdas cuando papá...? ¡Qué buena persona era...!». Lo oigo con mucha frecuencia de mis amigas viudas, y pocas veces en mujeres separadas.

Decidí continuar con mi proyecto familiar, aunque yo fuera el único comandante. El otro patrón se tiró por la borda y lo arrastró el oleaje. Ya no estaba: abandonó la embarcación. Hizo justo lo contrario de los buenos capitanes, ante el peligro de naufragio de sus barcos: «las mujeres y los niños primero». Me calé el gorro de capitán hasta las cejas y agarré el timón con fuerza. Mi decisión de sacar adelante un matrimonio atípico —casada por la Iglesia y divorciada por lo civil— tenía sus dificultades. No me gustaba estar sola: hubiera preferido mil veces estar acompañada, pero no tenía opción. Mi marido salió rana y debíamos iniciar solos una nueva vida. Con tres hijos varones era más complicado: los chicos necesitan muchísimo al padre, y más en las edades en que los tenía yo. Decidí buscar ayuda masculina, de gente que pensara igual: y esos fueron, mi suegro y mi padre. También la ayuda psicológica del mismo psiquiatra: necesitarían un profesional varón, de confianza, con quien poder conversar sobre temas de hombres. Mis hijos necesitaban a su alrededor hombres que les guiaran, con valores sólidos, buenos, centrados y fuertes. Debíamos remar todos en la misma dirección y construir con los mismos

materiales.

Cuando se separa un matrimonio, suele producirse una confusión tremenda. Los hijos tienen distintos modelos y todo el mundo quiere convencerles de que sus ideas son mejores. No estaba dispuesta a participar en ningún juego de opiniones: «Es tu opinión... es mi opinión...». Defendía, simplemente, lo que está bien y lo que no. Quería formarles y hacer de ellos hombres buenos y valiosos.

Mis hijos se sumaron al proyecto familiar y, con los años, comprendieron mejor mis planteamientos. Al casarse —hace de ello pocos años—, empezaron a entenderme de verdad. Cuando algunos matrimonios amigos suyos empezaron a naufragar, se dieron cuenta de que lo que parecían exageraciones de su madre eran verdades como puños. Reconocieron entonces que les gustaba mi forma de pensar y no querían repetir lo que lamentablemente les tocó vivir: ya estaban escaldados. En ese momento se apercibieron de que todo lo que yo pensaba, y por lo que había trabajado durante esos años, protegía también sus propios matrimonios y a sus familias. Y les gustó. Mis nueras se dieron cuenta también de que quedaban resguardadas: si mis hijos hacían algo raro, me tendrían de su parte y yo las protegería tanto a ellas como a sus familias.

Con los años, a base de defender mis ideas y mis amigas las suyas, ellas han reconocido que siempre he pensado igual y he defendido lo mismo desde el primer día en que empezó esta pesadilla. Algunas me decían: «Qué hijos más buenos tienes, ¿cómo te las has arreglado?».

Otro gran problema que suele plantearse en las separaciones es el de la culpa. He visto a personas inocentes hundidas en ella, y siempre les digo lo mismo: culpable será, en todo caso, quien hace las cosas mal y abandona a hombres, mujeres o niños. A veces ellas o ellos me dicen: «Sí, pero si hubiera hecho esto... si hubiera hecho aquello...». No se dan cuenta de que los seres humanos podemos escoger hacer las cosas mal o elegir hacerlas bien, renunciando incluso a la venganza. Pero hay algo claro: si uno actúa mal y hace daño a otro, eso queda sobre su conciencia. Una cosa es que te corten la cabeza, y otra muy distinta es hacerlo tú. Yo preferí ser mil veces víctima que verdugo. El origen del mal quedaba fuera de mí.

La reconstrucción familiar

Decidí abrir nuestra casa —la de Barcelona y la de Bolvir— a los amigos de mis hijos que estaban en la misma situación familiar que nosotros. Conocía el terrible sufrimiento que supone el divorcio para los hijos, y veía cómo alguno de sus amigos lo estaban viviendo también. Presenciaba repetirse una vez más la horrible historia de los padres que

abandonan a sus hijos. Observaba cómo los ignoran mientras ellos están ocupadísimos «rehaciendo» su vida y gastando un montón de dinero con otras mujeres y con nuevos hijos. Y cómo buscan a sus hijos legales solo cuando les conviene y necesitan. Lo único que podíamos hacer por ellos era quererles y pasárnoslo bien todos juntos.

Cuando llegaban a Bolvir, cada uno sabía cuál era su habitación, no teníamos que decirles nada: subían las maletas directamente a su cuarto. Luego iban al súper a comprar y entre todos preparábamos las comidas y poníamos la mesa. Cenábamos todos juntos y lo pasábamos realmente bien. Yo, de ir siempre con gente mayor, pasé a estar rodeada por gente joven. Como les gustaba estar juntos, les dejaba hacer copeos en el garaje y yo me iba a dormir. Pensaba que esto era mejor a que se fueran por los bares de la Cerdanya a beber alcohol. Hicimos el pacto de que bajarían la música si estaba demasiado alta. Si esto ocurría, les llamaba por teléfono desde mi cama. De este modo toreamos esa época tan molesta para los padres: cuando los hijos quieren salir hasta las tantas de la madrugada.

Nuria, su marido Pipe y su hija Beibi me ayudaron enormemente a iniciar —y a continuar— esta tarea de construir hogar. Vienen en Navidad a Bolvir casi desde el inicio, porque Nuria y yo éramos ya buenísimas amigas. Pipe es una gran persona y un excelente amigo. Se llevaba a mis hijos a buscar setas, a andar por el bosque, les enseñaba a cocinar platillos suculentos... En él encontraban mis hijos un hombre bueno que disfruta sirviendo y cuidando a los demás. La gente lo quiere muchísimo, empezando por sus amigos, y tiene un montón. Cuando mis hijos estaban solteros, subían también sus amigos y nos reuníamos todos alrededor de la mesa riéndonos, filosofando, haciendo *fondues*, *raclettes* y cantando.

Aún hoy, los amigos de mis hijos siguen viniendo a Bolvir, ya casados y con hijos. Tengo con ellos una relación muy especial. Vinieron hace un año a la fiesta de mi cumpleaños y he ido también a sus bodas. Desde que estoy enferma no han parado de llamar y venir a visitarme. Llaman a mi madre y le preguntan si pueden quedarse a comer.

Una bajada masiva de brazos: «¡Es lo que hay!»

Siempre he sido luchadora y a mi alrededor, sin embargo, veo mucha gente conformarse con lo que tiene y encogerse de hombros sin oponer la más mínima resistencia a nada. La situación me recuerda a esas fotografías en las que se ve deslizarse por encima de carretillas a niños sin piernas, como consecuencia de las «minas antipersona». Como solución no es mala: es mejor deslizarse que quedarse como un fardo en cualquier sitio. Sin embargo, nadie puede discutir que sería preferible que los niños tuvieran dos piernas: las minas son un síntoma de barbarie, y el hecho de

que muchos estén sin ellas manifiesta mayor crueldad.

Me parece incomprensible que la gente se muestre impotente y baje los brazos frente a las separaciones: condenan a hombres, mujeres y niños a peores soluciones aduciendo que son buenas. Claro que pueden serlo en contadas ocasiones, pero conformarse con lo peor y hacer de eso una norma me parece el colmo de la estupidez. En el fondo del problema late la idea de que la separación no está tan mal. Muchos separados piensan incluso que no pasa nada, que son situaciones normales o buenas.

Me venían a la mente las epidemias de peste tan frecuentes en la Europa del Medioevo. Tardamos siglos en dar con la solución a esas enfermedades, pero nunca se dejó de luchar. Para combatir una enfermedad, es necesario primero reconocer su existencia. Estos días me han hecho multitud de pruebas y análisis que indican, por ejemplo, si estoy bien o no de hierro. Hay una horquilla con unos indicadores mínimos y otros máximos. Son criterios objetivos, que uno no se inventa. En el cáncer, todo el mundo está de acuerdo. Nadie discute nada: la enfermedad es un mal a vencer. En cambio, en la madre de todas las crisis —la separación y el divorcio—, la mayoría calla a pesar de la existencia de señales evidentes: crecen los suicidios, los niños sacan peores notas, aumentan las depresiones, se feminiza la pobreza...

Pocos reconocen y aceptan como tales esos indicadores: supondría revisar un pensamiento que se halla en la base de todo. No están dispuestos a cuestionarse nada: deberían examinar su propio comportamiento. Es mejor escudarse en el relativismo. Todo queda al albur del: «Depende de ti», «hay que respetar...» o «se ha enamorado», y ponen cara de calamidad.

La existencia de indicadores se cuestiona en el matrimonio, alegando que las cosas no son blancas o negras, sino grises. Se pasa por alto que el gris existe porque se mezclan el negro y el blanco. Es decir, hay bien y mal, aunque moleste, y, naturalmente, también hay grises que debemos descubrir. A veces me decían «sí, pero en la vida pasan cosas...» o «la gente cambia...». Por supuesto, cambiamos porque vivimos, por el propio paso del tiempo. Si no lo hiciéramos estaríamos ya todos muertos.

Esta mentalidad ceniza y gris produce en las personas un abatimiento y la sensación de que es imposible luchar contra las rupturas familiares: se entra con ese pesimismo en las relaciones de pareja. El divorcio se percibe como algo irremediable, y a mí me parece que «mal de muchos, consuelo de tontos». Así no vamos a ningún sitio. Ni siquiera se intenta conseguir matrimonios estables. Algunas relaciones podrían tener un gran potencial, pero las mismas personas las descafeínan y reducen. Esta opción de vida va ganando posiciones socialmente y lleva a unas relaciones cada vez más pasajeras. Me sigo preguntando por qué: no veo ninguna razón por la que «vivir la vida» implique tener un mayor número de relaciones amorosas.

Los medios de comunicación y las revistas del corazón crean, poco a poco, una cultura de creciente banalidad. Ofrecen como modelos a personajes histriónicos, cada vez más mediocres, y desaparecen del mapa las relaciones de profunda confianza. Se extiende también en la sociedad la idea de que si se rompe el matrimonio «no pasa nada», es exactamente esto: «se me ha roto»... Sin darnos cuenta de que los accidentes ocurren, pero que si procuro cuidar un valioso jarrón tendré más posibilidades de que no se me rompa.

Son muchos, sin embargo, los que luchan contra esta forma de vida intrínsecamente dañina para las personas. Quería sumarme a ellos, y no estaba dispuesta a ceder ni un ápice en mis pretensiones de que mis hijos y mi familia fueran lo más normales y felices posibles. No quería entrar en la dinámica que veía que ocurría a mi alrededor en las supuestas «familias», ni en los enormes enredos que esto suponía.

Ahora, cuando alguien me dice algo sobre el matrimonio en plan derrotista, le contesto que qué le parecería que nos radiaran a todos porque existe alguna posibilidad de tener cáncer algún día. Le digo que el matrimonio se enfoca hoy desde la enfermedad, no desde la salud. Es dramático pensar que obligatoriamente ha de salir mal, y no ver y fomentar la gran salud que muchos de ellos tienen. Es educar a la gente radiándola ya de inicio. Eso es enfermizo. Hay que educar en la salud, en lo bueno, y no en la desconfianza o en el uso del otro para satisfacer los deseos personales.

En un matrimonio, si uno de los cónyuges falla o se muere, queda el otro para seguir alimentando ese fuego de la familia y del hogar. Eso es lo que procuraba hacer, con más o menos fortuna. A veces, el marido que te toca puede parecerse un poco a un loro. Pero aunque esto sea así, no deja de ser «tu loro» y por eso se le cuida, aunque no merezca nada. O aún más: aunque merezca la guillotina. A veces ni siquiera se puede vivir con él, porque contamina. Me encontré de frente con una cultura dispuesta a plantarme cara y a verme como la más rara entre las raras. Pero me daba igual: que dijeran lo que quisieran. Lo que a mí de verdad me sorprendía es que gente que se tildaba a sí misma de «tolerante», lo fuera tan solo con los que pensaban como ellos. Eso era la intolerancia de los «tolerantes», y nada más.

«Rehaz la vida»

Poco tiempo después del divorcio, empezó la época del «rehaz la vida». Así la denomino. Esta frase, hoy tan sumamente manida, me ponía de los nervios. Mucha gente, incluida parte de mi familia, me animaba a ello. Al decírmela, me incitaban a buscar otro hombre para reemplazar a mi

marido. No había mala intención, ni ganas de molestar. Simplemente pensaban que me hacían un favor: yo no había hecho nada, era muy joven, tenía toda una vida por delante, y debía disfrutar. No se planteaban siquiera que se pudiera vivir la vida de otra manera: si un hombre se va, otro lo sustituye y ya está. Al fin y al cabo, este modelo era el que se repetía en el cine y la televisión. No se planteaban en absoluto la indisolubilidad del matrimonio; supongo que les parecía una solución demasiado dramática y radical.

Ni valoraban como yo el matrimonio, ni mi promesa de fidelidad, ni mi amor por mi marido. Todavía comprendían menos que se pudiera seguir queriendo a alguien que fallaba de una forma tan estrepitosa. Cuando explicaba el camino que quería seguir les parecía una provocación de tal calibre, y algo tan desagradable, que ni lo entendían. Les molestaba incluso oírme decir que seguía queriendo a mi marido a pesar de lo que hacía, que estábamos casados por la Iglesia y que el matrimonio era indisoluble. Les sonaba a chino, y más en mi caso, en el que era él quien se había ido.

Este fue uno de los escollos más duros que encontré: la nula valoración del matrimonio y de los compromisos que conlleva, por no hablar ya del amor incondicional. Al no apreciar esto, tampoco se les ocurría que ellos eran pieza clave para que yo pudiera seguir manteniendo ese matrimonio, ni veían que yo necesitaba su apoyo. No dudaba de sus buenas intenciones: ellos querían verme contenta, que fuera feliz pero, en su lógica, solo podía serlo con un hombre al lado. A mí tal premisa me parecía una auténtica banalidad, un tirar pelotas fuera de tal magnitud que me asombraba. Poco a poco fui dándome cuenta de que algunos no iban por mi carril, y no podían aportarme casi nada sobre el matrimonio y el amor. Me parecía bastante inaudito, porque muchos de ellos estaban casados también por la Iglesia, eran gente con una buena educación y con buenos ejemplos en casa. No sabía por qué cambiaron de camino y se lanzaron a otro en apariencia más fácil, pero que en realidad estaba sembrado de minas. Y yo de minas, estaba hasta el gorro.

No hablaban ya de matrimonio ni de familia. Empezó a ponerse de moda el «se ha enamorado...», algo así como una calamidad, lo máximo, contra lo que no se podía combatir. Cuando les decía que claro que se podía luchar contra esto y que ya lo hacían las abuelas, añadían que no podía estar sola y que debía tener alguien con quien ir al cine o a cenar. Yo no tenía ningunas ganas de tener al lado a un chófer, a quien con seguridad me tendría que sacar de encima porque se creería con derecho a algo más. Vaya lío. Pensando lo que me decían, me di cuenta de que se habían perdido muchas cosas por el camino, entre ellas, el tener agallas para afrontar y seguir adelante cuando pintan bastos. Yo era una mujer casada, respetable, incluso en la situación en la que estaba, y no veía a

mis hijos hablando del «novio de mi madre». Me parecía una insensatez. Mi novio lo había sido mi marido en su momento, a los veinte años, cuando tocaba, y si mi marido no estaba ahora a mi lado, nadie más iba a ocupar su lugar.

Poco a poco fui comprendiendo lo que implicaba realmente «rehacer la vida»: era no olvidarse de quién era yo, profundizando en todos mis roles, y tratando siempre de sacarme el máximo partido. Era llevar una vida recta y cumplir mis compromisos, justo lo contrario de lo que me proponía mi entorno. Pero, ¿cómo hablar de vida recta a una cultura que sostiene que no hay bien ni mal?

Me contaban hace poco el caso de una chica joven que acabó en un campo de desintoxicación durante un año. Sus padres se separaron y cada uno rehízo su vida por su lado. La chica tenía muchas casas, pero carecía de hogar. Después de cuatro intentos de suicidio, las amigas eran quienes iban a buscarla. Llamaban a los padres y no contestaban. En uno de los intentos apareció el padre al cabo de un buen rato, bien borracho y acompañado por sus amigos. La metieron en cama, porque no pasaba nada... Esta chica sale ahora con un divorciado que tiene dos hijos, e intenta también tener un hijo con él. Busca el amor que nunca nadie le ha dado. Pero, para los padres, la chica ya es mayor y no pasa nada...

«A rey muerto, rey puesto»: la plaga de los «ex»

Otra de las frases que me repetían mucho es que «ya encontrarás a otro». Pensaba que íbamos muy mal como sociedad cuando quien lo decía eran respetables padres y madres de familia. A mí el «a rey muerto, rey puesto» no me funcionaba para nada. Un verano, en Cadaqués, al caer la tarde, fui a la playa. Me llevé una sillita baja y un libro y me senté junto a la orilla del mar, a refrescarme los pies. Hacía mucho calor. Miré el horizonte, el cielo y su reflejo en el mar, que estaba como un espejo. El colorido oscilaba entre el azul y el gris, exceptuando los blancos edificios y la poca vegetación que se veía. De repente, me imaginé esta escena como si fuera la fotografía de un puzzle de 5000 piezas.

Cuando uno monta un puzzle de ese tamaño es fácil equivocarse, porque los colores pueden confundirse, por ejemplo, el del cielo y el del mar. Sin embargo, en un momento dado, cuando las piezas no encajan, se puede advertir que fallamos colocando una pieza en el lugar de la otra. Y lo que toca es desmontarlo hasta encontrar dónde está el error, y encajar de nuevo las piezas sin problemas. Esa imagen me ayudó mucho. Nuestra vida es también una especie de puzzle que componemos poco a poco. Si no disponemos de una foto de la realidad bajo el puzzle, a menudo puede ser imposible restaurarlo.

Mi marido era una pieza del puzzle con una forma muy concreta. Sacarle a él y poner a otro era imposible, las piezas simplemente no encajarían porque nadie es igual a otro. Hubiera sido peor el remedio que la enfermedad. Forzar esta pieza de puzzle era forzar otras también: mis hijos, mis padres... Para mí, las personas son insustituibles. Las cosas sí podemos cambiarlas: uno cambia de sillón y no pasa nada. Pero yo no puedo sustituir un hijo por otro, porque todos son únicos. Esto lo saben bien los padres que han tenido la desgracia de perder a un hijo en un accidente. Solo una persona encaja en todos los roles a la vez: el padre de mis hijos, mi marido, el yerno de mis padres y el cuñado de mis hermanos, todo al mismo tiempo. Si cambio la pieza, se arma un lío, y no tenía la más mínima intención de intentarlo. Me importaba poco la calidad de esa pieza del puzzle: es decir, que fuera un buen marido, un buen padre, un buen hijo, un buen yerno.

Por esa época, tuve que soportar también la plaga de la gente que me hablaba de los «ex». La frase me parecía tan vulgar que no la soportaba, era como una patada en el estómago, la banalidad más sublime a la que me podía enfrentar. ¿Tengo hijos que sean «ex»? ¿O «ex» padres? ¿O «ex» hermanos? Se reían si se lo decía, porque eran incapaces de ver que marido y mujer son parientes de sangre a través de los hijos, son el núcleo de la familia. Por no hablar ya de cuando les contestaba que el matrimonio era sagrado, intocable. Entonces era cuando entrábamos en un campo sembrado de minas, el de que si tú eres religiosa y yo no, que si para ti es esto y para mí lo otro... No les interesaba para nada este discurso y menos aún hablar de cosas serias. Solo se apuntaban a hablar de relaciones de quita y pon, ligeras, con mucho jajaja. Con el paso del tiempo aprendí a taparme los oídos y a no escuchar. A callar delante de según quién y a no hablar de según qué con según qué personas. Comprendí que hay personas que no tienen el registro para entender según qué cosas: no son capaces de captar algunas emisiones, como si carecieran de antenas. Con otras aprendí a reconocer los momentos oportunos en los que podía aportar algo; todos tenemos nuestros momentos de escucha.

Fui descubriendo que vivía en una sociedad que tragaba cualquier cosa y que sin darse cuenta se había dejado contaminar por una nueva plaga. Pocos son conscientes de ello porque no valoran que sea malo abrir puertas a según qué. Lo mismo ocurría antes con otras pestes. La gente suele tomar decisiones según las emociones que siente, llegando al punto de confundir los deseos con la realidad, prescindiendo de la misma realidad. Es decir, construyen el puzzle de cualquier manera, pensando que es suficiente con querer que encajen las piezas: si lo quiero, encajaran, y de ese modo sería la realidad.

Me sentía como el protagonista de *El rinoceronte* de Eugène Ionesco[1],

que ve transformarse a todas las personas que le rodean en rinocerontes, incluido su círculo más estrecho de familiares y amigos. Le dicen que él es también un rinoceronte, cosa que no es más que su percepción de la realidad, porque son personas.

No se valora que la realidad es como la fuerza de la gravedad en que, no sabes por qué, las cosas siempre acaban cayendo al suelo. Tenemos un margen de maniobra para rectificar errores, pero, pasado este margen, todo se cae. Pensaba en la torre de Pisa: los arquitectos e ingenieros están estudiando su inclinación, porque tiene un límite que no debe rebasar. En otro orden de cosas, la crisis actual pone sobre la mesa la presencia de esa realidad que existe aunque no se quiera, y que puede ser muy distinta a nuestros deseos o percepciones.

Somos una generación infantil: «No pasa nada». Nuestra generación ha tirado por la borda siglos de experiencias y conocimientos adquiridos. Es el resultado de ir con el lirio en la mano, pensando que «ay, pobre» o que los deseos y emociones debían ser los criterios a tener en cuenta al tomar decisiones. Reducirlo todo a satisfacer los deseos personales de la gente nos lleva a tener que empezar de nuevo partiendo prácticamente de cero, volver al colegio y volver a estudiar. Nos hemos quedado desfondados y sin contenido, sin poder argumentar nada medianamente bien.

Eso hice yo, porque no sabía nada de nada. Aprendí a argumentar a base de golpes, a base de estudio y a base de hablar con mis amigas. Y cada vez me quedaban menos flancos al descubierto. De hecho, escribí un trabajo sobre el «Derecho a la felicidad» para una de las asignaturas de mis cursos de doctorado, porque tal frase me irritaba a base de bien. Vaya maraña había detrás del pretendido derecho. Me parecía penoso que se defendiera que teníamos «derecho» incluso a hacer las cosas mal, y que las cosas fueran buenas simplemente por el hecho de decirlas o hacerlas yo.

Luego estaban los que me decían: «Vale, pero, ¿y si en el futuro te enamoras?». Lo expresaban como algo irremediable, una especie de calamidad. Yo siempre les contestaba que intentaría que eso no ocurriera y que pondría todos los medios a mi alcance con el fin de evitarlo. ¿Cuáles eran? Pues los de toda la vida, en absoluto originales. Hombres y mujeres no nacimos ayer. Nos llevamos atrayendo desde el inicio de la humanidad, todo es más que viejo. Pero ellos no querían que les contestara eso. Querían que jugara a su juego, al de «no pasa nada». Y estaba cansada de oír esta frase. Un día, a uno que me lo repetía por enésima vez le dije: «Te dejo mi silla tan solo cinco minutos. Solo cinco. Luego me dirás si pasa algo o no pasa nada». Se rió.

Somos una generación infantil, una pandilla de ingenuos. Nos metemos en problemas y pretendemos que no va a pasar nada simplemente porque lo pensamos. Escuchamos las penas que les ocurre a miembros del sexo contrario y pensamos que ¡pobres! Pero olvidamos lo fundamental:

hombres y mujeres nos atraeremos siempre. Por tanto, si alguien tiene problemas con su mujer, que los hable con ella o que hable con un mediador familiar, no con una compañera de trabajo. A mi alrededor había cada vez más incautos que ponían la mano en el fuego pensando que no se quemarían. «¿Y si te llaman para salir?», me preguntaban con cara de preocupación. Y les contestaba que con tal de decir que no, se había acabado el problema, y que más valía pasar por maleducada una vez que verse enredada en situaciones de las que era difícil salir. Era cuestión de no jugar con fuego.

El revoloteo de los buitres

Por esa época empezó el revoloteo de buitres a mi alrededor. Un buen amigo me había advertido que ocurriría: «Hay hombres que van a ir a por ti. Los buitres van a comer la carroña que queda de una ruptura familiar...». Un panorama siniestro, pero real como la vida misma. Hubo hombres que me quisieron ligar desde el principio, incluso hasta por e-mail, pero los veía venir de lejos. No tenía la más mínima intención de enredarme con nadie, solo me faltaba eso. Lo único que pretendía era seguir queriendo a mi marido a pesar de los pesares, luchando contra el odio y el rencor, que bastante trabajo me daban.

En el mundo profesional debes tener mucho cuidado. A la que te descuidas, tienes a alguien junto a ti contándote sus problemas, sobre todo lo incomprendido que es por su mujer... Son situaciones peligrosas en las que no quise ni entrar. Recuerdo una comida de trabajo de la que no me pude zafar. No me fiaba ni un pelo del personaje con quien debía comer, así que decidí explicarle la situación a una de mis compañeras y pedirle si no le importaba hacer de carabina. Ella asintió en seguida, divertida. La cara que puso aquel buen hombre cuando nos vio aparecer a las dos fue para verla. No volvió a insistir en el jueguecito. Hubo más intentonas por parte de otros hombres: pero cuando uno no está por la labor se dan cuenta, y acaban por ni acercarse. Me libré de moscones.

Con el tiempo fui aprendiendo también que había mujeres carroñeras como hienas, que hacen un arte de la conquista de los maridos y padres de otros, y que lo único que desean es dinero y casa. Les da igual que ese hombre tuviera hijos y mujer. Ellas solo miran su propio interés y, generalmente, el de sus hijos, por lo que deben librarse de los hijos del marido. Estas mujeres, a la que te descuidas, arramblan con lo tuyo y te sacan de casa. Al cabo de poco tiempo, empiezan a meter a toda su colonia de parientes y amigos. Si uno recuerda la película «Los pájaros» de Hitchcock, primero se posa un cuervo en un árbol, luego dos... y al cabo de poco uno tiene toda una colonia dentro, que le acaban sacando los

ojos.

Yo topé con mujeres perfectamente bien descritas en la Biblia. Leía los *Proverbios* y ahí estaban. Algo terriblemente viejo, no son ni tan siquiera originales. Lo diferente con otras épocas es que este tipo de mujer —y de hombre— están ahora camuflados por la cultura reinante, todo bajo unos supuestos aires de libertad y un desbocamiento de emociones. Antes había conciencia de que se hacía algo mal. Ahora, muchas veces, uno se encuentra con hombres y mujeres que ni siquiera son humanos, sino máquinas. Son fríos e implacables, les da igual el sufrimiento de quien sea: de su marido o de su mujer, de sus propios hijos, de sus padres. Les da igual ir rompiendo familias y dejando regueros de sangre a su paso. Ya ni lo ven. Hay cinismo, manipulación, una extraordinaria dureza de corazón y un egoísmo extremo: todo disfrazado detrás de unos presuntos sentimientos, emociones y uso de la libertad. Hay mucha triquiñuela también. Por ejemplo, puede ocurrir que uno tenga un hijo y la otra dos. Hay quien dice: «Tenemos tres hijos». Pero la realidad es que no tienen ninguno común. Cada uno tiene los suyos.

La incomprensión del entorno

Con estos planteamientos, pocos comprendían el infierno por el que pasaba. Con el tiempo, me he dado cuenta de que Cristo en la cruz también sufrió el abandono y la incomprensión más absolutos. Todos le dejaron. Nadie le entendió. El máximo inocente pasa por culpable a los ojos del mundo, se rieron de Él. Pero Él defendió la verdad allá donde fue. Sufrió mucho al verse abandonado incluso por los que más quería, que con frecuencia lo tildaron de loco.

En las separaciones, mucha gente opta por contemporizar y estar bien con él y con ella. Sin embargo, eso es imposible cuando está la verdad por en medio. Muchos consienten, porque son incapaces de defender la verdad, y eso implica que tienes que optar por uno, no caben los dos. Con la verdad por delante, no es posible quedar bien con todo el mundo. Cristo crea un problema con la verdad. Resulta mucho más cómodo negarla o aferrarse a una verdad subjetiva que decantarse por uno de los dos. De este modo me encontraba con que mucha gente no quería mojarse, y consideraba que no podía meterse en «problemas matrimoniales».

Además, la vida de una mujer sola con hijos se endurece mucho con algunas amistades y con la vida social. Eso es algo que me sorprende. Unos ven claramente que el marido es quien ha hecho algo malo, y no quieren saber nada de personas así. Otros siguen abriendo las puertas a ambos, porque aducen su amistad con los dos. Algunos te las cierran,

porque dicen ser amigos del marido y, aunque tú no hayas hecho nada, se las abren solo a él, porque es quien tiene el dinero. Los hay que las cierran a los dos. Y también quienes no saben manejarse y hacen lo que pueden. Esto no les ocurre a mis amigas viudas, porque todas las amistades siguen a su lado y las respetan. Tampoco ocurre ahora con la grave enfermedad que padezco. Quizás porque la criba ya la hice en su momento y ahora tengo un montón de amigas de una potencia que asombra.

Los actos sociales se complican, porque donde ibas acompañada ahora vas sola. Ves a las familias juntas y tú, sola. Los veranos y vacaciones son muy difíciles, porque ves a familias unidas y tú piensas que qué ha pasado para que ahora sea todo tan injusto. Además están las bodas. En el caso de las viudas se las respeta más, pero algunos no lo hacen con las separadas. Son muchos los que te sientan a una mesa junto al divorciado de turno, para hacerte un favor y ayudarte a que rehagas la vida. Ya me harté. Decidí ni mirar al pobre tipo al que me ponían al lado. Como si fuera transparente. Me daba igual pasar por arisca o maleducada. Yo me protegía y protegía mi casa. Solo mis amigas de verdad me ponían en mesas interesantes, en las que te lo pasabas realmente bien. Otras, aunque no entendían los motivos por los que actuaba de esta forma, decidieron respetarme. Pero logré, por fin, que aceptaran que me apetecía vivir la vida a mi estilo y no al de mucha gente. Hoy se habla de respeto, pero eso no es cierto: o uno actúa como piensan los demás, o lo tienes claro. Van a por ti. Tampoco quería salir con separadas emancipadas. Era un ambiente tan limitado, y tan poco serio, que me repelía.

Conocí a gente nueva. Me introduje en un mundo eminentemente femenino con mujeres de todo tipo: fundamentalmente profesionales y directivas. Encontré a muchas que pensaban como yo: madres de familia sensatas, mujeres solteras y de todo tipo, pero con la cabeza y el corazón en su sitio, y me acerqué a ellas. Compartíamos muchas cosas. Conocí a profesoras de universidad, gente muy culta. El mundo intelectual me atraía muchísimo, y decidí meterme por él. Así fui creciendo y fortaleciéndome.

La entrada del buenismo en la Iglesia

Uno de los obstáculos más difíciles de superar fueron los provenientes de la propia Iglesia: el caos del pensamiento contemporáneo se había metido también en algunos, y había sacerdotes que complicaban la vida a la gente. La Iglesia no es un ente abstracto compuesto por gente santa, sino por personas de todo tipo, como en cualquier otro lado. Me sorprendía ver curas que defendían situaciones familiares irregulares como si de algo nuevo se tratara: en realidad, era un problema viejísimo y

anterior a la misma Iglesia. Cada generación tiene que ir dando sus soluciones, pero dentro de la Iglesia de Cristo. Queriendo ser populares, algunos sacerdotes defendían lo indefendible. Se olvidaban de que Juan el Bautista perdió su cabeza por condenar un adulterio, y que Cristo abolió el divorcio. Querían dar soluciones «creativas» y «nuevas», y en cierta medida lo legalizaban: porque acababan por ponerse al lado de los verdugos, en vez de junto a las víctimas.

Estos sacerdotes confundían desde el púlpito, y hacían muchísimo daño. Bastantes problemas había ya con el sentimentalismo de la gente, como para que algunos sacerdotes no distinguieran entre el bien y el mal. Parecía que la verdad había dejado de ser importante para ellos, lo que Cristo decía también, al menos cuando era duro de oír. Sacerdotes que eran buenísimas personas se enrocaban frente a la verdad, defendiendo el «¡ay, pobre!». Era preciso rezar mucho porque hubiera en la Iglesia pastores santos. Nos iba mucho en ello.

Nos encontramos con gente así a lo largo del camino. Recuerdo cómo con Nuria nos poníamos enfermas en algunas homilías y cómo ella esperaba a los sacerdotes después de misa para comentar con ellos puntos concretos de lo que habían dicho. Ella siempre ha sido más decidida que yo. Esos sacerdotes no ayudaban a la gente, porque al final el inocente resultaba culpable y tenía que pedir perdón. Leía la frase de Santo Tomás de Aquino: «La justicia sin misericordia es crueldad; y la misericordia sin justicia es ruina, destrucción»[2]. Era una auténtica burla la que se nos pedía, se suponía que en nombre del perdón y la misericordia. Yo veía que el caos era absoluto.

Una encíclica de Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, publicada en 2009, iluminó este problema: «Lo primero que requiere la caridad es la verdad». Amor y verdad van juntos. Si no hay verdad, no hay amor. Si no hay verdad, eso no es caridad. A veces eso puede requerir que se enfade otra persona. Hay gente que no da más de sí, pero los que sí dan de sí precisan de virtudes. Hay que ser fuerte para enfrentarse con quien no tiene razón. Hay que arriesgar. El Cardenal Ratzinger, futuro Benedicto XVI, en su libro *Mirar a Cristo*, afirma: «El verdadero amor está preparado para comprender, pero no para aprobar, declarando bueno lo que no lo es. El perdón tiene su vía interior: perdón y curación que exigen retorno a la verdad. Cuando no ocurre así, el perdón se convierte en una aprobación de la autodestrucción, se coloca en contradicción con la verdad y, por tanto, con el amor. Un Jesús que está de acuerdo con todo y con todos, un Jesús sin su santa ira, sin la dureza de la verdad y del verdadero amor, no es el verdadero Jesús, tal como lo muestra la Escritura, sino una caricatura suya miserable»[3]. Comprender es entender las circunstancias por las que pasa la otra persona, no aceptar los errores que cometa ni cómo responde a sus circunstancias. Una cosa es querer, respetar a la

persona, y otra aceptar la moralidad de su comportamiento. Dar por bueno lo que no lo es.

Por suerte para mí, encontré sacerdotes magníficos que fueron apoyándome en el camino, abriéndome paso por en medio de la maraña y enseñándome los caminos que Cristo recorrió, lo que había dicho, mostrándome cómo Él sí que me defendía a mí y a los míos. Y ellos también. Y los seguí. Era gente que me producía buen rollo. Querían ayudar y decían verdades como puños. Repetían lo que Cristo dijo.

Hay que tener valor en la vida, pero muchos católicos perdieron el valor para defender la verdad. Los católicos se habían vuelto flojos, acomodados, débiles. Por eso perdían tantos adeptos. Eran tibios. Los católicos teníamos un problema. Si el Estado e incluso la Iglesia se ponían de parte del más fuerte y defendían las injusticias, ¿qué hacíamos entonces? ¿Quién sostenía lo que Cristo había defendido? Las Escrituras eran muy, muy claras, y Cristo hablaba del adulterio continuamente. Hoy en día, sin embargo, la palabra adulterio ni se utilizaba: no era políticamente correcta, porque todos hacían las cosas bien. Se hablaba con mucha pena de los matrimonios vueltos a casar: ¡pobres! Parecía que, a base de tiempo y de seguir empujando, el mal dejaría de serlo y se convertiría en un bien. Era cuestión de esperar.

Me parecía una solemne injusticia. Se olvidaba a los inocentes, a los que tenían razón, a los que habían sufrido engaños, traiciones. Eran poco importantes. Lo importante ahora eran las situaciones irregulares; no defender la verdad. Me leí muchas veces la Carta a la Iglesia de Laodicea (*Apocalipsis* 3, 14-22) y pensaba que estábamos igual que dos mil años atrás. Habíamos perdido el nervio de los primeros cristianos, su valentía, sus ideas claras. Lo que estaba mal, estaba mal y punto. Y no porque pasara el tiempo, y por arte de magia, el mal pasaría a estar bien. Cristo no había venido al mundo para contemporizar con el mal. Se había enfrentado con toda su fuerza contra él. Lo habían matado, eso era cierto, pero Él había vencido.

Se hablaba mucho de «caridad cristiana» cuando en realidad lo que se defendía era el sentimentalismo. Por no ofender a nadie, era mejor ni plantearse según qué temas. Lo vi muchas veces, sobre todo en padres mayores con hijos o hijas que viven de forma irregular con hombres o mujeres separados o divorciados. Algunos no se atrevían a decirles que estaba mal por miedo a perderlos. Otros consideraban que no era para tanto: Dios era misericordioso y bueno y daba igual lo que hicieran. Se olvidaban de la justicia de Dios. Me daba cuenta de que la gente no estaba para estos trotes, porque le faltaba formación y no querían problemas. Había una generación que había dejado de ir a misa, y lo poco que sabía de la Iglesia, de Cristo y de la Eucaristía estaba en los libros de preparación de su primera comunión.

La defensa del amor incondicional, ¿una provocación?

Pero los embates del entorno eran fortísimos. Lo que yo defendía era provocador, dejaba a muchos fuera de combate y arremetían contra mí a base de bien. Creían que mi idea del matrimonio era rígida y que había que ser flexible. Eran los nuevos aires de la época y hacían «flexible» a la gente a base de flexibilizar contratos. Y se quedaban tan contentos. En otra época, defender opciones con semejantes argumentos les habría valido un cero. Di la espalda a semejantes estupideces y seguí mi camino. No podía hacer nada con ellos, se habían quedado encerrados en la letra, en las leyes, y yo estaba en otra dinámica, en la del amor incondicional. No entendían que las cosas se hacen por amor o no se hacen. No tenían, de hecho, ningunas ganas de aprender. Era lógico, porque hubieran tenido que cambiar de planteamientos y de forma de vida. Comprendo que la que yo ofrecía era más dura que la que ellos defendían, aunque mucho más gratificante. Y, hoy en día, se va al consumo y a lo fácil...

Sin embargo, ese amor completo, total, seguía existiendo. En el cine se veía a madres de asesinos en los juicios de sus hijos, al pie del cañón. No dejaban de quererles a pesar del horror de sus acciones. Lo que me pasaba a mí no era igual, pero, para mí, parecido. Algunas personas de mi alrededor eran sentimentales, vivían de emociones. Tenían una idea del amor tan reducida que debía hacer verdaderos esfuerzos para no lanzarme a su yugular. Cuando les plantaba cara argumentaban muchas cosas, y les decía que ni hablar de seguir lo que decían. Trataba de explicarles lo que pensaba del amor, y era aún peor. Entonces eran ellos los que querían decapitarme. Era evidente que algo pasaba cuando se sentían tan cuestionados con lo que yo decía y hacía. Muchos son incoherentes: justifican las rupturas, pero para ellos no. Lo dejaban al albur de cada cual. En el fondo no entienden el daño que se causa con ellas. Como no ven sangre, les parece que da igual. La pérdida del sentido del bien y del mal y de una verdad objetiva causa semejante caos.

Me parecía inconcebible. Descubrí que quienes tenían problemas eran ellos y no yo: dudaban de todo y lo abandonaron todo. Como no entendían nada, decidí hablar de mi vida solo con quien comprendiera. Bastante sufría ya como para, encima, aguantar los golpes de una sociedad que me permitía ser infiel y se rebotaba cuando yo respondía que ni en broma, que el matrimonio era sagrado.

Unos años después, cuando había aprendido a pelear, a rebatir ideas y a argumentar las mías, fuimos a comer con Nuria, su esposo Pipe y dos matrimonios más. Uno de los maridos, un reconocido intelectual, arremetió contra mí como nunca nadie lo había hecho. No le gustó nada que dijera que seguía teniendo marido, aunque estaba divorciada. Fue tan desproporcionada su reacción, y su forma de atacar, que hartas, Nuria y

yo, sacamos las espadas y empezamos a dar mandobles a diestro y siniestro. Cuando terminamos el café y nos fuimos, comentamos que debía de haber algo detrás de semejante resistencia. Yo pensaba que, si fuera su mujer, no estaría muy tranquila. Después, nos reímos. En el fondo, disfrutamos en la batalla. A partir de ahí, no he tenido otra gran pelea.

A ojos de algunos parecía una medio loca que se agarra a lo que ya no tiene. Incluso una amiga me llegó a decir que me había encerrado en una campana de cristal, que debía salir de ahí y rehacer la vida. Yo la miraba atónita y callaba. Ella no se ha casado nunca y se ha enredado varias veces con divorciados. Eso era precisamente lo que no me interesaba en absoluto a mí. Pero aprendí a callar. Eso lo hace Cristo también en su pasión. Hay gente que no quiere escuchar. Entonces, ¿para qué gastar energía?

Con esto quiero ilustrar el poco respeto y apoyo que me encontré en mi camino. Esto hizo que seleccionara todavía más las amistades y me alejara de quienes deseaban que «rehiciera la vida», hablaban de «ex» y añadían siempre que «no pasa nada...». Cristo era de nuevo mi modelo. Él era consciente de los sufrimientos físicos y morales que le esperaban: golpes y heridas, desprestigio y humillaciones, en medio de las burlas y las provocaciones de los que las presenciaban. Vivió el desamparo más absoluto. No tenía consuelo divino y buscaba el humano: pero incluso los discípulos se duermen. Creo que entiendo mejor la amargura que debió de experimentar al no verse acompañado por los suyos en aquellos momentos en que tanto necesitaba la compañía y el consuelo de unas caras amigas. Yo, por suerte, tuve consuelo divino y poco, pero muy potente, consuelo humano.

Saltando sobre las olas

Poco a poco fui aprendiendo la letra y la música de la vida. Necesitaba un entorno muy claro en el que poder reconocer el perfil y el orden de las cosas. Necesitaba una atmósfera tan limpia como la de esos días de septiembre, tan claros, que hacen reconocibles todos los perfiles. Necesitaba respirar y oxigenarme. Las cosas tenían que ser como fueran, del color que fueran, pero reconocibles. Necesitaba que las cosas fueran conceptualmente claras: lo blanco, blanco; lo negro, negro; y lo azul, azul. Esa claridad para reconocer el entorno me daba seguridad: solo Dios sabía cómo funcionaba la realidad de las cosas. Y pensé que Dios no me fallaría jamás. Eso me producía una enorme confianza en donde poner los pies, y el saber que las cosas eran lo que eran.

Cuando soplaba la tramontana veía los windsurfistas en Cadaqués ir de un lado a otro de la bahía a toda velocidad. Lo hacían en un juego entre el

equilibrio, la fuerza física, el conocimiento de la tabla, de las olas y del viento. Pensé que esa imagen podía ayudarme a mí a llevar la vida que me tocaba vivir. No quería solo «soportar» la vida, con todos los elementos contrarios, sino disfrutar al máximo de ella, aprendiendo a saltar por encima de las olas como hacían los windsurfistas. Veía esas aguas enrabiadas y pensaba: «Maruja, aprovecha su fuerza para deslizarte por ellas». Recuerdo a un vecino nuestro, lobo de mar, que salía a navegar con olas de cuatro metros. Decía que, si no, se aburría; que «navegar con sol y moscas» sabe todo el mundo, pero que con aguas fuertes, no. Me fascinaban los retos, y cuanto más difíciles, mejor me lo pasaba.

A medida que aprendía a enfrentarme con nuevas realidades y salía airosa de ellas, iba cogiendo más y más confianza en mí misma. Pero la mayor confianza me venía al entender que el camino escogido era el correcto, y avanzaba a toda vela en el camino espiritual. Hubo un momento en que me pareció que era capaz de saltar por encima de las olas como hacen los surfistas. Aprovechaba la fuerza de los elementos que me eran contrarios. A veces las olas me tumbaban y tragaba agua, revolcada por ellas. Pero cada vez ocurría con menor frecuencia. Aprendí a reconocer qué había causado el revolcón, y ya no solía tropezar mucho más en ello. Me iba haciendo más y más sólida y segura, y cada vez más capaz de capear elementos adversos. Pero, por suerte, nunca nadie llega a ser el mejor capitán, porque siempre hay diferentes situaciones de las que aprendemos, gente nueva, distintas ideas. Seríamos la máxima soberbia si pensáramos que ya no caemos. Entonces es seguro que tropezamos.

La confianza no me venía de mí misma, aunque también, sino de la escucha interior. No debía enfrentarme con las situaciones, sino capearlas, aprendiendo del potencial que cada una llevaba en su interior. Tampoco debía agarrarme a nada como si fuera propio, porque un día lo tienes y el otro no, como había visto yo. No debía enfrentarme de cara a las situaciones, sino que debía hacer bordos, como hacen los veleros cuando encaran una gran ola. Tenía que ser capaz de reconocer los vientos que soplaban, las corrientes, las nubes. Y poco a poco lo fui logrando.

Libre, por fin

Con el paso del tiempo, ya muy hecha y con el mapa muy claro, me di cuenta de que había conseguido salir de las garras de la nefasta cultura contemporánea. Tenía certeza de estar en el lado correcto, y que si seguía a Dios conocería cada vez más y sabría querer mejor. Aprendí lo básico para manejarme por la vida con independencia de lo que me pasara. Me di entonces cuenta de que pasé de estar por debajo de la gente, aplastada y pisada, a estar por encima de ella. Me había fortalecido de una forma

inaudita. Estaba ya fuera de la banalidad, y entonces entré en otro dilema: ojo, yo no era mejor que ellos. Tenía millones de defectos y seguía buscando las respuestas a miles de preguntas. Poco a poco aprendí a aceptar mis propios límites y los de quienes me herían. Aprendí a perdonar. Ya no me enfadaba al ver y oír según qué burradas. Hubo un momento en que decidí que tenía que ayudar a distinguir lo que yo veía tan claramente a quien pudiera y pidiera ayuda, y aposté por ello. Recordé la frase evangélica: «Dad gratis lo que habéis recibido gratis». No buscaba las ocasiones, pero se me presentaban una tras otra.

Estaba ya muy fuerte. Además, iba viendo lo que ocurría a alguna amiga que había elegido un camino diferente, y me di cuenta de que, a pesar de los pesares, mi vida no estaba nada mal. Es más: estaba fenomenalmente bien, porque, con el tiempo, todo se iba enderezando y poniendo en su sitio. La gente me respetaba como persona y valoraba lo que estaba haciendo. Los hijos crecían, acababan las carreras, tenían novia y, entonces, apreciaban lo que tan duramente habíamos ido construyendo con el paso de los años.

Cada vez más y más personas me preguntaban y escuchaban. Me decían que cómo podía estar serena con el panorama que tenía, y les decía siempre lo mismo: «Yo sigo casada por la Iglesia. Él sigue siendo mi marido aunque no esté; la casa de mis hijos sigue siendo la casa familiar, la mía». Unas cuantas entendían, y otras no entendían nada. Sin embargo, cada vez me respetaban más. Veían que no me había ido tan mal, me veían feliz y me lo decían: «Oye, ¿tú que has hecho? Se te ve muy bien». Era constante oírlo. En un principio no le di mayor importancia que a un cumplido. Al cabo de un tiempo, al seguir oyéndolo y por parte de gente variopinta, fui siendo más consciente de que mi cambio interior se reflejaba externamente. Y me alegré muchísimo por su Autor.

Me respetaba también gente muy joven, amigos de mis hijos, que venían a casa a contarme sus problemas familiares: lo que hacían sus padres y madres separados. Les decían a mis hijos que nosotros éramos una familia, aunque el padre no estuviera en casa. Se sentían muy queridos y acogidos, como en el hogar que ellos ya no tenían. Esto no hizo más que aumentar con el paso de los años. Con el tiempo, nueva gente me pedía consejo. Yo estaba más que asombrada... ¿A mí? Habían pasado años metiéndose conmigo y ¿me pedían consejo ahora? Pero vi que lo que había aprendido era oro, un camino para vivir de forma estable y alegre. Funcionaba de verdad, lo veía en los resultados que iba obteniendo. Yo estaba más que bien, me lo decían por todos lados una y otra vez, y era muy feliz. No paraba de meterme en nuevos proyectos siempre con las mismas ganas de contribuir a mejorar el entorno y ayudar a que la gente fuera feliz.

Me di cuenta de algo fundamental: me había encontrado a mí misma

sin pretenderlo, y el éxito de todo estaba en que tenía mi vida ordenada alrededor de Dios. Mi vida tenía un sentido tan fuerte que se distinguía a la legua, pero no tenía ningún secreto: iba a misa cada día ofreciendo el día, rezaba el Ángelus y el rosario, rezaba cada día mañana y tarde, leía libros espirituales y el Evangelio... Dios llenaba mi día a día y me explicaba qué pasaba, por qué, me decía lo que tenía que hacer... Me confesaba y asistía a retiros, convivencias... Tenía una vida espiritual muy llena, muy activa.

Pienso que esta forma de ver las cosas se aprende también con el tiempo. Mis hijos me dicen a veces: «Mamá, tú antes no eras así, estabas más triste y deprimida, te agobiaban las cosas, y ahora ya no es así. No te agobia nada, estás contenta...». Tienen razón. Me he dado cuenta de la belleza inmensa de la vida, de la bondad y del buen corazón de otros... y de la equivocación de muchos. Lo peor es la obstinación, el no querer aprender, el pensar que uno lo sabe todo. Uno se encorseta, está cada vez más atrapado en la estrechez de sus puntos de mira, generalmente llenos de desconfianza y de rencor. Vivir así es como ser un alma en pena. Pensar que los otros o el entorno tienen la culpa de lo que nos pasa es desconocerse a uno mismo. Lo realmente vital es reconocer la belleza, la bondad y el orden que hay a nuestro alrededor. En mi caso, llegar a esto me ha supuesto un trabajo enorme de estudio y de trabajo profesional, y fundamentalmente ha representado escuchar a fondo la Palabra de Dios.

[1] Ionesco, E., *El rinoceronte y otros relatos,* Ed. Aborda, Madrid, 2004.
[2] Santo Tomás de Aquino en *Catena Aurea*, vol. I, p. 247.
[3] Ratzinger, J., *Mirar a Cristo*, Editorial Comercial Editora de Publicaciones, 1990.

9. EL CAMBIO DE TENDENCIA: EDUCAR PARA EL AMOR INCONDICIONAL

Dado el extremo al que hemos llegado, de escepticismo, vacío y pobreza interior, las nuevas generaciones están abocadas a sufrir mucho. Les llegará la enfermedad, como a todo el mundo, pero estará infinitamente agravada por la ausencia de amor, por la soledad, y sobre todo, por tener amputada la dimensión espiritual y humana y sin ningún recurso para afrontar ni la vida ni la muerte. ¿Desesperación y eutanasia? La desesperación es la visión corta, plana, que aparece cuando la vida te pasa por delante por no haber sido capaz de extraer todo su potencial. Se tiene una vida vacía y, si la vida es así, la persona también está vacía, oscura, triste... sin respuestas a nada, porque no se busca nada. Sin capacidad de aportar nada, porque se vive para sí mismo y a corto plazo, sin darse cuenta de que podemos aportar pequeñas cosas que, todas juntas, forman un algo grande y dan esperanza. Todas las cosas pequeñas tienen un sentido para algo y para alguien. Otra forma de vivir es hacer las cosas para mí, solo porque me apetecen. Se puede ahorrar el sufrimiento que inevitablemente van a vivir las nuevas generaciones: psicológico o moral, que es el peor de todos.

Las baldosas de Barberà

Hace muchos años, mi abuela decidió pintar la entrada de la casa de payés de Barberà. Recuerdo a mi padre entrar en la cocina con un enorme desconchón de pintura que se había desprendido de la pared. «Mirad esto», nos dijo. En el desconchón se veían distintas capas de pintura de diferentes colores que se habían puesto a lo largo de los siglos. La base

que la sustentaba estaba debilitada por el paso de los años y había acabado por saltar. Al buscar la causa, nos encontramos que debajo estaban unas baldosas de cerámica que alguien, en su día, decidió tapar.

Esta imagen me ha ayudado mucho a comprender otras cosas como, por ejemplo, los conceptos. Nociones como la solidaridad han sufrido cambios en muchas épocas. Vendrían a ser las capas de distinto color que tapaban las baldosas. Puede ocurrir que haya tantas capas de pintura encima del concepto que, al final, no se reconozca, y haya que picar encima para dejarlo como era al principio. Es muy frecuente encontrar a personas que ayudan a otras con motivo de un terremoto, un tsunami o algún otro fenómeno natural. Son solidarios con la gente que los sufre, y que generalmente viven en países del tercer mundo, y sin embargo son incapaces de ser solidarios con su prójimo cercano, frente al que tienen responsabilidades.

Hoy, la desorientación y el caos son enormes porque todo vale lo mismo. Hemos de poner orden de nuevo y volver a llamar a las cosas por su nombre, teniendo en cuenta el perfil que tiene cada cosa y lo que la hace distinta de otra. Nuestra época tiene su origen en la Ilustración, y la construcción sobre errores lleva inevitablemente a la caída del edificio. La ausencia del concepto de verdad, de bien y de mal, ha cegado a la gente.

¿De dónde partimos para conseguir el cambio a mejor?

Tenemos una generación joven sin recursos, desnortada, sin buenos referentes, sin capacidad de confiar en compromisos estables, débiles en capital social. Muchos de ellos no valoran el hogar ni la familia, simplemente porque no la han tenido. Además, debido a la cultura contemporánea, la gente se mueve por buscar el aplauso, el reconocimiento, o el quedar bien, o se deja llevar por lo que le apetece, pero no valora el impacto de sus acciones en los demás.

Nuestro gran reto es formar cabezas e integrar corazones de pequeños, jóvenes y mayores. Ayudar a pensar para que cada uno sepa cuál es la parte del problema que le corresponde. Nadie quiere ser responsable de las consecuencias de lo que provoca. Hay muchos egocéntricos. Sus gafas no están limpias, sino distorsionadas, y dialogar con ellos puede ser un diálogo de besugos.

Usan frases hechas y pretenden dar lecciones sin entender que a los primeros a los que se puede aplicar la frase son a ellos mismos. De este modo dicen que los demás son egoístas —ellos no—, que los años ponen a cada uno en su sitio —a ellos no—, que no les respetan —¿no será porque ellos son los primeros en no respetar a los demás?—. Cuando hablan de respeto muchas veces lo que quieren es que se dé por bueno su modo de actuar, aunque sea injusto u ofensivo para los demás.

Son personas que toman decisiones «eficaces». Solo buscan ganar, y cada vez están más cegados ante las consecuencias que sus actos tienen para ellos y para los otros. Ya no ven a los demás, porque no están en su radar. Solo ven que han ganado una vez más. Y como lo que no se ve no se puede valorar, solo ven lo que les sirve para obtener sus fines.

Rompen las relaciones y no entienden el porqué. Su comentario frecuente es: «Están enfadados y no sé por qué. Siempre hemos tenido una buena relación». No ven que son parte del problema, se creen que son *Superman*. Con el poder en la mano, y abusando de él, no generan una relación de confianza, sino de pura sumisión. Los demás les aguantan mientras no tienen más remedio, pero en cuanto pueden se quitan de encima esa losa. Su parte de culpa en la ruptura de relaciones es grandiosa, pero ellos insisten en que no se les respeta. Confunden «respeto» con «consentimiento de lo que hacen» y «aprobación de su comportamiento». Llegan a pensar que son muy éticos, aunque su ética es subjetiva y parcial.

Los motivos que ven en los demás se reducen a los que ellos mismos tienen. Cree el ladrón que todos son de su condición. Son incapaces de ver que los otros pueden moverse por unos motivos distintos y más altos que los suyos. Han aprendido negativamente. Y se justifican explicando la realidad desde una visión por un canuto.

Conocer el pensamiento caótico contemporáneo

Empecé a estudiar y a comprender los supuestos básicos del pensamiento contemporáneo y vi que, con semejantes ideas, no era de extrañar que mucha gente estuviera confundida, desnortada, desesperanzada y que los matrimonios cayeran como moscas. Parecía como si quisieran tapar su apatía bajo una superficialidad desenfadada y pueril. No eran conscientes del enorme daño que causaban a su alrededor. Decidí combatir todo esto, aunque fuera casi nada lo que pudiera hacer. Solo podía estudiar y tratar de transmitir a mi alrededor lo que iba comprendiendo. Con el tiempo, entendí que muchas personas eran arrastradas por las olas de una cultura aparentemente inofensiva, ingenua, que decía defender a las personas. En realidad era egocéntrica y egoísta y arrasaba con todo lo que no tuviera valor económico o fuera de interés personal. Había caído en un paradigma de poder.

Leía y leía, estudiaba y estudiaba. Y de repente, todo empezó a suceder a la carrera. No tenía tiempo que perder, parecía que me fuera la vida en ello. Tenía que estudiar, tenía que comprender a toda velocidad. Veía claramente que yo tendría que ayudar a otros en el futuro, así que ya podía ir espabilando a entender. Esa era otra intuición.

Observé cómo la gente se enreda en sus propias justificaciones y acaba racionalizando cualquier cosa. Es como un gato que se enreda en la cesta de los ovillos de lana. Al final, alguien externo tiene que ayudarle a salir del atolladero en el que se ha metido. Pero nuestra cultura, que ignora la realidad objetiva, es cada vez menos capaz de apoyar el pie en el lugar adecuado, porque es incapaz de reconocer que hay errores en su pensamiento.

Cómo ayudar: uno a uno

En una escena de una película cuyo nombre no recuerdo, había una cabra que se había caído en arenas movedizas. Dos hombres estaban intentando sacarla de ahí. Uno de ellos cogió un lazo para sujetarla por la cornamenta y poder tirar de ella. El otro le dijo: «¡No lo hagas! Corres el peligro de partirle el cuello al querer inmovilizarle por la cabeza». Lo hicieron al revés. Uno de ellos sujetó al otro con una cuerda atada a la cintura, que después aseguraron atando el otro extremo al tronco de un árbol. Sujeto de este modo pudo entrar en el pantano. Agarró a la cabra por el vientre, cogiéndola entre sus brazos, y salió del pantano con ella.

Esta escena me explicó lo que puede ocurrir en algunas ocasiones. Cuando alguien se asusta por ver que no puede salir de un sitio, puede desesperarse y no ser consciente de que se está poniendo en peligro de muerte. Solo puede sacarle alguien desde fuera, pensando y actuando con prudencia, de forma decidida y con cariño, y engendrando confianza.

Mucha gente se cegaba cada vez más porque era incapaz de reconocer que había un mundo externo a él. El egocentrismo hace a la gente perder el marco de referencia y creen que todo lo que piensan y hacen está más que bien. El drama es que la realidad sigue estando ahí, persistente, obstinada, por más que a dicha persona no le guste. Al no ver, cada vez está más ciega y es más incapaz de salir del lío en el que se ha metido. Sin embargo, mientras uno es más o menos consciente de que puede equivocarse, me parece que todavía hay salida, porque puede buscar ayuda. El problema es que a veces se pide ayuda a otro ciego como él. Y ya se sabe: «Cuando un ciego pide ayuda a otro ciego, los dos caen a la fosa».

Veía lo que ocurre cuando, además de no percibir con claridad la realidad, alguien es incapaz de cuestionarse y buscar ayuda. Se entra en un círculo vicioso. Cada vez se aleja más de la realidad y resulta más difícil volver a ella. Es como cuando alguien se pierde en la montaña. O vuelve por el camino por el que iba o difícilmente va a poder llegar al punto de partida.

La ausencia de límites

Otro de los temas del pensamiento contemporáneo es la ausencia de límites. Recuerdo una vez a una madre que me dijo: «Yo dejo ir vestidas a mis hijas como les da la gana. Total, si no lo hago, llegan a la esquina y se cambian». Me pareció una equivocación. Muchas adolescentes parecen Lolitas en vez de niñas, y sus madres y padres tienen que ver con ello. Tiran la toalla antes de hora. Aunque se cambien en la esquina, esas niñas aprenderán que sus padres no aceptan que vayan así vestidas y tendrán más cuidado. Si no, acaban pensando que a sus padres todo les da igual y ellas acaban imponiendo sus normas. El problema es que de tanto parecer Lolitas, acaban siéndolo. Ya no tienen recursos para llevar otra vida que no sea esa, que es la que les han enseñado. Salir de en medio del barro les es cada vez más difícil, porque valoran igual el lodazal que tierra firme. Nadie les ha enseñado a distinguir porque no les han puesto límites, ni tienen otros referentes.

Además, hoy los límites se empiezan a tolerar para ciertas cosas, pero no para temas sexuales. Ahí no hay límites. Me parecía tal la incongruencia, tan infantil, que no aguantaba la más mínima argumentación en contra. Pronto vi que la gente no quería argumentos, sino hacer lo que le diera la gana y pretender que no pasaba nada. O sea, retaban el orden del mundo, pero el mundo tiene su orden... y su tiempo. Todo es cuestión de tiempo. A veces solo se necesita esperar, porque todas las acciones tienen consecuencias.

La anarquía en el «amor»: la desprotección de los débiles

También me sorprendía la incoherencia que subyace en las personas que viven juntas sin casarse. Se trata de una relación muy inestable, y sin embargo ellos creen que solos van a dar estabilidad a su relación. Por un lado, queremos tener todo muy atado a través de todo tipo de seguros de vida, de pensiones, de salud... y, al mismo tiempo, al llegar al campo de las relaciones sexuales, es como si se tuviera otra cabeza, porque se suprime todo lo que les podría ayudar. Abundan las parejas sin papeles que, posteriormente, quieren un reconocimiento legal para lo que nunca quisieron legalizar porque les parecían ataduras. Quieren legalizar sus deseos y hacer de ellos un derecho, sin ser conscientes de que esto lleva a la anarquía y al abuso de los fuertes sobre los débiles.

Luego están los que viven dignamente, como si de un matrimonio se tratara, cuando llevan ya unos cuantos por delante. Pretenden ser ejemplo de amor y fidelidad y de que no pasa nada. Hablan de moral y de solidaridad. Son incapaces de ver su parcialidad y de que se han llevado

por delante los derechos de otros. Esto me llevaba a pensar que íbamos con el lirio en la mano. El matrimonio no son papeles sin sentido. En el plano material, a nadie se le ocurre pensar que al ocupar una casa que no es mía, la propiedad pasa a serlo por el mero hecho de ocuparla. Esto es símbolo de anarquía. En cambio, paradójicamente, si en vez de ocupar un piso, ocupo un hombre o una mujer que no es el mío, todo cambia. Entonces todo parece legal: uno decide meterse en la vida de otro, ocupar y robar lo que se quiera, y entonces hasta el Estado te ayuda. Hay ladrones de casas, de empresas y de maridos y de padres. Y estos últimos son los peores, porque una persona vale infinitamente más que una cosa.

Permitir las citadas situaciones lleva a un anarquismo del amor en el que se confunde todo: los deseos con lo que es la realidad. El Estado, lejos de proteger a los débiles, protege a los fuertes, a los insensatos y a los violentos. Los niños, las mujeres, los enfermos y los ancianos salen perdiendo por goleada. Si alguien es capaz de robar maridos o mujeres, más capaz será de robar a empleados, proveedores o empresas. No son dos cabezas ni dos corazones los que tenemos, sino solo uno. Y tal como actuamos en un área, en la empresa o en la familia o en la sociedad, acabamos actuando en las demás.

La quiebra de las relaciones familiares

En esos años fueron debilitándose las relaciones familiares irregulares. Cualquier cosa tenía el mismo valor que otra. No quiero decir que la gente sea mala, sino que la propia cultura circundante impide el más mínimo análisis racional. Cada vez nos movemos más a nivel irracional y beligerante. Todo está basado en sentimientos, presuntos derechos y emociones. Sin embargo, realidades como la que yo vivía eran infravaloradas en gran parte del mundo occidental. Nos contaron en la ONU que profesores de distintas universidades europeas disponían de numerosos estudios que mostraban las enormes diferencias que hay entre niños procedentes de familias divorciadas y los procedentes de familias intactas. Sin embargo, pocos se habían atrevido a publicarlos por ir contra la cultura reinante. Era un tema tabú.

No había debate, ni verdad, sino tan solo estómago. Y frente a esto, salen perdiendo los de siempre: mujeres, niños y ancianos. ¿Por qué se había llegado a este punto? No lo sabía. Me parece que cualquier persona tiene como un instinto atávico que le lleva a querer ser bueno. Ser bueno es ser alguien, ser malo es no ser nadie. Y nadie desea eso. Tiene que sentirse bueno para ser realmente alguien. Al final estas situaciones podrían hacer dudar a muchos sobre su bondad y sobre su propia identidad personal.

La ausencia de fronteras entre el bien y el mal, y el consiguiente caos, ha llevado a que muchos abuelos no den la nota con respecto a sus hijos y no les ayuden. Justificar las malas acciones, por el simple hecho de ser un hijo al que se quiere, lleva a perpetuar los errores. En lugar de proteger el castillo familiar, lo dejan desprotegido y abiertas las compuertas. Yo tuve la inmensa suerte de tener unos suegros que siempre supieron distinguir, y esto nos ayudó sobremanera a mis hijos y a mí.

Se empezaron a poner de moda las segundas nupcias, con un nombre pomposo, como si fuera algo normal, incluso deseable y lógico. A mí me parecía farisaico, de una doble moral tremenda. Construir sobre el sufrimiento y la sangre de otros, con todo el dolor que llevaba incrustado, no era ni bueno ni deseable. Era una injusticia. Si encima se quería hacer pasar por bueno, ya era el colmo de la caradura. ¿Dónde estaba la justicia? ¿Quién defendía a los indefensos? ¿Nos habíamos vuelto locos?

Aunque parezca una paradoja, fuimos muy felices en nuestro matrimonio. Con los años, fuimos amoldándonos más y más. A veces parecía que mi marido y yo fuéramos una sola persona.

Para mí, educada en los valores del matrimonio y de la fidelidad de por vida, es impensable ir contra el propio marido o mujer, sería como ir contra uno mismo. El matrimonio es sagrado, intocable, es el corazón de la familia. Es como la chimenea, el hogar. Da luz y calor, se está bien alrededor. La gente se reúne ahí para comentar sus cosas y compartir. Si el fuego del hogar se apaga, hace frío, y la gente se va hacia otro sitio donde haga más calorcito. La vida de sus miembros late mientras el matrimonio vive. Atentar contra él es fallarse a uno mismo, atentar contra la propia identidad y contra la de todos los que de ellos dependen.

Los que no son capaces de construir en la familia, tampoco construyen empresa. Solo ven en la gente escalones para su éxito.

Historias de amigas

Una vez, me encontré a una amiga por la calle. Estaba separada también, y siempre me había dicho que ella tenía derecho a rehacer su vida. Y la rehizo. Le costó que sus hijos se fueran de casa. Ese día, al verme, se echó a llorar. Le pregunté qué le pasaba y me contestó que estaba harta. Que iba a cenar y se iba los fines de semana con ese hombre, pero que, en el fondo, ella quería a su marido... No se adaptaba a vivir la vida que le tocaba, ni a mejorarla estando en su sitio. Pretendía llenar el hueco del marido con ese otro hombre, y no lo conseguía. Con pena, vi que estaba totalmente atrapada en el círculo vicioso del «rehaz la vida», no podía salir de ahí. Sigue metida en esa corriente y explicándome, muy triste a veces, o desorbitadamente alegre otras, con jajaja, todo lo que le

pasa.

Otra abandonó también a su marido y a su hija porque se aburría. Se fue con jovencitos. Ahora, ya más mayor, tiene cada vez peor cabeza y nadie la cuida. Debería estar en un psiquiátrico, porque cada vez está peor. Otra amiga mía no para de tener amigos cada vez más raros. Va tirando como puede... Otra ha pretendido rehacer la vida siendo una madre de familia perfecta, pero es tal el jaleo de hijos propios y ajenos que tiene en su casa, que solo le falta una pizarra para explicar quién es quién. Lo que más siento es ver cómo muchas se escudan tras superficialidades que no aguantan el más mínimo argumento, y cómo entran de lleno en unos amores de un ínfimo nivel. Ya no pretenden querer a nadie apasionadamente, ni tener un proyecto de vida en común. Todo se ha reducido a amores ligeros, caducos, de «si me apetece...» y «para ir a cenar». Y eso por no hablar ya de los hombres, auténticos Peter Pan sesentones, con todo lo que esto representa.

Pero empiezan a verse las consecuencias. Ahora estoy en cama, cada vez más grave, y a mi alrededor hay una auténtica legión de amigas. Han montado ruedas para acompañarnos a mi madre y a mí por la tarde. Mis nueras han diseñado una página de Outlook para ello, con fechas, persona y teléfono. A esta rueda se apunta más y más gente. Mis hijos alucinan. Están felices: «Nunca nos hubiéramos imaginado que tuvieras tantas amigas, mamá, estamos encantados».

Y, cuando vienen a verme, oigo de todo. Hoy había tres amigas mías en mi habitación y nos contaban anécdotas de personas que conocían. Eran para salir corriendo. Podía imaginarme la tristeza y el desconcierto de tanta gente que acaba sola, deprimida, que se suicida... Es el mundo al revés. Al irse, una de mis amigas y yo nos quedamos mirándonos y nos decíamos: «¡Con lo bien que vivimos nosotras en nuestra ingenuidad y ganas de construir! ¿Cómo es posible que haya gente que se enrede tanto y acabe tan mal?».

Vivir a tope implica muchas cosas: reconocer el entorno en el que uno se mueve para aprovechar de él toda la energía que dispensa, o reconocer que en él no existe esta energía. Cuando no la hay, nos puede pasar que nos quedemos con menos aire para respirar y nos conformemos con ello. En ocasiones, no somos conscientes de que el aire del entorno se ha ido viciando y sobrevivimos allí, porque es lo que tenemos. Esto ocurre, por ejemplo, en las empresas. A menudo hay directivos que consiguen buenos resultados económicos para la empresa, a pesar de dañar a la gente que los rodea. La dirección suele mirar hacia otro lado, porque piensa que, conseguido el objetivo económico, las relaciones interpersonales quedan en segundo lugar. A pesar de que llegan a la dirección quejas por la actuación de determinadas personas, esa dirección se limita a poner paños calientes o a tapar lo que ocurre, con lo que el entorno laboral se calienta

y estropea cada vez más. Así se vive muy mal. Para vivir a tope hay que procurarse el mejor entorno posible en el que desarrollarse.

Nada nuevo bajo el sol: las nuevas viudas del siglo XXI

Hace bastantes años, en un viaje a Madrid, me quedé sin lectura. Salí del hotel y me metí en la primera librería que encontré. Era una librería religiosa. Ahí encontré un librito cuyo título me llamó la atención: *Sobre el matrimonio único*, escrito en el siglo IV por san Juan Crisóstomo, uno de los Padres de la Iglesia.

En el prólogo había una contextualización histórica del tema y se explicaba el papel de las viudas cristianas romanas. Muchos varones morían en las constantes guerras que las legiones mantenían en múltiples lugares del Imperio. Sus esposas, jóvenes en su mayoría y con niños pequeños, quedaban desamparadas en una sociedad sin ningún tipo de apoyo social, al albur de los abusos de parientes y de buscadores de todo tipo de fortunas. Era habitual ver cómo, después de cada batalla, acudían en masa a las parroquias cristianas en busca de ayuda y amparo. Allí se montaron redes asistenciales, de la mano de otras viudas mayores que ponían su experiencia y sus brazos al servicio de otros. Su forma de solidarizarse con ellas era organizarse y actuar a su favor. Era todo un ejemplo de cómo la maternidad se ponía en acción. La vocación de dar vida y de cuidarla llevaba a las mujeres a ser más solidarias, porque les permitía descubrir fácilmente las necesidades de otros.

Los mismos problemas que tenían las viudas romanas los tenemos ahora las separadas del mundo occidental. Bien es cierto que el estado del bienestar ayuda, pero de seguir así, la cantidad que va a tener que destinar a financiar las rupturas va a ser tan enorme que será misión imposible. Es un círculo perverso: el Estado no ayuda a las familias porque no ve su utilidad, pero la factura que debe pagar por las familias rotas aumenta día a día. Sería mucho más rentable prevenir las rupturas. Pero la mentalidad contemporánea rupturista se opone a ello.

No se concibe que haya mujeres que quieran educar solas a sus hijos porque valoran el matrimonio y la familia. El entorno no ayuda nada y muchas familias tampoco. Pero hay mujeres que quieren continuar siendo patrones del barco de su familia, en medio de actuaciones poco respetables de los propios padres, de hijos que viven en la contradicción de querer y necesitar al padre y de encontrar en él un ejemplo negativo. Cada día hay más familias monoparentales, a cuya cabeza hay mujeres. Ellas son las que se quedan al pie del cañón y hacen cualquier cosa por sus hijos. Pero muchas abandonaron su trabajo profesional, fuera del hogar, para dedicarse al marido y los hijos, y se encuentran ahora con que no

tienen lugar en el mundo laboral o con trabajos de ínfima calidad. Ganan muy poco dinero, los maridos incumplen los convenios regulatorios, abandonan a sus hijos y acogen a otros... El mundo al revés. Durante estos años he conocido a muchas mujeres, muchas, y todas ellas cuentan una historia muy parecida. Somos las nuevas «viudas» del siglo XXI.

Hace casi tres años decidí montar sesiones de formación para mujeres. Me planté en el despacho de un sacerdote profesor del IESE: «Ya no puedo más. Estoy harta de los abusos que sufren muchas mujeres, no hago más que verlas una tras otra. No pueden hablar de lo que piensan realmente, ni tienen ayuda de nadie. El entorno las incita a rehacer la vida, muchas familias no las comprenden, se meten con ellas, les llenan la cabeza de pájaros y, al final, salen perdiendo tanto ellas como sus hijos. ¿Me ayudaría a montar unas sesiones para mujeres casadas por la Iglesia que quieran continuar su matrimonio y su familia aunque su marido no esté?». El sacerdote me pidió que le explicara más el proyecto...

La verdad es que la idea me vino hace algunos años, pero no sabía por dónde empezar ni qué hacer. Vista mi experiencia, decidí muy al principio que quería ayudar a otras mujeres que estuvieran en la situación en la que yo había estado. Me parecía una vergüenza la soledad en la que vivían, las pocas ayudas, la banalidad a su alrededor. Consideraba una hipocresía terrible jugar con el sufrimiento de sus hijos y el suyo propio. Eran los nuevos pobres. Muchas de ellas abandonadas por hombres que solo pensaban en mujeres, dinero, poder y pasárselo bien. Un Estado que no ayudaba apenas, porque no comprendía nada de fondo, y solo buscaba votos. Había olvidado la protección a los débiles. Abuelos privados de sus nietos, mujeres y niños abandonados a su suerte, mientras la sociedad miraba hacia otro lado diciendo que eso era libertad. Los pobres hijos no tenían bastante con que uno de sus padres se hubiera tirado por la borda para ver que el otro lo hacía también.

Estamos a tiempo de salvarlo casi todo, si logramos salir de los engaños en que hemos caído. Regenerar el entorno es regenerarme yo, es ser feliz yo. Yo debo poder ser feliz, sin necesidad de tener a nadie al lado. Cuando oigo decir que el matrimonio está en crisis, me parece que no es así. Lo que está en crisis son las personas —que son las que se casan—, dado el escepticismo, la mediocridad y la falta de recursos en que viven.

Necesitamos reconocer las energías del entorno: autenticidad y buscar lo esencial, para encontrar la verdad. Nos complicamos muchísimo la vida. Es importante tener gente realista e inteligente al lado. No hay nada peor que ser ignorante y creerse Einstein. En política se ve muy bien. Falta actitud de aprender. La base del autoconocimiento es la humildad, como decía santa Teresa.

Con la marcha de mi marido, todo se cortó de raíz. Mis suegros no volvieron jamás a Cadaqués ni a Bolvir en los periodos de vacaciones. Se

fueron primero a un balneario en Santander, y ya más mayores se quedaron en Zaragoza los veranos. Yo tampoco volví al apartamento de mis padres en Cadaqués porque Juan se quedó con el nuestro que estaba en la misma finca.

Pienso que culpabilizar es consecuencia de sentir rabia, y el resentimiento es consecuencia de la incomprensión, la inseguridad y el miedo. Hay herida ahí, porque se juzga aquello como causa de la situación desgraciada que se vive. Se siente algo y esto te lleva a juzgar y a reaccionar. Según cual sea el juicio, será la reacción. La reacción puede ser muy variada: rabia, rebeldía, pasotismo, indiferencia, incluso violencia. A veces también se somatizan enfermedades, depresión, ansiedad, insomnio... «Si no te hubieras tomado la separación tan en serio, no habrías tenido cáncer».

Los sentimientos son los que son, pero se pueden fomentar los positivos y atenuar los negativos, haciendo intervenir la voluntad. Hay que argumentar para contrarrestar los juicios negativos que vienen de esos sentimientos inevitables que debemos aprender a atenuar. Me llegaban un montón de noticias sobre él, pero yo evitaba obsesionarme.

Solo se puede mirar bien y ver con claridad si se limpia el corazón. Para ello hay que empezar a desarrollar el triángulo de la afectividad, satisfaciendo necesidades reales de los demás, haciendo algo bueno por ellos. El gran reto es cómo enseñar a amar a personas que tienen bloqueado el canal de los afectos. No son pocos los que olvidan que quien siembra vientos recoge tempestades. Y por eso culpan al que está más cerca de las tormentas que ellos mismos provocan.

Redes

Venía dando vueltas desde hace años a esta idea pero faltaba un desencadenante para ponerlo en marcha. Tenía mucho trabajo con otros temas, hasta que asistimos a una sesión sobre «cómo educar a niños de padres separados» impartida por un psiquiatra que a priori parecía que tenía un buen criterio. Después de ver cómo patinaba en temas de fondo sin darle mayor importancia y con un tono jocoso, ante el que se levantó más de una persona de la sala, pensé que había llegado el momento de ponerme las pilas y empezar algunas sesiones específicas sobre el tema. La idea era ayudar a las mujeres a vivir mejor su matrimonio atípico, desde los recursos intelectuales que he ido adquiriendo en el IESE. Ayudar a las mujeres abandonadas a reconstruir una familia rota, con los que quedan en su casa, no inventándonos nada.

En las familias unos nacen y otros mueren, unos siguen en casa, otros se van... Se cuenta con los que son. Que yo sepa, en la Iglesia nadie se ha

dedicado a trabajar seriamente la problemática de las mujeres separadas y que quieren ser fieles a su compromiso matrimonial. Es una necesidad para hacerlas fuertes humana y espiritualmente, y a poner mayor confianza en Dios sin ir «con el lirio en la mano», tocando de pies en el suelo. Necesitábamos formación y para ello pensé en organizar dos tipos de charlas mensuales: una de temas concretos a nivel práctico y otras con aspectos doctrinales cristianos que impartiría un sacerdote. El objetivo era concienciarlas de que tendrán problemas a los que hacer frente: casar a los hijos, relacionarse con los consuegros, pasarán a los hijos el testigo de la familia que habrán sido capaces de construir, a nivel social, económico... Y en la medida en que lo hagan, sus hijos se sentirán orgullosos. Solventar problemas de dinero: de tenerlo y de no tenerlo. El sacerdote da fondo y yo presento algunos recursos para que puedan vivir su situación. Tienen que ganarse bien la vida, tocar el suelo.

Dios protege especialmente a las viudas y a los huérfanos. Hoy protege a las mujeres de Redes. Son mujeres que confían en Dios. Dios les ayuda y ven como Él las ayuda. Ven el ciento por uno. Se está en otro mundo. En cambio, lo que ofrece el Estado es puro sentimentalismo espectacular. El divorcio, el aborto, la eutanasia... No quieren hacer sufrir y hacen desgraciadas a las personas. Se cambian todos los papeles y se vive en la mentira.

Aunque a las madres nos duela el alma al ver cómo algunos padres tratan a sus hijos, en el fondo estos hombres nos lo ponen muy fácil, porque los niños no son idiotas y perciben cada vez más lo que pasa. A medida que se hacen mayores, cuando tienen novia y se casan, lo perciben aún más, pues no desean para sus hijos el tipo de padre que ellos han tenido. Quieren que sus hijos sean felices, no infelices. Todo esto lo analizamos muchas veces con mis amigas separadas.

Las principales dificultades que reconocen haber tenido son:

- El abatimiento, no asumir la situación, desorientación. «No me lo podía creer, era inconcebible. ¿Y todo el proyecto familiar, en qué quedaba?».
- El miedo a que los niños fueran discriminados por ser hijos de padres separados.
- El miedo a enfrentarse a una situación que pensaron que nunca les iba a ocurrir. Enfrentarse al mundo solas con vértigo al ver la rapidez con que va todo, sin saber dónde pisar.
- La necesidad de luchar y seguir luchando.
- La tristeza de ver rota la familia, el diamante más precioso que tienen.
- Sentirse engañadas y traicionadas.
- El dolor por la infidelidad.

- El orgullo y la pasión por encima de la razón.
- Los problemas económicos sin ayuda familiar ni por parte de los amigos.

- La agenda social se vacía. No te incluyen en los planes a los que solías ir.

Las principales ayudas:

- Algunos miembros de la familia.
- Algunos amigos, contados con los dedos de la mano. Es entonces cuando se descubren los verdaderos.
- Los suegros. «Hasta su propia madre me ha pedido perdón por el daño que me ha hecho su hijo: Tú siempre serás mi nuera».

- El tesoro de la fe.

Los principales motivos:

- Por coherencia con el compromiso adquirido. «Es la cruz que he decidido llevar».
- El buen ejemplo para mis hijos, como forma de educar. «Al seguir al pie del cañón, nos has dado la oportunidad de aspirar a un futuro mejor».
- No caer en rupturas identitarias: de los cónyuges, de los hijos...
- Aceptar la realidad.
- Por el marido: «Quiero a mi marido con mayúsculas. Si vuelve y pide perdón después de pasar por su crisis, yo vuelvo con él. Yo no soy mejor que él. Quizás he tenido la suerte de tener una brigada de socorro que me apoya en el cielo».
- Seguir a Cristo: «Cristo es atrayente, veo la felicidad en la cara de la gente que cree».

- No trasgredir el orden natural. «El pecado genera una sociedad peor. El adulterio es un pecado mortal, por lo que el daño que infligimos a la sociedad es tremendo».

La principal causa de sufrimiento:

- Ver sufrir a los hijos.
- Descubrir la capacidad de maldad que hay en él y en qué se ha convertido mi marido: «Egoísta, obnubilado, sin poder ver más allá de su dolor; en un miserable».
- La falta de interés del padre: «No se interesa por nuestras cosas, solo habla de las excelencias de los hijos de los demás».

- Falta de interés del resto de la familia por los hijos: «¿Sabes lo que es estar delante de mi padre, hermana y abuelas y que nadie me miraba ni escuchaba? La única que me escuchaba era la compañera de papá».

Las consecuencias positivas con el paso del tiempo:

- Mejora personal: mayor fortaleza, independencia y aprendizaje.
- Recuperar la dignidad perdida: «Con él estaba anulada. Vivía con un carcelero. Era invisible».
- Saber pedir ayuda: «He aprendido a escuchar».
- Ser más libre interiormente: «Voy a misa si quiero, a conferencias...».

Diferencias entre su forma de «rehacer la vida» y la de otras personas:

- Ser más felices por estar en la verdad y equilibradas.
- No crear nuevas víctimas. «Si me divorcio, me vuelvo a casar... Quién me dice a mí que no vuelve a ocurrir lo mismo. Tus hijos conviven con un extraño, son nuevas víctimas».
- Romper este círculo vicioso.
- No forzar a la hipocresía formal a los «testigos de bodas»...
- Que los hijos sepan siempre cuál es la verdad.
- No romper el vínculo: «Eso no da la felicidad, porque altera nuestra naturaleza como personas e hijos de Dios».
- No perder la identidad: «El hombre que Dios ha creado para estar casado, no puede vivir en soledad. Si no la llenas con Cristo, tienes que buscar sucedáneo. Estamos quebrados como personas».
- Buscar buenas amistades: «La sociedad no está preparada, no se les ayuda en valores trascendentes. Si una mujer de 50 años es dejada por su marido y no está educada, no puede salir sola de ello».
- Ser un foco de recristianización dentro y fuera de la familia.

Se habla mucho de los más necesitados. Ellas son las más necesitadas: solas, pobres, sacando adelante lo que pueden. Estamos volviendo a las sociedades primitivas: el uno para una se ha convertido de nuevo en mujeres que tiran del carro, el hombre es inexistente y la sociedad lo consiente.

Algunas de las causas pueden ser: permitir casarse por la Iglesia sin conocer y asumir las exigencias de fidelidad que el matrimonio conlleva,

falta de preparación de las personas que imparten los cursos para el matrimonio, así como el contenido de los mismos.

A veces las injusticias se producen dentro de las mismas familias o con los amigos cuando se equiparan dos decisiones. Pero el hecho de ser hijos no quiere decir que sus decisiones sean justas o valgan lo mismo. Frente a la enfermedad, los sentimentales se portan muy bien, en cambio no entienden el dolor moral. Esa gente y la familia, en vez de ayudarte, te empujan a hacer las cosas mal. No valoran el sacrificio, ni el matrimonio, ni la familia, ni la fidelidad. Hay que ensanchar sus parámetros intelectuales. Ven la familia como una opción política. Además, queda bien no ser carca. Hay que ser liberal. Pero eso es lo que transmiten a sus hijos e hijas. Con jijiji.

Las dificultades para educar hijos después de una separación

Cuando Juan estaba en casa, aparte de trabajar, disfrutábamos también mucho. Cuando él se fue, por seguir amándole a él, me decidí a perder todo ese disfrute. Fue muy doloroso, pues parece que uno se pierde la esencia de la vida, pero el paso del tiempo demuestra que no es así, y que he ido ganando en todo. He ido abriendo puertas para que pueda desarrollarse un amor grande, que de otra forma no hubiera podido expandirse.

Mis hijos me dicen que han tenido mucha suerte con que yo no me haya ido con nadie. Que ellos no hubieran podido hacer nada para impedirlo y que se hubieran visto arrastrados hacia el tipo de amor que prima hoy en día, hasta verse enganchados en sus ruedas, sin tener posibilidad de salir de él.

Incluso los «recasados» preferirían serlo en primeras nupcias. Hay cosas mejores y peores y es bueno que los hijos tengan la oportunidad de optar a lo mejor.

Marc, un amigo de mis hijos, escribía:

«La casa de tu madre es una casa con la puerta abierta a los amigos, los propios y los de los hijos. En vuestra casa siempre se ha respirado el aire de una familia unida. Los Moragas y Freixa son una familia ejemplar en muchos sentidos, nos sentíamos en un hogar siempre que fuimos.

Tu madre, siempre discreta, estaba cuando se la necesitaba, y mostraba su profunda convicción con respeto, sin esperar que el interlocutor se adhiriese necesariamente a su modo de ver las cosas. Admirábamos el modo en que arreglaba la casa, o cómo organizaba su funcionamiento. Nos transmitía la fe en grandes ideales que nos hacía accesibles por su gran voluntad de mejorar todos los días en muchos aspectos de su vida, desde lo más material hasta lo

más espiritual. Esto último, sin duda, era lo que más apreciaba.

Una de las mayores enseñanzas que nos transmitió fue la importancia del matrimonio: el enorme valor que tiene una unión sana entre dos personas que aspiran a hacer bien las cosas, a quererse y a querer a los que los rodean. Esta enseñanza tuvo en el caso de Maruja un valor sorprendentemente fuerte sobre nosotros, por el hecho de haber vivido un matrimonio tan martirizado. A diferencia de toda la gente que ante la crisis de su matrimonio se vuelve incapaz de transmitir la importancia de la familia y el matrimonio a sus hijos, Maruja seguía teniendo una fe enorme en ambos y en que se puede alcanzar su ideal. Sin duda su experiencia personal le da una autoridad muy potente. Somos una generación joven que hemos vivido con profundo dolor y desconcierto el fracaso del matrimonio de nuestros padres. Por eso Maruja ha sido faro para todos nosotros, arrojando una enorme esperanza y mirada positiva, sin ingenuidad, sobre el matrimonio y su valor, sin olvidar que para ello es necesario que cada uno de los miembros de la pareja tenga gran solidez personal y una alta exigencia ética».

Muchos padres quieren recuperar su sitio

Con los hombres pasan cosas distintas. A un hombre solo le cuesta muchísimo construir hogar, es durísimo, así como transmitir valores a los hijos. Cuando los *ex* piden respeto en realidad no piden eso, ya que se les respeta a base de bien. Lo que piden es que se admita por bueno lo que hacen, y eso es harina de otro costal. No es un problema de respeto, sino de verdad. Muchos hombres suelen tener mejores trabajos que las mujeres. Sin embargo, los hombres abandonados están más solos que las mujeres. Nosotras tenemos, al fin y al cabo, una serie de recursos maternos que nos ayudan más, y unas leyes que nos protegen más. Hacer piña les cuesta más que a las mujeres, que en seguida nos juntamos con las amigas y nos apoyamos unas a otras.

Algunos hombres que han abandonado a sus mujeres, intentan seguir teniendo un papel protagonista en la familia. Sin embargo, ni los hijos ni nadie se lo otorga. Simplemente no tienen ninguna credibilidad, porque no son ejemplares.

Enseñar a amar

Hacía tiempo que veía cómo padres y madres fomentaban conductas de riesgo con sus hijos en temas sexuales, que en el futuro les causarían un montón de problemas. Ser un carca en temas sexuales se había convertido en lo peor de todo: había que ser liberal. No educaban a sus hijos en la

responsabilidad sexual. Solo en una responsabilidad desgajada de la persona: en el trabajo, en según qué cosas. En cuanto se tocaban temas sexuales, eran tabúes, o de libertad personal. Era de locos. Recuerdo haber oído a padres que permitían que sus hijas, bien jovencitas, fueran con sus novios a pasar los fines de semana, pero eso sí: la gran responsabilidad era que cerraran el agua y el gas. Yo alucinaba. No se educaba en fidelidad, ni en respeto al propio cuerpo y al del otro —eso sonaba a rancio, apolillado, victoriano...—. Todo empieza por los detalles en el vestir desde niñas: el escote, las transparencias...

No se valoraba el amor ni el sexo. Dependía de ti y de mí. Era todo un lío. Hubo un momento en que ya me daba igual que la gente hiciera lo que quisiera. Yo veía que les traería muchos problemas en el futuro, porque eso era lo que vivía yo ahora.

Se olvida que la relación sexual entre un hombre y una mujer es la expresión más real, profunda y hermosa que pueden darse dos personas que se aman, cuando ese amor compromete su vida entera en un proyecto común y único. Manifiesta la donación del amor incondicional de los esposos, que es siempre espiritualmente profunda y se encarna también en los hijos.

Hoy muchos jóvenes no tienen ningún tipo de recurso sexual en la mochila, porque separan sexo y amor. Cuando los necesiten, no tendrán.

Sin embargo, también hay jóvenes que tienen la cabeza bien amueblada y no quieren pactar con hacer las cosas mal. Para ellos, el gran reto es llegar a conocerse primero ellos mismos, para poder entregarse a la persona que quieren cuando llegue su momento. El tiempo de espera es el tesoro del que disponen para conseguir unos recursos que fortalecerán su matrimonio. La hija de Nuria, como muchos otros jóvenes, comenta: «¿Qué cambiaría el decir que me entrego cuando ya me he entregado antes? Durante el noviazgo podemos ayudar al otro a aumentar la ternura y la comunicación, a saber sacrificarse por nosotros, cosas muy necesarias para el futuro matrimonio. De ello dependerá lo sólidas que sean las raíces del árbol que luego florecerá».

Son conscientes de que en la relación sexual se entrega la persona entera, lo más íntimo, y no solo su cuerpo: «Es por ello que solo se lo entregaré a quien sepa cuidarlo y apreciar ese regalo. Una vez lo entrego ya no me pertenece. Por eso, cuando se rompe una relación en la que ha habido relaciones sexuales hay mucho sufrimiento, porque te quitan lo que te regalaron y hay que reconstruir algo que no podrá estar completo. El acostumbramiento a las relaciones «sin amor» despoja del verdadero significado al acto sexual, incapacitándonos para amar a la otra persona de verdad, porque solo vemos su dimensión física o lo que podemos sacar de ella para nuestro beneficio».

El trato que se dan el padre y la madre es condición *sine qua non* para

ser ejemplo en el amor. Cuando los padres actúan con verdad y por amor, por motivación racional por motivo trascendente, como decía Pérez López, ponen en juego la paciencia, la escucha activa, exigen lo exigible y dan prioridad a sus necesidades frente a los propios deseos. Les ayudan también a anticipar las consecuencias de sus acciones y omisiones para que sean más realistas y libres al tomar sus decisiones y no frenan o contradicen las que han tomado pensando en los demás.

Enseñar a perdonar

Mi cama se parece hoy a una especie de central de información. La gente me cuenta muchísimas cosas. Una amiga mía me explicaba que otra amiga suya tenía cáncer. Esta mujer, hace años, abandonó a su marido porque estaba harta de sus infidelidades. Se llevó a sus cuatro hijos y decidió cambiar de ciudad esperando que su familia la acogiera. Esto ocurrió durante una semana. Tuvo que buscar trabajo y no lo encontraba. Decidió devolver los hijos a su marido y ella se quedó trabajando en el mundo de la empresa. Pudo ahorrar y comprarse un piso. Hace unos años se jubiló y volvió a su ciudad natal. Vendió su piso y se compró ahí un pisito más pequeño. Hace poco enfermó de cáncer. Esta mujer se queja ahora de que sus hijos la odian. Ninguno va prácticamente a verla. La hija mayor ni la llama; no puede perdonar lo que les hizo de pequeños. Ahora está sola en su casa, en medio de radios y quimios, y su marido va un par de días a estar con ella. Mi amiga se quejaba y acusaba a los hijos: «Ya sé que la madre actuó mal, pero los hijos podrían perdonar...».

Una cultura gris y mediocre como la nuestra es incapaz de reconocer la energía y la vitalidad sobrenatural. Para ella todo es obra de la ciencia.

Es cierto, además, que hay gente a la que nadie le ha enseñado a pedir perdón, porque su padre y su madre tampoco perdonaron. Esos chicos están metidos en el odio que sus padres y madres les enseñaron y no saben salir de ahí. Y, lamentablemente, muchos repetirán el patrón que aprendieron con sus propias familias y con sus hijos.

El trigo y la cizaña siempre crecen juntos, pero hay ideas corrosivas que no hay que dejar crecer. Destruyen lo que se pone por delante. Tampoco dejamos crecer al cáncer. Tenemos una tendencia natural a mezclarlo todo. El resultado de las mezclas es el integrismo o el rebote. Nosotros mismos lo mezclamos durante siglos. La historia de Europa está llena de abusos en este sentido, y ha traído como consecuencia la rebeldía hacia la religión y volver a mezclarla con la política. El Papa Juan Pablo II pidió perdón por los abusos y errores de la Iglesia en el año 2000. Para mí, como católica, fue un gran alivio verlo. Es cierto que el daño ya está hecho en muchas ocasiones, pero también es cierto que las cosas se

pueden cambiar. Una cierta prensa deseosa de marcar ellos el bien y el mal está siempre pendiente de los errores de los demás, pero ciega y sorda ante los propios errores. La Iglesia está compuesta por seres humanos que usan su libertad para bien o para mal, como todo el mundo. Sin embargo, es mucho más grave, porque la Iglesia es la depositaria del mayor tesoro que hay para los hombres.

¿Cómo amar a alguien odioso? Eso es auténtico amor, tiene mérito, Cristo nos enseñó a amar incluso a los enemigos y a rezar por ellos. Cuando es el padre o la madre aún tiene más, porque se les necesita a nivel identitario para nuestra construcción. Por eso es aún más importante no confundir la persona con el comportamiento, ver que están enfermos, que si no lo estuvieran no tratarían ni a sus hijos ni a su mujer así. Amar de esta forma es heroico.

Las madres deben señalar lo bueno que hace el padre. Lo malo también, para que el hijo se quede tranquilo y no crea que él es un mal hijo. No lo es. Otro ya no lo vería desde hace mil años.

Creo que es muy importante discernir las acciones. Y las madres, recordar a los hijos las cosas buenas que hacía antes el padre. Que hay un ángel y un diablo dentro de cada uno de nosotros. Enseñar que el padre ahora no es libre, sino esclavo de sus propias pasiones y deseos. No es que el padre no les quiera, sino que tiene tal lío en su interior que no se quiere ni a él mismo.

Distinguir entre persona y comportamiento

Me di cuenta también de que había que distinguir entre la persona en sí misma y su comportamiento. No podía juzgar a nadie por muchas razones, pero la principal es porque no sabía ni podía hacerlo. Me faltaba muchísima información. Yo no soy juez. Para serlo, hacen falta muchos años de estudio, conocer las circunstancias que han rodeado la acción, los hechos, el tipo de persona... Además, juzgar el corazón humano solo puede hacerlo Dios. A los demás es algo que nos va muy, muy grande. No soy quién para juzgar si alguien es bueno o malo y, además, hay muchísimos factores del entorno y de la genética que influyen en que actuemos como lo hacemos: el temperamento, la educación, el país, la época, las circunstancias... Pero constataba que, a pesar de estar condicionados, no estábamos determinados, y la persona siempre puede elegir entre el bien o el mal. Además, siempre existe una esperanza de cambio para las personas, mientras nos quede un hálito de vida.

En nuestra época hemos mezclado de nuevo la persona y su comportamiento, un error antiguo que parecía superado. El concepto de libertad personal invalidaba cualquier intento de separarlo. Se tendía a

pensar que todas las acciones eran buenas por el hecho de ser elegidas por una persona, pero eso es una ingenuidad. He experimentado y visto cómo la maldad destruye, arrasa lo que tiene por delante, cosas o personas, y las hace sufrir de una forma que supera con creces a los males de origen natural. He visto cómo la deshumanización lleva a que las personas se vuelvan despiadadas, soberbias, obcecadas, mentirosas, traidoras. En cambio, males como una enfermedad o un accidente no son tan terribles, y el mal realizado por seres humanos es insuperable. Me di cuenta cómo el bien construye y el amor es un arma: el entorno mejora, y se está muy bien a su lado.

Matar a alguien es malo y querer a alguien es bueno, en cualquier cultura. Mentir, engañar y traicionar es malo, lo haga quien lo haga. Que uno quiera a alguien no implica que deba estar de acuerdo con todo lo que hace y dado por bueno. Pensar que el adulterio es bueno, porque todos decidimos por consenso que lo es, es de una ingenuidad que me parece increíble que se pueda sostener a estas alturas. Es retroceder el nivel humano e intelectual. Que esos comportamientos sean de nuestro marido, hijos o padre, no implica que sean buenos y debamos aceptarlos. Eso sería mezclar churras con meninas.

Eso es lo que trataron de hacer toda su vida mis suegros con su hijo, tragando sapos, y siempre con la esperanza de que algún día se diera cuenta de sus errores. Mis suegros me decían: «Ofrecemos todo lo que sufrimos por él, para que se dé cuenta de la realidad». Mª Luisa añadía: «Dios es Padre para todos, y tiene que ayudar a un hijo suyo descarriado…».

Mi padre y mi suegro se convirtieron en el referente masculino para mis hijos. Los chicos necesitan tener hombres buenos y de los que se sientan orgullosos, a los que poder imitar… Generalmente es el padre el que ocupa este papel. Pero, cuando no es así, es bueno que otros ocupen su lugar, a poder ser, de la misma familia. Además, mis hijos, al ser chicos, veían que su propio abuelo paterno no compartía en absoluto el comportamiento de su padre, y actuaba y creía de forma totalmente opuesta. El otro día, estando yo en cama de nuevo, uno de mis hijos vino a verme y me dijo que para él era una frustración no poder estar orgulloso de su padre, ya que era el modelo de lo que no se debía hacer. Yo le contesté que tenía la suerte de que su propio abuelo fuera el modelo opuesto, la oveja blanca. «Tienes los dos en tu propia familia paterna: tu abuelo y tu padre. Los dos tenían sus limitaciones de temperamento, y los dos las trabajaron de forma diferente». Me parece que esto le consoló.

Mis suegros, por más que el mundo cambiara a su alrededor y que las presiones para ver como blanco lo negro fueran cada vez mayores, siguieron pensando que hay cosas que son como son, y que un hombre y un padre no deben hacer. Lo decían y lo mantuvieron a lo largo de los

años. Que mi suegro, el abuelo paterno de mis hijos, pensara y actuara así, ayudó de forma inaudita a mis hijos, porque veían cómo su propio abuelo paterno les decía qué era lo que se debía hacer y qué no, y lo mantenía. Su ejemplo eran doblones de oro para la formación de mis hijos como hombres-hombres y para que pudieran acceder a un matrimonio que durara, al margen de la liviandad de las relaciones de muchas parejas de hoy y de las nefastas consecuencias que acarrea. Nunca se lo podré agradecer lo suficiente a los dos.

Años más tarde, Ramón fue capaz de captar el infierno en el que yo vivía, porque él sufría sobremanera por todo lo que nos ocurría. Me decía: «Hija, cómo siento lo que te pasa... y más, porque es mi hijo el que te está haciendo todo esto a ti». Me animaba en la dureza de lo que me pasaba y se emocionaba cada vez que íbamos a verle. Ramón entendía muy bien lo que era el matrimonio y la familia y lo mantuvo hasta que murió, aun sin tenerlo nada fácil. Era sumamente agradecido por todo. Le emocionaba ver cómo mis hijos y yo seguíamos yendo a Zaragoza, a pesar de todo lo que nos hacía mi marido y que podría habernos separado de ellos para siempre. Pero, ¿qué culpa tenía él de lo que hacía su hijo? Se avergonzaba de lo que estaba pasando, porque era lo contrario de lo que él valoraba, pensaba y de lo que se había esforzado por transmitir a sus hijos, y su sensación de fracaso como padre era enorme, diciéndose que por más que uno quiera enseñar, hay gente que no quiere aprender.

Poco tiempo antes de morir me dijo: «Hija, quiero darte las gracias por todo lo que has hecho por mis nietos, por lo que has hecho por mi hijo y por lo que has hecho por mí...». Me decía que Dios me lo pagaría... Me quedé a cuadros. ¡La que estaba agradecida por tener un suegro como él era yo! Vi la fuerza que tenía la bondad. Entendí entonces lo que significaba para una persona íntegra como él el que no le hubiéramos marginado y que le hubiéramos seguido visitando y queriendo aún más que antes. ¿Cómo podíamos hacer otra cosa? Él tenía derecho a sus nietos, a su familia, y no se lo quitamos. Mis hijos lo querían muchísimo.

Ramón, hasta que murió, siguió pensando del matrimonio lo mismo que había pensado toda su vida. Dos semanas antes de morir, hace de esto tan solo tres años, estando ya en cama y muy mal, me cogió la mano y mirándome me dijo: «Tú eres mi hija». Esa misma tarde, y por casualidad, tuve la suerte de presenciar su extremaunción. Estábamos allí mi suegra, Xavi y Cristina y yo. Fue una escena cotidiana, sencilla, en la que flotaba una inmensa paz. Yo me admiraba viendo la fluidez y serenidad que hay en el paso de la vida a la muerte para una persona buena.

Mis suegros estuvieron siempre a nuestro lado. Querían muchísimo a su hijo, en el que habían depositado muchísimas esperanzas, pero no por eso pensaron que lo que hacía fuera lo correcto. He visto, por desgracia, muchos padres que no saben reaccionar ante las separaciones de sus hijos,

y acaban transigiendo con todo lo que hacen y olvidan a sus nueras reales y, a veces, incluso a sus nietos. En el caso de mis suegros no fue en absoluto así. Mis padres y mis suegros seguían llamándose. Mi suegro pidió perdón a mis padres en nombre de la familia, algo increíble. Mis padres se lo agradecieron y le dijeron que ellos no eran culpables de nada. Y siguieron tratándose.

Llamar a las cosas por su nombre

Las mujeres separadas renuncian a un sentimiento visceral, que hace daño, con tal de proteger a sus hijos y de educarles lo mejor posible. La hija de una amiga separada sufría porque su padre le había dicho que esperaba que su madre pudiera «rehacer la vida» con otra persona y fuera feliz. De este modo su marido ponía a todo el mundo al mismo nivel. Se justificaba porque «vivimos muchos años y no se puede vivir toda la vida con la misma mujer: pretender que se va a vivir siempre con ella...». Pero la respuesta de su madre era tajante: «Yo ya tengo marido, es tu padre». Eso a él le reventaba, porque la felicidad de la madre es un modo de descargar la propia responsabilidad y su mala acción.

Su marido estaba fatal, sin embargo ella nunca lo estaba. Sabe estar en los pequeños detalles de los demás, apreciar las pequeñas cosas. Hasta fue capaz de asistir al funeral de su suegra y ponerse en la primera fila. «No me supuso esfuerzo, porque era lo que podía hacer. Se puede cuando se confía en Cristo, que es quien me lo va a dar todo».

Para no hacer sufrir a sus hijos pensó ponerles por escrito un mensaje alegre y motivador. Les escribió esta carta:

Queridos hijos:

Hace días que me veis triste, y todos sabéis por qué. Pero quería haceros una reflexión, por el cariño que os tengo, ya que sois toda mi vida.

Sobre todo los mayores os habréis dado cuenta que la fe que tenéis es un don y un regalo. Hasta ahora os ha sido relativamente fácil poder cumplir el camino que papá y yo iniciamos con vosotros y que también vosotros aceptasteis.

Pero a veces hay etapas de oscuridad y sufrimiento, y solo Dios sabe por qué es así. Hasta grandes santos como santa Teresita del Niño Jesús hablan de estas etapas de oscuridad en la fe. Y eso nos puede pasar a todos. Los mayores os empezáis a enfrentar a momentos que os perturban y os pueden llevar a dudas y turbación.

Y eso nos pasa también a vuestros padres, pero también os digo, que estemos unidos o no, nuestra familia ha sido bendecida por un sacramento, por lo que hemos de tener todos claro que Dios sabe más y que el dolor siempre es

fecundo.

Rezar mucho por todos los miembros de esta familia, por todos, y sobre todo por los que en estos momentos están pasando por mayores tribulaciones.

La Cuaresma es un buen momento para ofrecer pequeñas mortificaciones con alegría por los seres queridos que más lo necesitan, y yo os pediría que rezárais cada día un Acordaos *por la persona de la familia que más lo necesite. Y, por la comunión de los santos, pedir mucho a la abuelita que nos ayude desde arriba en estos momentos de dolor y pienso que también de esperanza.*

Hay que saber perdonar y más en estos momentos. Yo soy la primera que intentaré daros ejemplo, pero todos dentro de vuestro corazón uníos más que nunca, porque esta familia en su conjunto tiene que salir adelante con nuestra oración y mortificación.

Gracias a todos por estar tan cerca, sois toda mi vida, intentaré estar fuerte para vosotros, pero también debéis querer y perdonar a vuestro padre. En estos momentos os necesita más que yo. No lo dejéis solo, hacedle compañía y dadle vuestro cariño. Ya sabéis que «donde no hay amor, pon amor y sacarás amor».

Un beso muy grande a los cinco.

La diferencia entre un matrimonio religioso y un matrimonio civil es que, al casarse por la Iglesia, Cristo está siempre en ese matrimonio. Los cónyuges descubren su misión matrimonial. Ya no tengo a mi marido, pero Cristo sigue ahí. Me siento apoyada, mimada, querida, lleva a mis hijos de la mano, los cuida. Ellos se han acercado a Dios.

Es maravilloso que los amigos se ocupen de ti. Dios nos pone un grupo de amigos a los que antes no dejábamos ocuparse de nosotros. Si dejas actuar a Dios, creces mucho. El dolor paraliza si no le das significado. Pero si ves la trascendencia de su fecundidad, es impresionante.

Si sacas a Dios de tu vida, pierdes todo tu sustento ya no vital, sino psicológico. Pero hay gente que reza por nosotros en nuestras tribulaciones. Una hija de nuestra vecina es monja en Lerma, población de la provincia de Burgos, y las 221 monjas que hay ahí rezan por nosotras. Lloré. Cuando pasan cosas duras, si hay gente así, es como tener un salvoconducto. Nosotros estamos unidos por la fe, nos hace tener caridad, esperanza. Todo viene por los sacramentos.

Cuando impedimos que el niño se bautice, o se confirme, les quitamos oxígeno, y, como nosotros, lo necesitan. ¿Qué les dejamos?

Los sacramentos se frecuentan en comunidad: uno solo es imposible. No se puede ir de francotirador por la vida, porque nos la pegamos.

La sociedad va en contra. Hoy en día si el marido te deja y lo hace por alguien más joven, lo resuelven con bótox, por puro sufrimiento, para ser más atractiva. Y vuelta a lo políticamente correcto.

Mi marido es incapaz de darse cuenta de la gente buena que hay

alrededor. Tiene una crisis de espiritualidad.

10. EL ESPLENDOR, A LA CARRERA

Desde que muere Juan Antonio Pérez López, en junio de 1996, se inicia una época distinta y novedosa en el IESE. Su prematura muerte dejó a sus seguidores huérfanos y a la búsqueda de cómo aprovechar el ingente trabajo iniciado por él desde que acabó su tesis doctoral en Harvard. Aunque empezó siendo profesor de contabilidad, su interés por la persona humana le llevó a desarrollar dos obras maestras sobre la Teoría de la Acción humana en las Organizaciones y sobre los Fundamentos de la Dirección de Empresas. Investigando en la literatura norteamericana de *management*, él descubre la limitación en la que se basan los paradigmas al uso y, echando en falta algunas variables antropológicas, ofrece un paradigma de persona como sistema libre, libremente adaptable, que se desarrolla a través de la toma de decisiones.

El accidente de coche que acabó con su vida a punto de cumplir 62 años, hizo que Nuria se pusiera las pilas y se tomara más en serio aspectos en los cuales Juan Antonio llevaba insistiendo varios años antes. Los cambios necesarios deberían venir del mundo de la empresa. En eso estaban los dos de acuerdo. Pero Juan Antonio iba más allá: defendía que esos cambios debían liderarlos las mujeres, y empujaba a Nuria para que se dedicara a ese tema de investigación y para que promoviera cursos de formación que hicieran conscientes a las propias mujeres directivas de su papel como agentes de cambio, sin perder su feminidad.

El Centro Internacional Trabajo y Familia

En 1999, Nuria cogió el testigo que le había dejado Juan Antonio, y empezó a trabajar esas líneas de investigación que se formalizaron en el

año 2003 con la creación del Centro Internacional Trabajo y Familia. La finalidad era ampliar el paradigma de los directivos, a fin de que las personas que trabajaran en sus empresas pudieran tener también vida después del trabajo, y pudieran integrar su vida familiar y personal con su vida laboral.

Yo seguía muy de cerca, desde el inicio, todos sus planes, porque ya éramos amigas. Por esa época, la ideología de género ya estaba causando estragos en las familias, en la escuela, en la empresa e incluso en la sociedad, dificultando la relación entre hombres y mujeres.

Decidimos contribuir a animar a las mujeres, fundamentalmente a las directivas, que eran con las que más tratábamos, a que se feminizaran de nuevo. Pensábamos que ellas eran los modelos necesarios para que la empresa y la sociedad pudieran salir del atolladero en el que se habían metido. Volvimos a introducir temas de hogar y de hijos dirigidos a mujeres. Era algo provocador, porque la cultura que había entonces menospreciaba cualquiera de estos temas.

Desde los inicios ayudé a Nuria a pensar en el proyecto, y colaboré aún más activamente a partir de mi entrada en el IESE. El proyecto tenía varias etapas. La primera fue la sensibilización de la sociedad, a partir de los datos de investigaciones sobre la falta de flexibilidad y de responsabilidad familiar en las empresas españolas y de otros países. Ello requirió múltiples apariciones en los medios de comunicación, presentando los datos y aportando posibles vías de solución. Así conectábamos con necesidades reales de las personas y se empezaron a cambiar algunas falsas creencias muy arraigadas sobre la rigidez y las largas jornadas laborales. El Centro empezó a crecer con los patronos y asistentes de investigación, y se inició el *benchmarking* entre empresas, que animó a muchas a mejorar e incorporar nuevas prácticas siguiendo el ejemplo de otras de su mismo u otro sector.

Nuestra amiga Chelo fue coartífice y mano derecha de Nuria en los primeros 10 años del Centro. Con ella escribió el libro *La Ambición Femenina, cómo reconciliar trabajo y familia*. En la siguiente etapa, Mireia, como directora académica, y Esther, como gerente del Centro, están ayudando a la internacionalización con una nueva herramienta de diagnóstico que se utiliza ya en más de 22 países de los 5 continentes.

Women's lobby

Nuria y yo aprovechamos el momento cumbre del día, el desayuno en la cafetería del IESE a la salida de misa de las 7.45h para hacer *brainstorming* de los temas más variados. La idea de Pérez López debía hacerse operativa a través de diferentes acciones: formación humana de

mujeres directivas y empresarias, entrar con su modelo en la academia a través de la publicación de artículos en *journals* —revistas académicas—, influir en las Administraciones Públicas con ideas y criterios más amplios, formación de directivos en el paradigma antropológico y en el desarrollo de competencias de liderazgo —gestión del tiempo, *coaching*, comunicación...—, publicación de libros y artículos para el gran público, etc. De ahí surgieron muchos cursos enfocados, conferencias en todo el mundo, entrevistas en los medios de comunicación... La actividad del Centro y nuestras agendas se fueron multiplicando de modo exponencial. Íbamos y continuamos yendo ¡siempre a la carrera!

Una de las acciones que más repercusión ha tenido y sigue teniendo es el *Women's lobby*. Diseñamos un ciclo anual de conferencias mensuales a las 13.30h, seguidas de un almuerzo de *networking*. Los temas siempre son de los más variado: empresa, familia, desarrollo personal... Al principio, en el año 2001, dábamos nosotras todas las conferencias al alimón. Más adelante fuimos combinando con otros ponentes, porque nuestras agendas explotaban. El objetivo era ir construyendo el fondo de estas mujeres para que fueran capaces de llevar a cabo los grandes cambios sociales necesarios, empezando por su familia. Nos preguntábamos qué podíamos hacer desde el IESE para oxigenar el entorno social y la empresa. Pensamos que podíamos ayudar a que las mujeres fueran conscientes de su capacidad como agentes de cambio que fortalecieran en sus valores más femeninos...

Una anécdota que ocurrió durante uno de los almuerzos del *lobby* fue la siguiente: dos mujeres que estaban en la misma mesa empezaron a hablar de sus respectivos maridos. Una de ellas sulfurada le dijo a la otra: «Yo me separé hace unos meses porque él estaba jubilado, es mayor, me aburría...». Y la otra contestó: «A mí me pasa exactamente lo mismo y precisamente por eso no me separo». En este caso quedaba diáfano como ante las mismas circunstancias dos mujeres reaccionaban de forma opuesta. La primera de forma egoísta, poniéndose ella en primer lugar, mientras que la segunda optaba por poner al marido y al resto de la familia en primer término.

Mi llegada al IESE

Cuando Juan nos dejó, me planteé mucho más en serio mi vida profesional. No sabía bien lo que buscaba ni lo que me gustaba. Sentía que me faltaba algo y que yo quería enseñar no solo técnicas, sino contenido de comunicación. Me gustaba la comunicación, pero yo veía que faltaba recorrido a cómo se enfocaba. Pero todo eran *flashes*, y no sabía por dónde empezar. Por aquel entonces algunas decisiones que yo

no entendía, tomadas por la empresa en la que trabajaba, me llevaron a comentarlas con Nuria. Y ella me contestó: «Tu cosmovisión y, por tanto, tu paradigma empresarial no coincide con el de ellos». Yo la miré sorprendida y le pregunté: «Y tú, ¿cómo lo sabes?». Su respuesta fue: «Porque mi tesis doctoral fue sobre esto». Entonces empecé a acribillarla con preguntas y me di cuenta de dónde estaba realmente el problema. Ella tenía razón: mi visión de la empresa era distinta a la de la empresa en la que trabajaba. Decidí entonces cambiar de empresa y la oportunidad surgió dos años más tarde al quedar vacante un puesto en el IESE. En cuanto me enteré, pedí entrar en el proceso de selección. Recuerdo que fui a ver al *headhunter* que tenía que filtrar los CV tres días antes de que me operaran de la matriz. En la recuperación se gestó mi entrada al nuevo puesto. Era más pequeño que el anterior, pero una vez más me moví por intuición. No sabía por qué la vida me llevaba a cambiar de Escuela a empujones. De otra manera, ni por mi forma de ser ni por nada —soy tranquila y anticonflictos— hubiera dado ningún paso. Lo de los diferentes paradigmas me dio mucho que pensar. Si así ocurría, era por algo.

Nada ocurre porque sí, todo es providencial. En ese momento, tenía un buen futuro profesional en el puesto en el que estaba, pero decidí tirarme de nuevo a la piscina y confiar. El IESE encajaba con mi forma de enfocar la vida y, consiguientemente, yo encajaba tanto con su paradigma empresarial como con su manera de enseñar a los directivos.

El multiculturalismo se amplió cuando llegué al IESE. Es un mosaico increíble de lenguas, razas y religiones, no solo de profesores y personal, sino también de alumnos, ya que un 80% de participantes en el Programa MBA son extranjeros. Cuando yo entré no había tantos, aunque el porcentaje era ya muy alto. Mi puesto era de directora del departamento de *Business Spanish* para el MBA. En la labor me ayudó Carlos, un profesor de español de primera que estaba ya cuando llegué. Es alguien extraordinario, de las personas que dejan huella en la vida por su bondad, su disponibilidad y su lealtad. Juntos dimos forma a un departamento que ya existía, y que había montado una amiga nuestra, Marisa, buenísima profesora, dedicada a los alumnos y una creadora incansable de materiales. Se jubilaba en el momento en que entré yo.

Carlos y yo hablábamos muchísimo. Teníamos largas conversaciones sobre el modelo de Pérez López. Lo entendió y se entusiasmó. Año tras año fuimos mejorando el programa, formando profesores. Creo que hicimos un buen trabajo, muy reconocido por los estudiantes. Formamos un equipo de profesores muy dedicados, y muy complementarios, muy trabajadores, entregados a los estudiantes y buenísimos profesionales.

Decidí aplicar el modelo de Pérez López para la formación del equipo de profesores. Con la ayuda de Carlos montamos unas sesiones de formación en las que trabajamos la Misión, la Visión y los Valores de

nuestro departamento y nuestra aportación a la Misión del IESE. Aquí debo decir que el resultado ha sido espléndido, porque montamos un equipo de verdad, en el que la gente sabía que además de compañeros, de colegas, tenía amigos, y unos apoyaban a los otros en todos los ámbitos.

El convencimiento de los propios profesores llevó a usar el modelo en las clases de español con los estudiantes. Carlos y yo montamos tutorías, y tanto en estas como en los ejercicios y actividades de clase estaba siempre incrustado el paradigma antropológico.

Fue una satisfacción para mí oír a Carlos decirme que había conseguido construir un departamento unido, que había hecho de individuos muy buenos un equipo, y que había dado sentido a su trabajo.

Desarrollo de la misión profesional y personal

Tuve el privilegio de acompañar a Nuria desde el inicio en su gran misión profesional. En el momento en que la conocí fui testigo de cómo ella buscaba el cambio de paradigma empresarial hacia una mayor humanización que integrara la paternidad y la maternidad en las organizaciones. Con sorpresa descubrí la gran coincidencia de intereses profesionales y vitales. Yo buscaba respuestas y me encuentro con la mirada de Nuria desde el punto de vista empresarial. Lo que fui encontrando a través de las teorías de Pérez López y el modelo antropológico me ayudó a entender mucho mejor lo que le estaba pasando a mi marido. Entendí lo que le pasaba a Juan en cuanto empecé a profundizar en las teorías sobre la acción humana en las organizaciones. El mundo de los directivos, sus roles, todo se me hizo patente. Aprendí a diferenciar entre el aprendizaje positivo y el aprendizaje negativo y me di cuenta de cómo había gente incapaz de calibrar el propio impacto de sus decisiones en las demás personas, por lo que iban aprendiendo cada vez con unos patrones más distantes de la realidad. Con el aprendizaje negativo, la gente se hallaba enganchada en hacer «lo que le apetecía», «lo que le salía del cuerpo», incapaz de ponerle freno, y saltándose todo tipo de racionalidad. Al final, lo que no les funcionaba era la cabeza.

Me di cuenta de que cualquier persona estaba hecha de una materia prima distinta, por decirlo de alguna manera. Unos eran más obsesivos, otros más narcisistas... Pero el problema no estaba ahí, porque todos teníamos algo. El problema estaba en no reconocer estas tendencias y no luchar contra ellas, porque lo que empezaban siendo grietas que tenía todo el mundo, a base de no cuidarlas, algunos acababan por tener trastornos de personalidad. Cuando eso ocurría, la gente ya no era libre para compensar la atracción que sentía hacia algo, y el instinto le dominaba. Se había transformado en un esclavo de sí mismo.

Al mismo tiempo, el éxito que estas personas obtenían a corto plazo les reforzaba sus modos de hacer y de tomar decisiones para la próxima vez, con lo que cada vez estaban más atrapados.

Entonces ya estaba inmersa en el estudio de lo que es la persona, el uso del poder, los motivos, la comunicación y las competencias directivas. Las teorías de Pérez López me iluminaron para comprender por qué gran parte de la cultura estaba contaminada por un fuerte mecanicismo que conformaba este tipo de directivos. Por eso me dediqué a estudiarlo en profundidad, y ahí fue cómo, sin pretenderlo, encontré mi misión profesional. Mi misión personal ya la había descubierto, al igual que mi misión familiar, que consistía en ser el capitán del barco que debía guiar y orientar a quienes iban conmigo para que fueran felices y llegaran a buen puerto, construyendo y no destruyendo. El paradigma antropológico amplió y dio consistencia científica a mi misión personal. Con el descubrimiento de mi misión profesional, se unían las tres, que se fueron integrando con el tiempo.

El libro *Dueños de nuestro destino. Cómo conciliar la vida profesional, familiar y personal* fue el primero que escribí con Nuria, intentado aplicar la teoría perezlopiana a la vida entera.

Cuando tuve que firmar el libro tuve que escoger: o llamarme por mi nombre legal, Mª Dolores, o firmar con el que me conocía todo el mundo, Maruja, en un momento en que el nombre era denostado, había risas en las tertulias, en los periódicos, se escribían verbos como marujear, o nombres como marujeo...

Mi nombre es Mª Dolores, pero me llaman Maruja. Soy la cuarta generación de «Marujas», todas ellas mujeres de bandera que se dedicaron a la casa y a construir hogar con mucho éxito. Dado que luchábamos por que la mujer no perdiera su dedicación al hogar, por los nefastos resultados que estaba dando, decidí firmar como Maruja. Yo no era una maruja en el sentido estricto y denostado, porque soy una intelectual que se gana la vida trabajando fuera de casa. Precisamente porque no lo era, iba a seguir llamándome así. Maruja sería mi nombre de «guerra». Era mi homenaje a todas las mujeres que se dedican al hogar porque les da la real gana, y renuncian a brillos y oropeles por el bien de sus hijos y de su familia. Ese iba a ser mi pequeño homenaje, para ellas y para mis predecesoras, ya que gracias a ellas yo soy la que soy y tengo los recursos que tengo.

Los nuevos recursos intelectuales

Un año después de entrar en el IESE, hablé con mi jefe y le propuse empezar el doctorado. Él se entusiasmó. Al decirle el tema, aún le gustó

más. Decidí dedicar todo mi tiempo libre a estudiar. Desde que acabé la carrera nunca había tenido ni el tiempo ni la motivación para volver a estudiar con esa intensidad. Como he dicho antes, mis hijos eran mayores y paraban poco en casa. Ya trabajaban, excepto Joan, el mayor, porque Medicina son unos estudios muy largos, entre la carrera, el MIR y la especialidad.

Yo estudiaba siempre que podía, a todas horas, fines de semana, vacaciones... Leía y leía. La tesis iba cobrando forma y mi campo de estudio, el que buscaba, también. Por fin encontraba el punto donde yo realmente podía aportar. Nuria tuvo mucho que ver en ello, pues me iba dirigiendo. Empecé a colaborar con ella a nivel profesional muy poco tiempo después de empezar a trabajar en el IESE. Empezamos a escribir juntas el libro, notas técnicas, casos y artículos para prensa. Me fui lanzando a dar clase, conferencias, participaba en mesas redondas, en radio y en televisión.

Me centré en los estudios de liderazgo en la empresa, analizando la relación que había entre la motivación del directivo y su comunicación. Ese fue el tema de mi tesis doctoral en la que obtuve Sobresaliente *cum laude* por unanimidad. Esto me sirvió para apuntalar las bases sobre el estudio de las competencias directivas y, más en concreto, las competencias femeninas de liderazgo.

Todo esto no sería más que una suma de cosas que fui realizando, si no fuera porque, al mismo tiempo, y prácticamente al inicio de mi entrada en el IESE, me di cuenta de cuál era mi misión profesional. El mundo se iluminó, mi vida se llenó a través de un trabajo con sentido que como afluente aportaba gran cantidad de agua nueva y oxigenada, llena de vida.

Al descubrir que la propia misión tiene tal fuerza que empuja a hacer cualquier cosa, todo lo demás pierde color y queda a la cola. La propia misión del IESE me llevó a ver que esa era precisamente mi misión, y que yo debía contribuir con mi trabajo a que los directivos y directivas de las empresas las dirigieran teniendo en cuenta que las personas eran personas, no máquinas. Su forma de dirigir debía impactar positivamente en la empresa y en la sociedad en la que estaban inmersas.

Desde el IESE, nosotras luchábamos por cambiar esa actitud interior destructora de la confianza y del amor. Pero devolver la esperanza y la vitalidad a la empresa y a la sociedad nos parecía que era un trabajo fundamentalmente de las mujeres. Los hombres estaban bajo mínimos. Muchos habían perdido su rol. Enfrascados en un paradigma de poder puramente mecanicista, del ordeno y mando, no habían sabido adaptarse a los cambios ocasionados por la incorporación de las mujeres al trabajo. Tampoco muchas de estas lo habían conseguido hacer, pues copiaban modelos masculinos y eran peores que ellos.

El para qué último de nuestro trabajo era procurar sacar obstáculos,

piedras, y poder construir una cultura de unidad. Había que empezar por el nivel más humano, acercando el lenguaje y haciendo más comprensible el modelo antropológico, apoyándonos en recursos comunicativos —comparaciones, metáforas, recursos audiovisuales...—.

Estudiaba y estudiaba, y esto me ayudaba un montón. Fui consciente de los recursos personales con los que contaba y los que me faltaban. Estos, procuraba adquirirlos, aunque era costoso y bien difícil a veces, por tener el temperamento que tengo. Diferencié entre temperamento y carácter. Leí a Aristóteles y los clásicos, me hinché a leer *papers* de *management*. Soy callada y observadora, pero cada vez tenía más amigas. Como me entendía más a mí misma, entendía más lo que les pasaba a los demás y cómo eran.

Los nuevos proyectos

Tras la escritura del libro *Dueños de nuestro destino* ofrecimos un curso optativo DICO, Dirigir con Éxito la Trayectoria Profesional y Personal, para que los participantes en el segundo año del MBA aplicaran de modo práctico en su vida las teorías de Pérez López. Para poder sacar el máximo partido al curso, ofrecíamos dos sesiones de *coaching* a los participantes. A través de preguntas, iba guiando a cada participante y le ayudaba a reflexionar sobre si los objetivos que pretendía conseguir en su vida eran los adecuados y cómo hacerlos realidad. Esto me llevó a ir especializándome cada vez más en procesos de *coaching*, consiguiendo la acreditación de *coach* profesional. Un año más tarde, desarrollamos y dirigimos el Programa Enfocado «Gestión del Tiempo», después el de «Empresas Familiarmente Responsables» y, finalmente, el de «Mujeres en Consejos de Administración». También empecé a impartir sesiones en otros Programas Enfocados como el CAD, sobre Competencias Directivas, el de *Coaching*... En todos ellos, además, ejercía como *coach* de algunos participantes.

Hacia un nuevo feminismo

Cada vez salíamos más a dar conferencias y seminarios, porque se nos reclamaba por todo el mundo. Éramos punta de lanza sobre temas que muchos podrían haber considerado muy *kitsch*, pasados de moda. Sin embargo, le habíamos dado un vuelco importante. Habíamos remodelado las teorías feministas rancias, que iban en contra de las propias mujeres, por efecto *boomerang*, a base de investigación y estudio y de no tener miedo a buscar la verdad completa de lo que es ser mujer.

El gran cambio social que supuso la entrada masiva de la mujer en el mercado laboral sigue aún sin resolverse del todo. Se han dado grandes pasos, pero quienes siguen sufriendo más son las mujeres, porque sobre ellas se descarga la doble jornada laboral y doméstica, y se la obliga a entrar en las reglas de juego masculinas. De ahí el invierno demográfico en el que estamos inmersos, y la cantidad de separaciones y rupturas matrimoniales con todas sus consecuencias, unidas a una cultura nefasta dominada por un mecanicismo atroz y un sentimentalismo de nenas.

La ONU

A mediados de marzo recibí una llamada de Nuria desde dentro del avión antes de salir hacia México: «No entiendo nada. Me acaba de llamar el secretario de Estado pidiendo un CV para presentarme en el comité para la no discriminación de la Mujer en la ONU. Dice que lo necesita para ya. Yo le he dicho que me estoy yendo a México, que lo pida a mi secretaria y que ya hablaremos a mi vuelta en una semana». A mí el tema se me olvidó hasta que, el mismo día de la vuelta de Nuria de México, se recibió un mail diciendo que la habían presentado como candidata y había un link con su CV. Me metí en la web del CEDAW de la ONU y vi que el CV que habían colgado era un horror. En cuanto Nuria volvió, nos pusimos a trabajar a la carrera de nuevo, junto con Ada. Tres meses más tarde fuimos a las últimas entrevistas de Nuria con los embajadores de varios países ante la ONU, y asistí a la votación final. ¡No salió por los pelos! El proceso resultó caótico. Había varios centros de decisión, no hubo tiempo suficiente para hacer una campaña con todos los países miembros del CEDAW, ¡además de ser el comité más politizado e ideologizado que he visto jamás!

En esos días que pasamos Nuria y yo en Nueva York, se unió su hija Beibi el fin de semana, que vino desde Rochester, donde estaba haciendo prácticas de psiquiatría. Esos días caminamos sin parar visitando museos, haciendo algunas compras... Estuvimos visitando el Memorial de las Torres Gemelas. Me extrañó mucho que todo fuera hacia abajo sin remedio, como un pozo sin fondo y tan oscuro... que parecía llevar a la muerte y a las profundidades del infierno. Pensé que era muy creativo, pero muy triste para las familias, en vez de ver un monumento positivo con alguna fuente que surgiera hacia arriba como símbolo de vida y de la resurrección.

Yo estaba agotada de andar. Se lo decía a Nuria y Beibi se quedaba atrás conmigo queriendo ir más lenta o coger un taxi, y Nuria nos decía: «¡Venga!, no seáis vagas...». Ahí fue donde tuve una primera señal de lo que llevaba dentro en el riñón, pero que no supe leer, porque se calmó

durante el verano: una pérdida de sangre en la orina de la que no comenté nada a nadie.

11. EL FUTURO

De nuevo en la clínica

El futuro se iba oscureciendo por minutos. A finales de marzo tuve el primer susto grande. Un martes por la noche, a la hora de acostarme, me di cuenta de que no podía respirar. Saltaron las alarmas. Los timbres que habíamos puesto para avisar a mi hermano y mi cuñada, que viven en la casa de al lado, saltaron por primera vez. Llamé a mi hijo Xavi para que viniera a dormir a casa, y también llamé a Gloria. La temperatura me había subido a treinta y nueve y medio. Tenía un frío terrible. Algo estaba pasando. Mientras yo trataba de contactar con mi oncólogo, Gloria se encargó de avisar a Urgencias de la Teknon que íbamos hacia allí. Me llevaron su hijo Xavi y su hermano Emilio. Me hicieron placas y me visitaron, y se dieron cuenta de que tenía una insuficiencia respiratoria provocada por una neumonía doble. Cuando al día siguiente me hicieron el TAC, los internistas se llevaron las manos a la cabeza: tenía los dos pulmones afectados y, además, el cáncer. Como los dos primeros tratamientos contra el cáncer no me habían funcionado, no era de locos suponer que había ido creciendo a sus anchas hasta que el médico encontró un tercer tratamiento que parece que es el único que está respondiendo hasta ahora.

Mi oncólogo pasó a verme al día siguiente. Vio mi mensaje en su WhatsApp, y a las 7 de la mañana ya estaba hablando con Gloria para darle instrucciones sobre qué hacer. Así que cuando llegó él a visitarme, el miércoles por la tarde, ya se habían ido siguiendo sus instrucciones desde la mañana.

Me encontraba en otra etapa, y debía afinar la supervivencia. Tenía que ver cómo me las apañaba para toser sin romperme, respirar... Me vi tan

chunga que el jueves decidí llamar a alguien a que me hiciera manos y pies. La gente alucinaba: «Pero si tienes una neumonía doble, ¿cómo se te ocurre que te vengan a hacer manos y pies?». Y yo les contestaba que precisamente por ello. Que cuando no estoy muy fina me voy a la peluquería, porque me sube la moral, y que ahora no soportaba ser un enfermo grave con manos y pies sin arreglar. Los enfermos deben ir arreglados. Una de mis primas, que ha venido a verme esta mañana y me ha encontrado sentada en una silla en el baño, llena de tubos de oxígeno, de goteros y de antibióticos, alucinaba también. «Me deprimo si me siento como un enfermo descuidado», le decía. Y muerta de risa me contestaba: «Hoy me has dado una lección...».

Diferencias entre las dos crisis

Puede parecer incomprensible que compare estas dos crisis, tan distintas entre sí, y que anteponga a la segunda la primera, a la que muchos ni la considerarían crisis. Lo he hablado con amigas mías en la misma situación y todas coinciden: la crisis matrimonial y familiar es la peor de todas. Intentaré ir desgranando por qué.

Hoy me doy cuenta de que en la gran crisis me moví a base de intuición, y de prueba y error. En la segunda crisis, la actual, sabía lo que debía hacer y en quiénes me debía apoyar. Ahora hay experiencia y conocimiento.

En la crisis actual hay agotamiento físico y desgaste emocional frente a un futuro incierto. El cuerpo no tira, la cabeza sí, y no quiero tirar la toalla: tengo muchos *para qués* para vivir que valen la pena. Por esta vía debo seguir, aunque no me apetezca.

He descubierto una nueva vocación, una nueva llamada por la que luchar. Desde que sé que espero una nieta, la vida se me hace distinta también. ¡Nunca lo hubiera dicho!

El médico me dijo que una separación dejaba huella siempre, que era una herida que no sanaba nunca. Se cerraba, pero que de vez en cuando volvía a sangrar.

Los hijos se rebotan contra ti, sobre todo si los tienes adolescentes y encima son varones. Necesitan al padre como modelo, como referente, que les meta en el mundo social. Ya ha pasado la época de las madres, tan importante cuando los niños son pequeños.

Uno se enfrenta entonces con hijos que quieren y odian a sus padres al mismo tiempo, que les gusta imitarlo pero no son imitables, todo va al revés.

Para una madre que quiera educar en valores y virtudes a sus hijos, es un auténtico *via crucis*. Los hijos se rebotan contra ella, la ven culpable de

todos los males que les ocurren a ellos. Ellos son las víctimas y no saben cómo salir de ahí. Quieren su familia recompuesta y no hay forma. Se sienten desatendidos, no queridos. Y esto es sangrante para madres que lo dan todo por ellos, capaces de cualquier cosa. He visto hijos que se drogan y les dicen a las madres que la culpa es de ellas, o las amenazan con comportarse mal tratando de manipularlas y hacerlas sentirse culpables de lo que a ellos les pasa.

La madre de todas las crisis afecta a un montón de personas que salen perdiendo en temas identitarios, de desarrollo y crecimiento personal, de felicidad, de bienestar material. En todo. Afectan a toda la vida de la persona: pasado, presente y futuro.

Mis hijos, al principio, y para animarme también, supongo, me dijeron que no me preocupara por ellos y que rehiciera mi vida. Su entorno era este. Sin embargo, con el paso de los años, empezaron a darse cuenta de lo que estaba pasando y de lo que hacía por ellos. Uno de ellos me reconoció hace no demasiado tiempo: «Mamá, el que tú hayas hecho esto me ha dado pie a mí a aspirar a una mujer normal. Si tú te hubieras ido con otro, yo solo le hubiera podido decir a ella que mis padres estaban separados. Pero yo he podido decir: mi padre ha hecho esto, pero mi madre, esto otro».

Las enfermedades son algo natural. Afectan a otros, claro está, se echa en falta a la gente, pero esas personas no han fallado. Simplemente se han muerto. A su muerte, sus virtudes aumentan a la vista de la gente. No ocurre así en las separaciones.

En la primera crisis topé con el sufrimiento moral y en la de ahora me enfrento con el sufrimiento físico. El primero es peor, porque es la soledad, la incomprensión, estar desnudo de todo, sentirse abandonado. Es el sufrimiento del espíritu, de ti mismo. Sufres cuando los demás no ven que haya ningún mal en lo que te sucede. Sin embargo, el daño que se causa es el peor de todos. El dolor moral se produce porque uno ve que tiene la verdad, y en cambio, los demás no se enteran. Pisotear la verdad es lo peor de todo. No se da importancia a lo que se está cargando uno: la propia identidad, tus posibilidades de desarrollo, aquello que puedes llegar a ser.

En las crisis, es importante la actitud con que se toman. De ahí la necesidad de un buen guía. No sabemos estar enfermos. Las grandes enfermedades requieren su tiempo. Amoldarse a ello. Capearlo y disfrutar con el día a día. Lo peor, no sacar los recursos que uno tiene dentro por miedo a las dificultades o por prejuicios. Uno se atrofia. Y a nadie le gusta tener un miembro de su cuerpo atrofiado.

Entiendo que mi misión ahora es ser testigo. Fortalecer la esperanza del cielo en otros. Dios se apoya mucho en los pocos que le seguimos y nos da la fortaleza para poder hacerlo. Los recursos van saliendo a flote con el

paso del tiempo. Dios no es un justiciero que pida sangre, la vida del uno por el otro. No soporta los sacrificios humanos: «Misericordia quiero y no sacrificios». Sí que puede ocurrir que lo que pidamos no se pueda conceder sin violentar la libertad de las personas a menos que muramos. No desea la vida de nadie como pago, pero sin la muerte de ese otro no se dan las condiciones necesarias para que eso que pedimos ocurra. Hay gente que solo reacciona cuando pintan bastos muy fuertes. Dios atrae a todos hacia sí, pero no coarta la libertad de la gente. Se ata las manos a sí mismo. Si apareciera de repente quitaría la libertad a la gente. A Dios lo encuentra quien lo busca. Entonces se muestra. Tenemos libertad para hacerlo o no, de ignorarlo, negarlo, matarlo. O de buscarlo. Dios prueba mi confianza en Él, hasta donde puedo llegar. Y la esperanza. La gente quiere agarrar y controlar la vida. Teme cualquier daño. Y eso destruye. No viviré ni un minuto más de lo necesario. Si muero, será en mi momento oportuno y habré hecho todo lo que tenía que hacer en la vida. Es mi cáncer, la enfermedad que Dios ha querido para mí. Suerte que vivo en este siglo. Si llego a hacerlo en otro hubiera sido mil veces peor. ¿Y morir en una guerra? ¿Y hacerlo sin médicos ni hospitales?

El tiempo, a la carrera

El tiempo es corto para amar... El tiempo se va como el agua entre las manos. Son otros proyectos, otras maneras de enfocar la vida. La vida empieza a correr —tesis, libro...— con una intención, para algo... Motivación racional por motivo transcendente... Motivación pura y dura... Y además tenía que correr... Y ahora el libro que no estaba preparado y que se ha de sacar a la «carrera»... El esplendor, a la carrera... No corres contra nadie... Es un aprovechar el tiempo porque se es consciente de su fugacidad, no podemos desaprovechar esta etapa del mundo que Dios confía a cada uno.

Me recuerda a Bolvir. En Navidad suelo ir antes que mis hijos. Abro la casa, pongo la calefacción, el agua caliente, abro los postigos y las cortinas, saco muebles a la terraza y enciendo la chimenea. Pongo la mesa y preparo una buena cena. Así, cuando llegan ellos, todo está preparado. Si yo hago esto, no puedo ni imaginar lo que puede hacer Cristo por nosotros. Una auténtica fiesta.

De hecho, en el Evangelio se ve que siempre están de fiesta. Un gusto. Y encima Dios nos dice que nuestro cuerpo resucitará. Me parece fascinante. ¿Qué más queremos? Imaginarse el cielo como algo aburrido yo diría que es una idea diabólica. Nada más lejos de la realidad. Es ir a casa, volver a casa. Al fin y al cabo, somos los hijos.

Le decía a Joan: «Dime un solo caso en el mundo de alguien que no

haya muerto». Él, tan científico, callaba. Todos morimos, no queda ni uno vivo. Pero de esto no se habla.

Si muero ahora es que es mi momento. Dios espera el tiempo de madurez espiritual de la gente. Yo, mártir, testigo. No es un martirio de sangre, por suerte hace ya siglos que no se estila. Es un testimonio de vivir la vida de una determinada manera.

El gran tesoro que les dejo a mis hijos: forma de vida, de priorizar. Nada de rehacer, sino de profundizar en lo que tengo. Como mi suegro: el gran tesoro es el conocimiento de Dios.

El crecimiento se produce a muchos niveles. Todo está interconectado. Si Dios te quiere ya solo para él. Se acabó.

Algunas se sorprenden de que se hagan turnos por la noche para cuidarme. Nuria trae la rosa, otras flores, bombones, cocas de Bolvir, música, vídeos, libros. Venían amigas a ayudarme a rezar...Se acorta el tiempo. Tengo que aprovecharlo al máximo, ir cerrando temas, prepararme. Me preguntan: ¿Cómo te encuentras? Y contesto: «Yo bien, mi cuerpo mal».

Se han dejado tirados los recursos espirituales, que son los que más pueden ayudar de cara al futuro... Es el espíritu el que da la vida, la carne no da para nada... Mucha psicología, autoayuda... No sirve para nada porque lo principal se ha quedado en el tintero.

Pero el tiempo pasa y pasa, y yo sigo enferma. El año sabático sigue transcurriendo y mis ojos tienen unas sombras oscuras a su alrededor que antes no tenían. Me cuesta aceptar que esa que veo reflejada en el espejo soy yo: no me parecía en nada. Soy muy sensible a la belleza y mi aspecto enfermizo es lo que más me cuesta aceptar.

Afrontar las crisis y su repercusión en la biografía de uno mismo y de otros

En una meditación a la que yo no pude asistir, una de mis amigas me mandó una frase de un sacerdote para reflexionar. En ella decía que la biografía de un hombre sería diferente según la generosidad con que afrontara las distintas opciones que Dios le iría presentando a lo largo de la vida, y que su felicidad y la de muchos otros dependería de esas respuestas. Este tipo de frase uno las entiende muy bien a posteriori.

Durante la enfermedad: tentaciones del purgatorio. Luego, poco a poco se aclara el panorama haciendo lo de siempre: confesión, Misa, Comunión, recordar de nuevo que somos hijos de Dios, que la redención está hecha y que un Padre no abandona jamás a sus hijos. Eso se palpa más y más. Me ayuda la lectura de las sextas moradas de santa Teresa y mi devoción al Espíritu Santo, apoyada en una imagen de una paloma con el ala caída,

que ahora me recuerda mi ala —mi brazo— roto.

No estoy desanimada, sino cansada, y con el cuerpo que no tira, que no es lo mismo. Mi cama es una central de información y una central nuclear. Sigo ofreciendo cada día tantas cosas por tantos... Gracias a Dios pude ayudar a mi hijo Joan con su tesis, porque en el momento oportuno él estaba en casa y yo conocía muy bien el mundo profesional y el académico. Sabía lo que se valora en un CV, y lo que él podía aportar a médicos figuras. Simplemente lo dirigí y él hizo caso, porque podía no haberlo hecho. Ahora está cogiendo carrerilla a base de bien. Empieza a investigar de verdad, de la mano de dos figuras, que le codirigen la tesis doctoral y le enseñan a investigar bien. Mi experiencia como profesora y *coach* le sirven para manejarse en el difícil mundo de las relaciones interpersonales. Cuando se ve en problemas que no sabe resolver, me llama. Y salta obstáculos uno detrás de otro.

Si yo empiezo a pasar, deben saber que les estaré esperando en el Cielo con la mesa puesta, la cena preparada y su habitación en perfecto orden. Pero ellos deben ir allí. Y eso es pura libertad personal para verlo y andar bien el camino.

El miércoles de ceniza empecé la segunda radio. He corrido mucho para terminar este libro, porque en este momento soy un criadero de tumores. Con más tiempo, me habría detenido en más cosas. No sé el tiempo que tengo por delante y debo darme prisa. Si me da tiempo después, terminaré el libro que teníamos casi acabado Nuria y yo.

En mi caso veo que Dios ya dice basta a tanto trabajo y lucha. Me toca descansar. Me ha salvado y viene a buscarme. En los Evangelios hay un pasaje que me gusta muchísimo, *Jn* 14, 2-3: «En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones... Yo voy a prepararos un lugar. Y cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré otra vez para llevaros conmigo, a fin de que donde yo esté, estéis también vosotros».

EPÍLOGO

Maruja ha sido ante todo mi amiga del alma. Me pidió que prologara su libro, pero quedan aún muchas cosas por decir, difíciles de escribir tras los quince maravillosos años de amistad que me unieron con ella.

Durante sus últimas semanas de vida, comentaba —con naturalidad y sin dramatizar— que era un «criadero de tumores». Notaba cómo le iban apareciendo nuevos bultos inesperados por todo el cuerpo. Cuando el cáncer pasó a los huesos sentía unos dolores terribles que llevaba con discreción y elegancia. Y supo hacerlos rendir en beneficio de las personas que quería y de cuantos se interesaban por ella. También cuando se empezó a asfixiar, por tener algo encharcados los pulmones. Su actitud paciente, buscando la parte positiva del asunto incluso con rasgos de humor, estaba totalmente fuera de lo común. Se iba dando cuenta de que la enfermedad cada vez corría más, y seguía entregando sus energías a los demás para dejar un legado que fortaleciera y diera esperanza a sus familiares y amigos. Así estuvo trabajando en esta autobiografía hasta dos días antes de morir.

No es igual, decía, el transcurso del tiempo cuando se está inmerso en un trabajo abundante, o en casa de tu madre después de una operación. Allí las cosas parecían haber adquirido otro ritmo y otra valoración. El tiempo del enfermo no tiene nada que ver con el de las personas que le atienden, el de sus amigos, el de la familia. Y en su afán por compartir la riqueza de su pensamiento, me recordaba que teníamos pendiente escribir un nuevo libro sobre el tiempo.

En su constante búsqueda por la verdad, Maruja descubrió la radicalidad del amor y se enfrentó al reto de vivirlo muchos años desde la periferia, renunciando a sus ilusiones y teniendo que cambiar muchos planes. Fue consciente del engaño del sentimentalismo y del egoísmo que

reinan en nuestra cultura actual. Ella aspiraba a un gran amor y a no dejarse arrastrar por un simple espejismo. De ahí su constante referencia a los entornos contaminantes y a la importancia de poner buenos filtros, también en las amistades, para poder ayudar a tomar buenas decisiones.

Esa búsqueda de la verdad dio coherencia a toda su vida. No solo como ejercicio intelectual, sino llevando a la práctica lo que esa verdad mostraba como conveniente y justo en cada momento. Ese amor a la verdad le llevó a encontrarse con Cristo, que nunca falla, y a descubrir su llamada al Opus Dei como camino de santificación en medio del mundo. En ese encuentro halló el tesoro más preciado: supo que ella valía infinito. Se sentía hija de Dios y, como tal, princesa. Sin embargo, era discreta, humilde, nada fanfarrona, con un alma grande que quería llegar al mayor número de personas posible. Quiso ayudar de un modo especial a las mujeres, las más vulnerables y, a la vez, más imprescindibles para alcanzar una sociedad más humana y sostenible.

Su pasión por la libertad se complementaba con su fascinación por la fidelidad, prueba de toque del verdadero amor. Para vivir de esa manera hace falta una gran fortaleza. Su vida en los últimos años fue una lucha constante, tanto en la salud como en la enfermedad, conservando en todo momento su sonrisa. Según Chesterton, «la vida no es algo que viene de fuera, sino de dentro». Y es de ahí de donde Maruja sacaba la fuerza y la alegría, a pesar del sufrimiento. Descubrió que es la pobreza de espíritu y la frivolidad ante el dolor lo que conduce a la fragmentación de la persona y la aboca a tomar decisiones bien lejanas de la verdadera felicidad.

El viernes 26 de abril a las 9 de la noche, ante esa sensación de que llegaba su hora, envió un escueto correo electrónico al capellán del IESE pidiendo el sacramento de la Unción de Enfermos. Avisó a su madre, hermanos, hijos, a Mª Carmen y a mí para que le acompañáramos al día siguiente en un acto tan trascendente. Así, en la festividad de la Virgen de Montserrat, a las 12 del mediodía, tras haberse confesado, entramos todos en la habitación. Fueron momentos de profunda emoción.

Al día siguiente, poco después de las 8 de la tarde, falleció rodeada del cariño de sus seres más queridos. Más de quinientas personas de todas las edades abarrotaron la capilla del tanatorio de San Gervasio durante el funeral[1], sin contar el río de gente que ya había pasado por la capilla ardiente para rezar por ella, con ella y a ella. El pasaje del evangelio fue elegido por Maruja el sábado anterior: una muestra más de su serenidad y entereza en el momento más decisivo. Como decía san Josemaría, los que viven de veras como hijos de Dios no pueden temer la muerte.

Algunos amigos comentaban que Maruja había alcanzado la meta con medalla de oro. Ahora, la estela de su ejemplo va manifestándose en nuevas conversiones, pequeñas y grandes, que se sienten arrastradas por su mirada serena y su sonrisa amable.

[1] Puede verse la homilía del funeral en: blog.iese.edu/nuriachinchilla/?s = Maruja + Moragas.

OTROS LIBROS RIALP

Echando raíces
John F. Coverdale

Hombres de ciencia, hombres de fe
Ángel Guerra

Conversos. 12 testimonios recientes
Donna Steichen

Dios y audacia
Julián Herranz

Entre chabolas. Inicios del colegio Tajamar en Vallecas
Jesús Carnicero

El precio a pagar
Joseph Fadell

21 matrimonios que hicieron historia
Gerardo Castillo

El mundo es más grande ahora
Euna Lee

La dicha de vivir. Jérôme Lejeune, mi padre
Clara Lejeune-Gaymard

Retorno al pudor
Shalit Wendy

Así se extendió el cristianismo
Antonio Vázquez

14 líderes inesperados
Gerardo Castillo

María Tudor. La gran reina desconocida
María Jesús Pérez

Adiós Sarajevo
Atka Reid y Hana Schofield

Álvaro del Portillo. Un hombre fiel
Javier Medina Bayo

Los cerezos en flor
José Miguel Cejas

Andanzas y recuerdos
José Luis Comellas

Antonio Fontán. Un héroe de la libertad
Agustín López Kindler

J. R. R. Tolkien. Génesis de una leyenda
Colin Duriez

La forja del héroe
Gerardo Castillo

El Papa Francisco
Mariano Fazio

Con las alas del viento
Ana Sastre

Ha nacido una madre especial
Leticia Velasquez

Alejandro Magno
Javier Navarro

Pensadoras del siglo XX
Iván López Casanova

Deja que te cuente una historia

Renata Calverley

Objetivo Darfur
Mukesh Kapila

Cristianos en peligro
Marc Fromager

De la tierra del delito a la tierra prometida
John Pridmore

Los costes sociales de la pornografía
James R. Stoner y Donna M. Hughes (ed.)

Maruja en diciembre de 2012.

Emili Moragas y Maruja Freixa, con sus hijos. De izquierda a derecha, Maruja, Gloria, Josep, Xavi, Emili y Montse.

Maruja Moragas con sus tres hijos.

Cristina Sánchez y Xavi San Miguel, con Maruja Freixa. A la derecha, Joan San Miguel, Maruja, Fara Costa e Ignacio San Miguel.

Lectura de Tesis de Maruja, en 2011. Ignacio San Miguel, Fara Costa, Montse Moragas, Maruja y su madre, Cristina Sánchez y Xavi San Miguel.

Viaje familiar a Noruega en mayo-junio de 2012.

Maruja entrando en Nueva York para una campaña en la ONU. Junio de 2012.

En la sede de Naciones Unidas, 2012.

En una reunión con el Presidente de la Generalitat de Cataluña y la directora de Familia de la ONU, 2012.

Maruja y Nuria Chinchilla, en la Misión de España en la ONU.

El 26 de abril de 2013 en la clínica Teknon, trabajando.